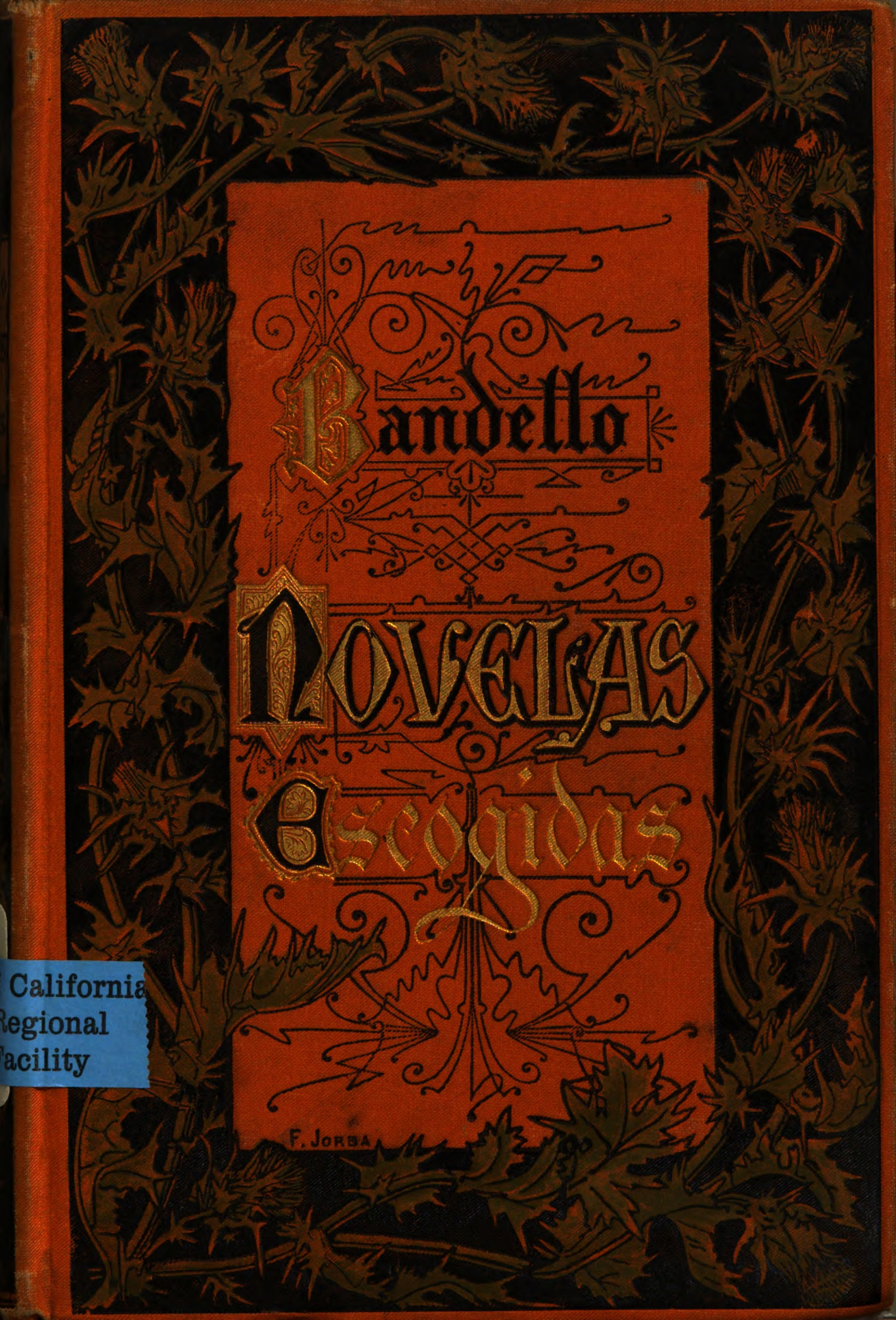
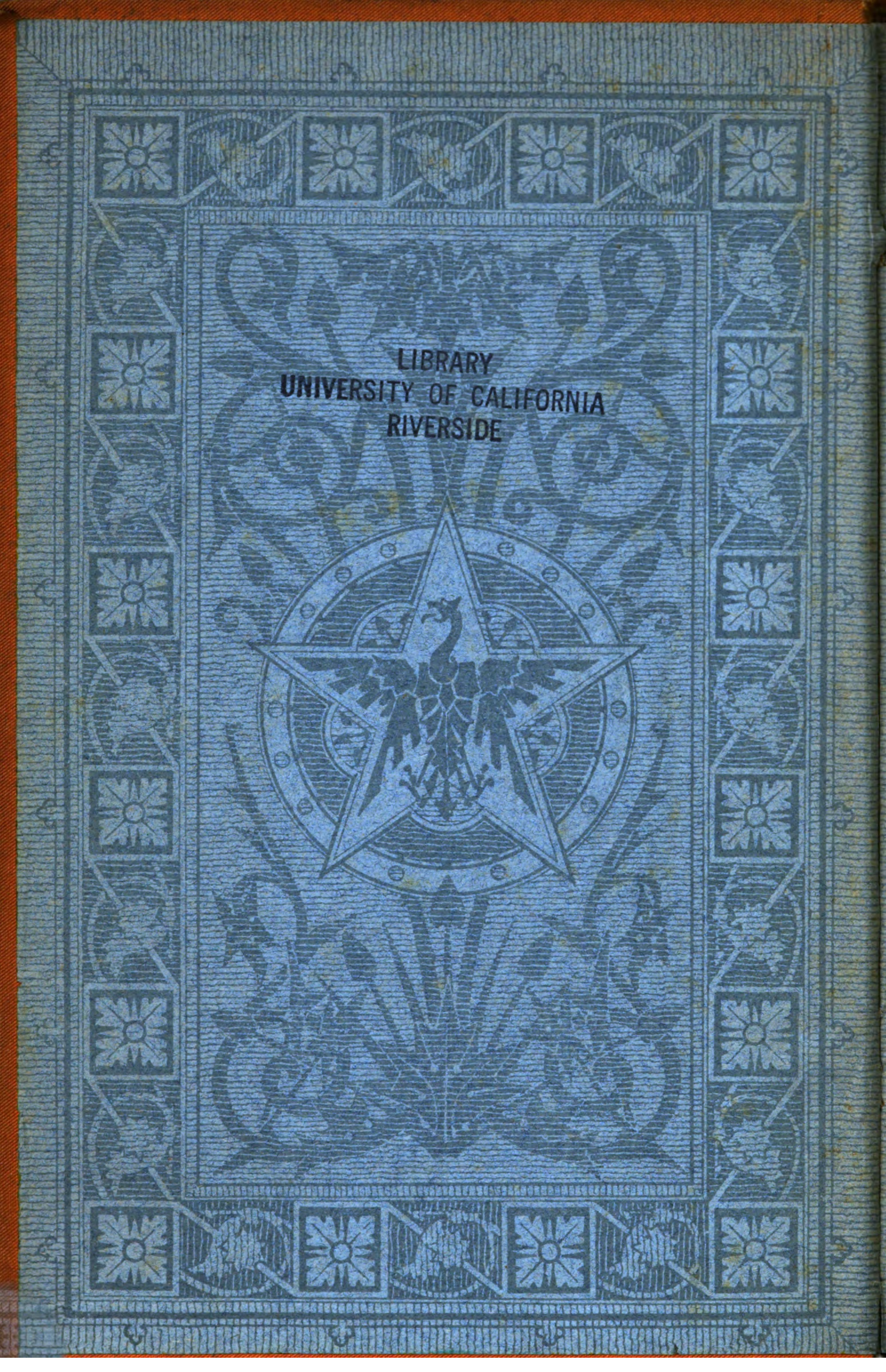
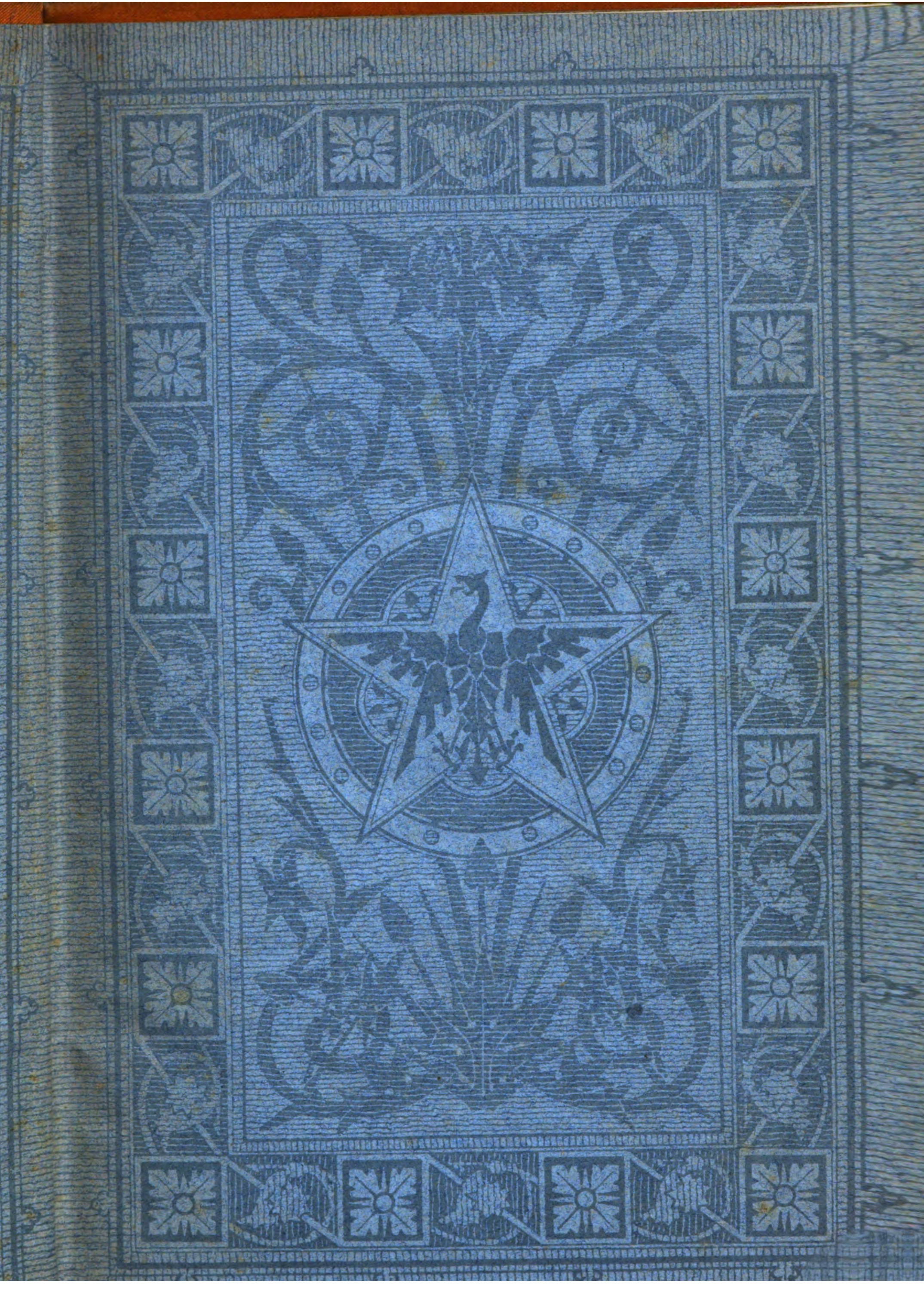

Bandello
Novelas
Escogidas
F. JORBA





MATEO BANDELLO

Ma...

MATEO BANDELLO

NOVELAS ESCOGIDAS

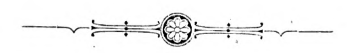
VERSIÓN CASTELLANA POR

D. JOSÉ FELIU Y CODINA

ILUSTRACIÓN DE

F. GÓMEZ SOLER

Grabados de GÓMEZ POLO



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.ª - *Ausias-March, 95*

1884



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª



MATEO BANDELLO

Este poeta y novelista italiano floreció á últimos del siglo XV y principios del XVI.

Casi todas sus novelas se inspiraron en leyendas y tradiciones italianas que él recogió de labios del público y acomodó á una forma literaria de breve, interesante y animada narración, pauta sobre la cual escribieron luégo los más reputados autores italianos de su época. El estilo sencillo, sobrio, armonioso y sentido que se saborea en sus obras, y la ingenuidad con que hace sus relatos y descripciones dejando todo el atractivo á la verdad, le ganaron el puesto distinguido que ocupa entre los clásicos de su país.

Él fué quien primero refirió la bella y trágica historia de Romeo y Julieta, la de la condesa de Saboya y otras muchas que iba transmitiéndose la fantasía popular, el recuerdo ó la gratitud de las generaciones. No tienen sus escritos la viveza y el poder imaginativo de Bocaccio, pero aventaja á éste en sentimiento y facilidad para percibir la belleza. La licencia y escasa aprensión que eran propias de aquel período literario, le condujeron, como á otros autores, á términos algo subidos de inmoralidad en algunas de sus novelas—que hemos eliminado de esta colección,—pero sobre tener en su disculpa la influencia de los tiempos y de escuela, abónale también que

nunca se descubre en él, como en Bocaccio y otros, el propósito de lisonjear lascivias ni de gozarse en producir obscenidades.

Nació MATEO BANDELLO hacia el año 1480, en Castel-Nuovo del Piamonte, siendo en su primera juventud, humilde y oscuro fraile dominico. Acompañando á un tío suyo, general de la orden, en 1501, hizo varios viajes con lo cual pudo gozar de una vida algo más suelta y dedicarse al estudio de las ciencias y las letras en Roma y en Nápoles. En 1525, después de la batalla de Pavía, los españoles le desterraron de Milán, donde se había fijado, por mostrarse partidario resuelto de los franceses. Retiróse entonces al lado de Luís Gonzaga, cuya protección obtuvo, así como había gozado antes de la de Pirro Gonzaga, que le confió la educación de su hija Lucrecia. Más tarde vivió al lado de César Fragoso, con quien recorrió varias cortes de Italia. Francisco I le llevó consigo á Francia y en 1550 fué nombrado obispo de Agen.

En 1554 publicó sus novelas, impresas en Lucques. No se conoce con fijeza el año de su muerte, pero se conjetura verosímilmente que fué en 1562.

EL TRADUCTOR.



MATEO BANDELLO

AL CÁNDIDO Y HUMANO LECTOR

MUCHOS años há, comencé á escribir algunas novelas movido por las invitaciones de la jamás olvidada y siempre llorada, virtuosa señora Hipólita Sforza, consorte del egregio señor Alejandro Bentivoglio, á quien Dios tenga en su gloria. Mientras ella vivió, á ella presentaba yo todas mis novelas, no obstante estar algunas dedicadas á otras personas.

Pero no era el mundo digno de poseer tan elevado y glorioso espíritu en la tierra, y Dios se la llevó consigo al cielo enviándole una prematura muerte; y sucedióme á mí entonces lo que á la versátil muela ordinariamente sucede, que una vez movida por fuerte mano, no importa que ésta luégo se retire, para que aquella continúe girando un buen espacio en virtud del primer impulso. De igual modo después de ocurrida la muerte de aquella nobilísima dama, el ánimo mío que jamás supo dejar de obedecerla, no cesó de impulsar mi débil mano para que perseverase en escribir ora una, ora otra novela; de lo cual resultó que escribí muchas.

Algunos amigos tengo que deseosos ahora de leerlas (á pesar

de que son ya muy conocidas), no cesan de exhortarme á que las dé publicidad. Muchas he inmolado á Vulcano; otras han podido escapar á la voracidad de las llamas, y esas son las que reunidas en el mismo desorden que las he ido recogiendo y á medida que se me han ido viniendo á las manos, he dividido ahora en tres partes para repartirlas en otros tantos libros (1), á fin de que así, más divididas, se encierren en volúmenes lo más pequeños que posible sea.

No invito, ni menos fuerzo á nadie á que las lea, pero suplico á todo el que tenga gusto de hacerlo, que se digne leerlas poseído del mismo ánimo con que por mí fueron escritas. Yo afirmo que las escribí para alegrar y divertir á los demás. Si lo he alcanzado ó no, al juicio benévolo y sincero de mis lectores lo dejo. No quiero decir, como dice el gentil y elocuentísimo Bocaccio, que estas novelas mías estén escritas en florentino vulgar, pues sería esto mentir á sabiendas, ya que no nací yo florentino, ni toscano, ni lombardo. Y si bien carezco de estilo (según lo confieso), me he atrevido á escribir estas novelas, amparado en la convicción de que lo mismo la historia, que este género de relatos, pueden agradar en cualquier lengua que se escriban.

Y Dios os guarde.

---

(1) Se refiere el autor á la forma en que por primera vez salieron á luz sus novelas en Lucques.—El T.



NOVELA PRIMERA

Giulia, de Gazuolo, por la fuerza violada, se arroja al Oglio y muere en él

HABÉIS de saber, que mientras el liberal y sabio príncipe, el ilustrísimo y reverendísimo monseñor Luigi Gonzaga, obispo de Mantua, tuvo su residencia en Gażuolo, vivió siempre rodeado de una corte distinguidísima de sabios y virtuosos magnates, á fuer de varón amante de la virtud y generoso de sus riquezas.

Por aquel tiempo vivía allí una joven de diez y siete años, llamada Giulia, la cual era hija de un pobrísimo habitante de aquella tierra, hombre de humildísimo origen, cuyos recursos consistían en el trabajo y la fatiga de sus brazos, con cuya sola ayuda ganaba el sustento para sí, para su esposa y para sus dos hijas.

La esposa, que era buena mujer, se afanaba también para ganar alguna cosilla, hilando ó prestando algún otro servicio doméstico.

Dicha Giulia era muy bella y dotada de seductoras prendas, mucho más seductoras de lo que á la bajeza de su estado convenía. Acostumbraba andar por el campo, ya para ocuparse en layar las tierras, ya para servir en otras labores y ora se acompañaba con su madre, ora con otras mujeres. Yo la ví cierto día que salí paseando con la excelentísima señora Antonia Bauzia, camino de San Bartolomé; hallámosla que, con una cesta á la cabeza, se dirigía solita hacia su casa.

Madama, viendo á tan gentil doncella, cuya edad no pasaría entonces de los quince años, mandó detener la carreta y llamándola, le preguntó de quién era hija, á lo cual ella reverentemente contestó, diciendo el nombre de su padre, y tan á propósito fué satisfaciendo á las preguntas de Madama, que parecía no nacida y educada en ruín tugurio y en casa de paja, sino que todo el tiempo de su edad lo hubiese pasado criándose en la corte; de suerte que Madama me descubrió su intento de llevarla consigo é instruirla al igual de sus doncellas. Ignoro la causa por que luégo este propósito no tuvo cumplimiento.

Pero volviendo á nuestra Giulia, he de deciros que no perdía un momento de los días de labor, antes bien trabajaba sin reposo ya fuese sola, ya acompañada de otras trabajadoras. Los días de fiesta, según es costumbre del país, se juntaba después de la hora de comer, con otras muchachas é iba al baile donde se divertía honestamente.

Y sucedió, que un día, estando ya la niña en su edad cercana á los diez y siete años, un camarero del susodicho señor obispo, ferrarés de nacimiento, fijóse en ella y la miró con ojos codiciosos, mientras estaba danzando; y pareciéndole la más gallarda y hechicera

moza que en su vida hubiese contemplado, y viéndola tan bien compuestita que, como se ha dicho, no parecía sino educada en la casa de mayor alcurnia, se enamoró aquel sensible camarero, de tan extraño y violento modo, que ya no pudo separar la vista de la muchacha, ni la muchacha del pensamiento.

Concluída aquella danza, que se hizo interminable para el camarero, y como la música anunciase el principio de otra, llegóse él á ella y la invitó á bailar, y aceptó la doncella bailando con el joven un baile *á la gallarda*, el cual era un estilo de danza que poseía ella con la mayor perfección, y causaba un grandísimo recreo verla moverse tan á tiempo y agitar su cuerpo con tanta y tan encantadora gracia. Segunda y tercera vez bailó el camarero con la mocita, y si no fuera por vergüenza, á todas las danzas de la tarde la hubiera sacado; que le parecía al tenerla cogida de la mano, que le regocijaba el más dulce placer que jamás hubiese experimentado; pues, aunque ella trabajaba todo el día, no afeaba esto sus manos que las tenía muy blancas, largas y mórbidas.

El insensato amante, tan de improviso prendado de la muchacha y de su hechicero porte, creía que mirarla era apaciguar la naciente llama que tan desdichadamente le consumía, y no se percataba de que, bien al contrario, lo que hacía era añadir con cada mirada más leña á la hoguera.

Al segundo y tercer baile que con ella bailó, el joven comenzó á hablarla como suelen los recién enamorados, dirigiéndole agudezas y galanterías, á las cuales respondía ella con gran cordura, suplicando al galán que no la hablase de amor y añadiendo que sentaba mal en una pobre muchacha como era ella, dar oídos á fábulas de semejante especie. Y no pudo el ferrarés importuno avanzar un solo paso más.

Terminado el baile, tras de ella se fué el porfiado

amante, con objeto de averiguar dónde tenía su casa, y desde aquel día en adelante no desperdició coyuntura de cuantas él se procuraba en Gazuolo ó en el campo, para hablar con Giulia y hacerle revelación de su ferventísimo amor, dirigiendo siempre su esfuerzo á convencerla de su encarecimiento, ó á producir la llama que nada encendía dentro de aquel heladísimo pecho. Todo en vano. Por mucha que fuese la elocuencia del camarero, jamás logró que ella se apartase de su casto propósito, antes le rogaba en todo punto que la dejase en paz y no le diese enojo. El desdichado amante, cuyo corazón iba fieramente royendo la carcoma de amor que en él se encerraba, tanto más sentía abrasarse cuanto más dura é irreducible se mostraba ella, y tanto más porfiadamente la perseguía, afanándose por volverla piadosa y blanda á sus apetitos; esfuerzo que todo era en vano.

Envióle, para que la hablase, una vieja con modos y traza de santa mujer; la cual desempeñó su oficio con suma diligencia, agotando esfuerzos y lisonjeras palabras con el fin de ablandar el duro desdén de la casta doncella; pero se hallaba ésta con tal firmeza preparada, que ni una sola frase de aquella vieja traidora pudo penetrar en su pecho; de todo lo cual se enteró el ferrarés con la más fiera desesperación del mundo y menos que nunca inclinado á desistir de su porfía, puesto que no podía convencerse de que á fuerza de rogar, de servir, de amar y de perseverar, no hubiera de vencer la brava dureza de Giulia; y tal animaban estos pensamientos su esperanza, que llegaba á darse por imposible que á más ó menos tardar la hermosura de la doncella no debiese quedar por suya. Esto era, como suele decirse, echar la cuenta sin la huéspeda.

Viendo, pues, que de día en día se mostraba ella más sorda, y que cuando le veía se apartaba de él como pudiera hacerlo de un basilisco, quiso mudar

de conducta y experimentar si lo que no habían conseguido las súplicas y el rendimiento, lo podrían conseguir los dones, reservándose para el último caso el empleo de la fuerza.

Volvió á hablar con la malvada vieja y le dió algunos regalillos no de mucho valor, para que fuese á ofrecerlos de su parte á la empedernida Giulia. Partió la vieja y encontró á Giulia sola en su casa, y como se proponía vencerla á favor del ferrarés, empezó por mostrarle los presentes que éste le enviaba. Mas la honesta muchacha cogió todo lo que la vieja traía y saliendo á la puerta lo arrojó á la calle, despidiendo al propio tiempo de su casa á la vieja traidora, diciéndole que si volvía á importunarla iría á Roma á exponer queja de todo á Madama Antonia.

La vieja recogió los presentes que estaban sembrados por la calle y se volvió en busca del ferrarés, para decirle que la doncella era imposible de rendir y que ya no atinaba ella con medio humano de alcanzarlo.



El joven estaba, á todo esto, del peor humor del mundo. De buena gana hubiera renunciado á su empeño; pero lo mismo era concebir esta idea, que sentirse la muerte en el alma. Al fin, no pudiendo ya el infeliz y ciego

amante soportar aquel desdén con que era pagada su pasión, deliberó arrostrando todos los riesgos, que si venía una ocasión rodada había de tomar por fuerza lo que Giulia no quería otorgarle de buen grado.

Había en la corte episcopal un palafrenero de monseñor el obispo, grande amigo del ferrarés y aun, si mal no recuerdo, natural también del mismo Ferrara. Á este amigo descubrió el camarero la ardentísima llama que le abrasaba, explicándole además cómo y cuánto se había afanado por despertar en el pecho de la muchacha un poco de compasión, y cómo ella se le había mostrado más dura y áspera que un escollo marino, de suerte que no había podido ablandarla ni con ruegos, ni con dádivas.

—Así, pues—decía él—en vista de que no me es dado vivir si mis deseos no se satisfacen y sabiendo cuánto me aprecias tú, te ruego me prestes tu ayuda para el logro de mi propósito. Ella sale á menudo al campo sin compañía, y allí, como los trigos ya están bastante altos, podremos cumplir nuestro intento.

El palafrenero sin mas pensarlo ni hablarlo, le hizo promesa de que estaría á su lado para todo cuanto quisiese; y habiéndose puesto el camarero á espiar todos los pasos y acciones de Giulia, enteróse un día de que salía sola de Gazuolo. Llamó consigo al palafrenero y se dirigió á donde la joven estaba ocupada en no sé qué labor del campo.

Ella, que se veía sola, rogó al joven que no le diese más enojo, y temiéndose ya cualquier desmán, tomó camino para regresar á Gazuolo. Pero el mancebo no quería que le escapase la presa que ya tenía en la mano; afectó deseo de acompañar á la muchacha junto con su amigo y todavía la instó con frases humildes y amorosas para que tuviese piedad de su tormento. Respondía ella menudeando los pasos sobre el camino y siguiendo temerosamente hacia su casa; y así, ca-

minando sin dar ella contestación hablada á una sola palabra de cuantas le decía el joven, llegaron los tres á un ancho campo de mieses por el cual era necesario atravesar.

Era el penúltimo día de mayo, cerca de medio día; y era el sol ardoroso como de tal estación, solitario el campo y remoto de todo lugar habitado. Y no bien hubieron en el campo entrado, el joven ciñó con sus brazos el cuello de Giulia y la quiso besar; ella quiso huir y se puso á gritar socorro, pero cogida súbitamente por el palafrenero, hubo de ceder y caer en tierra. Aplicóla el cómplice una mordaza para que no gritase y to-



mándola en seguida entre los dos condujéronla á viva fuerza un buen trecho lejos de la senda que atravesaba el campo ; allí , mientras la sujetaba el palafrenero las manos, el desenfrenado mozo violó á la niña indefensa y amordazada.

La triste lloraba amarguísimamente y con gemidos y sollozos manifestaba su imponderable pena; mas el camarero despiadado, pese á tan fiera desesperación, segunda vez incurrió en su delito, gozando en ella todo el deleite que le plugo. Hizo luégo que su amigo le quitase la mordaza y con expresiones cariñosas comenzó el intento de apaciguarla, prometiéndole que jamás la abandonaría y que había de procurar la manera de que se casase con comodidad. Ella á todo esto no respondía sino rogando que la dejasen libre y la permitiesen volver á su casa, y seguía llorando amargamente. Aún ensayó de nuevo el joven consolarla con dulces frases, con lisonjeras promesas y con dinero que quiso hacerla aceptar; mas todo era como predicar á un sordo, y cuanto más se empeñaba él en darle consuelo, más copiosas vertía ella sus lágrimas.

Vió, con todo, que el mancebo no cejaba en sus razones, y entonces hubo ella de decirle así:

—Joven, has hecho de mí lo que has querido y saciaste ya tu apetito deshonesto. Suplícote ahora que te vayas y me dejes en libertad. Séate bastante lo que has hecho, que en verdad ha sido demasiado.

El amante hubo de temerse que el deshecho llanto de Giulia le descubriese; y como viera que era en vano cuánto se fatigaba por reprimirla, consideró que el mejor partido era abandonarla y marcharse con su compañero, como en efecto lo realizó.

Largo rato se quedó Giulia llorando amargamente su violada virginidad; luégo compuso como pudo el desorden de su vestido y enjugándose los ojos echó á andar hacia Gazuolo y se fué á su casa. En esta no se

encontraban ni su padre, ni su madre; en aquel momento sólo se hallaba allí una hermana suya, de diez á once años de edad, que por haberse sentido algo enferma no había salido aquel día al campo.

Así que entró en su casa, Giulia fué á abrir un cofre en el cual tenía guardadas todas sus frioleras. Desnudóse en seguida de toda la ropa que llevaba puesta y se puso una camisa limpia, vistiéndose encima un camisón de muselina, blanco como la nieve y una gorguera de encaje blanco labrado, con un delantal de batista que no solía ella ponerse más que los días de fiesta. Y se puso también unas medias blancas y zapatos encarnados. Arreglóse luégo el cabello tan ligeramente como pudo y se rodeó al cuello un collar de ámbares amarillos. En una palabra, se adornó con las más bellas galas que se halló tener, lo mismo que si pensara ir á enseñarse en la más solemne fiesta de Gazuolo. Después llamó á su hermanita, hízole dón de todas las demás cosas que le pertenecían, y tomándola de la mano salió con ella, cerró la puerta de la casa y se fué en dirección á la de una vecina, mujer ya muy anciana, que yacía en la cama, gravemente enferma.

Á esta buena mujer refirió Giulia, llorando todavía, el suceso de su desventura; y á continuación la habló de esta manera:

—No quiera Dios que siga viviendo, después de perdido el honor, que era la causa de mi vivir. Jamás he de verme en el caso de que nadie me señale con el dedo ó me diga en mi cara: «Esta es la gentil doncella que ha parado en cortesana y ha afrentado á su familia, y que debería esconderse si tuviera conocimiento.» No quiero que á ninguno de los míos sea echado en cara, que he complacido al camarero por mi flaqueza y voluntad. Mi muerte manifestará á todo el mundo y dará ciertísima fe de que si mi cuerpo ha sido por la fuerza violado, siempre mi ánimo se mantuvo libre.

He querido que me oyerais estas pocas palabras, para que pudiéseis referirlo todo á mis pobres padres, asegurándoles que jamás hubo en mí consentimiento de satisfacer el deshonesto apetito de mi deshonrador. Dios os tenga en paz.

Dicho esto, salióse á la calle y comenzó á caminar de prisa con dirección al Oglio, é iba siguiéndola su tierna hermanita llorando sin saber por qué.

Llegó Giulia al río, avanzó la cabeza y se lanzó en el cauce profundo; y como el llanto de la hermanita hubo de acrecentarse al verlo, y sus gritos de espanto eran tan fuertes que llegaban al cielo, acudió mucha gente, pero ya era tarde, pues como la muchacha se había sumergido en el río voluntariamente y con propósito de ahogarse, real y efectivamente se ahogó.

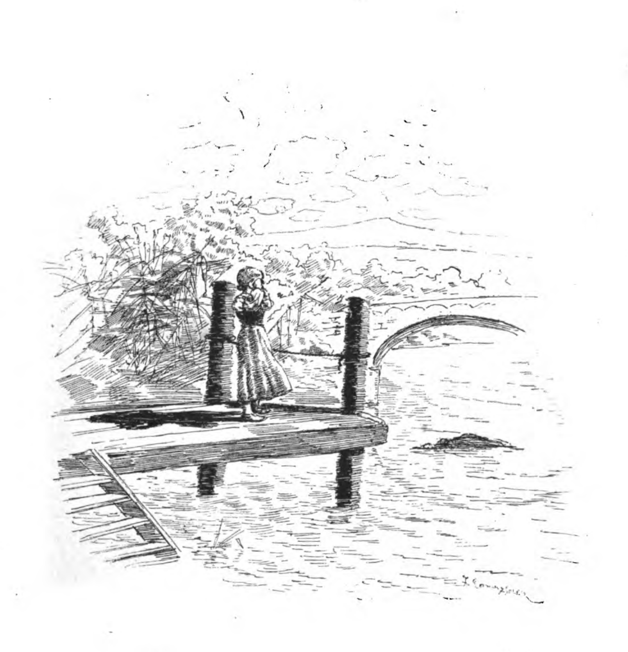
El señor obispo y Madama, enterados ambos del tristísimo suceso, mandaron que se buscase su cuerpo, en tanto que el camarero se puso en fuga acompañado del palafrenero.

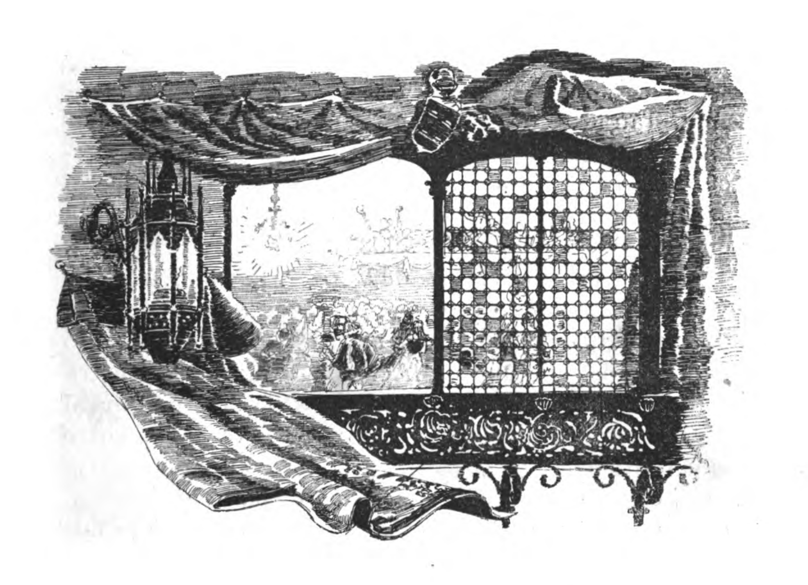
Fué hallado el cuerpo, y como se divulgase el motivo por el cual la joven se había dado muerte, prodújose un llanto universal entre todas las mujeres y aun entre los hombres del país, que también éstos tuvieron lágrimas para honrar la memoria de la desdichada.

Ya qué no se la podía enterrar en sepultura sagrada, el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo mandó que hasta tanto que no se la construyera un sepulcro de bronce, fuese enterrada en una hoya que se abrió en el centro de la plaza pública, donde todavía está, y mandó también que encima se colocase una columna de mármol que aún en dicho sitio se puede ver.

Y en verdad considero yo, que tal cual fué su proceder y su clase, esta Giulia nuestra no es digna de menor alabanza que la que se tributa á la Lucrecia romana; antes, si bien se considera, la merece mayor; que á la naturaleza tan sólo hay que acusar de que tan

alto y generoso espíritu como el que tuvo Giulia, no naciese en más noble cuna. Á bien que harta nobleza lleva consigo aquel que de la virtud es vasallo y antepone el honor á todas las demás cosas del mundo.





NOVELA SEGUNDA

Desventurada muerte de dos infelicísimos amantes, el uno de veneno, el otro de dolor; con otros varios accidentes (1).

Ya en tiempo de los señores de la Scala, existieron en Verona dos familias entre las demás famosas por su nobleza y fortuna, esto es, los Montecchi y los Capelletti, los cuales, fuese por la causa que fuese, vivían reñidos en cruda y sangrienta enemistad;

(1) Esta relación de los amores de Romeo y Julieta, fué la primera que se escribió en Italia, según hemos manifestado en el estudio que encabeza este libro. Justo es, por lo tanto, que se reconozca á Mateo Bandello la gloria de haber sentido el primero la belleza de la tradición, legándola á la popularidad inmensa que posteriormente alcanzó.—El T.

de suerte que, como ambas casas eran poderosas, muchos eran los que habían muerto en diferentes refriegas, así Montecchi como Capelletti, é igualmente secuaces que por unos ú otros tomaron partido, siendo esto ocasión de que el odio se acrecentase más de día en día.

Era por entonces señor de Verona, Bartolomé Scala, y éste se esforzó empeñadamente por apaciguar á las dos razas, pero jamás pudo alcanzarlo, ¡ tan arraigado vivía el odio en aquellos pechos ! Sin embargo, logró reducirlos á un punto que si no era la paz, evitaba al menos las pendencias que á menudo trababan entre sí con muerte de sus hombres; y así, cuando ocurría que se hallasen algunas personas de los dos bandos, los jóvenes cedían el paso á los viejos de la otra facción.

Acaeció, pues, que un año, después de la Navidad, empezaron á celebrarse fiestas á las cuales concurrían muchos enmascarados, y Antonio Capelletto, cabeza de su familia, dispuso dar una de aquellas, bellísima, á la cual fué invitado lo más selecto de la nobleza así en caballeros como en damas. Allí se reunió la mayor parte de la florida juventud veronesa, y entre los jóvenes estuvo Romeo Montecchio, cuya edad era de veinte á veinte y un años, y que gozaba fama de ser el más apuesto y cortés mozo de Verona. Iba enmascarado y así entre los demás jóvenes penetró en la casa de los Capelletti, siendo ya avanzada la noche.

Hallábase entonces Romeo locamente enamorado de cierta noble dama, á la cual tenía entregado su albedrío hacía más de dos años; pero aunque él no cesaba de seguirla á la iglesia ó á donde fuese, nunca ella le había hecho merced de una sola mirada. Una y otra vez la había él escrito billetes y mandado embajadas, sin que lograra endulzar la rígida aspereza de la dama, la cual tan rigurosa se mostraba que no accedía ni á

pagar con un gesto siquiera de atención, la porfía del apasionado mancebo. Este sufría con ello grave infortunio, tan imposible para él de sobrellevar, que instigado por su extremo dolor hubo de tomar el acuerdo de partirse de Verona y permanecer ausente uno ó dos años viajando por Italia y macerando de este modo aquel desenfrenado apetito. Mas vencido por el ferviente amor que á la dama tenía, reprochábase en seguida por haber dado acceso á una tan loca idea y decidía no partir, dado que hubiera sabido hacerlo.

Unas veces hablaba consigo de este modo:

—Cese ya mi corazón de amar á esa mujer, pues veo claramente por mil indicios que mi esclavitud le pesa. ¿Por qué seguirla á donde quiera que va, si el galantearla de nada me aprovecha? Antes me conviene mejor no acudir á la iglesia ni á parte alguna donde ella se encuentre; pues así, no viéndola, este fuego mío que de sus bellos ojos recibe pasto y alimento, irá extinguiéndose poco á poco.

Pero ¡qué vana ilusión! Todos sus propósitos le salían frustrados: que cuanto ella se mostraba con él más severa y cuanto menos podía él fundar una esperanza, tanto más su amor crecía, y el día que no la miraba parecíale no haberlo vivido.

Viéndole perseverar con tal fervor y constancia en este amor, varios amigos suyos concibieron temores de que tal pasión acabase con él, por lo cual en distintas ocasiones le amonestaron dulcemente exhortándole á que se disuadiese de aquella empresa. Pero así atendía Romeo á estas leales amonestaciones y sanos consejos, como la dama á todos los pasos y extremos que él hacía.

Tenía Romeo entre sus amigos uno á quien más particularmente dolía que anduviese en pós de la ingrata dama, sin esperanza de galardón, malgastando el tiempo de su juventud y la flor de sus años;

y movido de este pesar, una vez, entre otras, dijo á Romeo estas palabras:

—Romeo, pésame porque te amo como á un hermano, verte de tal manera deshacerte lo mismo que la nieve al sol. Y puesto que harto ves que todo cuanto haces y malogras (malográndolo sin honor y sin provecho), no puede reducir á esa mujer al término de amarte, y que nada te ayuda de todo lo que tú empleas, antes al contrario, la encuentras más desdeñosa de día en día ¿por qué fatigarte en vano? Locura rematada es querer que una cosa, no ya difícil, sino imposible, se haga fácil y llana. Harto ves tú que ella no te concede el menor cuidado. Quizás tenga algún otro amante para ella tan grato y querido, que no lo abandonara por el mismo emperador. Eres joven, quizás el más gallardo que se encuentre en nuestra ciudad; eres—séame lícito decirte la verdad,—cortés, virtuoso, amable, y sobre el adorno de la juventud, ostentas el de la ilustración; hijo único de tu padre, estás llamado á heredar sus riquezas cuantiosísimas, conforme todo el mundo sabe. ¿Acaso se muestra contigo avaro? ¿Te reconviene acaso por lo que gastas ó lo que das, según en gusto te viene? Di más bien que él es un servidor de tus antojos, que por darte placer se afana, y que te deja hacer cuanto tienes voluntad. Vuelve, pues, en ti, reconoce el error en que vives constantemente; arranca de tus ojos la venda que los ciega y no te deja ver el camino que debes seguir; rescata de ese estado á tu espíritu y trata de dárselo á mujer que sea digna de ser su dueña. Muévete á justo desdén, mucho más poderoso en los reinos del Amor, que no pueda serlo Amor mismo. Empiezan ahora aquí las fiestas y las máscaras; vé á todas las fiestas, y si por acaso vieses en alguna á aquella de quien has sido por tanto tiempo inútil esclavo, ni aun la mires, sino mírate á ti en el espejo del amor que la has teni-

do, y á buen seguro que halles compensación á los males que estás pasando, pues entiendo que ha de despertarse en ti un desdén tan justo y razonable, que él ha de ser freno de ese tu desatinado apetito y causa de que recobres tu libertad.

Otras muchas razones que ahora no expreso, empleó aquel fiel amigo para exhortar á su Romeo, moviéndole á abandonar su desgraciada empresa. Romeo escuchó pacientemente todo lo que su amigo le dijo y estimándolo sabio consejo, resolvióse á ponerlo por obra.

He aquí por qué el joven comenzó á frecuentar las fiestas. En ellas vió repetidamente á la desdeñosa dama; y cuando esto le acontecía, jamás volvía los ojos á mirarla, antes bien se afanaba mirando y contemplando á las demás, para elegir aquella que mejor le pluguiese, lo mismo que si estuviera en un mercado comprando caballos ó telas.

Por aquellos días fué cuando Romeo concurrió enmascarado, según se ha dicho, al baile de los Capelletti, pues aunque de ellos fuese poco amigo, no se hacían entonces ofensa. El mancebo estuvo largo rato con la máscara puesta; se la quitó después y fué á sentarse en un ángulo desde el cual veía cómodamente todo lo que ocurría en el salón, el cual iluminado con multitud de luces, estaba tan claro como en medio del día. Todos los circunstantes miraban á Romeo y singularmente las damas, maravillándose de verle tan libremente acomodado en semejante casa. Sin embargo, como el joven, sobre ser gallardísimo, era por todo extremo cortés y galante, tenía ganado el ánimo y el amor de todo el mundo. Sus enemigos, por otra parte, no se fijaban en él, como lo hubieran hecho á tener el mozo más adelantada edad.

Allí, pues, se encontraba Romeo distrayéndose en considerar la belleza de las mujeres que concurrían al baile, y á unas ú otras según su gusto alababa más ó

menos y sin tomar parte en la danza. Divertido estaba en tales contemplaciones, cuando se presentó á su vista una doncella gentil sobre todo exceso, á la cual no conocía. Hubo de agradarle tan infinitamente, que juzgó no haber visto jamás otra gracia y hermosura mayores que aquellas, y cuanto más atentamente la consideraba, parecíale que la belleza se iba haciendo más bella y que las gracias iban adquiriendo mayor encanto. Comenzó á galantearla muy amorosamente, sin acertar á separar la vista de ella, y en medio del placer inusitado que experimentaba viéndola, propúsose en sus adentros dedicar todo su esfuerzo á conseguir la gracia y el amor de la doncella, y así se extinguió en su pecho el amor que por la otra dama sentía, vencido por este nuevo que rompió en llamas para no acabarse nunca jamás sino con la muerte.

Perdido ya Romeo en este ideal laberinto, no atendía á otro anhelo que el de apacentar sus ojos con la vista de la joven, sin que le asaltara el deseo de averiguar quién ella fuese; minuciosamente observaba todos sus actos, bebiendo así el dulce amoroso veneno, mientras alababa todas las prendas y todos los gestos que en ella descubría. Estaba el joven, como ya se ha dicho, sentado en un ángulo del salón, por cual sitio pasaban todas las parejas cuando se bailaba. Giulietta, que este era el nombre de la niña que á Romeo tanto agradaba, era hija del dueño de la casa y autor de la fiesta; tampoco ella conocía á Romeo, pero le veía allí, y le parecía el mozo más gentil y agradable que pudiera hallarse, y mirándole maravillada recreaba su vista, enviándole además de cuando en cuando alguna mirada furtiva y tierna, con el corazón poseído de cierta dulzura que se lo inundaba de gozoso y extraviado placer. Sentía la joven un vivo deseo de que Romeo se resolviese á bailar, para poderle ver mejor y para experimentar si de sus labios se vertía tanta dulzura



como la que sin medida le daban á gustar sus ojos cada vez que en estos ponía ella los suyos; pero él permanecía sentado, sin demostrar el menor intento de participar en la danza. Todo su estudio consistía en galantear á la doncella, la cual no pensaba en otra cosa que en mirarle, y de tal manera se cruzaban las miradas de los dos, mezclándose los fogosos rayos de sus pupilas, que prestamente se comprendía el amante sentimiento que en ambos se despertaba; pues además de encontrarse sus miradas, cada vez que esto sucedía sus pechos llenaban el aire de enamorados suspiros, echándose de ver que todo su afán de aquel instante se cifraba en poderse hablar para revelarse mutuamente su ardoroso afecto.

En tal estado de mutuo embebecimiento les halló el fin de aquel baile y dió principio otra especie de danza, llamada de la antorcha y conocida por otros con el nombre de danza del sombrero. Para entrar en este juego una dama invitó á Romeo, el cual hizo su parte según debía, entregó la antorcha á otra dama y fué á colocarse junto á Giulietta, como lo requería el orden de la evolución, y la tomó de la mano con imponderable placer de una y de otra parte. Hallábase la niña colocada entre Romeo y otro caballero, llamado Marcuccio el bizco, hombre de corte, muy agradable y generalmente bien querido por su frase risueña y por lo diestro que era en ocurrencias y bizarrías; siempre tenía á mano algún cuentecillo con que hacer reir á su auditorio y así buenamente, sin ofender á nadie, se divertía como lo manda Dios. Distinguíase además por la particularidad de tener siempre, en invierno, en verano y en toda estación, las manos más frías y heladas que un carámbano de los Alpes, de suerte que aunque se las abrasase al fuego, nunca podía entrarlas en calor. Giulietta, que tenía á Romeo á la izquierda y á Marcuccio á la derecha, sintió el deseo de oir hablar á

aquél, no bien le hubo tomado la mano, y por esto volviendo á él su semblante risueño, le dijo con temblorosa voz:

—¡Bien haya el momento en que os acercáis á mí!

Y así diciendo, le apretaba amorosamente la mano.

El joven, que era perspicaz y no tenía nada de corto, respondió estrechándole á su vez la mano con ternura, y de este modo la habló:

—Decidme, señora mía; ¿qué bendición es esa con que me habéis acogido?

Y mirándola con ojos que gritaban piedad, esperó la respuesta de ella, anhelante y pendiente de sus labios.

Ella repuso entonces, riendo dulcemente:

—No os maraville, gallardo joven, que yo bendiga vuestra venida. Es que este buen señor Marcuccio me está dejando toda helada con el frío de su mano, y vos me volvéis en calor con el delicado contacto de la vuestra.

—¡Oh, señora mía!—contestó prontamente Romeo. —Sea cual fuere la cosa en que yo os sirva, es para mí placer muy grato; que no anhelo en el mundo gloria mayor que la de serviros y he de tenerme por venturoso siempre que os dignéis ordenarme algo como á un humilde criado vuestro. Y ahora os digo, que si yo con el contacto de mi mano os hago entrar en calor, vos con el fuego de vuestros hermosos ojos me abrasáis, y os juro que, como no me prestéis auxilio para que pueda resistir este incendio, no habéis de tardar mucho en verme perecer abrasado y convertido en ceniza.

Apenas tuvo tiempo el joven para acabar de decir estas últimas palabras, cuando el juego de la antorcha llegó á su fin, lo cual fué causa de que Giulietta, encendida de amor, suspirando y estrechando á aquél la mano, no tuviese espacio para darle otra contestación que esta:

—¡Ay de mí! ¿Qué puedo yo deciros, sino que ya soy más vuestra que mía?

Despedíase el concurso de la fiesta, y Romeo aguardaba para saber á dónde la doncella se dirigiría; mas estuvo aguardando en vano y no tardó en comprender claramente que aquella era hija del dueño de la casa, acabando de certificarse por el informe de un amigo suyo á quien preguntó sobre varias damas de las presentes. Grande desagrado sacó de esta averiguación, pues tuvo desde luégo por cosa arriesgada y de mucha dificultad, llegar á conseguir el término deseado de aquel amor. Pero la herida ya estaba abierta y el amoroso veneno muy profundamente ingerido.

Por otra parte, Giulietta, ganosa de adquirir noticias del joven de quien se sentía esclavo todo su sér, llamó consigo á una sirvienta vieja que tenía, la cual la había criado, entróse con ella en una cámara, y llegándose á la ventana, á la cual llegaba el resplandor con que iluminaban la calle gran número de hachas encendidas, empezó Giulietta á preguntar á la criada, quién era aquel que tal ó cual vestido tenía puesto, y quién aquel otro que llevaba la espada en la mano, y quién el de más allá, y de esta suerte siguió hasta preguntarle quién era el apuesto joven que salía con el antifaz en la mano. La buena vieja, que casi á todo el mundo conocía, iba nombrándole á unos y otros y como también conocía perfectamente á Romeo, dijo á la niña quién era él.

Al escuchar el apellido de Montecchio, la joven quedó medio aturdida, reconociendo la imposibilidad de que su Romeo llegara á ser su esposo, á causa de la fuerte enemistad que existía entre las dos familias; sin embargo, no dejó conocer señal alguna de su descontento. Acostóse luégo, pero poco ó nada durmió aquella noche, desvelada su mente por mil pensamientos diversos; mas disuadirse de amar á su Romeo, esto

ni lo podía ni lo quería, que de él se sentía entrañablemente enamorada. Representábasele la increíble belleza de su amado, y deslumbrada con este recuerdo, cuanto más difícil y peligrosa veía aquella empresa, tanto más parecía que, conforme iba menguando la esperanza, se le acrecentaba el deseo. Así combatida por dos contrarios pensamientos, el uno dándole ánimo de conseguir su soñado intento, el otro cerrándole tenazmente el paso por todo camino, repetía á cada instante para sí misma:



—¿Por qué me dejo así llevar de mi desordenado afán? ¿Sé yo, necia, si por ventura Romeo me ama? ¿No puede ese joven haberme dirigido astutamente sus palabras, para engañarme y obtener de mí favores no honestos que le dieran lugar á escarnecerme luégo y á convertirme en mujer vulgar, estimando ser éste modo oportuno de vengar la enemistad que cada día reina más enconada entre sus parientes y los míos? Pero no; no cabe tanta falacia en aquel ánimo generoso, incapaz de sorprender con engaños á quien le ama y le adora. No pueden ser tales los efectos de sus encantos, pues si el rostro es indicio manifiesto del ánimo, no es posible que tras de él se esconda un corazón tan empedernido y despiadado. Antes me siento en el alma, que de tan bello y apuesto doncel no se puede esperar otra cosa que amor, nobleza y cortesanía. Pero supongamos ahora, que verdaderamente, como me inclino á creer, él me ame y me quiera por su legítima esposa: ¿no debo en razón pensar, que mi padre no

ha de consentirlo jamás? Mas ¿quién sabe si por medio de ese nuevo parentesco, no se podría establecer entre nuestras dos familias una perpetua concordia y firme paz? He oído decir que por medio de un matrimonio se ha restablecido el acuerdo, no solamente entre villanos y señores, pero también muchas veces entre poderosos príncipes y reyes, que se habían hecho cruda guerra, la cual se ha trocado en sosiego y en amistad cumplida, con satisfacción y gusto de todos. ¿Por qué no habría de ser yo la destinada á poner en reposo estas dos razas?

En este pensamiento encerrada, mostrábase á Romeo siempre sonriente, cada vez que acertaba á verle pasar por la calle; merced que él recibía con profundisimo gozo, pues á pesar de que él también vivía con sus pensamientos en continua guerra, y ora esperaba, ora se desesperaba, no dejaba por esto de pasar por delante de la casa de su amada, lo mismo de día que de noche, sin considerar el grandísimo peligro en que se ponía, que todo se lo hacía olvidar la sonrisa y buen acogimiento que le hacía Giulietta, inflamándole más y más y atrayéndole invenciblemente á aquella calle.

La estancia de Giulietta tenía una ventana que caía sobre una callejuela muy estrecha, y al otro lado, enfrente, había un portal. Pasando Romeo por la calle ancha contigua, llegaba á la esquina de la callejuela y desde allí veía frecuentemente á la doncella que se asomaba á la ventana, siempre mostrándo plácido semblante y dándole á entender cuán gustosamente le veía. Rondaba el joven de noche, y siempre se detenía en la callejuela, tanto porque ésta era tranquila y poco frecuentada, como porque estando vecino á la ventana, algunas veces oía la voz de su enamorada. Y acaeció, que hallándose él en dicho sitio una noche, ya porque Giulietta le oyese, ya por otra razón cualquiera, abrió ella la ventana. Romeo se retiró al portal, mas no tan

aprisa que ella no le conociese, pues la luna iluminaba con su esplendor la callejuela.

Ella, que se hallaba sola en la cámara, llamó suavemente al joven y le dijo:

—¿Qué hacéis aquí, Romeo, solo en tal sitio y á tal hora? Si llegaban á sorprenderos, desdichado, ¿qué sería de vos y de vuestra vida? ¿No sabéis la fiera enemistad que reina entre los vuestros y los nuestros, y cuántos han perecido ya, inmolados á ella? No hay duda que seríais cruelmente asesinado, de lo cual sobre seguirse daño para vos, se seguiría poca honra para mí.

—Señora mía,—respondió Romeo,—el amor que os consagro es la causa de que yo venga aquí á esta hora. No dudo un momento que si en este sitio me sorprendiesen los vuestros, tratarían de asesinarme, pero yo me esforzaría cuanto mis débiles fuerzas alcanzasen por defenderme como bueno, y yo os juro que aun cuando me viese acometido por incontrastable fuerza, había de hacer lo posible para no morir solo. Además, si de todos modos he de morir en esta amorosa empresa, ¿cuál muerte más afortunada puede ocurrirme, que caer cerca de vos? Por lo que á vuestro honor toca, jamás creo poder ser ocasión de que se manche en una mínima parte; que para conservarlo limpio y famoso tal como está, yo le consagraría toda mi sangre. Con todo, si en vos pudiese tanto el amor por mí como en mí puede el amor por vos, y tanto os importase de la vida mía como á mí de la vuestra me importa, harto procuraríais alejar todos esos peligros é hiciérais que yo obtuviese el mayor contento que nunca en la tierra nadie haya soñado.

—¿Y qué quisiérais vos que yo hiciese?—dijo Giulietta.

—Quisiera—contestó Romeo—que me amaseis vos como yo os amo, y que me dejaseis entrar en vuestra

cámara, donde pudiera con mayor holgura y menos exposición, manifestaros la grandeza del amor mío y la acerbísima pena que por vos estoy sufriendo continuamente.

Á estas palabras respondió Giulietta movida de cierta ira y turbada:

—Romeo, vos conocéis el amor vuestro y yo conozco el mío. Sé que os amo cuánto se puede amar á un hombre y aun más acaso de lo que á mi honor conviene; pero entended bien que si acaso imagináis hacerme vuestra de otro modo que por el honrado vínculo del matrimonio, os encontráis en un grave error y muy distante de mis propósitos. Y porque entiendo que frecuentando vos estas vecindades podríais fácilmente caer en asechanza de algún malévolo, lo cual no me dejaría un solo instante de calma, concluyo por deciros que si deseáis vos pertenecerme en igual medida que yo perteneceros cordialmente deseo, ha de ser tomándome por esposa legítima vuestra. Si así lo hacéis, yo presta me hallaré siempre á acudir á donde bien os plazca. Si pensáis de otro modo, id y allá os acomodad con vuestros proyectos, y dejadme á mí que viva en calma con mi estado.

Romeo, que no apetecía otra cosa, contestó gozosamente á lo que acababa de oir, diciendo que aquel era justamente todo su deseo y que cuando la pluguiese se desposaría con ella del modo y forma que quisiera ordenarlo.

—Está bien—añadió Giulietta.—Así pues, para que este asunto nuestro se conduzca ordenadamente, quisiera que nuestros desposorios se celebrasen en presencia del reverendo padre Lorenzo de Reggio, mi confesor.

Así lo convinieron, quedando en que Romeo iría el día siguiente á tratar de ello con dicho fraile, con quien gozaba de mucha familiaridad.

Era este fraile de la orden de menores, maestro en teología, gran filósofo, entendido en muchas materias, admirable destilador y práctico en las artes de magia. Proponíase el buen padre mantenerse en buena opi-



nión del vulgo y gozar en paz de sus deleites mentales, y por esta razón cuidaba de hacer sus estudios y experimentos con toda la posible cautela, y para cualquiera eventualidad que pudiera ocurrirle, cultivaba siempre la amistad de alguna persona reputada y noble, en quien pudiera apoyarse. Entre otros amigos que en Verona le favorecían, contábase el padre de Romeo, caballero de gran crédito y muy estimado de todo el mundo, el cual abrigaba el convencimiento de que aquel fraile era santo. El mismo Romeo le amaba también devotamente y era de él correspondido con íntimo

afecto, pues conceptuaba al joven como prudente y animoso. Y no tan sólo era frecuentador de la casa de los Montecchi, sino que asimismo gozaba de estrecha confianza con los Capelletti, y recibía en su confesonario á la mayor parte de la nobleza de la ciudad, así á los caballeros como á las damas.

Despedido, pues, Romeo de Giulietta, luego de acordar lo que se ha dicho, separóse de su amada y se dirigió á su casa, y al día siguiente se fué al convento de San Francisco, donde narró al fraile la historia de su amor y la resolución que había tomado con Giulietta. Fray Lorenzo oyó el relato y prometió al mozo hacer todo lo que le demandaba, tanto porque no podía negar á aquel cosa alguna, como porque hubo de darse á entender que por este medio podría pacificar los odios de los Capelletti y los Montecchi, y conquistarse más y más la gracia del noble Bartolomé, cuyo vivo deseo era ver establecida la paz entre las dos familias y que terminasen en la ciudad los tumultos y las refriegas.

Esperaron los dos amantes una ocasión para confesarse y dar en seguida cumplimiento á lo que tenían proyectado. Llegó en esto la cuaresma, y para mayor seguridad de sus planes, Giulietta decidió confiarse á la criada vieja que dormía en su compañía, como así lo hizo en cuanto vino rodada una oportunidad. Bien se propuso la buena anciana disuadir á su señora del empeño en que se hallaba puesta, y bien agotó para lograrlo todas sus razones; pero nada le fué de provecho, antes bien hubo de ceder á los ruegos de Giulietta, hasta el punto que ésta la redujo á encargarse de llevar una carta á Romeo.

El amante leyó lo que ella le escribía, y se tuvo por el hombre más venturoso de la tierra; y bien tenía motivo, que lo que en el papel iba escrito era una cita para que á las cinco de la madrugada fuese á hablar

con la doncella por la ventana de la callejuela, con advertencia de que llevase consigo una escala de cuerda.

Contaba Romeo con un fidelísimo servidor, al cual se había confiado en mil negocios de suma importancia, sin que nunca dejase de hallarle leal y dispuesto. Á éste hizo Romeo sabedor de su propósito, dándole el encargo de procurarse la escala de cuerda; y todo ya preparado, llegada la hora de la cita, el enamorado joven se fué con Pietro, que este era el nombre del servidor, y en el sitio designado encontró á Giulietta que le aguardaba. Conocióle ella, arrojó el hilo que preparado tenía, subió la escala atada á él, sujetóla ella á la reja con la ayuda de la criada que allí la asistía, y así quedó todo dispuesto para la subida del amante. Este subió animosamente y Pietro se retiró dentro del portal frontero.

La reja que guardaba la ventana era de hierros tan espesos, que difícilmente pasaba por ellos una mano. Á ella llegó Romeo, cambiando con Giulietta las primeras palabras de amoroso saludo. Y hecho esto, la joven á su enamorado de esta manera habló:

—Dueño y señor mío, á quien amo más que á la luz de mis propios ojos, sabed que os he hecho venir para enteraros de que he dispuesto con mi madre, que el viernes próximo vaya á confesarme, á la hora precisa del sermón. Ved de avisar á Fray Lorenzo que lo prevenga todo.

Romeo dijo que el fraile se hallaba ya advertido y dispuesto á hacer cuanto ellos deseaban, y tras de seguir conversando largo tiempo, todo el que bien les plugo, de sus amores y de sus lisonjas, Romeo descendió á la calle, soltó ella la escala y recogiéndola él se marchó acompañado de Pietro.

Quedóse Giulietta muy contenta, pareciéndole que duraba mil años cada hora que tardase en casarse con

su Romeo. Este, por su parte, iba discurriendo con su servidor, tan feliz que no cabía en sí de gozo.

Vino aquel viernes, y conforme estaba prevenido, madama Giovanna, la madre de Giulietta, salió acompañada de su hija y de sus doncellas, dirigiéndose á San Francisco, que entonces se hallaba situado en el arrabal, y entrado que hubo en la iglesia, mandó llamar á Fray Lorenzo. Este, que de todo estaba advertido y que ya anticipadamente había hecho entrar á Romeo en la celda de su confesonario, encerrándole dentro, salió al encuentro de la dama, quien al verle le dijo:

—Padre mío, he venido temprano para confesarme y aquí conmigo traigo también á Giulietta, porque no ignoro que tendréis todo el día ocupadísimo con el grande concurso de vuestros hijos espirituales.

Respondióle el padre, que en el nombre de Dios fuese todo hecho, y después de darle su bendición entróse nuevamente en el convento y penetró en el confesonario en el cual Romeo estaba encerrado. Giulietta fué, por otra parte, la primera que se acercó para confesarse; y entrada en la celda y cerrada la puerta, hizo señal de que ya estaba dentro. El fraile levantó entonces la celosía y después de cruzados los naturales saludos, habló á Giulietta en la siguiente forma:

—Hija mía, cónstame por lo que me ha dicho Romeo, que con él has determinado enlazarte, queriéndole tú á él por marido y queriéndote él á ti por esposa. ¿Os halláis ambos ahora en la misma disposición?

Respondieron los amantes que no deseaban otra cosa, y cerciorado el fraile de que tal era la voluntad de los dos jóvenes, tras haberles dirigido algunas exhortaciones referentes á la santidad del matrimonio y cumplidas aquellas fórmulas que la Iglesia ordena para el acto de unos desposorios, Romeo entregó el anillo á Giulietta, con grande alegría de uno y de otro.

Citáronse luégo para verse la próxima noche, besáronse por el hueco de la ventanilla y salióse Romeo cautamente de la celda y del convento, para irse muy gozoso adonde le pluguiera. El fraile volvió á colocar la celosía en el hueco del confesonario, acomodándola de modo que no quedara indicio de haber sido quitada, y hecho esto se puso á oir la confesión de la venturosa joven, de su madre y de las mujeres que la acompañaban.

Vino la noche, y á la hora convenida Romeo fué con Pedro á cierto lugar donde se levantaba una tapia, encaramóse por ella con la ayuda del servidor, bajó al jardín y en él encontró á su esposa que le aguardaba en compañía de la criada vieja. No bien distinguió Romeo á Giulietta, dirigióse á ella con los brazos abiertos. Otro tanto hizo Giulietta por su parte, y le ciñó el cuello y permaneció así suspendida largo espacio, poseída de soberana dulzura que le embargaba el acento.

Idéntico extremo de pasión dominaba al inflamado esposo, pareciéndole que jamás había gustado un placer semejante. Luégo comenzaron á besarse el uno al otro con infinito deleite é indecible contento, y retirándose luégo á un ángulo del jardín, rindiéronse mutuamente tributo de amor legítimo y consumaron el santo matrimonio. Romeo, á fuer de joven y enamorado, entregábase repetidamente á mil transportes; enseguida, puestos de acuerdo para volverse á ver otras veces y decidido que entre tanto harían que se hablase á messer Antonio, para que se inclinase á hacer las paces y reconocer el parentesco, Romeo salió del jardín besando mil y mil veces á su esposa, llevando consigo, en el alma, toda la gloria del paraíso.

—¿Dónde se hallaría hoy otro hombre—iba diciéndose—cuya felicidad pueda compararse con la mía? ¿Quién se iguala á mí en pasión amorosa, ni quién

puede llamar suya á una mujer más bella y más graciosa que la que yo llamo mía?

Por su lado Giulietta no se hallaba menos dichosa, pareciéndole imposible que se pudiese encontrar otro mozo más galán, más distinguido, más cortés, más gentil y mejor dotado de otras mil prendas iguales á las que en Romeo brillaban. Dábase á esperar con todo el afán del mundo, que las cosas se arreglarían de manera que sin sobresalto pudiese gozar el placer de llamar suyo a Romeo.

En tal estado, los esposos continuaron viéndose algunos días y otros no.

Fray Lorenzo, entre tanto, aplicaba toda su diligencia al objeto de establecer la paz entre los Montecchi y los Capuletti, y hallábase en vías de conducir las cosas á tan buen término, que ya se prometía alcanzar el reconocimiento del parentesco contraído por los amantes, con satisfacción de una y otra parte. Celebrábase en aquellos días la fiesta de la Pascua de Resurrección, y ocurrió que en un paseo contiguo á la puerta de los Borsari, hacia la parte de Castel Vecchio, un grupo de partidarios de los Capelletti topóse con algunos del bando de los Montecchi y les acometió furiosamente con las armas. Hallábase entre los Capuletti, Tebaldo, primo de Giulietta, joven valiente, el cual exhortaba á los suyos, inspirándoles coraje y aliento contra los Montecchi, é invitándoles á herir sin contemplación alguna. De este modo se enconaba la pelea, y auxiliados ambos partidos con el aumento de gente y de armas que iban llegando y se les juntaban, iban enardeciéndose á tal extremo, que se dañaban y herían mutuamente sin cuartel y sin miramiento.

Mas he aquí, que por acaso pasó por allí Romeo, que además de sus servidores, llevaba consigo á unos cuantos jóvenes amigos suyos, con quienes andaba por la ciudad solazándose. Turbóse el mozo profundamente

al ver á sus parientes que andaban á las manos con los Capelletti, a causa de que, enterado de las gestiones pacíficas que practicaba el fraile, hubiera querido que no surgiese reyerta alguna. Así, pues, para apaciguar el tumulto volvióse á sus compañeros y servidores, y les dijo en alta voz, que fué oída de muchos que en la calle estaban:

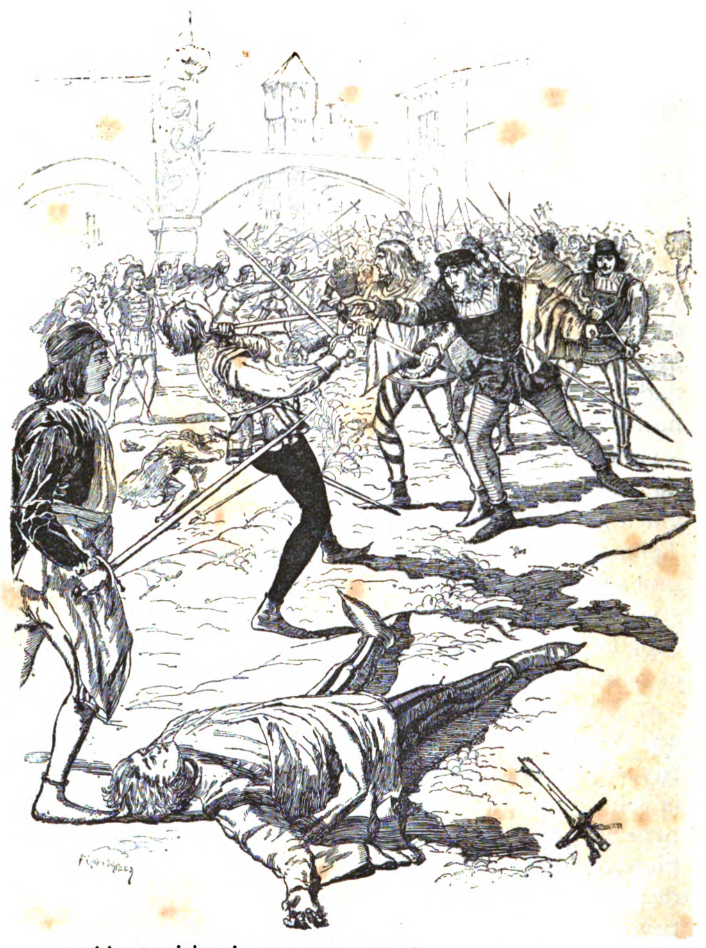
—Hermanos, pongámonos en medio de esta gente y procuremos de todos modos que la contienda no vaya más allá, antes esforcémonos en hacerles deponer las armas.

Y según había dicho, comenzó á separar á los suyos y á los otros ayudado por sus compañeros, probando de esta suerte con hechos y con palabras su deseo de que la riña no pasara adelante. Nada, empero, le fué dado conseguir, pues el furor de una y otra parte se hallaba en tal punto, que nadie cuidaba sino de herir á su adversario. Yacían por tierra dos ó tres de cada parte, cuando esforzándose todavía Romeo por obligar á los suyos á retirarse, vino á hallarse próximo á Tebaldo, el cual avanzando de través, tiró á Romeo una estocada al costado. Pero llevaba el joven puesta su coraza de malla, y por esto no fué herido, pues la espada no pudo atravesar el acero. Volvióse entonces el mozo á Tebaldo, y con amistoso acento le dijo:

—Tebaldo, grande error es el tuyo, si piensas que aquí vine yo para trabar cuestión contigo ni con los tuyos. Por azar me he hallado yo aquí, y me metí en la refriega para apartar de ella á los míos; que mi anhelo es que vivamos de hoy en adelante pacíficos y bienquerientes como á buenos ciudadanos corresponde; y así te ruego y exhorto á que hagas tú con los tuyos otro tanto, para que cese el escándalo, que harta sangre ha costado ya.

Estas palabras fueron oídas de casi todos los presentes; pero Tebaldo, ya porque no las oyese, ya porque

afectase no haberlas oído, respondió á Romeo en esta forma:



—¡ Ah, traidor ! ¡ muerto eres!

Y furioso se abalanzó contra él, amagándole un golpe á la cabeza; empero Romeo, que iba resguar-

dado por las mangas de la malla que siempre llevaba puesta, y además la capa arrollada al brazo izquierdo, cubrióse con ella y esquivó el golpe, y dirigiendo la punta de su espada contra el enemigo, hirióle rectamente en la garganta, pasándole de parte á parte, de modo que Tebaldo rápidamente cayó boca abajo en tierra y allí quedó muerto.

Levantóse con el lance grandísimo rumor de comentarios, hasta llegar á la corte del podestá, en tanto que los combatientes se ponían en fuga cada cual por distinto lado. Romeo, fuera de sí, dolido de haber matado á Tebaldo, se encaminó, acompañado de muchos de los suyos, á San Francisco, para refugiarse en la celda de fray Lorenzo. Al escuchar el buen padre la ocurrencia de la muerte de Tebaldo, no halló colmo á su desesperación, pues harto se dió á entender que ya no quedaba recurso humano para extinguir la enemistad de las dos familias.

Los Capelletti fueron todos unidos á querellarse ante Bartolomé, señor de Verona. Por otra parte, el padre de Romeo, quien seguía escondido, se presentó acompañado de los primeros miembros de su familia, á probar, cómo discurriendo el joven por la ciudad de solaz con sus compañeros, llegó por casualidad al sitio donde los Montecchi habían sido atacados por los Capelletti y se introdujo en la pelea para acallar el estrépito y apaciguar la cuestión; mas que herido de través por Tebaldo, rogó á éste que mandase retirar á los suyos y que depusieran las armas; que Tebaldo volvió entonces á acometerle, y lo demás que en el suceso había ocurrido. De esta suerte, acusándose entre sí y excusándose todos, contendían enconadamente en presencia del signor Bartolomé. Sin embargo, como era cosa harto manifiesta que los Capelletti habían sido los provocadores y cómo se probó por muchos testimonios dignos de fe, lo que Romeo había dicho pri-

meramente á sus acompañantes, así como el lenguaje que había usado con Tebaldo, el signor Bartolomé se contentó con mandar deponer á todos las armas y desterrar á Romeo.

En casa de Capelletti se lloraba amargamente, por la pérdida de Tebaldo. Giulietta, suelto el raudal de sus lágrimas, no daba tregua al dolor de su corazón; pero aquel copioso llanto no lo vertía ciertamente por la pérdida de su primo, sino por la ruina de su esperanza, ante la cual se entristecía profundamente, sin acertar á prever cual sería el término de tamaña desventura. Como averiguase por conducto de fray Lorenzo, el lugar donde Romeo se ocultaba, escribióle una carta regada con lagrimas abundantes, y se la mandó por medio de la criada vieja. Decíale en ella, que no ignoraba el fallo de destierro que contra él había sido dictado, el cual le obligaba á salir forzosamente de Verona; y que siendo así, tiernísimamente le rogaba que le indicase el modo de partir con él.

Romeo le contestó exhortándola á que se tranquilizase, que dejase al tiempo la misión de remediarlo todo y que no había decidido aún el hogar á donde iría á refugiarse, si bien pensaba elegirlo todo lo más cercano á Verona que en lo posible cupiera, y que de todos modos antes de partir él procuraría á toda costa verse y hablar con ella, en el punto donde más en comodidad la viniese.

Quiso ella que este punto fuera el jardín, por ser lugar menos peligroso, como ya en la noche de su matrimonio lo había igualmente elegido, y señalada con toda precisión la noche de la entrevista, Romeo tomó sus armas, salió del convento con la ayuda de fray Lorenzo y acompañado de su fidelísimo Pedro, se dirigió á donde su esposa le aguardaba.

Giulietta le recibió en el jardín, derramando lágrimas infinitas. Largo rato estuvieron los dos sin poder

pronunciar palabra, bebiendo cada uno, al besarse, las lágrimas que hilo á hilo corrían por el rostro del otro



en grandísima abundancia. Condoliéronse luégo, de que tan presto tuvieran que separarse, y no sabían sino llorar de continuo y lamentarse de la adversa fortuna que á sus amores cupiera; y abrazándose y be-

sándose mil y mil veces, el uno al otro tiernamente daba consuelo.

Acercábase, en esto, la hora de separarse, y Giulietta con el más suplicante acento que el alma supo dictarle, imploró de su esposo que la llevase consigo.

—Yo,—le decía,—señor y amado mío, me cortaré esta larga cabellera y me vestiré de muchacho, y siguiéndoos adonde quiera que os plazca ir, fielmente os acompañaré y os serviré amorosamente. ¿Y en quién pudiérais hallar más fiel servidor? ¡Oh, amado esposo mío! Otorgadme esta gracia y permitidme que corra vuestra misma suerte y que vuestros azares sean los míos.

Romeo le dirigía sus más dulces palabras para alentarla y ponía su esfuerzo en infundirle consuelo, asegurándole que en su opinión, el destierro sería muy en breve revocado, puesto que el príncipe había dado alguna esperanza á su padre; y añadía que si tuviera que determinarse á llevarla consigo, no sería con ropa de paje, sino como esposa suya y señora, honrosamente acompañada de sus iguales. Otra vez la afirmaba que el destierro no duraría más de un año, considerando que si en este plazo no se hacían las paces entre los deudos de uno y otro bando, el príncipe tomaría á su cargo el empeño de su pacificación, imponiéndosela mal de su grado y sucediese lo que sucediese; y concluía, que si las cosas en todo caso se dilataban demasiado, él cuidaría de buscar otro partido, puesto que le era imposible vivir mucho tiempo sin ella. Convinieron luégo en escribirse para saber el uno del otro, siguió Romeo diciendo mil ternezas á su esposa para dejarla consolada, mas sin que ella cesase de llorar con amargo desconsuelo, hasta que viendo ya despuntar la primera luz del alba, besáronse y abrazáronse estrechamente ambos amantes, despidiéndose al fin entre abundantes lágrimas y suspiros, Romeo

para volverse á San Francisco y Giulietta á su estancia.

Á los dos ó tres días, Romeo dispuso su partida y salió de Verona ocultamente, disfrazado de mercader extranjero, yéndose á vivir á Mantua donde podía estar con seguridad; allí tomó una casa y atendido por su padre que no le dejaba escaso de dineros, vivía honrosamente y bien acompañado.

Giulietta no hacía otra cosa que llorar y suspirar todo el día, perdidos el apetito y el sueño, sin hallar ni poner diferencia entre el día y la noche. Su madre que veía aquel llanto, mil veces le preguntó cuál era la causa de semejante malestar y cuál el daño que se sentía, é invitábala á enjugar ya sus lágrimas, diciendo que bastante había llorado la muerte de su primo. Respondía Giulietta que no sabía lo que la aquejaba; pero no bien tenía ocasión de quedarse sola, otra vez se entregaba á las lágrimas y al dolor, de suerte que acabó por ponerse flaca y melancólica, tanto que nadie reconociera en ella aquella Giulietta hermosa de poco antes. Romeo la animaba y confortaba por medio de sus cartas, dándole siempre esperanzas de que en breve volverían á verse, é instábala encarecidamente porque se alegrase y distrajese lanzando de sí el humor melancólico, y porque confiase en que todo se conciliaría del mejor modo; vanas instancias para la joven, que ausente de su amado no hallaba para sus penas remedio alguno.

La madre, dando vueltas al pensamiento, hubo de caer en la sospecha de que el pesar de la joven pudiese provenir del deseo de casarse, estimulado por el casamiento de algunas amigas suyas. Y una vez concebida esta idea, fué á comunicarla á su marido, y le dijo así:

—Esposo mío, nuestra hija vive sumida en una profunda tristeza, y no hace otra cosa que llorar y sus-

pirar, huyendo cuánto puede del trato de todo el mundo. Muchas veces le he preguntado por la causa de su pesar y he espiado por todas partes para llegar á conocerla, sin que nunca mi interés se haya satisfecho. Ella me contesta siempre diciendo que no sabe lo que tiene, y toda la gente de nuestra casa se encoge de hombros sin acertarse á explicar lo que esto significa. Cosa cierta es, que alguna gran pasión debe de atormentarla, puesto que sensiblemente se va consumiendo lo mismo que la cera al fuego. Aunque me he perdido en mil suposiciones, una sola se me hace posible y es que, como ha visto que muchas de sus amigas tomaban esposo en el último carnaval, y por lo que á ella respecta nada se ha hablado de desposarla, de aquí tal vez nazca esa tristeza suya. Cercana está ya á sus diez y ocho años, que por Santa Eufemia los cumple, y esto pensando he creído prudente, esposo mío, decirte algo sobre este particular para que veas si ya es hora de que le busques y ofrezcas un digno y honrado partido, y no la tengamos más tiempo en doncellez, que esta no es mercancía para guardada en casa.

Escuchó messer Antonio cuanto su mujer le estuvo diciendo, y no estimándolo fuera de propósito, le respondió de esta suerte:

—Esposa mía, puesto que no has podido averiguar otra cosa con respecto á la melancolía de nuestra hija, y eres de parecer que debemos darla un marido, yo empezaré desde hoy á hacer las debidas diligencias para hallárselo tal y cómo conviene al lustre de nuestra casa. Mas procura tú entretanto, descubrir si ella está enamorada y que te manifieste cuál marido la agradaría.

Madonna Giovanna ofreció hacer todo cuanto supiese, y en efecto no se descuidó en investigar con su hija y con los demás de la casa, todo lo que se le alcanzó y pudo, pero no le sirvió para llegar á descubrimiento alguno.

En estos días fué presentado á messer Antonio, el conde Paris de Lodrone, joven de veinticuatro años, muy apuesto y rico, el cual pareció al primero un partido excelente, y empezando á tratar el asunto con no pocas esperanzas de buen éxito, messer Antonio lo participó á su mujer, quien lo tuvo por cosa de grande excelencia y honra. Contenta se apresuró á decírselo á Giulietta, lo cual fué acrecentar en ésta el dolor y la tristeza, con íntimo desagrado de madonna Giovanna, que lo echó de ver sin atinar en el misterioso motivo. Largamente estuvo hablando con Giulietta, y al cabo de sus razonamientos le dijo:

—De suerte, hija mía, que á juzgar por lo que veo, no quieres tomar marido.

—No,—respondió ella,—no quiero casarme.

Y añadió que si su madre la amaba y algo le importaba su dicha, le pedía que no la hablase de matrimonio.

—Pues entonces—exclamó la madre oyendo tal respuesta de su hija—¿qué quieres tú ser? ¿Piensas hacerte beata santurrona, ó quieres meterte á monja? Dime, revélame tu pensamiento.

Respondióle Giulietta, que no quería ser beata ni monja, y que no sabía lo que quería, como no fuese morir, con lo cual quedó la madre llena de asombro y disgusto, sin saber qué decir y menos qué hacerse.

Otro tanto pasaba á todos los habitantes de la casa, pues ninguno podía explicarse aquella rareza, ni se les ocurría otra observación sino que desde la muerte de su primo, Giulietta no había vuelto á alegrar su humor, ni cesado de llorar, ni asomado su rostro á una ventana.

Todo lo refirió madonna Giovanna á messer Antonio y entonces llamó éste á la joven, y después de varios razonamientos, le dijo:

—He considerado, hija mía, que te encuentras ya en

sazón de tomar marido, y á este fin te he buscado uno muy noble, rico y apuesto, el cual es señor y conde de Lodrone. Prepárate, pues, á recibirle y á hacer todo lo que mi voluntad te ordene, que tales y tan honrosos partidos no se ofrecen todos los días.

Giulietta, con más resuelto ánimo del que á una niña convenía, respondió sin rebozo que no quería casarse, exasperando con esta respuesta de tal manera á su padre, que estuvo éste á punto de pegarle. Amenazóla no obstante con fiera energía y duras palabras, y le previno que, de grado ó por fuerza, se dispusiera para dentro de tres ó cuatro días, que debía ir á Villafranca en compañía de su madre y otros parientes, porque era aquel el lugar á donde llegaría el conde Paris con su acompañamiento, al objeto de verla. Y advirtióle que á esto no opusiese réplica ni resistencia, si no quería que le rompiese la cabeza y la pusiese en la más triste condición que jamás hubiera conocido doncella nacida. ¡Cómo estaría el ánimo de Giulietta, cuáles serían sus pensamientos, imagínelo quien haya sentido la llama de amor! Quedóse la infeliz anonadada como si acabase de herirla la saeta de un fulgurante trueno.

Así que hubo vuelto en sí, apresuróse á ponerlo todo en noticia de Romeo, por conducto de fray Lorenzo, á lo que contestó aquél incitándola á cobrar ánimo, pues muy luégo había de procurar sacarla de la casa paterna para conducirla con él á Mantua. No pudo, sin embargo, dispensarse de ir á Villafranca, donde su padre gozaba de gran poder. Dejóse conducir con el mismo placer que van los condenados á ser colgados en la horca.

Allí estaba ya el conde Paris, que la vió por primera vez en la iglesia oyendo misa; y aunque estuviese flaca, pálida y melancólica, el conde gustó de ella, en virtud de lo cual pasó á Verona donde concluyó con messer Antonio el trato del casamiento. Á su vez re-

gresó Giulietta á Verona, y allí oyó de su padre la nueva de que su matrimonio con el conde Paris estaba ajustado, y que alegrase su ánimo y cobrase buen aliento. Ella se revistió de energía para reprimir las lágrimas que á los ojos se le venían en dos torrentes, y nada replicó á las razones de su padre. Mas certificóse de que la boda se disponía para mediados del próximo setiembre, y no acertando por sí misma á hallar medio de contrarestar aquel necesario conflicto, resolvió acudir en persona á tomar consejo del padre Lorenzo, para saber cómo podría librarse del ya concertado matrimonio. Estaba cercana la fiesta de la Ascención de la siempre gloriosísima Virgen Madre del Redentor, y aprovechando Giulietta la ocasión que esto le ofrecía, fuése en busca de su madre, y le dijo así:

— Madre mía querida, yo no sé ni puedo imaginar de qué haya nacido esta fiera melancolía que me posee y tanto me aflige, porque desde el día en que Tebaldo fué muerto no he podido recobrar el contento, antes paréceme que de continuo voy cayendo de mal en peor, sin hallar cosa alguna que me lisonjee; y así, he pensado que en esta bendita y santa fiesta de la Ascención de nuestra abogada, la Virgen María, vaya á confesarme, esperando que este paso pueda serme de algún remedio en mi tribulación. ¿Qué dices tú á eso, dulce madre mía? ¿Quieres que yo siga este propósito que se me ha ocurrido? Si otro camino te parece que deba seguir, enséñamelo, que yo ni aun sé ya dónde tengo la cabeza.

Madonna Giovanna, que era mujer de bondad y muy religiosa, acogió con vivo agrado el pensamiento de su hija y la exhortó á seguirlo con gran recomendación. En consecuencia salieron juntas, camino de San Francisco, y llegadas allí hicieron llamar á fray Lorenzo. Acudió éste y entró en el confesonario al cual se llegó

Giulietta y puesta de rodillas delante de él, á través de la rejilla se expresó con el padre de esta suerte:

— Padre mío, nadie mejor que vos sabe en el mundo, lo que ha pasado entre mi marido y yo, y ocioso sería, por lo tanto, que os lo repitiese. Dejadme con todo, que os recuerde la carta, que debéis tener presente, dirigida por mí á Romeo y que vos leísteis por encargo mío antes que á aquél la remitiéseis, en la cual le daba noticia de cómo mi padre me había prometido por esposa al conde Paris de Lodrone. Romeo me contestó que vería y obraría, pero Dios sabe cuándo. Ahora es el caso, que entre ellos han convenido que los desposorios se celebren este mes de setiembre próximo, y que yo haya de prestarme sin réplica á sus acuerdos. Y como el tiempo se apresura y yo no veo manera de desenredarme de ese Lodrón ó ladrón, que ladrón y aun asesino me parece á mí, á vos he acudido en demanda de consejo y ayuda para encaminar las cosas á un término distinto de ese á que se dirigen. Yo no quiero verme enredada, confiando en ese *veré y obraré* que Romeo me escribe, pues su esposa soy, y con él he consumado el matrimonio, y de nadie puedo ser, sino suya, ni quisiera aunque pudiese; no concibo en la tierra que yo sea más que suya. Necesito, pues, con urgencia vuestro auxilio y vuestro consejo. Mas oíd antes lo que á mí se me ha ocurrido. Yo quisiera, padre mío, que me ayudaseis á hacerme con unas calzas, jubón y lo demás del vestido de hombre, para disfrazarme como un muchacho y salir de este modo de Verona, al oscurecer de la tarde ó muy temprano de la mañana, que nadie me conozca, y yo partiré derechamente á Mantua, á refugiarme en la casa de mi Romeo.

El buen fraile escuchó atento la explicación de semejante quimera, á la verdad no con gran destreza formada, y como era natural que no le complaciese ni

una mínima, tomó la palabra y dijo á su joven penitente:

—Hija mía, tu proyecto no es para ejecutado, pues te pondrías, cumpliéndolo, en gran peligro. Eres tú muy joven y con demasiado primor educada para que sufrieses la fatiga del camino, el cual tendrías que seguir á pié, cosa en tu estado desacostumbrada; sobre que no conoces ese camino y te verías extraviada discurriendo por acá y por acullá. Tu padre, no bien descubriría tu ausencia de su casa, mandaría pesquisidores á todas las puertas de la ciudad y por todos los caminos de la comarca, y sin la menor duda serías descubierta por los espías. Volveríante á tu casa y allí tu padre querría enterarse de los motivos que te hubiesen obligado á huir disfrazada de hombre. Y no comprendo cómo podrías tú resistir á las fieras amenazas que te harían, ni menos á los malos tratos con que los tuyos te forzarían á declarar la verdad del suceso; y siendo así, todo cuanto habrías hecho con el propósito de ir á ver á Romeo, serviría para destruirte la esperanza de volverle á ver jamás.

Aquietóse el espíritu de Giulietta con estas persuasivas palabras del religioso, y le replicó:

—Puesto que mi intento no os parece bueno, padre mío, aconsejadme vos y ayudadme á deshacer este enredadísimo nudo, por el cual ¡ay de mí! me siento oprimida, y decidme el modo que con menos azares pueda reunirme con mi Romeo. Porque es imposible que yo siga viviendo sin tenerle á él. Y cuando no deis con arbitrio factible de encaminarme á su lado, servidme al menos de ayuda para que si no soy de Romeo, no sea de ningún otro. Romeo me dijo que sois gran destilador de yerbas y de otras materias, y que sabéis componer un líquido que en dos horas no más produce la muerte sin atormentar el cuerpo. Dadme de él una cantidad bastante que me libre de las

manos de ese ladrón ó Lodrón, ya que no podéis devolverme á Romeo, que amándome él como yo sé que me ama, verá contento que yo muera, antes que ir á parar en el poder de otro hombre. De esta suerte, además, me libráis á mí de una gran vergüenza, y conmigo libráis á toda mi familia. Hacedlo, padre, pues si otro auxilio no me asiste para salirme de este mar tempestuoso en el cual ahora me encuentro luchando en barquilla frágil y desgobernada, yo os juro por mi fe,—y he de tenérosla,—que una noche atentaré á mi propia vida abriéndome con un cuchillo las venas del cuello; que á morir estoy resuelta, antes que á Romeo quebrante la fe conyugal.

Era el religioso un entendidísimo experimentador, y tenía, á su edad, recorridos muchos países en los cuales se había gozado aprendiendo cosas diversas; y era sobre todo experto en discernir las virtudes de las plantas y de las piedras, cualidad que le hacía uno de los más notables químicos de su tiempo. Componía entre otras cosas, varios narcóticos de inofensivos efectos, uno de los cuales obtenía por medio de una pasta que fabricaba y reducía luégo á menudísimo polvo, cuya virtud era maravillosa. Una vez había sido bebida mezclada con un poco de agua, en un cuarto de hora ó media hora adormecía de tan intensa manera al que la hubiese bebido, enagenándole el espíritu y suspendiéndole los sentidos, que no había médico, por práctico y distinguido que fuese, que no diese á aquel por muerto. Manteníase, después, el narcotizado cerca al menos de cuarenta horas en tan dulce estado de muerte, conforme á la cantidad de aquellos polvos que se tomaba y según el temperamento humoral del cuerpo de cada uno. Cumplido el efecto del nàrcótico, despertábase el hombre ó mujer, ni más ni menos que si volviera de un largo y plácido sueño, sin experimentar otra alteración, ni daño.

Había escuchado el fraile la resuelta disposición de la desconsolada joven, quebrantado de piedad y pudiendo á duras penas contener las lágrimas. Conmovido, pues, y con apiadado acento le dijo:

—Óyeme, hija mía. No hay que pensar en morir, pues yo te afirmo que si una sola vez te murieses, no volvieras á esta tierra hasta aquel día del universal Juicio, cuando juntamente con todos los muertos seremos resucitados. Quiero que pienses en vivir hasta tanto que plegue á Dios; él nos ha dado la vida, él nos la conserva, él, cuando á bien lo tiene, nos la vuelve á quitar. Así pues, destierra de ti ese negro pensamiento, que muy joven eres y debes holgarte de vivir y de gozar á tu Romeo. No dudes que para todo hemos de hallar remedio. Según tú no ignoras, yo disfruto en esta magnífica ciudad, general concepto que me da grandísimo crédito y buena reputación; si se supiera que yo he sido partícipe en tu matrimonio, cosa fuera que me reportaría daño é infinita vergüenza. ¿Qué sería, pues, si yo te diese un veneno? No lo tengo yo para dártelo, mas aun cuando lo tuviese te lo rehusaría, ante todo porque incurriría con Dios en ofensa mortalísima, y además porque mi concepto se arruinaría totalmente. Bien puedes tú comprender que de ordinario pocos asuntos de importancia se resuelven aquí, en los cuales yo no intervenga con mi autoridad; y no irán pasados quince días que el señor de la ciudad me llamó para confiarme un negocio de grandísimo interés. Por esta razón, hija mía, yo me esmeraré gustosamente en favor tuyo y de Romeo, y mirando á tu salvación haré de modo que Romeo no te pierda y que no llegues tú á ser de ese Lodrone, todo sin que hayas de morir; mas necesario es que esto suceda de modo que nadie lo sospeche jamás. Conviénete ahora cobrar ánimo y fortaleza para hacer cuanto yo te ordene, que será sin causarte daño, sea

en todo caso lo que fuese. Y atiende, ahora, á lo que dispongo.

Al llegar aquí, el fraile mostró detenidamente á la joven, aquellos polvos que se han mentado, y le explicó la virtud que tenían, muchas veces por él experimentada y siempre efectiva y perfecta.



—Hija mía, —añadió luégo el religioso, —estos polvos de mi composición, son tan preciosos y de tan raro valor, que ellos te harán dormir sin riesgo ni daño, según te he dicho, y en tal quietud te quedarás reposando, que si Galeno, é Hipócrates, y Messue, y Avicenna, y toda la escuela de los más excelentes médicos te viera y te tomara el pulso, ninguno quedaría entre ellos que no te juzgase muerta; y así que haya pasado

el efecto de ese sueño artificial, vas á despertar tan sana y tan bella como sueles todas las mañanas cuando saltas de tu lecho. Has de beberte este líquido, allá, cuando veas que despunta el alba; irás durmiéndote poco á poco, y á la hora del levantarse, observando los tuyos que aún duermes, querrán despertarte sin que puedan. Hallarante inmóvil, sin pulso y fría como un hielo; llamarán á los médicos, convocarán á los parientes, todos, en una palabra, te tendrán por muerta, y puestos en tal creencia, te darán por la noche sepultura y te colocarán en el sarcófago de los Capelletti, tus ascendientes. Allí, en esa primavera de tu edad, reposarás toda la noche y todo el día. Mas llegará la noche siguiente y Romeo y yo buscaremos el modo de sacarte de allí, pues ya habré yo dado á Romeo el conveniente aviso, escribiéndole por la posta. De esta suerte y con tal secreto te conducirá en su compañía á Mantua, donde ocultamente habrá de guardarte hasta tanto que se alcanza entre los tuyos y los suyos esa tregua bendecida, de cuyo logro me siento en el corazón no sé qué agradable promesa. Si por esta senda no quieres tú seguir, ignoro por cuál otro recurso conseguirte el socorro que me solicitas. No olvides, empero, que es altamente necesario el sigilo y no revelar este proyecto sino á ti misma; de otro modo, darías en tierra con tus esperanzas y con mi crédito.

Giulietta, que por encontrar á su Romeo, no en un sepulcro, sino en un horno ardiente se hubiera entrado, respondió con su entero asentimiento á la proposición del fraile, y sin detenerse á pensar, se expresó á aquél de esta manera:

—Padre, yo haré todo cuanto me mandéis, y así, en vuestras manos me entrego. Y no temáis que á persona humana revele yo un átomo de este secreto, pues he de guardarlo estrechísimo.

Dirigióse en seguida el religioso á su celda, y de ella

volvió, entregando á la joven una porción de polvo,—como la que se cogería con una cuchara,—envuelta en un pedazo de papel. Recibió Giulietta aquel dón y lo guardó en su bolsa, agradeciéndoselo mil veces á fray Lorenzo.

Éste, que no podía darse á entender con seguridad que una niña fuese tan serena y tan audaz que se dejase encerrar en una tumba entre los muertos, detúvola un momento más é interrogóla.

—Dime, hija, ¿no tendrás miedo de tu primo Tebaldo, que fué muerto tan poco tiempo há, y que yace en la misma sepultura donde vas tú á ser colocada y debe de estar hediendo terriblemente?

—Padre,—respondióle la animosa joven,—no os preocupe este punto, que si pasando por entre los condenados del infierno esperase yo llegar al encuentro de mi Romeo, no temería ni al fuego eterno.

—Ahora bien—dijo el fraile.—Todo sea en nombre de Dios, Nuestro Señor.

Volvió Giulietta muy contenta al lado de su madre, y mientras caminaban de regreso á su casa le dijo:

—Madre, yo os doy certeza de que fray Lorenzo es un santísimo varón. Él me ha consolado á tal extremo con sus dulces y santas palabras, que casi me ha echado fuera la melancolía que yo estaba padeciendo. Me ha hecho un sermoncito tan devoto y tan apropiado á mi mal, que no era posible imaginar remedio mejor.

Madonna Giovanna que vió á su hija más alegre que de costumbre y que iba oyéndole cuanto decía, no cabía en sí de gozo, y dijo á la joven, muy satisfecha de verla recobrar el placer y el ánimo perdidos:

—¡Oh, hija mía querida, así te bendiga Dios, como infundes en mi alma nuevo regocijo, mostrándome que vuelves á alegrarte! Y quedamos muy obligados á ese nuestro padre espiritual, que tan grande beneficio nos ha alcanzado. Justo es que le tengamos en mucho

afecto y que le socorramos con nuestras limosnas, que si el monasterio es pobre, él en cambio ruega sin cesar á Dios por nosotros. Acuérdate con frecuencia de él y mándale de cuando en cuando algún buen agasajo.

Convencida estaba madonna Giovanna, de que verdaderamente la melancolía de Giulietta había desaparecido, y bien se guiaba, á juzgar por el semblante placentero que la joven ponía. Fué y díjoselo á su marido, y ambos á dos se felicitaron, tranquilizándose con respecto á la sospecha que abrigaban, de que su hija estuviera enamorada de alguno.

Y aunque, separada esta versión, no les quedaba satisfactorio motivo para explicarse la pasada tristeza de la joven, atribuyéronla buenamente á la desgracia del primo ó á otro accidente análogo que pudiese haberla contristado. Así pensaban, y considerando que la muchacha era todavía muy jovenzuela, de buena gana, á poder ser con decoro, se habrían resuelto á aplazar por dos ó tres años el acto de darle marido; pero el convenio celebrado con el conde se hallaba ya en un punto tan avanzado, que no era posible sin escándalo deshacer lo hecho y retroceder en lo concluído. Se fijó, en consecuencia, día para la boda, y proveyeron á Giulietta de vestidos y de joyas, conforme era ley y costumbre.

La joven seguía mostrándose placentera; reía y bromeaba, y allá en sus adentros hacíasele un siglo cada momento que tardaba en llegar la hora de beber el agua con los polvos. Llegada la noche, víspera del día, que era domingo, en que públicamente debía casarse, nuestra joven enamorada, sin dejárselo sospechar á nadie, preparó una copa con agua y, sin que lo advirtiese la vieja criada, la colocó junto á la cabecera de la cama. Poco ó nada durmió aquella noche, embebida en numerosos pensamientos. Íbase llegando la hora del alba, á cuyo anuncio debía beber el narcótico preve-

nido, y entonces comenzó á representarle su imaginación á su primo Tebaldo, en la propia conformidad que le había visto, herido en la garganta y todo ensangrentado; y al pensar que al lado de su cadáver ó quizás encima, la habían de sepultar á ella, y que allí, dentro de aquel sarcófago se encontraban tantos cuerpos muertos, y tantos huesos y despojos, entróle un frío por el cuerpo y se le erizaron los cabellos de tal suerte, que poseída del miedo temblaba como una hoja al viento. Y luégo se le esparció por todos los miembros un helado sudor, y le parecía á cada instante que aquellos muertos la deshacían en pedazos y los sembraban. Semejante terror suspendía su acción, de suerte que no acertaba á determinarse, y luégo cuando recobraba algún tanto la serenidad de su juicio, decía para sí:

—¡Qué voy á hacer, oh triste! ¿Adónde voy á dejarme conducir? Si por desdicha abro los ojos antes que el fraile y Romeo vayan, ¿qué va á ser de mí? ¿Podré soportar el hedor insufrible que debe despedir el cuerpo corrompido de Tebaldo, yo que no tolero el más leve é inofensivo mal olor que en casa se perciba? ¿Quién sabe si en ese sepulcro habrá reptiles y gusanos, que tanto temo y aborrezco? Y si jamás he tenido valor para mirarlos, ¿cómo podré sufrir que me rodeen y toquen? ¿No he oído yo mil relatos de cosas espantosas ocurridas durante la noche, no ya dentro de una sepultura, sino en el recinto de una iglesia ó de un cementerio?

Llena la cabeza de estas ideas pavorosas é imaginando mil accidentes espantables, estuvo á punto de no beber y de esparcir por tierra el contenido de la copa. Así estuvo oscilando entre opuestas resoluciones y alimentando pensamientos, de los cuales unos la invitaban á apurar la copa y otros la intimidaban con mil peligrosas imágenes. Por fin, cuando hubo luchado un

buen espacio, entre quimeras y vacilaciones, pudo en ella, más que nada, su vivo y ferviente amor por Romeo, por los afanes sufridos aún más y más acrecentado, y á la hora en que la aurora comenzaba á asomar la faz por los balcones de Oriente, la joven, desechados los pensamientos cobardes, apuró de un sorbo la mezcla de los polvos y el agua, tendióse reposada y pocos momentos después ya estaba dormida.

La anciana que dormía junto á ella, no dejó de observar esa agitación, comprendiendo que la joven no dormía ó dormía muy poco, pero nada echó de ver en el momento en que aquella se bebió el brebaje; levantóse á la hora acostumbrada y fuése á sus habituales quehaceres domésticos. Vino más tarde la hora de levantarse la joven, y dirigiéndose la criada al aposento, dijo cuando hubo entrado:

—¡Ea, ea! ¡Que ya es hora de sacudir el sueño!

Abrió la ventana, y como viese que su señora ni se movía, ni daba señales de levantarse, se aproximó á ella y meneándola decía:

—¡Ea, ea! ¡Levántate, dormilona!

Pero todo su esfuerzo era como hablar á un sordo. Comenzó á moverla fuertemente, y á sacudirla, y á tirarla de la nariz, y á pellizcarla; todo inútil. La joven tenía de tal manera suspendido el espíritu vital, que no la hubieran despertado los más horrendos y estrepitosos truenos, con todo su poderoso ruido. Llena con esto de espanto la pobre anciana, viendo que Giulietta no daba trazas de sentir, ni más ni menos que hubiera hecho un cuerpo muerto, por tal muerta la tuvo; así es, que fuera totalmente de su acuerdo, dolorida y triste, y rompiendo á llorar con amarguísimo llanto, corrió al encuentro de madonna Giovanna, á la cual dijo con acentos que apenas le permitía articular el dolor que la tenía embargada:

—¡Señora, vuestra hija es muerta!

Acudió la madre con trémulo paso y llorando, y al encontrar á su hija en el estado que descrito queda, no hay que decir cuál fué su dolor y desconsuelo. Sus gritos lastimosos hubieran conmovido á las piedras y ablandado á los tigres en el instante de su ira más terrible, que es cuando les han robado sus cachorros. Las lágrimas y sollozos de la madre y de la criada se oyeron presto en toda la casa, poniendo en agitación á todos los habitantes de ella, que presurosamente corrieron al sitio de donde salían tales anuncios de sentimiento. Acudió el padre y sintióse próximo á morir de dolor al hallar á su hija fría como el hielo y privada de todo indicio de la vida. Y divulgóse el caso, pasó de boca en boca, llenóse la ciudad de sus comentarios, presentáronse amigos y parientes, henchíase de gente la casa, y á medida que el concurso era en ella mayor, iban siendo también mayores el llanto y la desesperación.

Llamáronse médicos, los más famosos de la ciudad, los cuales, empleados todos los recursos que tuvieron por más oportunos y saludables, viendo que no conseguían cosa alguna con las aplicaciones de su arte y enterados además de cuál había sido la vida de la joven, que desde largo tiempo no hacía sino llorar y suspirar, convinieron unánimemente que la fuerza del dolor la había sofocado y que era muerta sin que cupiese la menor duda. Con esta declaración redoblóse el llanto y corrió sin término, y en toda Verona se dolía la gente de tan acerba é inesperada desventura; pero la triste madre era quien sobre todo se lamentaba y vertía amarguísimas lágrimas, sin querer aceptar consuelo de nadie. Por tres veces cayó desvanecida abrazando el cuerpo de su hija, tan muerta como ésta lo parecía; y volvía en sí para desesperarse con nuevo dolor y para llorar con más tristes lágrimas. Rodeábanla muchas mujeres, esforzándose cuánto podían por

consolarla; mas ella había soltado de tal suerte las riendas al dolor y á tal extremo se hallaba á éste abandonada, que ni oía una palabra de cuantas le decían, ni tenía sentidos más que para llorar y suspirar, y clamar al cielo desesperada, y mesarse el cabello como demente. Messer Antonio, tan dolorido como su esposa, sentíase el pecho aún más atormentado, pues cuanto menos desahogaba con lágrimas su pena, tanto más grande se hacía ésta interiormente; que aunque amaba á su hija con toda la profundidad de su ternura y le afligía por su pérdida dolor crudelísimo, él como prudente, se esforzaba mejor en contenerlo.

Fray Lorenzo escribió largamente á Romeo, aquella mañana, refiriéndole la disposición que él había dictado de que Giulietta tomase los polvos, con lo demás que se había seguido; y añadíale, que á la noche siguiente él iría á sacar á la joven de la sepultura para llevarla á su celda, en virtud de lo cual procurase Romeo entrar disfrazado en Verona, donde le aguardaría hasta las doce de la noche del día siguiente; quedando luégo en arbitrar lo que más propio y conducente les pareciera. Escrita y sellada esta carta, Fray Lorenzo la confió á un fraile que le era muy fiel, al cual encarecidamente dió el encargo de que fuese á Mantua y buscase á Romeo Montecchio, y le diese la carta á él en persona y á nadie más. Partió el fraile y llegó á Mantua, todavía en hora temprana y fué á apearse á la puerta del convento de San Francisco. Allí dejó su caballo, y al dirigirse en busca del padre guardián para que le diese un hermano que le guiase por la ciudad á desempeñar sus encargos, tuvo noticia de que pocos momentos antes de su llegada había muerto un fraile de aquella comunidad. Reinaba, por entonces, alguna sospecha ó temor de peste, y los diputados de la sanidad hubieron de creer que el susodicho fraile había sin la menor duda fallecido de pestilencia; cre-

yéndolo así con tanto mayor motivo, cuanto se había descubierto en el cuerpo del difunto un bubón del tamaño de un huevo, en la ingle, el cual era cierto y evidentísimo síntoma de la pestífera enfermedad. Y he aquí que en el preciso instante en que el fraile veronés demandaba un acompañante, llegaron los guardias de la ciudad é intimaron al guardián que bajo gravísima pena y de orden del gobernador, no permitiese que del monasterio saliese persona humana. El fraile recién llegado de Verona, quería alegar que en aquel preciso instante había entrado y que no había tenido trato ni contacto con nadie; pero se cansó en balde, mal de su grado tuvo que quedarse en el convento encerrado con los otros frailes y de aquí se originó que ni pudo entregar á Romeo la bendita carta de Fray Lorenzo, ni tampoco mandarle recado ninguno. Esto fué ocasión de grandísimo daño é infortunio, según á renglón seguido lo váis á ver.

Entretanto disponíanse en Verona solemnísimas exequias en sufragio de la joven á quien tenían por muerta, habiéndose acordado celebrarlas aquel mismo día, á las últimas horas de la tarde. Llegaron estas noticias á conocimiento de Pietro, el servidor de Romeo, el cual oyendo decir que Giulietta era muerta, llenóse todo de espanto y decidió ir á Mantua, si bien quiso esperar la hora del enterramiento de la joven para verla por sus ojos conducir á la sepultura, puesto que así podía dar á su señor el testimonio de su vista. Se propuso, pues, aguardar á la noche, montar entonces á caballo y salir de Verona para llegar á Mantua en el punto que abrieran las puertas de esta ciudad.

Por la tarde, conforme estaba dispuesto, sacaron el féretro donde se encerraba Giulietta, y en medio del sentimiento de Verona entera, fué conducido con gran pompa de clérigos y frailes, á la iglesia de San Francisco. Pietro asistió al acto: tan aturdido y tan fuera



de su acuerdo le tenía el dolor que probaba por su amo, de quien harto sabía que sólo por Giulietta alentaba, que no pudo concebir la idea de ver al padre Lorenzo; á habérsele ocurrido, le habría enterado éste de la historia del narcótico, y transmitiéndola á Romeo, se evitaran tantas desdichas como luégo sucedieron. Convencido, pues, de que Giulietta era la que en el ataúd iba encerrada, habiéndola reconocido manifiestamente, montó Pietro á caballo y echó á caminar hasta Villafranca, donde se detuvo un buen rato para dormir un sueño y dar descanso á su caballo. Despertó como unas dos horas antes del día, siguió su camino, llegó á Mantua con el primer rayo de la aurora y se dirigió á la casa de su amo.

Pero volvamos á Verona. Conducida la joven al templo y habiéndosele cantado solemnemente el oficio de difuntos, según es costumbre en semejantes exequias, fué luégo puesta en la sepultura, cerca de la media noche. El sarcófago era de mármol, muy espacioso y estaba fuera de la iglesia, ya en el cementerio; y por un lado se hallaba junto á un muro que comunicaba con otro cementerio contiguo, el cual tenía como dos ó tres brazas de espacio amurallado; allí, cuando se metía en el nicho algún nuevo cadáver, se echaban los huesos de los que anteriormente habían sido sepultados, á cuyo efecto existían algunos respiraderos algo elevados del suelo.

Cuando fué abierto el nicho, Fray Lorenzo hizo que retirasen á un lado el cuerpo de Tebaldo, el cual, á causa de haber sido por naturaleza enjuto y de la mucha sangre que perdiera en el lance de su muerte, no despedía muy fuerte hedor. También cuidó el fraile de mandar barrer y limpiar la sepultura, y como encargado que estaba de presidir el enterramiento, hizo que se introdujera la caja en el nicho, todo lo más suavemente que se pudo y aun dispuso que se apoyara la

cabeza de la joven en una almohada. Hecho esto cerraron el sepulcro.

Al llegar Pietro á la casa de Romeo, encontró á éste que todavía estaba acostado; llegó á su presencia, pero comenzó á llorar y sollozar de tal manera, que le era imposible pronunciar palabra. En vista de lo cual, Romeo profundamente maravillado, y presumiendo algún mal distinto del que su criado iba á notificarle, hubo de decirle con viva instancia:

—¿Qué es eso, Pietro? ¿Qué nuevas me traes de Verona? ¿Cómo está mi padre y los demás de nuestra casa? Habla, y no me tengas más angustioso. ¿Qué es lo que puede ocurrir, para que vengas tan afligido? Habla, apresúrate.

Finalmente Pietro, sobreponiéndose á su dolor, con débil acento é interrumpidas palabras, anunció á su dueño la muerte de Giulietta, y cómo él la había visto llevar á enterrar, y que se decía en Verona que había muerto de pena. Al oir este infausto y terrible anuncio, Romeo permaneció largo rato como embobado, mas luégo lanzándose fuera del lecho, lo mismo que un loco, comenzó á exclamar:

—¡Ah, traidor Romeo! ¡ah, desleal! ¡ah, pérfido é ingratísimo entre los ingratos! No; no ha sido el dolor la causa de su muerte; que no se muere de pena. ¡Tú, Romeo, tú, miserable, eres quien la ha muerto! ¡Tú, cruel, has sido el verdugo; tú has sido el asesino! ¿No te escribía ella, diciéndote que antes prefería morir, que acceder á casarse con otro, y rogándote que fueses tú para sacarla á toda costa de la casa de su padre? Y tú, ingrato, tú, descuidado, tú, mal amante, tú, perro maldito, ¿sabías, acaso, hacer otra cosa que contestarle dándole palabra de que irías por ella y que ya proveerías, incitándola á que viviese contenta, sin que nunca te resolvieses á lo que ella te pedía? Te quedaste mano sobre mano, y ella se ha muerto. ¡Giulietta es

muerta!... ¡Muerta Giulietta y yo estoy vivo! ¡Ah, traidor! ¡Cuantas veces le has escrito que no podrías vivir sin ella! ¡Y vives todavía! ¿Dónde piensas que está ella ahora? ¿No la sientes, que está aquí, aquí, que errante vaga por este espacio, aguardando que tú la sigas? Y para sí va diciendo: «Ese es el engañador, el amante falaz y marido infiel, que á la nueva de que soy muerta conserva la vida.» ¡Perdóname, perdóname, oh amadísima esposa mía! Yo confieso mi vil pecado. Pero puesto que el dolor que yo pruebo, amargo sobre todo extremo, no es bastante á quitarme la vida, yo mismo haré lo que él hacer debiera. Yo, á despecho de este dolor cobarde y á despecho de la muerte que no viene, yo me mataré por mi propia mano.

Esto dijo, echando mano á la espada que tenía á la cabecera de la cama, y desenvainándola rápidamente, dirigiósela al pecho hincándose la punta en la parte del corazón. Pero Pietro, el buen servidor, acudió tan presto, que no le dejó tiempo para herirse, y le quitó de un golpe el arma de las manos. Díjole en seguida algunas frases, de esas que todo buen criado debe en semejantes lances decir á su dueño, y sacando poco á poco al joven de tan exagerada locura, fué alentándole tan bien como pudo y supo, y exhortóle á vivir, puesto que ya ningún socorro humano podía valer á la joven muerta. Hallábase aún Romeo tan profundamente asombrado de la crudelísima nueva que acababa de recibir, que parecía petrificado y convertido en marmol, de suerte que por sus ojos no asomaba una sola lágrima. Pero no pasó mucho rato sin que el llanto rompiese el hielo de aquel dolor, comenzando á correr en tal abundancia, como si fuera manantial de copiosa fuente que de su cauce se desbordara. Las exclamaciones que llorando y suspirando lanzaba, hubieran sido capaces de mover á piedad los más duros y dia-

mantinos y más bárbaros pechos. Á medida que se desahogaba el dolor interno, Romeo comenzaba á concebir diferentes pensamientos, á dejarse vencer por la fuerza de sus acerbas pasiones, á fomentar siniestros y desesperados intentos, acabando finalmente por decidir que pues era muerta su amada Giulietta, él no quería de ningún modo seguir viviendo.

Nada, con todo, dió á comprender de este fiero propósito, ni dijo palabra que indujese á sospecharlo; por el contrario, disimuló cautamente, á fin de que su criado ú otra persona no le opusiera impedimento á la ejecución de su idea. Dió á Pietro, que estaba solo con él en el cuarto, el encargo de que ocultase á todo el mundo que la muerta fuese su esposa, como también el error en que había incurrido, de quererse matar por su mano; ordenóle después, que preparase dos caballos, pues quería que en ellos partiesen ambos á Verona.

—Tú—le dijo—vas á ponerte en marcha ahora mismo, sin que nadie lo penetre, y así que estés en Verona, guardándote de decir á mi padre que yo voy á llegar, procúrate las herramientas que sean menester para abrir el sepulcro en que mi esposa yace sepultada, y buscarás también puntales para sostenerlo; yo entraré en Verona después de caída la tarde y me iré derechamente á la casilla que tú habitas á espaldas de nuestro huerto, donde me ocultaré hasta las tres ó las cuatro que saldremos para el cementerio. Porque yo quiero ver otra vez siquiera á mi esposa infortunada, aunque sea muerta, tal como ahora yace. Después, antes de la aurora, saldré otra vez de Verona sin haber sido conocido, y siguiéndome tú detrás á pocos pasos, nos volveremos acá.

¡No tardó mucho, con efecto, en dejar á Pietro, detrás de sí!

Una vez hubo partido el criado, Romeo se puso á

escribir una carta á su padre, pidiéndole perdón por haberse casado sin pedirle su licencia, y narrándole por entero la historia de su amor y el hecho del matrimonio. Rogábale después con mucho encarecimiento, que mandase celebrar un solemne oficio de difuntos en memoria de Giulietta, como nuera suya que había sido, ordenando además que fuese perpetuo y estableciéndolo con sus rentas, pues conviene saber que Romeo poseía algunas propiedades como heredero de una tía suya que se las dejó en testamento. Á Pietro dejaba favorecido de manera que sin tener que ponerse al servicio de otro dueño, pudiese vivir con comodidad. De todo lo cual encargó á su padre con instancia empeñadísima, manifestándole que aquella era su última voluntad; y como la muerte de aquella tía suya que hemos mentado, era reciente de pocos días, encomendaba también á su padre, que los primeros frutos que se recogiesen en las posesiones que había heredado, fuesen por entero repartidos á los pobres como limosna por amor de Dios. Escrita la carta, y sellada, se la guardó en el seno. Tomó en seguida una redomita llena de cierto licor venenoso, y vistióse de tedesco, montó á caballo diciendo á los suyos que en la casa se quedaban, que al día siguiente, temprano, estaría de vuelta y partió sin permitir que nadie le acompañase. Caminando con diligencia, penetraba en Verona al toque del Avemaría, y dirigióse acto seguido en busca de Pietro, á quien encontró en su casa, que ya tenía dispuesto todo lo que le había sido ordenado. Así las cosas, aguardaron que fuese la hora oportuna, y á eso de las cuatro, provistos de los instrumentos y herramientas que creyeron necesarios, encamináronse al arrabal y sin tropezar con obstáculo alguno se introdujeron en el cementerio de San Francisco. No tardaron en hallar la sepultura donde Giulietta estaba enterrada; abriéronla con los instrumentos que traían y

levantaron la losa dejándola sostenida en alto con firmísimos puntales. Pietro, por mandato de Romeo, se había provisto de una linterna sorda, cuya luz les sirvió de ayuda para las operaciones dichas de levantar la losa y apuntalarla.

Entró Romeo en la sepultura, y en ella vió á su amadísima esposa, cuya traza era enteramente la de una muerta. En el acto cayó Romeo desvanecido al lado de Giulietta, más muerto que ella, y largo rato estuvo sin juicio, tan torturado de la pena, que creyó morir. Vuelto después en sí, comenzó á abrazar á su esposa queridísima, y á besarla mil veces, bañándole en ardientísimas lágrimas el cadavérico semblante y sin que su labio, mudo por el dolor, pudiese pronunciar una sola palabra. Solamente después de haber llorado mucho, logró romper el nudo de la garganta y se puso á verter mil palabras lastimosas que habrían quebrantado el ánimo más empedernido del mundo. Y por fin, cumpliendo lo que determinado había, que no quería seguir viviendo, sacó la redoma que consigo traía, y aplicándola á sus labios, de un sorbo apuró todo el licor venenoso que en ella se encerraba. Hecho esto, llamó á Pietro que aguardando estaba en un ángulo del cementerio, y le mandó que se subiese al borde de la tumba. Obedeció el servidor, y cuando estuvo asomado á la orilla del sepulcro, Romeo empezó á hablarle de esta suerte:

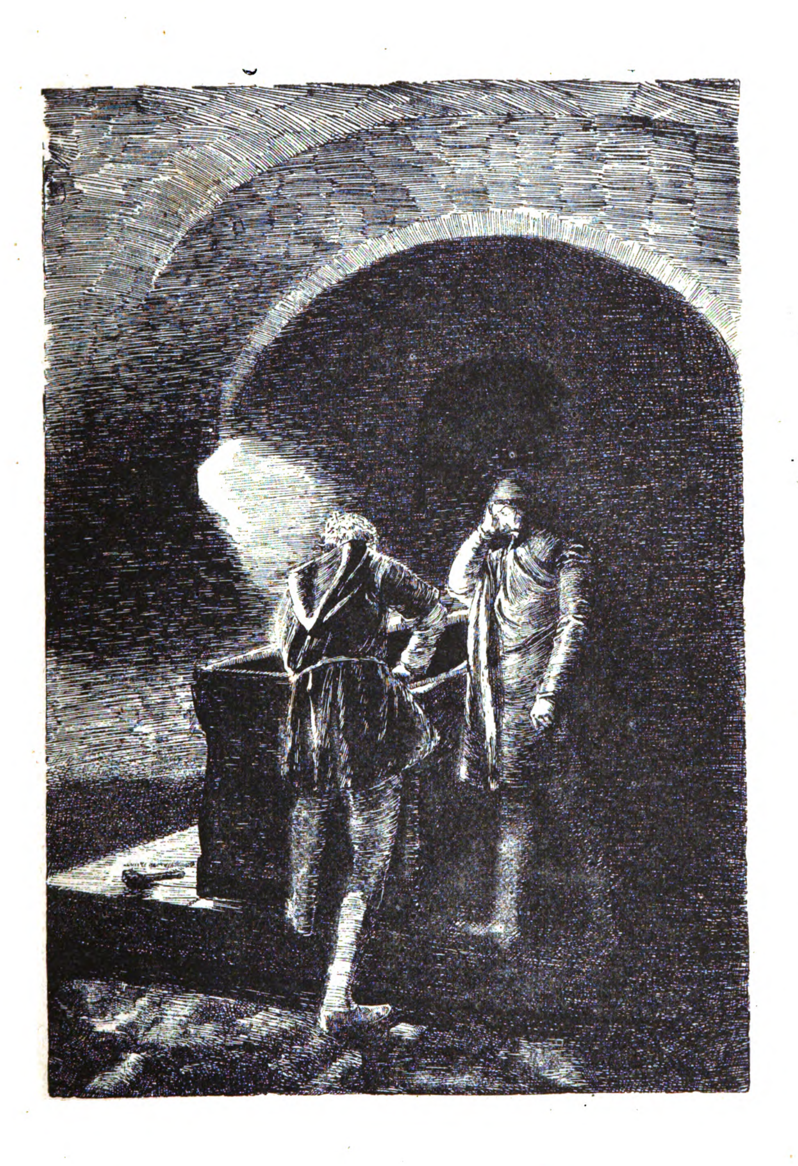
—He aquí, Pietro, á mi esposa, á la cual he amado y amo como tú en parte lo sabes. De igual modo podía yo vivir sin ella, cuanto un cuerpo puede vivir sin alma; por esto traje conmigo el licor de la sierpe, que según tú no ignoras, en menos de una hora mata á un hombre, y lo he bebido alegre y voluntariamente, con el intento de quedar muerto aquí, junto á la que en vida tanto adoré, á fin de que si viviendo no me es lícito morar con ella, muerto al menos quede con ella

sepultado. Mira la botella que contenía el veneno, el mismo que, si bien lo recuerdas, nos dió en Mantua aquel Espolatino que llevaba consigo áspides vivos y otros reptiles. Dios en su misericordia é infinita bondad me perdone, puesto que no me mato por ofenderle, sino porque me estorba la vida sin mi esposa idolatrada. Estás viendo mis ojos bañados en lágrimas, pero no pienses que lloro porque me duela dejar el mundo en los días de mi lozana juventud; lloro por esta desventurada, que tan digna era de vivir placentera y sosegada, y cuya muerte me traspasa el alma de crudísimo dolor. Esta carta mía darás á mi padre, al cual escribo declarándole cuánto deseo que haga después de mi muerte, así en lo referente á esta sepultura como en lo que respecta á mis servidores que están en Mantua. Á ti, que siempre me has servido fielmente, te dejo mejorado en tan buena parte, que jamás tendrás necesidad de servir á otro señor. Y ahora, adios; que ya siento el veneno de aquel licor mortífero propagarse por todos mis miembros y entorpecerlos. Quita los puntales de esta losa, y déjame aquí morir al lado de mi desposada.

Pietro estaba sufriendo, á todo esto, en tan colmada medida, que sentía partírsele el corazón dentro del pecho, traspasado de lástima y dolor. Agotó en aquel instante todas sus palabras para disuadir á su dueño, pero en vano, pues ya no quedaba remedio que oponer á la acción mortal del tósigo, que se había apoderado de todo el infecto cuerpo del joven.

Romeo había tomado á Giulietta en sus brazos, y besándola sin cesar aguardaba la cercana é inevitable muerte, repitiendo á Pietro la invitación para que desapuntalase la losa de la sepultura.

Digerido el narcótico en el cuerpo de Giulietta y extinguidos los efectos de su virtud, en aquel punto despertó la joven; y como se sintiese besar, creyó que



el fraile al cogerla para llevarla de allí, no se hubiese dejado poseer del apetito concupiscente, y que él era quien la estaba besando. En tal creencia, dijo:

—¡Ah, padre Lorenzo! ¿era ésta la fe que Romeo había puesto en vos? ¡Quitáos allá!

Y esforzándose por librarse de aquellos brazos, abrió los ojos y hallóse estar sobre el pecho de Romeo, que bien le reconoció á pesar de su disfraz de tedesco.

—¡Ay de mí!—exclamó al verle.—¿Vos estáis aquí, vida mía? ¿Dónde está fray Lorenzo? ¿Por qué no me lleváis fuera de esta sepultura? Vamos, alejémonos por el amor de Dios.

Romeo contemplaba á Giulietta, que abría los ojos, que le hablaba, que manifiestamente le probaba no estar muerta, sino viva, y sintió dentro de sí un movimiento de alegría y pesar, extraño, inenarrable, extraordinario, imposible de imaginar. Rompió en abundante llanto, mientras oprimía á su amada contra su corazón y exclamaba fuera de sí:

—¡Oh, vida de la vida mía y aliento del cuerpo mío! ¡Cuál hombre alcanzó en el mundo dicha mayor que la que yo alcanzo, pues abrigando la convicción profunda de que erais muerta, os tengo en mis brazos viva y sana! Mas ¡cuál dolor existe semejante al mío, y cuál acerba pena á la mía se iguala; que me siento próximo al instante postrero de esta infelicísima existencia mía y se me acaba el vital aliento, en el instante en que más debiera bendecir la vida! ¡Ay, que apenas me resta ya media hora de vivir! ¿Cuándo se vieron así, confundidos en un solo ánimo y en un mismo instante la extrema alegría y el infinito dolor, como dentro de mí estoy sintiendo? Gozoso y lleno de imponderable felicidad y contento, porque de improviso, mi dulcísima esposa, os veo viva, después de llorar amargamente vuestra muerte, lo cual es, en efecto, y debe ser ocasión de alborozarse el ánimo; que vuelvo á

hallaros, oh compañera mía tiernísima. Mas también desconsolada y de cruentísima pena atormentado, considerando que bien pronto va á serme arrebatada la gloria de veros, de oíros, de estar con vos gozando vuestra dulcísima compañía, por mí tan anhelada. Con todo, yo siento que el placer de veros viva aventaja grandemente á la amargura con que me atormenta la proximidad del momento que ha de separarme de vos; y ruego á Dios todopoderoso, que los años que quita á esta infortunada juventud mía, sean medrados para la vuestra, y que os deje gozar dilatada vida con suerte menos infeliz; pues yo siento ya que la vida me falta.

Giulietta, que había ido recobrándose en todo su acuerdo, durante las palabras de Romeo, hubo de exclamar, poseída de honda turbación:

—¿Qué palabras son esas, amado mío? ¿Qué es lo que me decís? ¿Es este el consuelo que venís á darme, y habéis venido de Mantua para traerme esa terrible nueva? ¿Qué tenéis, qué os sentís?

Refirióle entonces el desventurado Romeo, el hecho de haber bebido un veneno, y rompió ella en tristísimas exclamaciones.

—¡Ay de mí! ¡Ay, infelice! ¿Qué escucho? ¿Qué me reveláis? ¡Oh, desdichada!... Así pues, ¿nada os ha escrito fray Lorenzo, sobre el proyecto que conmigo había trazado, teniéndome hecha promesa de que os lo advertiría?

La desconsolada joven, traspasada de dolor, llorando, gritando, deshaciéndose en suspiros y casi á punto de perder el juicio con la fuerza de su desesperación, hizo el relato minucioso de lo que con el fraile habían combinado, para salvarla de ser entregada al marido que su padre la destinaba; lo cual acrecentó más y más el dolor que Romeo sentía. Y en tanto que Giulietta seguía querellándose de su infortunio, y lla-

maba enemigos suyos al cielo y á la tierra con todos sus elementos, Romeo acertó á fijar los ojos en el cadáver de Tebaldo, que allí, á un lado yacía, aquel que por él había sido muerto en una refriega, según ya oísteis; y como le reconociera, á él se volvió, dirigiéndole estas frases:

—Tebaldo, donde quiera que tú estés, harto sabes que yo no me proponía ofenderte, antes al contrario me entré en la refriega con intento de aquietarla y amonestándote á ti para que hicieses retirar á los tuyos, á lo cual los míos hubieran respondido deponiendo las armas. Pero tú, lleno de cólera y dominado por el odio antiguo, en lugar de atender á mis razones, quisiste acometerme con ánimo felón para ensañarte conmigo. Por ti forzado, perdida la paciencia y no queriendo retroceder un paso, tuve que defenderme, y quiso el azar adverso que te matase. Yo te pido en este instante, perdón de la ofensa que hice á tu cuerpo, tanto más, cuanto ya era yo pariente tuyo, puesto que había recibido á tu prima por esposa mía. Si anhelas venganza de mí, contémplate aquí vengado. ¿Qué venganza podías desear mejor, que ésta de saber que tu matador se ha matado por su propia mano, en la presencia tuya, y que á tu lado va á caer espirante para quedar en tu propia tumba sepultado? Si nos combatimos en vida, en muerte tendremos paz dentro de un mismo sepulcro.

Pietro, que asistía á todos estos lastimosos razonamientos del marido y al llanto de la esposa, manteníase inmóvil como una estatua de mármol, no acertando á resolver si eran cosas ciertas ó soñadas las que veía, y sin saber qué hacer, ni qué decir, tal era su asombro.

La mísera Giulietta, mujer la más desdichada de las mujeres, seguía doliéndose sin término, hasta que agotado ya el caudal de sus lamentos, volvióse á Romeo y le dijo:

—Ya que á Dios no plugo que juntos viviésemos, pléguele ahora que juntos quedemos sepultados; y tened, esposo mío, por cosa fija, que suceda lo que suceda, yo no me separaré nunca de este sitio sin que vos vengáis.

Romeo la tomó de nuevo en sus brazos y comenzó á rogarle tiernamente que se consolara y resolviera á vivir, puesto que él moriría más consolado si le dejaba seguro de que viviría. Y á este propósito le dijo mil encarecidas razones. Sentíase el infeliz desfallecer paso á paso y casi tenía la vista enteramente ofuscada; habíansele debilitado las demás fuerzas del cuerpo, á tal extremo que ya no podía sostenerse en pié; y llegado á este punto de descaecimiento, abandonóse á su propio peso y se dejó caer, puesta en la abatida joven su mirada dolorosa y diciéndole:

—¡Ay de mí, vida mía, que me muero!

Fray Lorenzo, fuese por lo que fuese, no quiso trasladar á Giulietta á su celda, la noche misma que fué enterrada; mas á la noche siguiente, en vista de que Romeo no comparecía, llamó á un fraile de su confianza, y con él se dirigió al cementerio, provisto de los necesarios instrumentos para abrir el sepulcro. Llegaba á dicho sitio en el momento en que Romeo se desvanecía, y viendo que la sepultura estaba abierta y reconociendo á Pietro, le dijo:

—Dios te guarde, Pietro. ¿Dónde está tu señor?

Oyó Giulietta la voz y reconoció al fraile, y alzando la cabeza, dijo al religioso:

—¡Dios os perdone, padre! ¡Qué bien mandasteis la carta á Romeo!

—Se la mandé—dijo el fraile—y su portador fué fray Anselmo, á quien tú harto conoces. Mas ¿por qué me hablas así?

Llorando acerbamente le contestó Giulietta:

—Subid, padre, y lo veréis.

Subió fray Lorenzo hasta asomarse al borde de la tumba, y descubrió á Romeo tendido, luchando ya con las ansias de la muerte.

—Romeo, hijo mío—pronunció—¿qué tienes?

Romeo entreabrió lánguidamente los ojos y le conoció; y en voz baja le dijo que le recomendaba á Giulietta, que no le faltaba á él ni socorro, ni consejo, y que arrepentido de sus males pedía perdón á Dios. Á duras penas pudo el infeliz amante proferir estas últimas palabras y acompañarlas con algunos desmayados golpes de pecho; en seguida, perdió el aliento, cerró los ojos y espiró.

No tengo yo palabras ni ánimo bastante para pintar la pena, el dolor, el desconsuelo de la infortunada esposa; considérelo aquél que de veras ame, y descríbase en su imaginación lo horrendo de semejante espectáculo. Allí estuvo la infeliz vertiendo sin medida su inútil, amarguísimo llanto; allí repitió una y cien veces el nombre querido del inanimado esposo; allí permaneció largo espacio caída sobre el cadáver, turbado el acuerdo y suspensos los sentidos. El religioso y Pietro, quebrantados de lástima, la socorrieron con tanto ahínco, que al cabo lograron volverla en sí. Pero no fué esto sino para reincidir en su dolor y sentimiento, y para soltar nuevamente el raudal inextinguible de su llanto, que eran sus lágrimas tantas como jamás derramó mujer alguna en la tierra. Y otra vez rompió en exclamaciones y doloridos acentos, como éstos, que pronunciaba, ora juntando las manos fuertemente y estrechadas, ora besando el cuerpo del inanimado esposo:

—¡Oh, dulcísimo albergue de todos mis pensamientos y de cuantos placeres en el mundo haya gustado, caro y único dueño mío! ¡Qué amargo me sois, cuando tan dulce me habéis sido! Tú, por ti propio has detenido tu paso en el curso de tu juventud florida y

hermosa, despreciando la vida que tanto por todos es apreciada. Quisiste morir en el punto en que á los demás parece la vida más gozosa, y apresuraste el término que á todos más ó menos tarde espera. Viniste, señor y amado mío, á concluir tus días en el regazo de ésta á quien amaste sobre todas las cosas; aquí, donde creíste tenerla muerta y sepultada. ¡Qué poco has pensado que estas crudelísimas y verdaderas lágrimas de mis ojos habían de regar tu cadáver! ¡Qué poco sospechaste, al partir para otro mundo, que no habías de hallarme en él! ¡Certísima estoy de que no encontrándome allí, vuelves en busca mía para ver si te sigo! ¿Pues no siento yo que tu espíritu por este espacio vaga, en torno mío, maravillado y quejoso de lo que tardo? ¡Sí! Yo te veo, dueño mío, yo te siento, yo te conozco y sé que no aguardas otra cosa que mi compañía, para volverte. Mas no temas, amado mío, no pienses que yo pueda quedarme en la tierra, no teniéndote á ti en ella; antes bien aprende que el vivir sin gozarlo contigo, me sería mil veces más duro y angustioso, que todas las muertes que imaginarse puedan. Yo no viviré sin ti; y cuando á alguien pudiere parecer que yo viviera, sería mi vivir una continua y atormentada muerte. Ten, pues, por seguro, oh mi amado esposo, que muy pronto iré á reunirme contigo. Porque, ¿cómo, para salir de esta mísera y azarosa existencia, puedo hallar compañía que me sea lisonjera y confiada, sino yéndome tras de ti, siguiendo tus huellas? No; no hay para mí otro camino que el que tú has andado.

Fray Lorenzo y Pietro, que cerca de Giulietta estaban, sentíanse vencidos de infinita compasión, y lloraban, y cuanto mejor sabían, procuraban infundirle algún consuelo; mas todo era en vano.

Decíale fray Lorenzo:

—Hija mía, nadie puede hacer que deje de ser lo que

ya ha sido. Si con lágrimas nos fuera dado resucitar á Romeo, aquí nos quedaríamos deshechos en llanto por conseguirlo; pero no hay remedio. Consuélate y procura vivir, y si no quieres volver á tu casa, déjame á mí el encargo de recluirte en un convento, donde puedas, sirviendo á Dios, rogar por el alma de tu Romeo.

Ella no atendía en forma ninguna á las razones del fraile; sino perseverando en su propósito, doliase de no poder con la suya rescatar la vida de su adorado, y concentrando su voluntad, la puso entera en el pensamiento de fenecer. Y tal fué; que recogidos dentro de sí misma los sentidos y el espíritu, y abrazada á su Romeo, sin pronunciar una palabra más, murió.

Y acaeció en esto, que entre tanto que los dos frailes y el escudero se afanaban por socorrer á la difunta joven, creyéndola desmayada, acertaron á pasar los guardias de la corte, vieron luz en el panteón y se apresuraron á entrar. Detuvieron allí al padre Lorenzo, al otro fraile, su compañero, y á Pietro, de quienes escucharon la relación del lastimoso suceso, y dejando á los frailes en el mismo sitio, seguros con buena guardia, condujeron al criado á la presencia del príncipe Bartolomé, refiriéndole cómo le habían sorprendido.

Oyó el príncipe la historia de los dos amantes, que minuciosamente se hizo contar, y como ya era en hora que el alba clareaba, abandonó el lecho y salió para ir á ver los dos cadáveres. Difundióse por toda Verona la noticia de lo ocurrido, de suerte que acudieron todos, grandes y pequeños. Acordóse la libertad á los frailes y al escudero y con particular dolor de Montecchi y de Capelletti, y general lamento de toda la ciudad, celebráronse exequias con grandísima pompa. Quiso el príncipe que los amantes quedasen sepultados en aquel mismo mausoleo, lo cual fué ocasión de que se hiciera la paz entre Capelletti y Montecchi, bien que no fué la

tregua muy duradera. El padre de Romeo leyó la carta de su hijo, y después de haberla mojado con doloridas lágrimas, dió entero cumplimiento á la voluntad postrera de aquél.

Sobre la sepultura de los dos amantes se grabó un epitafio, concebido en estos términos:

Creyó Romeo, que á su dulce esposa
miraba muerta, y detestó la vida;
y en brazos de su bien, leal suicida,
bebió el agua de sierpe venenosa.

—

Mas ella vuelve en sí, y le ve, y copiosa,
la fuente de su llanto sin medida
sobre él vierte; y al cielo que la olvida,
y á los astros increpa rencorosa.

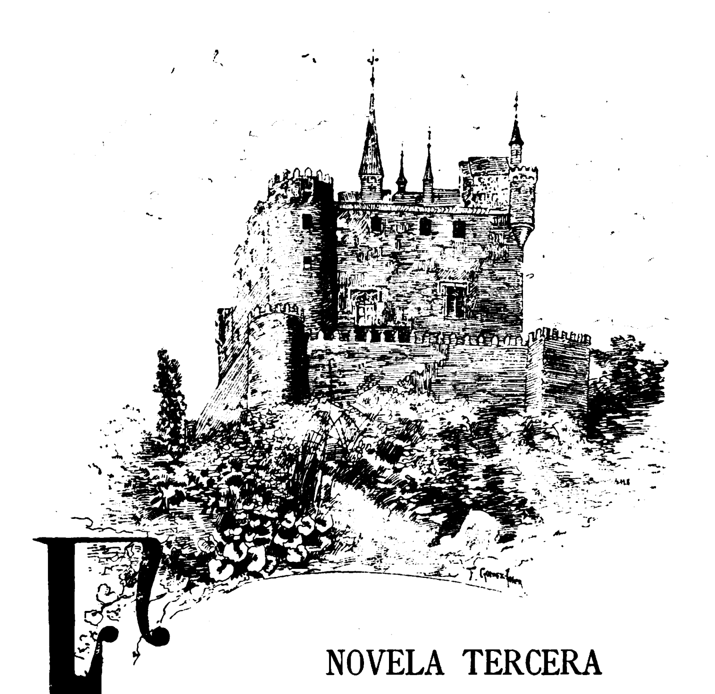
—

Le ve expirar al fin, y con acento
que del muerto, por débil, más parece:
—¡Oh, cielo!—dice.—Ya mi pensamiento

—

por un afán tan sólo se enardece.
¡Seguirle! Más no pido, más no intento.
Y así clamando, de dolor perece.





NOVELA TERCERA

Un marido sorprende á su mujer en adulterio, la obliga á que ahorque al adúltero y la condena á vivir para siempre en la estancia donde el amante fué ahorcado.

En el tiempo en que Margarita de Austria, hija de Maximiliano César, vino á Saboya, á casarse, vivía en cierta parte del Piamonte un noble y valeroso caballero, cuyo nombre me callo, señor de súbditos y castillos, y que pasaba en la corte lo más del año, pues como era persona de gran prudencia y claro saber, el duque hacía de él no poca estima. Habíase casado con cierta dama noble del país, no mal parecida ni despreciable, aunque no fuera ningún dechado de belleza; lo que en ésta le faltaba, teníalo en vivacidad de ingenio, cortés educación, risueño trato,

cariñoso afecto, ocurrente palabra y otras mil dotes asimismo agradables. Era además por todo extremo cuidadosa y bien portada, y no había en el Piamonte otra dama de mejor vestir, no tanto por el lujo de sus trajes, por más que los tenía ricos y variados, cuanto por la gracia y diestro aliño con que sabía honrarlos sobre su cuerpo, aunque hubiesen sido de ruín y burdo anascote.

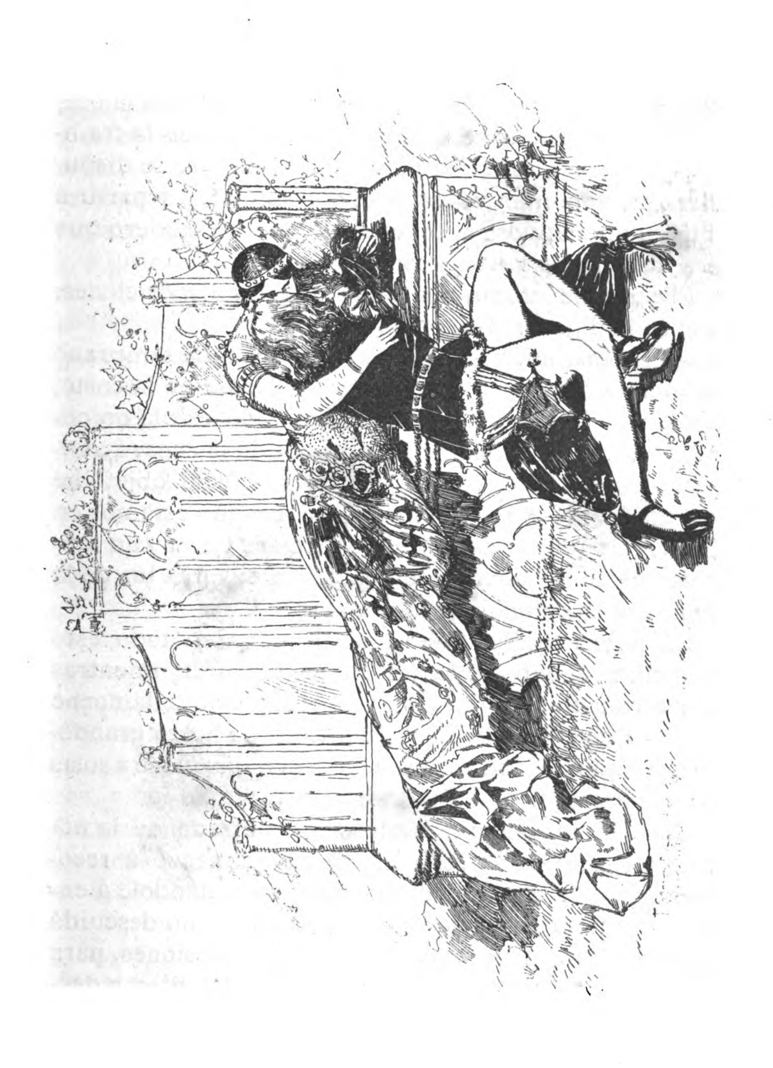
El marido, hombre formal y de bien, la quería tiernamente y estaba encantado con ella. Tenía de su matrimonio dos hijos ya crecidos. Sin embargo, él rayaba en los sesenta años, ó los tenía quizás cumplidos, mientras que ella podría contar unos treinta y cinco eneros; razón por la cual, no satisfecha con las caricias del marido,—y recibiéndolas tasadas, por vivir él la mayor parte del tiempo ausente, al lado del duque que ordinariamente residía en Saboya,—hubo de fijar la mujer sus ojos en un joven vasallo de su marido, concluyendo por prendarse ciegamente de él. Todo el día lo retenía en el castillo con coloquios íntimos y abandonados, gozándose con su compañía; jugaban los dos á ajedrez, á damas y otras veces á las cartas, y así vivía con él en gran familiaridad y confianza, sin que el esposo, que no tenía punto de celoso, parase mientes en lo que su mujer hacía, por más que lo viese cuando en el castillo pasaba con ella una temporada; tanto menos se fijaba, cuanto, como no ignoráis, es costumbre de nuestra tierra que las mujeres traten con suma familiaridad á los hombres á cualquier propósito, y no es cosa que desdiga ni se aparte de lo lícito y honesto el besar á nuestras mujeres en presencia nuestra. Tanto es así, que si un noble llegara á nuestra casa y no se dignara besar á nuestra esposa, hija y hermana, y á cuantas mujeres con nosotros se alberguen, lo recibiríamos por grave ofensa, puesto que el besarlas se reputa como favor grandísimo. Así

también, cuando vemos á nuestras mujeres platicar en secreto con algún hombre, no solemos reconvenirlas ni tomarlo á mala parte como sucedería entre vosotros, los lombardos; que estas son costumbres y la costumbre hace ley.

Conversando, pues, según he dicho, tan familiarmente con la dama, el joven tardó poco en caer en la cuenta de que aquella estaba de él perdidamente enamorada. Y dándose por muy venturoso de alcanzar el amor de tan gentil y elevada señora, prestó fomento en su pecho á la amorosa llama, sin considerar el daño que podía venirle, y dióse á amarla con pasión ardiente. Amándose ya el uno al otro, no se pasó mucho tiempo sin que mutuamente se lo descubrieran. Ni después de esto dilataron mucho el deleite de su pasión; que poseídos ambos de un mismo anhelo y encaminándoles á un mismo punto, pronto hubieron de llegar á gozarse el uno en brazos del otro; y ya gustado su primer placer, quedaron abrasándose en deseos de volver á verse. Favorecíales la fortuna y les brindaba frecuentes las ocasiones; pero abandonando ellos poco á poco la discreción con que se mostraba su familiaridad y cegados por el amor que les abstraía el alma, comenzaron á fiarse demasiado de los servidores de la casa y á hacer públicos extremos, mal avenidos con el natural decoro. Originóse de esto, que muchos de los que en la casa habitaban, entraron en sospecha del oculto trato que mantenían, sospecha que se convirtió luégo en certeza, bien que ninguno osase á decir palabra á la señora, ni menos á dirigir la menor advertencia al marido, el cual, por otra parte, vivía tan confiado en su mujer, que hubiera despedido enhoramala á todo el que se hubiese llegado á decirle que aquella le faltaba no más que en un ápice.

Mas acaeció que cierta vez el marido volvió de Sa-

boya á su castillo, uno de los primeros días del mes de julio; y ocurrióle asomarse á una ventana de su estancia, que caía sobre un bellísimo jardín extendido más allá de la muralla. Era esto después de oscurecido, poco antes de la hora de la cena, y la dama en compañía de su galán salióse al jardín por la puerta del socorro; allí, cobijados á la sombra de un emparrado y nada sospechosos de que les observara alma viviente, ella besó á él con amoroso y repetido transporte, y contestóla él acariciándola libremente, y gozáronse ambos en retozar sin cuidado. El marido vió desde la ventana aquella culpable confianza, y lleno de turbación, ardiendo en cólera fierísima, dispúsose á vengarse; mas á fuer de prudente sofocó su coraje y quiso aguardar á sorprender el delito en toda su culpa. Era ya la hora de la cena y estaba dispuesta la mesa, por lo que el marido se fué á cenar en compañía de los dos infieles, mostrándose con ellos más apacible que de ordinario y dirigiendo al joven mil caricias, todo para mejor disponer el esclarecimiento de su ofensa. Comenzó, pues, á observar con todo su disimulo los gestos, las miradas, las palabras y cuantos movimientos se dirigían ellos, adquiriendo sin dificultad el convencimiento de que su esposa vendía su amor honrado por otro amor criminal. Con todo, tal discreción halló todavía en sí, y tal fuerza de prudencia, que ni á su mujer dijo una palabra de su pensamiento, ni al joven mostró el menor gesto de tristeza que pudiera ponerle sobre aviso; antes bien, conforme se lo había propuesto, siguió recogiendo indicios y esperando la coyuntura de sorprenderles en el acto del delito. Así fué que los amantes, bien agenos de creerse espiados, seguían buscándose mutuamente para requebrarse, aunque por la presencia del señor en el castillo, tropezaban con invencible dificultad para desahogar sus amorosos deseos.



Vino en esto el mes de Setiembre; el duque de Saboya se hallaba en Turín y con motivo de ciertos asuntos de gravedad reclamó á su lado la presencia del marido de aquella mujer, el cual vió en ello la ocasión propicia de coger por fin á los pájaros en la trampa. Ordenó, pues, que toda la servidumbre se dispusiera para montar á caballo el día siguiente y partir á Turín, quedándose él solamente con un escudero que era hombre de toda su confianza.

Preguntóle su mujer la causa de tales disposiciones; y él se la dijo con estas palabras:

—Propóngome, esposa mía, que mañana temprano se marchen todos y vayan á aguardarme en la corte, pues yo pienso permanecer aquí todo el día no poniéndome en marcha hasta después de la cena, acompañado de mi escudero y en posta, á cual objeto he mandado preparar caballos; que aunque estamos en Setiembre, creo que por el día debe de hacer aún muchísimo calor. Así viajaremos de noche, á la luz de la luna y el calor no nos molestará.

La pobre mujer, que no sospechaba en todo esto malicia ni engaño, elogióle su providencia, mientras por otro lado advertía á su amante que aquella noche le esperaría, de lo que este último se holgó grandemente, que llevaba ya muchos días de no verse á solas con su amante.

Cenaron juntamente los tres, á la entrada de la noche, y concluída la cena el marido comenzó á recomendar á la esposa muchos encargos, dándole á entender que su ausencia había de ser larga; no descuidó tampoco encomendar al joven varias comisiones, para infundir en los dos cómplices mayor seguridad y descuido.

Comenzaba ya á ser entrada la noche, y montó el castellano á caballo, lo propio que el servidor que le acompañaba; mas no había caminado una milla cuan-

do se detuvo, entrándose por cierto sitio de su propiedad, donde tenía una bellísima posesión y allí estuvo en espera más de dos horas; pasadas las cuales cabalgó de nuevo y volvióse á su castillo, cuando serían cerca de las cuatro de la madrugada, introduciéndose en él sin rumor ni obstáculo, gracias á la intervención del mayordomo, que ya de antemano se hallaba por él advertido. Una vez dentro, hizo que muy á la quieta se armaran el mayordomo y el escudero, y espada en mano se dirigió á la cámara donde su mujer se hallaba, alumbrándoles el paso una vela que el mayordomo sostenía. Próximos ya á la cámara, el caballero mandó al mayordomo que llamase á la puerta diciendo que había llegado una carta de su señor. Mandó la dama levantarse á una vieja criada que dormía cerca de ella, en una cama baja, y que estaba instruída de todo; y encargóle que recibiese la carta sin permitir que el mayordomo entrase. Así trató de cumplirlo la vieja, y con tal intento abrió la puerta; mas adelantándose entonces el mayordomo, fingiendo que iba á dar la carta, pegó á aquella tal golpe en el pecho que la derribó por tierra. Penetraron en seguida los tres hombres en la estancia, con las espadas desnudas, y allí encontraron á los infelices amantes, sorprendidos en medio de su reposado abandono. Pusiéronles presos, y también á la camarera, confidente de su culpa. Considere todo el mundo, cuál debía ser el espanto de los tres prisioneros, descubiertos en el momento de su delito; ninguno de los tres se atrevía á mover los labios.

Dispuso el señor del castillo que se trajese una cuerda, y ofreciéndola á la mísera mujer le mandó que colgase á su amante de un clavo largo y grueso que salía de una viga. Tomó la infeliz la cuerda, y llorando amarguísimamente la anudó al cuello de su amante; y subió luégo á una escala que para aquel caso le tra-

jeron, y sujetó la cuerda al clavo, y de este modo estranguló al desventurado joven.

El implacable esposo hizo luégo desamueblar la estancia hasta quedar desnuda, dejando tan sólo en un rincón una yacija de paja, tan ruín y mermada, que á duras penas hubieran podido acurrucarse en ella dos perros. Después dijo á su esposa:

—Tú, mujer, que no has sabido guardar el honor mío ni el tuyo y que por el amor de un vasallo me has vendido: yo te condeno á que te quedes viviendo con él sin interrupción, sin otra compañía que la de esa rufiana que á delinquir te ayudó; adios para siempre, pues de este sitio nunca jamás volverás á salir.

Todas las súplicas fueron vanas. Mandó asegurar la ventana con barras de hierro, en tal forma que era imposible salir por ella; hizo en seguida tapiar la puerta, dejando no más que un pequeño agujero, por el cual hacía dar á las pobres mujeres el escaso alimento de pan y agua, encargando de este oficio y de la custodia al mayordomo.

Las dos desventuradas mujeres allí quedaron encerradas, doliéndose de su culpa con llanto inconsolable. No tardó muchos días en empezar á corromperse el cadáver del ahorcado, lo cual aumentó el tormento de aquel cautiverio tremendo, pues el hedor era tan insoportable que sin remedio había de hacerse mortal. Imagínese cada cual la vida que allí vivía la noble dama á tan miserable estado reducida. Verdugo de su amante, allí, ante sus ojos sin interrupción le miraba, y noche y día respiraba el hedor intolerable que aquellos miembros podridos despedían.

Seis años vivió en esta miserable existencia, al lado de la vieja; mas al cabo de ese tiempo enfermó gravemente, por lo cual el marido la hizo trasladar con su compañera de expiación á otro aposento, donde muy en breve la desdichada murió.

El castellano dejó entonces salir en libertad á la vieja, mandándola enhoramala, á donde mejor la pluguiese ir.





NOVELA CUARTA

Margarita de Escocia, delfina de Francia, honra á maese Alano, poeta francés

CARLOS séptimo, rey de Francia, tuvo un hijo llamado Luís, más tarde el onceno de este nombre, el cual libertó el reino de Francia de la larga y ruinosa opresión de los ingleses, que lo habían saqueado y casi destruído en su mayor parte; y además de esto, de tal manera supo reducir á los barones rebeldes que con las pasadas discordias se habían hecho á vivir con licenciosa libertad, que no quedó magnate ó

señor, por grande y poderoso que fuese, que se atreviera al menor gesto ó palabra cuando veía á un ministro de la corte; que era la voluntad de dicho rey, obtener para sus oficiales la misma reverencia que á su persona se tributaba.

Ahora bien; todavía siendo Delfín de Viena, título y principado de los hijos primogénitos de los reyes de Francia que han de suceder á la corona, ese Luís se casó con Margarita, hija del rey de Escocia, mujer de bellísimas prendas y real presencia, de exquisita educación y gran riqueza, de ánimo elevado y sutil perspicacia, y tan bien adornada, en fin, de todas aquellas dotes que convienen á una dama real como lo era ella, que en su tiempo gozaba fama de ser la más virtuosa y discreta señora de su reino.

Distinguíala sobre todas estas nobilísimas partes, su inclinación y acierto en honrar á los hombres de valer así en las letras como en las demás artes, y hacíalo con admirable bondad y seductora lisonja, que jamás hubo quien, valiendo por su saber, recurriera á ella en balde.

Vivía por entonces en la corte, maese Alano Carretieri, hombre entendido en muchas ciencias y el más elegante escritor francés de aquel tiempo, tanto en prosa como en verso, de suerte que por todos era llamado padre de la lengua galicana y tenido por tal razón en gran reverencia del rey y de los vasallos. No se metía el tal á celebrar en sus versos á una dama con preferencia á otra, sino que todos los días componía algunas rimas dedicándolas alternadamente ya á una gran señora, ya á un joven doncel, según se los inspiraba una frase que oyese ó una acción que observase, dignos á su entender de ser celebrados; y estos versos recitaba luégo con suavísimo y claro acento. Madama la Delfina gustaba grandemente de conversar con él, como discretísimo interlocutor y sabio hablista que

era; pues no se hallaba en la corte otro que mejor supiese narrar un sucedido, ni que con más finura acertase á decir una chanza siempre que á ello se veía requerido. Con igual deleite leía la Delfina las composiciones de maese Alano, honrándole á todas horas y celebrándole sin medida.

Y aconteció un día de los calurosos del estío, que á la hora de la siesta, vencido del sueño, maese Alano se quedó dormido en el salón, sobre un banco en el cual se había sentado para reposar la fatiga de su vejez y de la vigilia de la precedente noche, que no la había dormido toda. Ocurrióse á la Delfina salir á aquella hora de su cámara y pasar por el salón; al hacerlo descubrió á maese Alano que dormía, y no bien le vió, aproximóse á él, hizo con la mano señal á los que la seguían, para que no moviesen el menor ruido, ni de otro modo despertasen al poeta, é inclinándose medrosamente sobre él le dió bonitamente un beso en la boca sin turbar ni por un segundo su placidísimo sueño.

Al mirar esta noble y distinguida acción, muchos de los allí presentes, emponzoñados por el pestífero sentimiento de la envidia, se dirigieron á la Delfina y dijéronle:

—Señora, ¿cómo habéis tenido valor para besar á ese hombre tan feo y tan deforme?

Y fuerza es consignar, que era, en efecto, maese Alano, aun aparte su vejez, que siempre es poco atractiva, un varón de rostro muy feo y casi, casi, atemorizante.

Madama Margarita volvióse á los que de aquel modo la interpelaban y así les dijo:

—Vosotros, salvo vuestro respeto, cometéis gran villanía reprochándome lo mismo que, si fuérais cuerdos, tendríais que haberme alabado; pero sois unos necios, y no sabéis ver aquí más que estas apariencias

exteriores. Que no hemos Nos besado esa boca que tan fea os parece, antes con nuestro beso hemos prestado reverencia y honor á la bellísima boca del preclaro ingenio de este divino poeta y fecundísimo decidor; esa boca de la cual todo el día sin cesar manan perlas y rubíes, y tantas piedras preciosas de elocuencia con que se enriquece nuestra habla galicana. Y yo os doy palabra de que mil veces preferiríamos ver nuestro nombre mezclado con sus doctos y bien limados versos y con los períodos de su elegante prosa, y en ellos vernos celebrada, que ganar los títulos y las grandezas de un ducado. Que Nos abrigamos la firme creencia de que así, sus escritos ilustres nos librarían del olvido de los que tras de nosotros vengan, cuando la muerte ya haya reducido á triste polvo este cuerpo flaco y perecedero. Ellos, los escritores, son los que perpetúan la memoria de todos aquellos que les han merecido mención en sus escritos; é infinitos son los que hoy alcanzan renombre y sobreviven á su muerte en nuestra memoria, sin que se lo deban á otros que á los poetas é historiadores que les han mentado, sacándoles de las tinieblas del olvido en que de otro modo yacerían sepultados. Hemos tenido, pues, por cosa justa, agradecer á maese Alano la merced que le debemos, de habernos nombrado algunas veces en sus versos, gratitud que en igual medida le deben todas las damas á quienes de continuo anda en la corte celebrando. El rey, nuestro suegro y señor, y monseñor nuestro consorte, le han remunerado largamente en dones y bienes de fortuna; Nos hemos querido honrarle en la forma que más grande honor representa entre nosotros. Y sépase, que aun cuando sea costumbre de este reino, que varones y hembras se besen familiarmente, los pares nuestros, sin embargo, no suelen dejarse besar sino de personas reales y de algún príncipe extranjero, que de muy alta estirpe provenga. Y es que no menor,

ni menos distinguida muestra ha parecido á Nos conveniente testimonio para honrar el saber y la elocuencia de tal alto varón, cuyas luces merecieran haber brillado en aquellos antiguos tiempos, cuando la ciencia alcanzaba el debido premio y merecido honor, como lo relatan las historias, henchidas de brillantes ejemplos.

Divulgóse en seguida por la corte, cuanto había dicho y hecho la Delfina, y no quedó hombre cuerdo que dejase de calificar aquel proceder, de sabio, cortés y digno de un generoso y noble espíritu. Maese Alano vióse desde aquel día aún más respetado y tenido en estima, que antes lo era, pues propagado el conocimiento de su valor y mérito, con las palabras y el acto memorable de la Delfina, todo el mundo dentro y fuera de la corte se sintió poseído de reverencia por él, y honraban su nombre, y le dedicaban toda clase de acatamientos.



NOVELA QUINTA

Despreciado don Diego pcr su amada, retírase á una gruta, y cómo salió de ella

En cierto castillo de España, cerca de los montes Pirineos, habitaba no há muchos años una viuda, cuyo difunto marido fué de nobilísima sangre y natural de aquel país; y tenía de su matrimonio una hija única, de notable gracia y belleza, la cual vivía en su compañía, rodeada de mil cuidados. Esta doncella era conocida por todo el mundo con el nombre de Ginebra la blonda, á causa de tener el cabello tan ex-

tremadamente rubio que parecía de hebras de oro muy bruñido y terso.

Á media jornada del lugar donde habitaba Ginebra la blonda, existía otro castillo propio de un caballero joven, huérfano también de padre, y cuya madre le había tenido largo tiempo en Barcelona, para que se instruyese en las letras, y juntamente en los usos civiles y corteses dignos de un hombre bien nacido. Así se había él hecho un mozo de gentil crianza además de muy apuesto, cultivando al propio tiempo que las letras el ejercicio de las armas, con tan notable provecho que pocos eran los caballeros de la juventud de Barcelona que pudieran compararsele.

Y aconteció que habiéndose dispuesto en Barcelona una justa para honrar al rey Felipe de Austria que pasó de Francia á Cataluña para dirigirse á tomar posesión de sus reinos de España, eligiéronse varios jóvenes entre los cuales figuró como uno de los principales, don Diego, de quien veníamos hablando.

Con tal motivo, dirigióse éste á su madre para que le proveyese de todo cuanto le era preciso para figurar en el torneo, á fin de poder mostrarse digna y honrosamente, conforme á su clase correspondía; á cual petición respondió la madre, que era mujer prudente y que amaba á su hijo como á las niñas de sus ojos, enviándole dinero en abundancia y servidores á propósito, escribiéndole además que nada economizase para honrarse según debía. Proveyóse, pues, el mancebo, de armas y caballos, y comenzó á ejercitarse todos los días bajo la enseñanza de un justador adiestrado.

Llegó allí el rey Felipe, siendo recibido por los barceloneses con grande agasajo, y festejado con todas cuantas demostraciones eran posibles en aquella ciudad, considerándole como yerno de Fernando el católico, que acababa de embarcarse para el reino de Ná-

poles con motivo de la muerte de la reina Isabel; y á la muerte de aquel rey católico, Felipe de Austria entraba á sucederle en todo. Celebróse el torneo, no figurando en él más que jóvenes escogidos que aún no hubiesen tomado nunca las armas, y los honores de la fiesta, que fué famosa, todos fueron para don Diego, razón por la cual agradado el rey, viéndole un doncel de diez y nueve años, le armó caballero, ensalzándole sobre manera á los ojos de toda la ciudad y exhortándole á perseverar en la profesión de las armas, de suerte que siempre fuera de bien en mejor.

Partido el rey para seguir su viaje á Castilla, don Diego deseoso de ver á su madre, de la cual estaba separado mucho tiempo había, puso en orden sus asuntos de Barcelona, y salió de la ciudad en dirección á su castillo.

En él fué recibido amorosamente por su madre, y dióse á recrear sus ocios cazando por aquellas cercanías, ya ciervos y jabalíes, de que estaba lleno todo aquel país, ya de vez en cuando algún oso, á cuyo encuentro se dirigía internándose por la montaña.

Sucedió, pues, que un día, habiéndose lanzado sus perros en persecución de unas cabras monteses y siguiéndoles él en su carrera, descubrió en el interior de un bosque gran copia de ciervos, de los cuales uno salió de su escondite y echó á correr delante del caballero, lo cual fué á éste incentivo para abandonar las huellas de las cabras monteses y emprender el seguimiento de aquel animal; y dijo á algunos de sus servidores que le siguiesen y emprendió la carrera á brida suelta. Cuatro de los que le acompañaban montando en buenas cabalgaduras, lanzáronse detrás de su señor; pero su carrera fué muy breve, pues el caballero montaba un brioso caballo español guiado por el jinete, quien siguiendo la velocísima huída del ciervo, se alejó mucho de los suyos. Al cabo de mucho correr

observó que su caballo casi estaba sin aliento, mientras que el ciervo continuaba volando con igual rapidez, lo cual le puso de mal talante; pero como la bestia desapareciese de su vista y ninguno de los acompañantes del joven estuviese allí con él, aplicóse el cuerno á los labios y comenzó á tocarlo fuertemente, en señal de que acudieran. Inútil esfuerzo, porque se había alejado tanto, que no podía ser oído de los suyos. Viendo el mozo que no le respondían, tomó su camino á solas y paso á paso con intento de volverse atrás, pero nunca pudo acertar con la senda, pues era desconocedor de aquella comarca, y cuando pensaba avanzar hacia su castillo, iba por el contrario acercándose al de Ginebra la blonda, la cual en compañía de su madre y de sus servidores había salido aquella tarde á cazar liebres, y andaba por los mismos sotos que el caballero seguía. Y oyó éste las voces que levantaban los del acompañamiento de Ginebra la blonda, y tomó la dirección de aquel ruido, oyéndole tanto más distinto á medida que avanzaba, bien que como se le alcanzase que los que lo producían no eran los suyos, hallábase perplejo sobre lo que debía hacer.

Iba ya muy entrada la tarde y el sol descendía dando mayor cuerpo á las sombras, en vista de lo cual y observando que su caballo apenas podía moverse, tomó don Diego su partido, y para no quedar solo en el bosque, siguió lo mejor que pudo rastreando, hacia el sitio donde sonaba aquella gritería. No bien hubo andado un breve rato, ofrecióse á sus ojos un magnífico castillo, que se levantaba á la distancia escasa de una milla italiana, y cerca de él vió una comitiva de mujeres y hombres que acababan de matar una liebre, y conjeturó que una dama que entre ellos se distinguía, sería la señora del castillo. Viendo la dama al caballero, y juzgándole persona de calidad por lo que anunciaban su caballo y sus vestidos, y echando de ver que el ca-

ballo no podía andar rendido de cansancio, mandó á uno de los de su séquito que se aproximase al jinete para informarse de quién era, y enterada de su condición y nombre, dirigióse á su encuentro haciéndole cortés acogida y mostrósele muy regocijada de aquel hallazgo, así por la buena fama que de él le había llegado, como por respeto á su madre, con la cual tenía establecida muy buena amistad, según es costumbre entre propietarios colindantes.

La noche se les venía encima, lo cual fué ocasión de que invitaran á don Diego á que se albergase en el castillo, enviando un mensajero á su madre con objeto de advertirla y librarla del cuidado en que se hubiera puesto no viéndole aquella noche volver á su casa. Don Diego besó las manos á la madre y á la hija, y aceptó la invitación dándoles gracias por la cortesía que le dispensaban, y de este modo, juntamente tomaron la ruta del castillo, después de montar el joven en un caballo que le dieron para que el suyo fuese llevado á la cuadra, á descansar de su extrema fatiga.

Y he aquí que don Diego, que era un gallardísimo y agraciado mozo, alzó los ojos y se encontró con los de Ginebra la blonda que en aquel momento le estaba mirando fijamente, y fueron ambas miradas tan fogosas y de tal fuerza, que él de ella y ella de él quedaron tiernamente prendados, y el uno del otro prisionero.

Contemplaba el embelesado mancebo á la hermosa doncella, cuya edad sería de diez y seis á diez y siete años, que cabalgaba gentilmente en una hacanea enjaezada de terciopelo. Tenía en la cabeza un sombrero lindamente ataviado, con una pluma sobre el ala que la cubría parte del cabello, y la otra parte se veía ondeando alrededor del rostro, dividido en dos rizadas guedejas, y parecía decir á quien lo miraba: «Aquí y no en otra parte, ha colocado Amor con las tres Gracias, su pro-

pio nido.» Pendían de sus lindas orejas dos finísimas joyas y en cada una lucía una preciosa perla oriental. Descubríasele la despejada y alta frente, de proporcionado espacio, en medio del cual rutilaba un finísimo diamante engastado en oro, como se ve en el cielo rutilar las estrellas. Las cejas como el ébano negras y lucientes, arqueadas y formadas de cortos y menudísimos pelos, cubrían y resguardaban, separadas á conveniente distancia, dos ojos seductores cuyo esplendor de tal manera encendía la vista de quien los miraba, que todo él se sentía arder en fuego voraz; y el que fijamente clavaba en ellos los suyos, bajábalos deslumbrados y ciegos, bien así como sucede al que los fija en el sol ardiente cuando llamea por Junio, en mitad del cielo limpio y abrasado. Con ellos podía su dueña matar á cualquier viviente, y como quisiera, volver la vida á un muerto. La perfilada nariz, formada en regular proporción con los otros rasgos de aquel rostro divino, separaba en iguales partes las rosadas mejillas, cuya viva blancura y honesto carmín las asemejaban á dos sazonadas y deliciosas manzanas. La pequeñísima boca se formaba de dos labios que hechos parecían del más brillante y fino coral, y cuando la niña hablaba ó reía, descubríanse dos hileras de orientales perlas, por entre las cuales se vertía tan armonioso y dulce sonido, grato rumor del graciosísimo hablar, que los más groseros é insensibles corazones tenían que rendirse mal de su grado. Pues ¿y qué decir del trozo lindísimo de la lindísima barba, qué del ebúrneo y cándido cuello, qué de los marmóreos hombros, y qué del alabastrino pecho cuyas gracias deliciosas ocultaba ella bajo un sutilísimo velo? No era aquel pecho virginal, elevado con grande exceso, pero, envuelto en celajes de honestidad, harto claro anunciaba todo su encanto sin alterar las puras y bellas líneas que eran propias de la tierna edad de la doncella. El

resto de su gentil y bien proporcionada persona, fácilmente se adivinaba no ser menos bello, puesto que no se descubría la menor imperfección. No hablo de los esbeltos brazos y bellísimas manos, que mostraba ella, largas, blancas y mórbidas, al quitarse frecuentemente los perfumados guantes. Ni caía la joven en la afectación de otras que por querer darse traza de honestas, se fingen tristes y melancólicas, antes se la veía siempre alegre con discreción, afable, cortés y modesta. Rodeábale la enhiesta y blanca garganta una cadenita de oro de sutilísima labor, que pendiéndole sobre el pecho seguía la suave ondulación de su seno palpitante. El vestido era de cendal blanco, todo con sumo gusto y maestría acuchillado, debajo de cuya tela rala se veía lucir otra de oro.

Caminaba la comitiva hacia el castillo, y don Diego observando la costumbre galante del país, colocóse al derecho lado de Ginebra la blonda, llevando las riendas de su caballería y departiendo con ella sobre varios asuntos, y allí, viéndoles reunidos en un solo grupo, era donde se reconocía que el caballero era tan gallardo mozo como la dama preciosa doncella. Llegados ya al castillo, quiso la madre de Ginebra la blonda, que el caballero se fuese á reposar, á cuyo fin le hizo acompañar á una cámara ricamente dispuesta donde aquél se alivió del peso y opresión de las botas. Pocos deseos tenía de reposar, mas para complacer á la castellana se detuvo en el aposento para desnudarse el traje de caza y vestirse otro de rica tela que la señora le mandó ofrecer; y todo esto hacía sin caérsele de la mente el pensamiento de la divina hermosura de la joven, cuyas gracias celestiales no acertaba á comparar con otras que en su vida hubiese visto.

Por otra parte, mientras el mancebo estaba en su aposento, servido por varios criados de la castellana que le asistían en todo, Ginebra la blonda no hacía más

sino recrear su pensamiento con la idea del caballero á quien acababa de conocer, y que en el breve tiempo que había estado junto á ella, le pareció el más bello, más bizarro y más valeroso mancebo de cuantos había visto, y experimentaba mientras pensaba en él un maravilloso deleite, cual jamás lo había conocido su pecho. Y sin percatarlo acabó por sentirse locamente enamorada de él, en tanto que él sumido por su lado en iguales meditaciones y gozándose allá, en su memoria, en admirar una y otra prenda de las que en ella descubriera reunidas, bebía insensiblemente el amoroso veneno, llegando al fin á decirse que por haber querido matar un ciervo, él era quien de mano de la hermosa doncella quedaba por amorosa saeta mortalmente herido.

Á todo esto, los criados del séquito de don Diego se volvieron á su morada, después de haber buscado largo tiempo á su amo sin descubrir rastro de él, lo cual les hizo presumir que podía haberse dirigido al castillo por otra senda. Y hallábanse todavía á cosa de media milla antes de llegar á la fortaleza cuando les topó el mensajero enviado para advertir á la madre de don Diego, que no le aguardase aquella noche. Sabía la madre, con esto, que su hijo estaba albergado en sitio bueno y seguro, por lo cual, como estaban ya cerca las dos de la noche, no quiso ordenar que nadie saliera por aquella noche á reunirse con él.

No permanecieron mucho rato los dos enamorados á solas con sus pensamientos, pues la cena se dispuso prontamente, siendo servida en una sala lujosamente adornada. Á ella condujeron al caballero, quien se encontró con la madre y la hija que le recibieron con grata y cortés acogida, entreteniéndole además con agradables razonamientos. Los criados sirvieron aguamanos, y á invitación de la castellana, tomáronlo los tres; después de lo cual se sentáron á la mesa viéndose



don Diego á pesar de su resistencia, forzado á sentarse á la cabecera, con la castellana á su derecha y Ginebra la blonda á la izquierda, y siguiendo los demás comensales á ambos lados conforme á cada uno pertenecía.

La cena se compuso de varios y delicados condimentos, servidos en abundancia, bien que poco de ellos comieron los dos amantes. Y había la castellana mandado sacar vinos preciosísimos, á pesar de no beberlos ni ella ni su hija, y habiéndose asimismo allí aclarado que tampoco don Diego había catado jamás el vino, acostumbrado de niño á no beberlo; de suerte que los tres bebían agua sola. Yo, sin embargo, á estar allí, me hubiera avenido con los demás comensales, que bebían vino; pues si ha de valer mi leal dictamen, creo que donde no hay vino es imposible gustar vianda ninguna que no parezca insípida, y cuanto el vino es mejor, más sabroso y más bien sazonado me parece á mí un platillo.

La noble dama, que era una hábil discutidora, interesaba discretamente al caballero en varios razonamientos, rogándole al mismo tiempo que honrase las viandas, y animados uno y otro en su diálogo hubo de animarse á su vez la hermosa Ginebra, de suerte que se introdujo en la conversación, con lo cual á nuestro caballero le parecía hallarse en el paraíso. No menos gustosos se sentían los demás con el entendido razonar del mancebo, pasando de esta suerte, discurriendo y saboreando los delicados platos, todo el tiempo de la cena, halagados por la más plácida alegría y distracción. Concluída la cena y mientras llegaba la hora de irse á dormir, el caballero siguió conversando á su sabor con su enamorada, no atreviéndose empero en ningún momento á descubrirle su fervoroso amor, sino reduciéndose tan sólo á decirla en frases de general cortesía, que era servidor suyo y que no

comprendía que pudiese recibir de ella merced más grande, que la de que le mandase y emplease en su servicio. La doncella poníase, á todo esto, de mil colores y daba al caballero gracias por sus ofrecimientos rendidos; y aunque no se le escapaba que así los gestos como las palabras del mancebo eran indicio de amor mal contenido, hizo talante de no repararlo con ánimo de mejor espiar el ánimo de aquél.

Llegada la hora de recogerse, cada cual dió á cada cual las buenas noches, según se suele, yéndose á acostar; pero si durmieron ó no durmieron aquella noche los dos nuevos amantes, colíjalo quien se haya visto extraviado en ese laberinto del amor. Ni para el uno ni para el otro hubo posibilidad de conciliar el sueño, que toda la noche se les fué en pensamientos é imaginaciones, ora temiendo, ora esperando, reprendiéndose después, y luégo animándose á proseguir en su empresa. Parecíale á Ginebra la blonda, que en el caballero había observado cierto no sé qué en el cual fundaba el indicio y ponía la certeza de que el caballero la amaba y de que si en él cifraba ella su amor, no le amaría en vano; reflexiones que añadían pábulo y fomento á la ya comenzada llama de su pecho. Don Diego, por su parte, recordaba la donosura y belleza, la gentileza y discreción que había admirado en la joven, y reputaba estas prendas en un todo superiores á cuanto imaginarse pudiera, y abrasándose á tales ideas sentíase obligado á amarla aunque lo resistiera. Pero meditaba luégo que su pasión ya se había mostrado en cierta medida y á despecho suyo, y como considerase que esta declaración tácita no había encontrado en la doncella la correspondencia que él apetecía, sumergíase en la duda y desconfiaba de su felicidad. Ocurríasele después, que ella era todavía muy jovencita y que es ley de honestidad en una niña guardar la modestia y corresponder de ligero á las

galanterías de los hombres, y con esto volvía á consolarse ganando aliento y esperanza de conquistar á su amada con el rendimiento de una amante esclavitud. Tales fueron aquella noche los pensamientos de los dos nuevos enamorados.

Á la mañana siguiente llegaron los servidores de don Diego para llevarle con ellos á su casa; mas la castellana que ya había dejado el lecho y mandado disponer el desayuno, que estuviese presto y honrosamente preparado, se opuso á que el caballero se fuese por la mañana; á lo cual accedió el joven gustosamente, que su deseo no era otro que contemplar á todas horas á Ginebra la blonda. Esta se levantó aquella mañana afanosa de agradar á su amante, y por conseguirlo se vistió riquísimamente, sintiéndose al mismo tiempo con tales transportes de alegría, que todo en derredor parecía sonreirle. Miróse y remiróse al espejo, y pidió opinión sobre su tocado á todas sus camareras, á fin de que nada quedase en ella que pudiese ser tachado; luégo salió de su cámara y se dirigió al jardín, en el cual se paseaba su madre departiendo con el caballero. No bien la vió éste llegar, saludóla reverentemente, y fijando en ella los ojos no pudo ya separarlos, que si le pareció el día antes bella y encantadora, parecióle ahora que en ella se reunía toda la gloriosa perfección que en humana criatura pudiese concebirse ó que descrito hubiesen todos los poetas en sus poesías y escritos. Asimismo juzgó ella al llegar á la presencia del caballero, que no cabía en un hombre mayor gentileza y bizarría; y de tal suerte cambiándose miradas llenas de embeleso, apacentábanse sus ojos en tan dulce y sabrosa contemplación.

Oyeron misa en la capilla del castillo, y luégo fueron á desayunarse. Concluído el desayuno y dispuesta á la marcha la gente de don Diego, con caballos y demás, aquél repitió á la señora del castillo todo el encareci-

miento de su gratitud, esforzándolo en los términos que más pudo, y le besó la mano ofreciéndose á ser siempre servidor de ella diligentísimo. Volvióse en seguida á Ginebra la blonda y le besó á su vez la mano, y aunque quiso hablarla para decirla no sé qué razones, ni pudo articular palabra, turbado por la fuerza de su poderoso amor, ni tampoco acertaba á soltar la delicada mano que le tenía cogida; cosas ambas que fueron para la joven señales ciertas de lo mucho que el caballero le amaba. Sintióse con esto llena de singular contento y dijo con trémula voz:

—Señor don Diego, yo soy toda vuestra.

Acabó el caballero de despedirse y recibiendo otra vez licencia, montó con los suyos á caballo y salió del castillo, no sin haber reiterado á la castellana las muestras de su obligación por la grata acogida y señalada honra que le había hecho.

Existía entre las dos viudas, señoras de los dos castillos, antigua amistad que era causa de que frecuentemente se visitasen y comiese la una en casa de la otra, en vista de lo cual, enterado don Diego, dispuso dar una fiesta invitando á ella á Ginebra la blonda, como así se verificó. La fiesta fué bellísima y plácida, adornada de lujoso aparato, sones armoniosos y distinguidas cuanto hermosas damas; y esta fué la ocasión en que bailando el caballero con Ginebra la blonda algunas danzas y entrando poco á poco en confianza, empezó á pintarla con expresivas palabras el amor y la pasión que por ella experimentaba. Bien quería la joven mantenerse reservada, pero no pudo; que hartas señales dió al gozoso enamorado, de que en el pecho de ella no ardía llama menos voraz y poderosa. Concluyóse el baile y combinaronse algunos juegos de los acostumbrados en tales ocasiones, con lo cual tuvo el caballero nuevo motivo para permanecer al lado de su amada, y espaciaba su buen humor

complaciendo á los convidados en todo cuanto se le ocurría, honrando en su presencia con galante esmero á Ginebra la blonda y á su madre. Así, de esta suerte, pues, trataban ambos amantes de mitigar el ardor que al uno por el otro consumían, sin percatar que al contrario más y más lo avivaban bebiendo la amorosa ponzoña que en su mutuo mirar se contenía.

Sucedió, pues, que prosiguiendo el joven en esta empresa, á menudo visitando en su castillo á su amada é invitándola á las fiestas que disponía en el suyo, hubo de dar ocasión á que las dos madres cayeran en la cuenta de su amor, de cual descubrimiento no se dolieron en verdad ni un punto; que la madre del caballero se sentía muy gratamente inclinada á tomar por su nuera á Ginebra la blonda, no menos que la madre de ésta se hubiera complacido en recibir por su yerno á don Diego. Hallábanse con todo, puestas ambas en aquel caso frecuente de la vida, en que los miramientos y reparos frustran las más bellas ilusiones, y así ninguna de las dos se determinaba á ser la primera que tratara de aquel asunto. Por su parte, el mismo don Diego había ido repetidas veces á la casa vecina, de cierto caballero amigo suyo, con ánimo de revelarle lo que por él pasaba y aconsejarse con él, mas siempre se había callado por temor de que en esta confidencia pudiese encerrarse ofensa para su amada.

Mientras tanto la familiaridad entre los dos amantes se había ido acrecentando, de manera que apenas pasaba don Diego un día sin visitar á la dama, y á su lado permanecía sin sentirlo tres ó cuatro horas en dulce coloquio, y aun muchas noches cenaba á su mesa, volviéndose luégo á su castillo; así fué que ya no hubo persona que no echara de ver el amor de los dos jóvenes. Éstos ardían en deseos de unirse en lazo

conyugal, pero el temor sellaba sus labios, y ni Ginebra la blonda se atrevía á revelar á su madre tales deseos, ni á la suya don Diego se resolvía á decir palabra. Las madres discurrían cada una por su respeto que ambos hijos eran todavía muy jóvenes y que les quedaba tiempo sobrado para casarse, y no provocaban explicación alguna, complaciéndose en observar y callarse.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando á cierta joven, muy bella por cierto, hija de un noble del país, que frecuentraba el castillo de Ginebra la blonda, le ocurrió enamorarse perdidamente de don Diego, dándose á emplear cuantos recursos tenía á su alcance para obtener la preferencia de aquél; pero el caballero tenía entregado á Ginebra la blonda el corazón entero, y no reparaba ninguno de los esfuerzos que aquella joven hacía. Vino á manos de dicha joven un hermoso y adiestrado gavilán, y como le era conocida la afición de don Diego por las aves de rapiña, se lo envió haciéndole presente de él, y el caballero, que no vió el alcance de aquel paso, aceptólo satisfecho, dando en albricias un par de medias al criado que de él fué portador y enviando gracias rendidas á la joven, ofreciéndose á sus mandatos; y por ser ya entonces tiempo de cazar perdices salió á probar el ave que le había sido regalada, y halló ser de excelente destreza y olfato, por lo que no hay que preguntar si lo estimaría en mucho. Por dos veces había mandado á Ginebra la blonda, oferta de perdices, y aun había ido varios días á verla, llevando el gavilán posado en su puño, elogiando su bondad y ponderando la afición en que le tenía.

Ya he dicho que todo el mundo estaba enterado del amor de los dos jóvenes; lo cual fué ocasión de que se hablara de él cierto día en el castillo de Ginebra la blonda en presencia de ésta, siendo la conversación

muy en alabanza del mancebo á quien declaraban todos el más virtuoso y cumplido caballero; mas no faltó en esto un señor Gracián, allí presente, que sin contrariar que fuese don Diego tan de buenas prendas como los demás decían, añadió que era como el rocín del ollero, que se para á todas las puertas. Admiróse Ginebra la blonda de esta expresión y suplicó al que la había dicho que la aclarase, á cuyo ruego el hidalgo, que se tenía á sí mismo por muy suficiente, dijo:

—Señora, los olleros que andan con su rocín vendiendo por los pueblos ollas, escudillas y otros bártulos de barro, se detienen á cada puerta, y esto hace el caballero don Diego, el cual galantea á cuantas jóvenes ve, y ahí le tenéis ahora ciegamente enamorado de la hija de don Fernando de la Sierra, de cuyas bellas manos ha recibido el presente de un gavilán que estima en más que su propia vida.

No sé si aquel gracioso hablaba por su sola cuenta ó si lo hacía inducido por alguno; lo que sí puedo afirmar es que sus necias palabras fueron origen de grandísimo daño, según podréis oir; que no bien las hubo recogido Ginebra la blonda, salióse de la estancia en que se hallaba y se encaminó á la suya, y abandonóse allí á tal ímpetu de celos, y á tal corriente de fierísima cólera, que estuvo á punto de desesperarse; y considerábase tan rebajada por aquel desdén, que en un momento transformósele en odio crudelísimo todo el amor que á don Diego tenía, no parándose á considerar que el que la había dado la malhadada nueva podía haber procedido por incitaciones extrañas ó bien por propia malicia y envidia.

No tardó el caballero en llegar, según su costumbre, al castillo para ver á su ya perdida Ginebra, mas no bien oyó ésta que aquél se apeaba de su caballo en el patio, fuése apresuradamente á su cámara y en ella

se encerró. El caballero se introdujo en el salón y trabó diálogo con la madre de la airada doncella, entreteniéndose de este modo un buen rato, y refiriendo los prodigios de su gavilán que tenía posado en el puño. Pero viendo que Ginebra la blonda no comparecía según acostumbraba, preguntó por ella, y le contestaron que á su llegada se había retirado á su aposento, lo cual puso punto en boca del joven. Cuando le pareció que ya era oportunidad, pidió á la castellana licencia para ausentarse, y bajando la escalera hallóse con una camarera de la joven á la cual dió encargo de besar en su nombre las manos á la señora. Dicha camarera no ignoraba el amor de los dos jóvenes y como nada hubiese aún traslucido del disgusto del gavilán, tomó gustosamente el mensaje y fué á desempeñarlo con su señora.

Ginebra la blonda se hallaba ya advertida de que don Diego se había presentado con el gavilan al puño y de los elogios enfervorizados que le tributó, y con esto se daba más y más á entender que el joven la hacía objeto de menosprecio, y sentíase por lo tanto doblemente lastimada, primero porque creía firmemente que su amante enamoraba á otra mujer, y luégo porque se juzgaba de él burlada y escarnecida; esto la encendía mayormente en ira, y con tanta más furia cuanto aquella ventolera se le había entrado en la mente de modo que no había en el mundo reflexión que bastara á curarla de semejante desatino.

En tal disposición la encontró la camarera cuando fué á desempeñar el mensaje del caballero. Oyóla Ginebra la blonda, y montando en cólera prorumpió en estas exclamaciones:

—¡Ah, desleal, ah, temerario amante, que tras haberme vendido y abandonado por otra cien veces inferior á mí, se atreve aún a venir donde estoy yo y á escarnecerme mandándome á besar las manos! Pero á

Dios juro, que he de darle el premio que merece.

Entonces refirió á la criada todo el sucedido del gavilán y de los amores de don Diego con la hija de don Fernando de la Sierra, lo cual oído por aquella y teniéndolo luégo por cosa ciertísima, le inspiró consejos y exhortaciones que se esforzó ella en dirigir á su dueña para que perseverase en su propósito; de suerte que así se añadía más leña al fuego. Andaba esta camarera metida en amores con cierto escudero del castillo, el cual, no sé por qué ignorada razón, tenía contra don Diego grande animosidad y le veía con fuerte descontento tan cercano á casarse con Ginebra la blonda; y enterado por la camarera del disgusto en que estaba su señora, trató de utilizarlo y urdió una fábula, fingiendo haber oído de persona digna de crédito, que don Diego ya se habría casado con la dama del gavilán, si no fuese por mirar el respeto que debía á la madre de su abandonada amante; confió luégo á la camarera el encargo de referirlo así á su señora, y no hay que decir de qué manera y con qué ceguedad otorgó la señora entero crédito á tan torpe impostura. Tal se lo dió, que resuelta á romper del todo con el caballero, llamó un paje á su presencia y le encomendó estrechamente el encargo de aguardar el día siguiente en la entrada del castillo, la llegada de don Diego, y que al verle acercarse saliese á su encuentro y le dijese: «Señor don Diego, Ginebra la blonda me envía á vos y por mi boca os dice, que debéis volveros al sitio de donde salió ese vuestro gavilán que os es tan querido, pues aquí no cazaréis con él ni perdigones, ni codornices.»

Á la hora designada el paje fué á ponerse en espera donde se le había ordenado, y tanto aguardó que al cabo vió comparecer á don Diego, el cual con arreglo á su costumbre, dirigíase al castillo. No bien le distinguió adelantóse el paje á su encuentro y le dijo cuanto

su señora le había mandado decir. El caballero, que era buen entendedor y discreto, harto bien se explicó aquella embajada, y sin dar un paso más volvió grupas y se dirigió á su casa dominado por el peor humor del mundo; y una vez que estuvo en su castillo, entróse en su cuarto y allí escribió una carta en tales términos como el caso los requería; cogió en seguida el gavilán, lo mató y junto con la letra lo puso en manos de un servidor suyo, mandándole montar á caballo para que fuese á su vez á ponerlo en las de Ginebra la blonda.

La joven, con todo, aunque recibió al servidor, no quiso aceptar la carta ni el gavilán; solamente respondió por su boca á aquel mensaje, diciendo al mensajero:

—Buen hombre, dirás á tu señor que nunca más se me ponga delante, pues me hallo muy enterada de sus procederes. Y que á Dios le doy gracias con toda mi alma, que tan á tiempo me ha advertido de la mala fe de un falso caballero.

Portador de esta fiera embajada volvió el enviado á la presencia de su dueño, y por mandato de éste se lo refirió todo. Cuánta, al escucharlo, fué su turbación, cuánto su espanto, cómo se lamentó de su mala ventura y cuánto se desconsoló, no hay que decirlo. Mil veces se propuso disuadir á su amada del engaño en que estaba, dándole á conocer que todo había sido impostura de malas lenguas; todo fué en vano, que ni accedió ella á apaciguarse, ni quiso prestar oídos á las veraces explicaciones del veraz amante, tan penetrada tenía en el corazón aquella falsa creencia, y tanta era ya la imposibilidad de desarraigarla. Así fué que

jamás admitió ni billetes ni mensajes de don Diego.

Viéndose este infortunado amante tan rigurosamente y tan sin culpa maltratado y no pudiendo soportar el peso de su tristeza, no hallando por otra parte medio de apagar su ardorosa llama, que por el contrario más parecía acrecentarse, fué sumergiéndose en tal melancolía que estuvo á punto de morir. Fácil cosa era dar con la causa de la enfermedad del caballero, puesto que se le veía abandonar su frecuente trato con la doncella; y esto daba á las dos viudas ocasión de reirse, pensando que todo ello no era más que rencilla de enamorados.

Don Diego llegaba ya al término de todos los ensayos y remedios que la imaginación podía sugerirle en beneficio de su amor, y convencido de que todo era inútil, cansado de la vida, mas no queriendo quitársela por su propia mano, resolvió apelar á otro medio, cual era el de alejarse de la causa de su mal y andar algunos días vagamundo por acá y acullá, prometiéndose que con esto se extinguiría su fiero dolor. Y acordado que tuvo este propósito extremo, dispuso todo cuanto quería llevar consigo y mandó hacer dos sayales de ermitaño, uno para él y otro para un compañero que pensaba llevar. Escribió luégo una carta, y entrególa á uno de sus servidores diciéndole:

—Voy á partir para ciertas incumbencias mías, pero no quiero que mi madre ni otra persona alguna sepa adonde me dirijo. Después que me haya ausentado, dirás á mi señora madre, cuando pregunte adónde he ido, que yo no lo he declarado, pero que he dicho que al cabo de veinte días estaré de vuelta. Al cuarto día después de mi partida, y no antes, llevarás esta carta mía que ahora te entrego, á Ginebra la blonda, y si ella no quisiese recibirla, vé y entrégasela á su madre. Y ten cuenta por tu vida, de no olvidar un solo punto de este mandato.

Respondióle el servidor que nada temiese, que todo lo cumpliría según se lo ordenaba. Hecho esto, don Diego llamó á otro criado de toda su confianza, hombre de bien y práctico en las cosas del mundo, y le dió á conocer sin reserva todo cuanto se proponía realizar. El buen hombre reprobóle con toda su alma aquel insensato proyecto y puso todo su esfuerzo en disuadir al joven de tal desatino; mas de nada le aprovechó, que ya estaba su amo resuelto al partido que le manifestaba, lo cual visto por el leal y cariñoso servidor, hubo de inspirarle la idea de que al cabo era menos malo irse acompañando á su amo, para ver si más adelante le quitaba de la cabeza semejante locura y porque estando de continuo con él podría guardarlo de otros peligrosos accidentes; y así discurriéndolo, manifestó al joven que partiría con él y que jamás le abandonaría. Puestos en consecuencia ambos de acuerdo y ordenado cuanto les convenía, la noche siguiente montaron á caballo, don Diego en un brioso potro español de rápido andar, y el criado en otro buen caballo, con la balija.

Eran las tres de la noche cuando partieron, y cabalgaron todo lo que de noche quedaba, sin particularidad notable; mas cuando asomó el día comenzaron á tomar por sendas extraviadas á campo travieso, á fin de no ser vistos por nadie, y en tal conformidad siguieron marchando hasta muy cerca del mediodía. Sucedía esto en el mes de setiembre y el calor no era excesivo. Parecióle al caballero que se hallaban ya á buena distancia de su castillo, por lo cual podían dar algún descanso á los caballos. y movido de este intento llegóse á una casa que allí había, apartada de todo camino ordinario, comprando en ella lo que á ellos y á sus caballos hacía falta; sentáronse á comer en tanto que las bestias reposaban, y dejáronles un descanso de tres horas, que no menor lo necesitaban. Montaron

nuevamente en ellas, y del mismo modo anduvieron tres jornadas enteras, hasta que llegaron al pié de una alta montaña que se elevaba á muchas millas de todo lugar frecuentado.



El país era salvaje y solitario, poblado de varios árboles y recorrido de conejos, liebres y otros animales selváticos, y existía allí una gruta espaciosísima, capaz para mucha gente, junto á la cual se soltaba una fuente límpida y fresca. Al ver nuestro caballero aquel sitio, prendóse de él en todo extremo, y así dijo al servidor.

—Hermano, este quiero que sea el lugar de mi estancia, mientras dure mi frágil y miserable vida.

Apeáronse, en consecuencia, y quitaron sillas y bridas á los caballos, dejándolos en libertad, que fueran adonde mejor los pluguiese; y partieron los bravos animales sin que se tuviera de ellos otra noticia, siendo de creer que alejados de la caverna y extraviados con el incentivo del pasto, hubieron de ser presa de los lobos. El caballero mandó colgar á la entrada de la gruta, la silla, brida y demás arreos, y despojóse él luégo de su traje acostumbrado para vestirse el hábito de ermitaño, en lo que le imitó el criado, y finalmente cubrieron el paso de la gruta con troncos, de suerte que no pudiese entrar ninguna fiera. La gruta era muy espaciosa y toda ella abierta en la dura roca. Dentro de ella se dispusieron dos yacijas hechas de hojas de haya, y en tal disposición vivieron muchos días, sustentándose unas veces de las carnes de bestias salvajes que el criado mataba con la ayuda de una ballesta que había llevado consigo, y otras veces, cuando les faltaba la caza, de raíces de yerbas, frutos silvestres, bellotas y otros parecidos alimentos. La sed, apagábanla con el agua de la fuente; cosa que al caballero no había de ser enojosa, pues ya se recordará que no bebía vino.

En esta miserable y selvática existencia pasaba don Diego sus días, sin otra ocupación que llorar la dureza y crueldad de su amada y vagar como una fiera por aquellos barrancos, quizás buscando un oso que le despedazara. El servidor se consagraba por entero al acecho de su caza; y cuando la ocasión se lo brindaba, poníase á exhortar á su dueño, para que dejase aquella vida bestial y se volviese á su casa, tratando á Ginebra la blonda como una necia que era, ignorante de su propio bien é indigna de las preferencias de tan noble y rico galán. Cuando llegaban á estos

razonamientos, el joven no podía sufrir que hablase con tal menosprecio de su amada, é imponía silencio al criado ó mandábale que tratase de otro asunto, volviendo él á sus lamentos y á su llanto, de modo que perdido ya el natural color y cada vez más flaco y macilento, mejor parecía un hombre salvaje, que caballero en altas esferas educado. El hábito ceniciento que le cubría, con su capilla echada á la espalda, la barba que le iba creciendo espesa y desordenada, los cabellos espeluznados y los ojos que cada día mas hundidos le penetraban en el cráneo, eran todas partes que tan por completo le habían transformado, que no quedaba en él indicio de su pasada apostura.

La madre de don Diego, que no le vió comparecer á la hora del desayuno, la mañana siguiente á la noche de su partida, preguntó por él, y el criado á quien el joven había dado la carta para Ginebra la blonda, contestó á la castellana que su hijo había partido á caballo en compañía de un solo escudero, dejando dicho que al cabo de veinte días daría la vuelta. Oyendo esto, la buena madre se tranquilizó.

Pasáronse los cuatro días siguientes á la marcha del caballero, y el criado fué á entregar el billete á Ginebra la blonda, y hallándola en la sala de su castillo junto con su madre, hizo á las dos la debida reverencia y puso el papel en manos de la doncella. Echó ésta de ver al punto que la carta era de don Diego, y la tiró en seguida al suelo, exclamando al propio tiempo, mudada la color y lleno el pecho de ira:

—Harto he dado á entender á tu amo que no quiero cartas ni mensajes suyos.

La madre añadió riendo:

—¡Gentil enojo es el tuyo! Dame acá ese billete y yo lo leeré.

Un criado de la casa recogió el billete y lo entregó á su señora, la cual abriólo y leyó que decía de este modo:

«Puesto que, señora mía, mi inocencia para con vos »no halla punto por donde se le permita introducir »en vuestro corazón una mínima siquiera de sus vera»ces razones, y advirtiendo yo por clarísimas señales »que os causo enojo y os inspiro mortal aborrecimien»to, he determinado irme tan lejos de estas comarcas, »que ni á vos ni á nadie llegue nunca jamás otra noti»cia de mí; que no puedo tolerar el causaros con mi »presencia cualquier disgusto, ni aun el más leve, y »prefiero vivir yo infortunadísimo porque vos podáis »vivir contenta. Durísima cosa es, y por todo extremo »dolorosa, verme de vos despreciado, pero mayor do»lor y más dureza encuentro en saber que vos por »causa mía ó por cualquiera de mis actos, aunque »sean justos y acertados, no sabéis sino encolerizaros »y tomarlo todo á malísima parte; que todo suplicio »es más soportable, que el de vuestro desprecio. »Y porque esta vida mía tan débil no ha de poder »sufrir mucho tiempo los crudos martirios que aho»ra sufro, he querido, antes que me falte, lo cual será »en breve, escribiros estas últimas letras en las que »os refiero la sencilla verdad de mis procederes, no »para que de ello os resulte ofensa, mas para que ha»yáis testimonio de la inocencia mía. Pues ya que sin »catármelo he caído en desgracia vuestra y así no »quiero vivir, sepa al menos el mundo que os he ama»do cuanto á mujer nacida es posible amar, que os »amo y os amaré eternamente, y me vale la esperanza »de que cuando seré muerto tendréis, bien que tarde, »piedad de mí, pues entonces reconoceréis no haber »hecho yo cosa, ni haberla pensado, que en buena »razón pudiera causaros el menor disgusto. Os amé, »bien lo sabéis, no para robaros el honor de vuestra »virginidad, sino para haceros mi esposa, siéndoos »esto grato; de lo cual no puedo citaros mejor testigo »que vos misma. Y no habiéndoos vos mostrado aira-

»da contra mí sino con motivo del gavilán que me »dieron uno de esos últimos días, os digo que quien »me hizo el presente fué doña Isabel, hija de don Fer»nando; estimé que fuera gran descortesía el recha»zarlo y lo acepté, pues son esos dones que suelen »hacerse entre personas nobles; pero os añado que »con doña Isabel jamás he hablado sino en vuestra »casa y presencia. Si ella me ha amado de la manera »que vos os habéis imaginado, esto lo ignoro, puesto »que conmigo jamás lo habló, que si hablado lo hu»biese, claramente le habría yo mostrado que en mi »pecho latía un solo corazón, el cual no me pertenecía »puesto que de él os tenía hecha á vos donación irre»vocable. Ahora sabrá que por miramiento vuestro he »estrangulado su gavilán y dado su carne á comer á »los perros, y espero que esto ha de darle demostra»ción y evidencia de que no la amo, y bien pudiera »también haberlo sido para vos, de que mi conducta »era inocente. Pero tan tupida y oscura venda de fiero »é injusto desdén os ha cubierto los ojos y de tal for»ma os los ha cegado, que no os es posible distinguir »la verdad; ni acierto yo á demostrárosla con otro »testimonio que el de mi propio corazón, que con vos, »junto al vuestro mora. Sea, pues, lo que á vos place »que sea. Odiado por vos, odiado he de ser por mí »mismo, y considerando que mi muerte ha de agra»daros, sentenciado á muerte estoy. Pésame tan sólo »una idea: que quedando yo inocente, vos vais á que»dar culpable, y que mi muerte será un suspiro, mien»tras que la crueldad vuestra siempre se mantendrá »presente á vuestros ojos. Á Dios ruego que os haga »tan dichosa como á mí me hicisteis desgraciado. Y »Él os guarde.»

Poseída quedó la viuda de infinito estupor con la lectura de esta carta, y con gran severidad reconvino á la doncella y le hizo mil cargos, por haber conduci-

do á tan tristes riesgos á un tal noble y gentil caballero. La hija, con todo, manteníase tan irritada y odiaba de tal suerte al caballero, que le parecía hallar gozo en la nueva de su sufrir. Llamó la señora al criado de don Diego y le preguntó cuánto había que su amo estaba ausente. Respondió el criado que con aquel iban cinco días de su ausencia.

—Está bien—dijo ella.—Vé y saluda á su madre de mi parte.

No quiso la castellana que nadie se enterara del texto de la carta, más que ella y su hija, con la cual estaba á solas poco antes, cuando la reprendió.

Transcurrieron quince y veinte días de la partida de don Diego, y como la madre de éste no le viera volver, ni en otro más largo plazo que vanamente le esperó, púsose en gran cuidado y mandó que le buscaran por todos los sitios que pudo imaginar, pero no alcanzó con todo esto la menor noticia. Llegaron á sus oídos ciertos rumores del enfado de Ginebra la blonda á propósito del gavilán, y prometiéndose por esta vía esclarecer algo, mandó recado á la madre de la joven para que le dijese si alguna cosa sabía del paradero de don Diego; aquella, empero, nada le participó, para no desesperarla, respecto al contenido de la carta que la doncella había recibido. Júzguese ahora cuál sería la existencia de la infortunada madre del caballero; piénselo y mídalo todo aquel que sepa lo que es el amor de una madre á su hijo, y tanto más cuanto es éste virtuoso, cortés y adornado de excelentes costumbres. Lloraba todo el día, como loca llamaba sin descanso al hijo de su corazón, y así lastimosamente se afligía; no murió, porque no se muere de pena, aunque ésta sea mayor de lo que ella la experimentaba.

Eran ya pasados catorce ó quince meses que el triste don Diego se había ausentado de su casa y vivía en

comunidad con los animales salvajes por bosques y precipicios, sin haber visto en todo este tiempo otro semblante humano, que el del escudero que con él estaba; y la áspera vida, con el incesante llorar y el desconsuelo en que su espíritu se sumergía, transfiguráronlo de tal suerte que no le conociera su propia madre si á su presencia viniera.

Mas ya arrepentida la fortuna de tanto rigor como al desventurado caballero infligía, comenzó á dar muestras de apaciguarse; pues sucedió que aquel caballero, el cual más arriba os he mentado y de quien os he dicho que quiso don Diego hacerle confidente de sus amores, aunque luégo no lo verificó por alguna causa que ignoro, dando un día la vuelta de Gascuña, adonde le llamaron negocios suyos, pasó por aquellos sitios de los cuales era don Diego rústico habitante; y errando el camino acertó á pasar delante de la habitada caverna, junto á la cual descubrió vestigios humanos en abundancia; y pasando á la distancia de un tiro de saeta le pareció que un hombre penetraba en la cueva, aunque no pudo distinguir quién fuese.

El que entraba era don Diego, quien discurriendo por aquellos sitios entregado á sus lamentos, oyó el pisar de los caballos y corrió á esconderse. El caballero jinete, cuyo nombre era Rodrigo, en vista de lo que observaba y conociendo que había perdido el camino, ordenó á uno de sus criados que adelantase el caballo y viese quién estaba en la gruta, y que le demandara informes para volver á la senda común. Obedeció el criado, mas como llegase á la entrada de la cueva y la viese interceptada con troncos y maleza, no tuvo ánimo para entrar y menos para levantar la voz en demanda de informes, pues pensó que aquella sería manida de ladrones; volvióse al lado de su señor, le expuso sus observaciones y recelos y se calló. El caballero, que era valiente y animoso, además de ir bien

acompañado, se dirigió entonces á la cueva con todo su séquito; llegado á la entrada preguntó con firme voz, quién estaba dentro, y á estas voces miró abrirse la valla y aparecerse el criado de don Diego, con tan distinta traza de la que solía mostrar, que no parecía sino un verdadero salvaje. Repitióle don Rodrigo su pregunta de quién era, añadiendo que les enseñara el camino recto para continuar su viaje; á lo que respondió el interrogado, diciendo:

—Aquí estamos dos míseros compañeros, mal traídos por la fortuna, y encerrados en este sitio para desdicha nuestra. Y sabed que aquí vivimos haciendo penitencia de nuestros pecados. Y esto es todo cuanto puedo deciros, pues en lo que respecta á cuál país sea éste y cuál el camino por donde os enderezáis, ni yo sé nada, ni mi compañero tampoco.

Acaecióle entonces á don Rodrigo el deseo de penetrar en la gruta, descabalgó con algunos de los suyos, penetró y hallándose allí con don Diego que se paseaba, aunque sin conocerle, hízole las mismas preguntas que había hecho al servidor, mientras los que con él habían entrado le dejaban razonar con el desconocido don Diego, para diseminarse por la gruta acá y acullá, examinandolo y registrándolo todo. En esto ocupados dieron con dos sillas de montar que en un rincón estaban colgadas, una de ellas ricamente guarnecida y con primor labrada, y dijo uno de la servidumbre con tono de chanza:

—Padre ermitaño, no descubro yo aquí caballo, mulo, ni pollino, en cuyo lomo puedan encajar estas sillas; por lo que estimo mejor que me las vendáis.

—Si os agradan,—respondió el ermitaño—quedaos con ellas sin merced ni precio alguno; vuestras son.

En esto, don Rodrigo, que nada en limpio pudo sacar de su coloquio con don Diego, se volvió á su gente diciendo:

—Ea, vámonos y dejemos en paz y con Dios á estos ermitaños; y veamos si por estos sitios se nos depara quien mejor nos encamine.

Pero uno de la comitiva le detuvo y le dijo:

—Señor, ved que aquí hemos descubierto dos sillas de montar, y de ellas la una está primorosamente labrada, con muestras de haberla llevado puesta algún bravo corcel.

Mandó el caballero que le acercasen las dos sillas, y no bien miró la más rica, fijáronse sus ojos en una divisa que en el arzón tenía magistralmente pintada y en la cual se leían estos términos:

QUEBRANTAR LA FE ES COSA MUY FEA.

En aquella divisa y aquel mote don Rodrigo reconoció los de don Diego, por lo que ya no dudó que la silla habría pertenecido á éste, y con semejante idea entró en sospecha de que uno de los dos ermitaños fuese su amigo. Púsose á mirarlos atenta y fijamente, mas no pudo en el uno ni en el otro descubrir rasgos de fisonomía que le fueran conocidos, tal había degenerado en el caballero aquella antigua gentileza, á puro de vivir como salvaje y de llorar sin intermisión. Quiso entonces saber cómo habían pasado las dos sillas á poder de los ermitaños, á lo cual don Diego que desde el principio conoció al caballero, su amigo, y que temía vivamente ser por él reconocido, respondió con el semblante todo turbado, que habían hallado aquellas sillas abandonadas en la cueva. Observó don Rodrigo la turbación del ermitaño y como con esto redoblase su sospecha, volvió á considerarlo más diligentemente; y advirtió un lunar que aquél tenía en el cuello, formado de seis ó siete pelos rubios, más dorados que el oro bruñido. Ya no cupo al caballero la

menor duda de que el que tenía delante era su amigo, por lo que echándole los brazos al cuello y estrechándole tiernísimamente le dijo:

—Venid acá, que vos sois el mismísimo don Diego.

El otro ermitaño, que por su parte había reconocido perfectamente á don Rodrigo, hubo de conmoverse al verle llorar y abrazar tan amorosamente al joven; así fué que comenzó á sollozar enternecido y á derramar abundantes lágrimas. Tampoco pudo contenerse don Diego que se sentía ceñido por los brazos de su mejor amigo, y mal de su grado hubo de dar suelta á dos copiosas corrientes que de sus ojos se escapaban. Con todo, aun por eso se mantenía callado, hasta que le venció el acento con que don Rodrigo repetía sin cansarse:

—¡Sí! ¡Vos sois, vos, mi don Diego querido, vos, aquel amigo de mi alma!

Entonces hubo de templar el despecho con que sintió correr sus primeras lágrimas y dejándolas ya de buen grado y con toda abundancia desbandarse por sus mejillas, con ellas declaró abiertamente y por natural instinto, lo que su conmoción y su propósito aún no le dejaban decir.

Continuaba don Rodrigo dirigiéndole estas y otras parecidas frases:

—Declaradlo al fin, puesto que no lo podéis negar. Vos sois aquel mi amigo; yo os conozco; vos sois don Diego.

Viéndose al fin compelido por tan diferentes fuerzas, redújose don Diego á manifestarse, y dijo:

—Sí; yo soy ese don Diego sin ventura, aquel querido amigo vuestro; y puesto que el azar os ha conducido á este sitio solitario, os ruego que tengáis por contento bastante el de haberme visto, y así, os vayáis y me dejéis aquí concluir el escaso aliento de vida que me resta. Y callad á todo el mundo que yo esté

vivo, mandando á esos que os acompañan, que igualmente observen el más estrecho silencio.

—Amigo mío,—respondióle llorando don Rodrigo,—á Dios le doy gracias, que me ha conducido á encontraros, cosa que en verdad no esperaba, puesto que vuestra madre y todo el mundo os juzgaba muerto. Y así os digo que os dispongáis á volver en mi compañía á vuestra casa, llevando á vuestra madre tan colmada alegría, cuando tanta aflicción la rinde por la pérdida de su hijo y cuando más necesita ese consuelo vuestro y de todos sus deudos.

Estas y otras muchas razones empleó aquel buen caballero para convencer al joven ermitaño, pero éste de ningún modo quiso doblegarse á la idea de volver á su casa; antes llevando aparte á don Rodrigo le hizo relato puntual de todo su infortunio y le manifestó la firme resolución que tenía tomada. Oyéndole el buen don Rodrigo, casi se sintió desvanecer, quebrantado de piedad; que con el relato de don Diego suscitósele el recuerdo de la dama que ardientísimamente amaba y pensando que en otra semejante desventura pudiera verse con ella, tuvo de don Diego tanta lástima como de sí mismo habría tenido. Se propuso, en consecuencia, no alejarse sin llevarlo consigo y á este intento usó con él toda clase de persuasiones para inducirle á abandonar una vida tan áspera y bestial. Mas no acudió á sus labios razón tan esforzada que lograse persuadir á don Diego. Viendo don Rodrigo lo vano de su empeño, pidió á su amigo promesa de aguardarle dos meses en aquel mismo sitio, templando mientras la crudeza con que vivía, puesto que le daba el corazón que había de conseguir reconciliarle con Ginebra la blonda. Á esto se avino don Diego, en vista de lo cual don Rodrigo le dejó su cama de viaje que consigo traía é invitóle á desnudarse del burdo sayal de ermitaño, para vestirse sus propias ropas que todavía esta-

ban en la caverna; pero contestóle don Diego que no quería mudar de ropa hasta no haber recobrado la paz. Dejóle también don Rodrigo dos servidores con sus caballos y dinero suficiente, á fin de que uno de los dos fuera con frecuencia á las poblaciones inmediatas á proveerse de víveres y de cuanto fuera menester hasta su regreso. Finalmente, despedido por don Diego con abundante llanto, volvió á seguir su viaje, parando su atención en el camino para acertar con él á la vuelta; y mientras caminaba no se le caía del pensamiento la desventura de su infeliz amigo y la fiera crueldad de la doncella.

Al llegar á su morada, dió á los que le habían acompañado, orden estrecha de no mentar siquiera el nombre de don Diego. Como era vecino y familiar del castillo de Ginebra la blonda, dióse á frecuentarlo más asiduamente de lo que solía y á observar con ahincada diligencia cuanto la doncella hacía, y advertido hoy por un indicio, advertido mañana por otro, prestamente llegó á averiguar que la joven tenía puesta gran confianza en cierto paje que se había criado en el castillo; comenzó, pues, á frecuentarse con él atrayéndoselo con dones, y al poco tiempo de emplear este ardid, ya se enteró de todos los secretos de Ginebra la blonda. Supo que ésta, después de su enfado con don Diego, se había enamorado de cierto mozo vizcaíno, que servía en el castillo de domador de caballos, el cual tenía cierto señorío mermado sobre una aldea de Vizcaya, mozo fanfarrón



y hablador, que se daba aires de opulento, fiado en la esperanza de cierta herencia en cuyo goce no había de entrar hasta la muerte de unos parientes suyos. No se hallaba por entonces presente en el castillo, mas para cuando volviese tenía Ginebra la blonda concertado huirse con él á Vizcaya, acompañada de una criada y el paje mencionado poco há. Quedóse don Rodrigo, al imponerse de este proyecto, maravillado de la locura que imaginaba la doncella, y decía en sus adentros de este modo:

—¡Ah, ingrata y cruel mujer, indigna de la fiel y larga esclavitud en que por ti se mantiene un tan noble, rico y virtuoso caballero como lo es don Diego, que más te ama que á las horas de su propia vida! Pero si no me abandonan mis fuerzas, fío en Dios que he de malograr esos tus desordenados pensamientos y hacer que seas de don Diego y no de otro alguno.

Volvióse luégo al paje que acababa de descubrirle la trama, y así le dijo:

—Ciertamente que tu señora obra con grande acuerdo, buscándose marido, puesto que su madre parece no llevar prisa en dárselo. Ella es joven y bella, y en edad conveniente y al fin su elección recae en un hombre de calidad; y puesto que no sea él tan rico como de desear fuera, ella tiene hacienda por los dos, que á la muerte de su madre la pertenece heredar universalmente.

Después de estas razones púsose el caballero sobre aviso para saber la llegada del vizcaíno, el cual se presentó al cabo de tres días, seguido de otros dos paisanos suyos, hombres robustos, á fin de que le valiesen con su ayuda y compañía en el rapto de Ginebra la blonda.

En ese mismo día de la llegada del vizcaíno, hallábase don Rodrigo en la morada de la doncella, y así que le vió de vuelta fuése al paje que todo se lo revelaba y en estos términos le habló:



—Amigo, aquí está ya de regreso el galán, por donde colijo que presto será la fuga. Si algo deseas tú antes que os ausentéis, pídemelo en confianza; pero cuida que no se te trasluzca el secreto sino es por mí, á quien puedes decirlo todo sin miedo de que salga de mis labios una palabra. Dime, pues; ¿cuándo pensáis partir?

—Partiremos, según me ha dicho mi señora—respondióle el paje—en la noche de tal día, al punto de dar las cuatro.

Dueño ya de esta noticia, el caballero se volvió á su castillo, ordenando allí todo lo que le pareció conducente al logro de su proyecto. Y vino la noche en que Ginebra la blonda debía huir con su amante, y á las cuatro en punto de la noche ella y una doncella que en su cámara dormía, bajaron

por una ventana, á la cual ya estaban puestas las escalas, con tanto sigilo, que nadie lo echó de ver; llegadas ambas al suelo, encamináronse al sitio donde las aguardaban dispuestos los caballos y montando en ellos comenzaron á marchar. Pero don Rodrigo, que de todo se hallaba avisado, se había puesto en acecho con una decena de hombres, vasallos suyos, en cierto bosque distante más de seis millas de todo lugar habitado. Al sitio de la emboscada llegaron los fugitivos antes de lucir el día, bien agenos de que allí les esperase el caballero con su gente, bien amaestrada por él en cuanto debían hacer.

Al verles que se acercaban, don Rodrigo con los suyos salióles al encuentro, gritando:

—¡Ah, traidores, muertos sois!

Y arremetiendo lanza en mano contra el amante, al cual harto bien distinguió á pesar de la oscuridad, pasóle la garganta de parte á parte, de modo que el desdichado cayó muerto en tierra. Al ver los vizcaínos que moría su señor, picaron espuelas á los caballos y sin pararse á descubrir quién había sido el matador, desaparecieron en precipitada fuga, cosa que les fué muy fácil, pues los de la partida de don Rodrigo, viendo que los contrarios no presentaban batalla según esperaban, acudieron desde al principio á apoderarse de las dos mujeres y el paje, tranquilizándoles al propio tiempo y diciéndoles que no corrían peligro alguno. Habíase disfrazado el caballero de manera extraña, lo mismo que sus acompañantes, para no ser conocidos; y sin perder momento, colocando el cadáver del joven atravesado en su caballo, no sin haberle antes cubierto con paños las heridas del cuello para que no se vertiese más sangre, mandó que todos volviesen á montar y emprendieron la vuelta.

Ginebra la blonda lloraba á todo esto, con amarguísimo desconsuelo y soltaba desesperados gritos, por lo

cual uno de los soldados, hombre barbitaheño y de ojos bizcos, cara de diablo, se acercó á ella puñal en mano, y con bronca voz le dijo amenazándola:

—¡Voto á Dios, que si gritas así te he de cortar el cuello! Calla, que se te hace ahora más bien del que tú mereces y se obra aquí en tu provecho sin que lo conozcas.



Siguió la comitiva adelante hasta llegar á cierta casita extraviada, en la cual se detuvieron el tiempo preciso para enterrar al muerto, y continuaron el camino. Á las cuatro ó cinco horas después de salido el sol hicieron otra vez alto en un bosquecillo inmediato á una población, y á ésta mandaron por víveres con que alimentarse ellos y los caballos, y en aquel descanso se refrigeraron. Ginebra la blonda no cesaba de llorar, por lo que poco ó nada comió, y por ningún indicio pudo conocer quiénes eran los que la conducían. De esta manera continuaron su viaje, tomando por la noche posada en casas que estuviesen en despoblado, y sin

permitir que persona hablase á la joven, ni á su servidora, ni tampoco al paje su confidente.

Por fin, una noche que se habían alojado en la hostería de cierto villorrio distante siete millas de la gruta en que habitaba don Diego, expidió don Rodrigo un mensaje á su amigo, poniendo en su noticia cuanto practicado había y añadiéndole que á la hora del desayuno estarían en su presencia él y los que le acompañaban.

Cincuenta días proximamente se habrían pasado desde aquel en que don Rodrigo dejó al mísero amante en cierta manera esperanzado de volver á ganar la gracia de su rigurosa señora, y en este tiempo fortalecido el ánimo, sustentado el cuerpo con mayor diligencia y viviendo en más apacible estado que no solía, habíase repuesto su color natural y casi también del todo restablecido su antigua gentileza y vivacidad. Oyó el mensaje que le enviaba el caballero su amigo, y al conocer el suceso tal cual había ocurrido quedóse largo rato atónito y fuera de sí, y al considerar que dentro de una hora tendría ante sus ojos aquella que su corazón adoraba, sintió que la sangre se le ardía, y latióle el corazón fuertísimamente, y difundiósele un sudor frío por todos sus miembros, con otros mil accidentes, que no le permitían guardar quietud ni le dejaban acuerdo para nada.

Mientras tales afectos al joven amante combatían, don Rodrigo iba acercándose con los suyos al sitio de la caverna, y viéndose ya muy próximo á ella, dirigióse á Ginebra la blonda, de la cual había seguido ocultándose, y hallándola que no cesaba de llorar la muerte de su amante y su propia desgracia, la habló de este modo:

—No dudo, señora mía, que haya de maravillaros el verme aquí en la disposición que me veis, y que tengáis por cosa gravísima que habiendo sido yo cons-

tante amigo de vuestra casa y no teniendo de vos injuria recibida, os haya cautivado en medio de un camino y conducido á estos sitios solitarios y salvajes. Mas cuando de todo os manifieste la causa, no es posible sino que os vengáis á la razón y en Dios espero que me concedáis alabanzas. Y porque nos hallamos ya cerca del sitio á donde os conduzco, es tiempo de deciros que no os traigo aquí con ánimo dañado de arrebataros la virginidad, puesto que harto sabéis que amo á otra, sino con propósito noble de salvar vuestro honor y fama, prendas que vos tan insensatamente queríais mancillar; por cuenta de otro he hecho lo mismo que por la mía quisiera que en semejante caso hicieran. Y sabed ya, para no teneros mas tiempo perpleja, que el término al cual me encamino, es poneros en la presencia de don Diego, aquel á quien tanto amasteis, aquel que os amó, y siempre fidelísimamente ha seguido amándoos y os ama aún con tal fuego, que mejor diría que os adora; aquel, en fin, que por no sufrir el rigor de vuestros desdenes se había encerrado con su desesperación en el fondo de una cueva, viviendo allí como salvaje y sin esperanza de volver á alternar en el comercio del mundo.

Prosiguió narrándole cómo dando la vuelta de Gascuña, había descubierto al caballero amante en el interior de la fragosa gruta, con todo lo demás que tramado había; exhortóla después á secar el llanto, deponer el enojo que tan sin razón alimentaba y recibir nuevamente á don Diego en su gracia. Habíale estado oyendo la doncella tan asombrada y fuera de sí, que no acertó á hallar palabras para contestarle. No se extinguía en ella la cólera y el dolor por la muerte de su nuevo amante; al contrario, si le valieran sus fuerzas, con sin igual placer habría arrancado los ojos á don Rodrigo; y oyendo pronunciar el nombre de aquel primer favorecido suyo, á quien tanto

después odiaba, exacerbósele el dolor y la ira, que se sentía perecer de coraje. Volvióse, pues, al caballero que la venía hablando y con airadísimo acento le dijo:

—No concibo cómo podéis tener por posible, que yo llegue á perdonaros tan grave injuria cual la que vos deslealmente me habéis hecho. Y no entendáis que quiero, como una mujer villana, desfogarme en palabras, que la ocasión en que me habéis puesto no me tolera; entended más bien todo lo que encierro en el fondo de mi pecho y que si algún día se me viene á la mano coyuntura de vengarme, he de haceros comprender que esta empresa vuestra ha sido de asesino, que nunca jamás de caballero. ¿Con qué derecho os pertenece á vos el curaros de mis actos, ni el contener mis inclinaciones? Libre soy y puedo de mí hacer lo que en voluntad me viniere. No os metáis vos en cercado que no es vuestro, y cuidad mejor lo que os atañe, y esto ha de daros más provecho. Y dejadme que dirija yo mis pasos á donde me plazca; que aunque mientras me tengáis cautiva sois dueño de conducirme á la presencia de don Diego, jamás habéis de serlo para lograr que yo le vea con agrado, ni á su lado esté un punto por mi inclinación, ni le ame. Antes os digo que primero me daré muerte que soportar el enojo de ser por él gozada; todo lo cual os dice que vuestro deber está en dejarme ir con mi doncella y con mi paje, libertándome de vuestra injusta opresión.

Porfió el caballero con más ahínco para persuadirla á obrar más en razón, pero todo en vano, tal estaba la joven de obstinada y llena de enojo. En estos contrarios diálogos llegaron al fin delante de la gruta, desde cuya entrada, al ver don Diego á su cruel señora, que ya se había apeado, precipitóse á sus plantas y vertiendo torrentes de lágrimas comenzó á pedirla merced, si era que en algo la hubiese agraviado, á cuales extremos ella colmada de ponzoña y coraje mujeril, no

dió otra respuesta que volver el rostro á otro lado, sin dignarse mirar al joven, ni decirle palabra. Viéndolo don Diego, postróse nuevamente de hinojos y después de reiterar mil veces sus ruegos y de verter todas sus lágrimas, acabó diciendo:

—Puesto que la sinceridad de mi fe para con vos, oh señora mía, no puede obtener el crédito de su inocencia y puesto que falto de vuestra gracia yo no he de poder vivir, un beneficio os pido y no me sea este negado en albricias de ser el último y dado que en vuestro pecho quede un asomo de nobleza y generosidad; y es que por vuestra propia mano os toméis de mí la venganza que mejor os agrade. Cuidad que no habrá suerte para mí más gustosa, que veros satisfecha y daros contento con raudales de mi propia sangre: que será en verdad más dulce destino morir satisfaciéndoos que vivir desagradándoos; pues si vos no lo hiciéreis según os lo pido, me pesa ya tanto esta vida que os estorba, que seré capaz de quitármela por mí propio, y esto me dejará decir que siquiera una vez os he complacido.

No se ablandaba con todo esto la doncella, antes mantenía toda su dureza; más insensible que un peñasco, ni se le ocurrió palabra que responder al suplicante caballero. Lo cual visto por don Rodrigo, disgustóle infinitamente, que ya no era achaque humano tan extremada crueldad, y de justa ira é incontinente enojo movido, hubo de exclamar volviendo á la joven el airado semblante:

—Viendo estoy que me será preciso poner mano en este negocio y tomar providencias que jamás quisiera. Así pues, atiéndeme, Ginebra, y medita bien lo que voy á decirte. Ó resuélvete á perdonar al caballero, que nunca en cosa alguna te ha ofendido, y restitúyele tu gracia que por mil causas tiene merecida, ó teme que contra ti y esos tus servidores me irrite y te obligue mal de tu grado á lo que por tu inclinación

debieras ya haber concedido; que en Dios y en mi ánima juro que nunca hubo mujer más ingrata y cruel que tú. Pues ¿cómo no discurres que si él hubiese, conforme tú crees, aceptado como presente de amor aquel malhadado gavilán y preferido por amante suya á la hija de don Fernando, hubiera podido dar muerte al ave y venirse á este lugar desierto, viviendo como las fieras en el antro de una caverna? ¿Quién le vedaba tomar á aquella por esposa, si él la hubiese querido, y gozarse con ella largamente para siempre? Y digo yo ahora que sería á tu tenacidad castigo muy justo, que el caballero supiese ahora despreciarte según mereces, y entregase tu carne a los lobos y se decidiera á servir á otra amante, condenándote á verdadero pesar. Y ¡bien pudiera (si el amor que por ti siente no le cegase y le permitiera discernir la verdad) de ti querellarse é imputarte amargamente de mil maneras! Mejor diré que debería odiarte como á una fiera y mortal enemiga y relegarte al olvido considerando que tan sin causa se ha visto de ti abandonado. ¡Y, así Dios me perdone, que tratabas de reemplazarle con un hombre que podía igualársele en riqueza, apostura, virtud é hidalguía! ¡Oh, qué brava elección la tuya entre tantos caballeros de linaje como pueblan nuestra comarca! Supiste inclinar tu gusto de manera que se prendase del peor; que favoreciste á un vizcaíno pobre, fanfarrón y enemigo de decir verdad, que nunca la oí en su boca mas que cuando se equivocaba. Pienso yo que te llevaba á Vizcaya á guardar cabras, pues harto se sabe lo menguado de su hacienda, que no le permitía vivir seis meses en su casa manteniendo á un paje, sin morirse los dos de hambrientos. Y diras tú quizás: «Rica me soy yo y bastábame lo mío para mi holgura.» Mas acuérdate de que tu madre goza de juventud y frescura, y tiene aún larga vida delante de sí, y que mientras viva ella es señora de

todo. Además de que si al vizcaíno hubieses tomado por esposo, ella no hubiera querido oir hablar más de ti, con lo que te habr as visto en términos de estrechez, que á fe, á fe, hubieras tenido envidia á los muertos. Y así quisiese don Diego aconsejarse en mi dictamen, para escarmiento tuyo y mejor dirección de este asunto; pues te habías de ver sumida en eterna vergüenza sin hallar quien te quisiera por esposa, que sabiéndose tu fuga en pós de un vizcaíno, servidor de tu casa, ¿quién se daría á entender que no hubieses sido ya su manceba? Á bien, que los hombres son más inclinados á pensar lo malo que no lo bueno. Pero, pues don Diego así lo quiere, siga su amante inclinación y sea contra toda ley tu servidor y enamorado; lo cual séate ocasión de deponer esa tu obstinada terquedad y dureza, considerando lo que te he dicho, y válgate la prudencia antes no te veas caída en tal extremo que te pese, pues has de saber que no me he metido yo en esta empresa para dejarla imperfecta. Esto te digo, puesta entre el agua y el fuego; escoge tú y decide á qué lado te inclinas.

La joven oyó al caballero, y más obstinada y fiera que nunca, turbado y fosco el semblante, no como tocara á una tímida doncella, antes como mujer avezada á mil contratiempos de la vida, con altas voces respondió:

—Caballero: á tu sabor me has hablado y me has hecho oir cuanto te ha venido en boca, bueno ó malo, que no quiero ahora pararme á juzgarlo. Mas quiero que sepas que á cualquier sufrimiento, por acerbo que sea, estoy dispuesta, antes que me rinda á querer á ese desleal. Y si me das muerte, según me amenazas, he de morir contenta ya que seguiré el destino de mi amante y esposo, á quien has ferozmente asesinado. Da principio, pues, á tu hazaña, mas no esperes que mi constancia se postre; que ni tu poder, ni el del mundo entero alcanzarán que yo ame á ese hombre.

Estas despiadadas frases causaron en el buen don Rodrigo, efecto profundísimo; que le vino en mientes la idea de oirlas en boca de la dama que él amaba é imaginó ser él la víctima de tan enconado desprecio, y tal sentimiento de lástima le dominó, que estuvo á punto de perder el sentido; y hubo de echar pié á tierra, y largo espacio se mantuvo perdidas las fuerzas y turbado el juicio, de suerte que no acertaba á decir palabra.

Mientras esto le ocurría, la criada y el paje de la doncella, temerosos de que don Rodrigo cebase en ellos su cólera, según les había amenazado, arrojáronse á los piés de su señora y llorando la pidieron que accediese á la honrada invitación del caballero, reconciliándose con don Diego; todo lo cual no era sino clamar en desierto.

El desconsolado don Diego, oyendo las sañudas expresiones de su amada, habíase dejado caer en tierra desvanecido, y acudía á socorrerle el otro ermitaño, quien cogiéndole entre sus brazos le prestaba aquellos auxilios que son propios de semejantes casos. Y todos los demás que allí estaban presentes, rodeaban á Ginebra la blonda, estrechándola con cuantas razones les ocurrían para que se apaciguase; ella seguía inmóvil como duro escollo en medio de las olas que le combaten.

Don Rodrigo, vuelto á cobrar alguna parte de su aliento, discurría sobre lo que más oportuno pudiera ser en aquel caso, á cada instante más dolido del atormentador afan que veía sufrir á su amigo. Así fué que tomando nuevamente la palabra, dirigióse á Ginebra la blonda y la dijo:

—Maravillado estoy de ti; ni acierto á creer que en el tierno pecho de una doncella se albergue tan grande crueldad. Hame parecido que mi amada era la que delante de mí estaba y sus labios los que me daban esa despiadada respuesta, y creí sentir en mi corazón la punta de un aceradísimo puñal, y aun parécceme

que lo tengo ahora traspasado de mortales dardos. Y porque, midiéndola por la mía que no es sino imaginaria, mido la pena acerbísima que este don Diego sin ventura padece, tal que no me explico que á ella no perezca, determino ahora poner término á toda importunidad, y causándole á él un sinsabor intento librarle de este y de todos los que por causa tuya le aguarden, confiando en Dios que mi amigo comprenderá con el tiempo el beneficio que me debe y que todo el mundo alabará mi proceder. ¡Hola!—añadió volviéndose á los de su partida;—llevad á esta empedernida doncella á cualquier paraje, cerca de aquí, donde se encuentre otra caverna como esta, y haced en ella el escarmiento que merece; y á fin de que todo quede en secreto, llevaos también á esa criada y ese paje y matadles también, pues así nadie publicará estos sucesos.

Al escuchar esta orden, la doncella lanzó un grito, fuera de sí, y la cuitada camarera unió su voz á la del atribulado paje, pidiendo perdón. Fingieron los servidores de don Rodrigo, que se iban á realizar el mandato de su señor, cuando Ginebra la blonda, secos los ojos, les dijo:

—Amigos, yo os ruego que me matéis á mí sola, mas no á estos infelices. Y tú, don Rodrigo: ¿por qué haces morir á estos desdichados que en nada te ofendieron?

Reponíase, en esto, don Diego de su desmayo, y cobrando fuerza intimó á todos que se detuvieran y volviéndose á don Rodrigo, le habló como sigue:

—Amigo y señor mío, si mil años tuviese yo de vida, no podría pagaros lo que os debo, puesto que mi gratitud sobrepuja á mi humano poder. Conociendo, empero, cuánto me amáis, voy á pediros una gracia con la que más me obligaréis, si más cabe; y es que, atento á esa generosidad con que hicisteis por mí mucho más de lo que yo mismo habría hecho, accedáis ahora á restituir esa mi dueña y señora á su morada, guardando con ella tan fiel miramiento como á una

hermana vuestra guardaríais. Que aunque tan duro me es verme por ella maltratado, amandola mas que á mi vida, todavía me produce mayor duelo y tortura verla sufrir. Así pues, a fin de que el espectáculo de su pena no acreciente la mía, váyase enhorabuena á donde bien le cuadre, mientras yo quedo en esta áspera caverna esperando el fin de mis días, valido del contento que me ha de dejar el saber que ella no sufre.

Admirabilísimos son los misterios del Amor, cuando le place ejercerlos, y á menudo convierte en llanas y factibles cosas que por imposibles se juzgaban. La doncella á quien no pudieran doblegar tanta esclavitud y tanta miseria como en don Diego había visto, y que resistiera al miedo de la muerte que ante sus ojos se cernía, sintió que la luz de su razón nuevamente alboreaba á esas últimas palabras del caballero, y romperse al cabo toda su invencible dureza. Y reconociendo la verdadera fe y sin igual firmeza de su amante, echóle los brazos al cuello y rompiendo en copioso llanto se mantuvo largo tiempo sin poder decir palabra; después, cubriéndole de besos, le pedía perdón.

Cual sería en aquel instante la alegría de don Diego, considérelo quien ame y se vea en trance semejante.

Todos los testigos se alegraron también desmedidamente: don Rodrigo, después de consultarlo con don Diego y con la doncella, envió sin perder momento un mensaje á las madres de los dos jóvenes, dándoles al propio tiempo dictamen sobre lo que entendía ser consecuente en aquel caso.

Las dos madres, locas de júbilo con las nuevas de sus hijos, empezaron á difundir la voz de que don Diego y Ginebra la blonda habían partido juntamente, puestos de acuerdo, y que albergados en un castillo, propiedad de don Rodrigo, allí se habían desposado. Y como consecuencia de esto, dieron las debidas órdenes para disponer fiestas suntuosas y espléndidas,

de grandísimo aparato, con que se celebraran las bodas de los dos esposos, según á la calidad y riqueza de ambos correspondía. Ordenado y dispuesto todo, los dos amantes se presentaron acompañados de don Rodrigo, en el castillo de la madre de ella, en el cual se encontraba también la madre de él, rodeada de noble y vistoso cortejo. Celebróse la boda y á la noche siguiente los dos esposos consumaron el santo matrimonio, dándose luégo á vivir siempre dichosos; frecuentemente se recordaban el uno al otro con dulces frases, las pasadas fatigas, y á la misma Ginebra parecía imposible, como cosa soñada, que hubiese podido ser tan rígida, tan pertinaz y tan irreducible como reconocía haber sido. Y acontecíales asimismo mentar el nombre de don Rodrigo, y nunca lo hacían sin que ella le bendijera por el grandísimo favor que de buen grado confesaba deberle.

Mas no sé yo, si tal doncella hubiese parado en manos de hombre menos cortés, si hubiera éste tenido la paciencia de que el buen don Rodrigo se hizo héroe para con tanta y tan empeñada obstinación femenil.





NOVELA SEXTA

Didaco de Centellas toma á una joven por esposa, y luégo la repudia, siendo por ella asesinado

VALENCIA, la de España, es una hermosa y nobilísima ciudad, cuyas mujeres, al decir de muchos mercaderes genoveses á quienes se lo he oído, son muy bellas y graciosas, y tan diestras en tender sus redes á los hombres, que en toda Cataluña (1) no

---

(1) Perdónese al buen MATEO BANDELLO este error de geografía, puesto que otros peores no comete tratando de nuestra España.— EL T.

se encuentra otro más grato centro de amor y de placeres; y si por acaso cae en sus manos algún mozo no bien experto, con tan buena maña saben rasurarlo, que ni las mismas sicilianas son más hábiles y astutas rapadoras.

En dicha ciudad existe la casa de los Centellas, siempre famosa, opulenta y lograda de nobilísimos varones, entre los cuales se contaba no há muchos lustros, uno de gran riqueza, joven de veintitres años, cuyo nombre era Didaco. Gozaba en Valencia concepto de muy liberal y cortés, y tenía ganado ilustre prestigio en los juegos de cañas, toros y otras fiestas que se celebraban. Este caballero, pues, vió un día á cierta moza de humilde linaje, pero muy bella y sobremanera donairosa y bien portada, de la cual ciegamente se enamoró. Tenía esta muchacha, además de su madre, dos hermanos, ambos plateros, y ella trabajaba de bordadora, para lo cual tenía finísima mano.

El caballero, sintiéndose de amor tan inflamado, que no hallaba paz ni reposo más que pensando en ella ó viéndola, comenzó á rondar su casa y á solicitarla por medio de recados y billetes, á cuales solicitaciones, ella, que se sentía en gran manera lisonjeada viéndose objeto de los galanteos del primer caballero de la ciudad, ni se mostraba del todo rendida, ni del todo se reservaba, manteniendo al joven entre uno y otro de estos dos extremos. El mozo, que ambicionaba galardón más sabroso que el de mantenerse con palabras y miradas, que de día en día se iba enamorando con mayor ceguedad y que se prometía realizar su designio gracias á los balidos del cordero de oro, halló manera de que la muchacha se prestase á hablar con él, empeñándole promesa de que no recibiría injuria, ni fuerza alguna. La joven comunicólo todo á su madre, la cual cediendo á los ruegos de su hija, consintió en que el caballero fuese á verla á su casa. En-

tró, pues, en ella el caballero y trabó largo coloquio con Violante, que así era el nombre de la moza, presente la madre, que ni por un segundo se ausentó. Y por más que era el galán muy elocuente y de seductora palabra, y no puso tasa al prometer á la madre y á la hija, y quiso seducirlas con una buena suma de dinero que quiso darles, con ofrecimiento de señalarle una rica dote cuando la muchacha se casase, no obtuvo á pesar de todo, otra respuesta de Violante, sino que se sentía muy agradecida al amor que le dedicaba y que estaba pronta á complacerle en toda petición honesta, mas que tenía deliberado intento de morir primero que perder su honestidad.

La madre, por su parte, apoyaba á la hija con oportunas palabras. El pobre amante, á quien estos razonamientos tenían enternecido y que estaba de Violante locamente prendado, y con más calor se aficionaba por ella á medida que la escuchaba departir,—pues en verdad la muchacha era seductora y bellísima,—viendo que con todas sus artes de galantería nada alcanzaba y que como amante jamás llegaría á obtenerla, determinó casarse con ella.

Veíala, que nada podía reprochársele en punto á hermosura, discreción, donaire y corteses maneras, y que en todos conceptos era agradable y gentil; y dábase á pensar que aunque fuese de plebeyo linaje, tomándola él por esposa podía hacerla figurar entre las más selectas clases de Valencia; sobre que no teniendo padre ni madre que le reprocharan, gozaba de libertad completa para llevar á término aquel enlace. Estimulábale, sobre todo, el vivísimo amor que por Violante sentía y persuadíase á seguir su intento mirando que no hay en la tierra cosa de mayor importancia que la satisfacción del propio gusto; porque es cosa llana comprar un caballo por consejo de un amigo, y tomar otros parecidos acuerdos, pero la mujer hay que buscarla

según manda y quiere el corazón de cada uno. Acordábase además, de haber oído referir que un rey de Aragón, no mucho tiempo antes se había casado con la hija de un súbdito. Y así, revolviendo en su mente todas estas consideraciones y observando que bien lejos de poder dejar el amor de la muchacha, su pasión iba agigantándose de día en día, por más tiempo no vaciló y dirigiéndose á Violante para manifestarle el acuerdo que en sus adentros había tomado, hablóle de esta manera:

—Violante, en demostración de que es verdadero el amor que os tengo declarado y de que no son mentidas mis protestas de que en el corazón traigo constantemente la imagen vuestra, yo quiero, si vos queréis, ser vuestro mientras dure mi vida, á cuyo fin estoy resuelto á casarme con vos.

Al oir estas palabras, tanto la hija como la madre recibieron imponderable alegría y dieron gracias á Dios por la buenaventura que les enviaba, encomiando con sentidas frases la generosidad del mancebo.

Violante dijo á éste con modesta expresión:

—Noble Didaco, siendo tal la forma de honestidad que queréis dar á vuestro amor, yo no puedo ofenderos con mi desdén; y aun cuando me reconozco indigna de un caballero como vos, descendiente de noble linaje y en esta tierra famosísimo, mientras que yo vengo de pobres y humildes padres, os agradezco la honra que me hacéis y os prometo ser para siempre vuestra leal consorte y esclava.

Acordaron en consecuencia que se unirían en matrimonio, contrayéndolo él gustosamente por su parte, en presencia de la madre y los hermanos de Violante, y en la ocasión que ésta decidiese; y siendo ya tiempo de retirarse el caballero, así lo hizo, besando la mano de su prometida y dirigiéndose á su casa.

No bien comparecieron los dos hermanos, acudió su

madre á referirles lo que con el caballero quedaba resuelto, noticia que celebraron ellos con notable regocijo, pues se les hacía cosa muy grata casar á su hermana con tanta comodidad y honra; sobre que no olvidaban el beneficio que se les seguía de no tener que darle dote.

No más de dos días tardó Didaco en volver con todas las prevenciones dispuestas, y en presencia de la madre, de los dos hermanos y de un servidor suyo en quien tenía puesta su confidencia, con toda la solemnidad unióse por palabras de presente, con su deseada Violante; rogando, empero, á los que asistían, que guardasen el secreto de aquel enlace, hasta que permitiesen publicarlo ciertos motivos secretos que existían. Casado ya con la joven, compartió con ella el tálamo aquella noche inmediata, y con dulce placer suyo y fiel acogimiento de Violante, consumó el santo matrimonio.

Siempre enamorado el mancebo, continuó por espacio de más de un año yaciendo maritalmente con ella. Durante este tiempo habíala provisto con opulencia de vestidos y joyas, sin echar en olvido á los hermanos, que recibieron de él una buena suma de dinero. Esto ofreció fundamento á muchos, que ignoraban la verdad de lo sucedido y veían á la muchacha tan soberbiamente engalanada, para suponer que el caballero había alcanzado el amor de la joven á precio de dádivas y que la poseía como amante ó manceba; y tanto más cimentada en razón les parecía esta creencia, cuanto el caballero no cesaba de menudear sus visitas en pleno día, á la casa de Violante. No se le ocultaba á ésta del todo, ese murmurar de la gente, mas como le constaba á punto cierto el error en que tenía apoyo y por otro lado esperaba desengañar en breve á todo el mundo con la publicidad de su matrimonio, no se preocupaba de aquello y vivía en paz y tranquilidad.

Otro tanto hacían su madre y sus hermanos, bien que estos últimos no dejasen de estimular al marido para que apresurase cuánto pudiese el momento de publicar la verdad.

Tampoco Violante se olvidaba en las horas de más dulce intimidad con su esposo, de rogar á éste que la llevase consigo á su casa, en cumplimiento de lo que le tenía prometido: él respondía siempre que así quería hacerlo como ella se lo demandaba, mas sin que nunca llegase á realizarlo.

Transcurrido iba ya un año, desde que después del casamiento ambos esposos se gozaban en su íntimo y confiado amor, cuando ocurrió que el caballero, fuese porque entrase en vergüenza de la baja condición de Violante, fuese porque se saciase al cabo de ella, ó fuese porque le influyera otro motivo, contrajo amores para casarse, con la hija de un don Ramiro Vilaragut, caballero perteneciente á una de las primeras familias de Valencia. Y llevado adelante ese nuevo trato, convínose la dote y ordenado todo lo que de estos casos es propio, nuestro Didaco se casó un día con la susodicha dama.

Hízose el hecho público en Valencia y llegó por ende, sin tardanza, á noticia de Violante, la cual quedó llena de doloroso espanto y poseída de indescriptible pesar. Sentía por el caballero, su esposo, un ardiente é infinito amor; vivía además consentida en que había de verse transportada al esplendor del mundo según se lo dieran á esperar, y ahora al considerarse escarnecida, no hallaba para su pena, forma ni camino de consuelo. Por la noche llegaron á su casa los dos hermanos, á cuyos oídos llegara también la nueva del reciente matrimonio, y hallando á su hermana que vertía amargo llanto sin querer escuchar palabra alguna de consuelo, trataron de aquietarla y volverla en su acuerdo, junto con la madre que también con gran-

de ahínco se esforzaba. La joven, empero, afligida sobre toda ponderación y embargada del más acerbo dolor, no prestaba oídos á palabra que la dijesen, ni podía más que llorar sin término y lamentarse acerbísimamente de su desgracia. Tres días pasó en tal estado, sin comer, sin beber y sin dormir, en términos que poco á poco se consumía; hasta que compelida últimamente por la natural necesidad, hubo de tomar algún alimento y durmiéndose después un buen rato, su fuerza se recobró. Púsose entonces á reflexionar sobre el trance en que se veía y dióse cuenta de lo inútil de su continuo llanto; díjose también que no podía en modo alguno reducirse á tolerar la injuria que el caballero le había hecho y que le era fuerza discurrir hasta donde lo alcanzase su mente, un medio de lograr que álguien más que ella sufriese un justo castigo, disponiéndose á venganza tal como la pedía tan vituperable maldad, pues quería que de ella se desprendiese ejemplo y enseñanza para que en lo sucesivo no pudieran los hombres burlar á las pobres mujeres. Á nadie manifestó su agresivo propósito, é imponiéndose paciencia se determinó á esperar la ocasión oportuna, pues dábale el corazón que el mismo delincuente había de ir á ponerse en sus manos. Firme, pues, en esta resolución de tomar ejemplarísima venganza, iba sin descanso, muy metida en sí, imaginando el modo cómo realizaría su intento, y poniendo entre tanto, fin á su lloro, procuró vivir todo lo alegremente que su ánimo le toleraba.

Servía en la casa una esclava, mujer entera y gallarda, de treinta años no bien cumplidos, la cual tenía puesta toda su voluntad en Violante, á causa de haberla amamantado y educado. Esta mujer vivía á sus solas en airado despecho por el escarnio que habían hecho de su ama, y llorábalo secretamente con profundo duelo y viva desazón. Violante se dirigió un día

á esta sierva para pedirle dictamen, comprendiendo que ella sola no se bastaba para llevar á ejecución lo que estaba meditando; y tanto más confiadamente se llegó á ella, cuanto la reconocía mujer abonada para toda empresa y mejor que otra ninguna. Así, pues, descubrióselo todo, con lo cual no solamente obtuvo de ella promesa de ayudarla, sino que la exhortase con airadas palabras á no desistir de su vengativo intento. Conviniéronse, pues, para llevarlo á cabo y esperaron á que se les ofreciera la ocasión, que es, como suele decirse, la que hace al ladrón.

No habrían pasado aún quince días desde las segundas nupcias del caballero, cuando aconteciòle á éste, que paseando á caballo por la ciudad, pasó por delante de la casa de Violante; la joven estaba á la ventana como si ya esperase con firme seguridad, que el caballero había de pasar un momento ú otro por su calle, y al verle se puso toda encendida, aguardando lo que él le dijese. También el caballero se confundió algún tanto al verla; mas haciendo por serenarse llegóse á ella, refrenó el caballo y le dijo con respetuoso acento:

—Guárdeos el cielo, señora mía. ¿Cómo estáis? Un año me parece que no os he visto.

La joven le respondió con cierta vaga sonrisa:

—Pedís al cielo que me guarde, mas vos me habéis en verdad, completamente abandonado. Y me demandáis cómo estoy, cuando podéis vos saberlo tan bien como yo. Pero sea como Dios quiera, puesto que no cabe otro remedio. Aquí me tenéis del todo olvidada, y después os presentáis diciendo que os parece un año que no me habéis visto. Hasta se me alcanza que ya no os importa nada de mí, y en verdad quiero deciros que así cual sucede, tal siempre me lo esperé, pues no fuí tan ciega, ni era tan menguado mi seso, que no reconociese mi bajeza, indigna de vuestra distinción y alcurnia. Esto no obstante, yo os ruego que de

cuando en cuando os dignéis acordaros de mí, que agradándoos ó no, yo he de seguir siendo eternamente vuestra esclava.

Felicitóse el caballero allá para su coleto, al escuchar tan blandas razones y pensó haber salido de su aprieto más bien parado de lo que pensaba; y dijo á la joven estas expresiones:

—Lo que he hecho, señora mía, ha sido necesario para establecer una concordia perfecta entre la familia de los Vilaragut y la mía, pues entre los dos han existido sangrientas enemistades que con este parentesco habrán terminado. Mas no temáis por esto, veros de mí abandonada, pues que siempre he de hallarme dispuesto á todo cuanto se me ofrezca en beneficio vuestro, y razones hartas tendréis en lo porvenir para convenceros de que el amor que os juré no os habrá faltado.

—Yo me convencería,—dijo ella,—si alguna vez me dejaseis gozar de vuestra presencia y vuestras caricias.

Prometióle el caballero que la complacería y siguió su camino; pero no se habría alejado cincuenta pasos, cuando llamó á aquel servidor, impuesto de todo, que con él entonces iba, y le dijo:

—Vuélvete atrás y dí á doña Violante, que por mostrarla que la amo y tengo en debida consideración, lejos de causarle enojo, esta noche iré á partir el lecho con ella.

Cumplió el criado este encargo, con grande contentamiento de Violante, que veía cómo principiaba á cumplirse su proyecto acercándole la ocasión que esperaba. En consecuencia llamó á la sierva, y dióle orden de tenerlo todo dispuesto conforme lo tenían trazado.

Llegada la noche y despedido el caballero Didaco de su nueva esposa—con la cual estuvo largo rato, puesto

que cenaron juntos, y siendo el dejarla cosa natural, como que aún no habían juntado su techo — tomando licencia de ella se salió, despidió á toda la servidumbre que le acompañaba y quedóse únicamente con el criado que conocía su secreto, el cual le siguió hasta la casa de Violante, quien hizo al joven lisonjera y contentísima acogida. Allí le dejó el criado, encaminándose á su retiro.

Y era ya la hora muy avanzada, por lo cual Didaco y Violante se encerraron en su cámara, y allí entre mutuas y enamoradas caricias, platicaron largamente á propósito de aquel nuevo matrimonio; con todo, la astuta joven hacía apariencia de no curarse gran cosa de este asunto, poniendo todo su ahinco en rogar al caballero que no la dejase abandonada á los azares de lo porvenir. Á esta súplica respondía él que nada temiese y era verdad; que como la amaba—pues era bellísima,—no pensaba dejar de tenerla jamás por su amiga. Por fin, al cabo de mil transportes y lisonjas amorosísimas, más que cuantas se hicieran hasta entonces fervientes y arrebatadas, el caballero que se sentía postrado, quedó sumido en profundo sueño, y así que le vió ella de esta suerte dormido, levantóse sigilosamente y abrió la puerta introduciendo en la cámara á la sierva, que fuera estaba aguardando. Cogieron entonces la cuerda que preparado habían y auxilióles en todo la fortuna, que las dejó atar con mil fortísimos nudos el cuerpo del caballero desdichado, sin que él llegase á sentirlo. Despertóse en breve todo soñoliento y en seguida se vió amordazado por las dos osadas mujeres, á fin de que no las descubriese con sus voces. Había en el centro de la estancia una vigueta que se levantaba para servir de apoyo á la viga del techo, y á aquella sujetaron mal de su grado al caballero, puesto en pié y desnudo según le parió su madre.

Y hete ya á la condenada sierva sacando un afilado



cuchillo y un par de tenazas diminutas y otros hierros cortantes. ¿Qué pasaría en aquel momento, en el ánimo del infeliz caballero? ¿Qué pensamientos le asaltarían, viendo ante sus ojos á aquellas dos mujeres armadas de mortales instrumentos, disponiéndose á emplearlos sañudamente contra él, bien como hace el carnicero cuando se dispone á desollar una res, armado de su cuchilla? En verdad pienso yo que debía de pesarle allá en su alma de haber ofendido á Violante; pero el arrepentimiento tardío poco aprovecha. Poco aprovecha, digo, para con los hombres, que con Dios, mil veces he oído predicar que el arrepentirse de corazón siempre trae provecho y salvación.

Así que tuvo, pues, al joven según se ha dicho agarrotado, la desesperada Violante tomó unas tenazas y llegándose á aquél con fiero semblante, le cortó la lengua, acompañando su enconado castigo con estas palabras:

—¡Ah desleal, ah pérfido, ah villano y mal caballero, ya de tu nobleza despojado por tus miserables actos y caído en la más enlodazada villanía! ¡cuánto me pesa no poder tomar la venganza que mereces, en público catafalco, á la vista de toda la ciudad! Pero sea como fuere, he de castigarte de tal modo que á los presentes y venideros enseñe tu ejemplo, cuánto les importa guardarse de burlar á las sencillas é incautas doncellas y no arrepentirse de sus actos honrados, legítimos y agradables á Dios. ¿No conoces, traidor, esta cámara, en la cual con mentidas palabras me entregaste el anillo de boda, y con promesas aún más falsas te hiciste ladrón de mi virginidad? Mira, hombre sin fe, la cama nupcial que villanamente has violado. ¡Ah, cuántas imposturas, todas en daño mío, ha proferido esa lengua tuya! Pero gracias á Dios, que ya á ninguna otra mujer engañará.

Diciendo esto le cortó la lengua en cuatro pedazos.

Cogiéndole después con unas tenazas los dedos de la mano, prosiguió:

—¡Desleal! ¿por qué con esos dedos me entregaste el anillo de matrimonio? ¿por qué los uniste con los míos ante el sacerdote? ¿por qué después me ceñiste los brazos al cuello para estrecharme, si para otra guardabas aquel anillo y tu legítimo amor?

É iba cortándole con las tenazas la yema de cada dedo, y esto cumplido tomó un agudísimo puñal y acercándose nuevamente al joven, continuó diciéndole:

—¿Y qué injuria he de guardar para esos ojos engañadores y perversos que fueron tiranos agresores de los míos? Ellos me mostraban cuando los miraba, una infinita ternura, un inmenso amor, un ardientísimo deseo de verme feliz. ¿Dónde están ahora aquellas lágrimas falaces que fingíais haber vertido por causa del amor mío? ¡Cuántas veces os esforzasteis por darme á entender que no os deslumbraba otra belleza que la mía, y que no esperabais ver otra mujer que me venciese en gracia y encanto, y que en mí os mirabais como en un espejo de toda hermosura, de toda gracia, de toda cortesía y elegancia que en criatura nacida cupiese! Oscurézcase ya esa falsa luz.

Y esto diciendo, cególe de entrambos ojos, en forma que nunca más habían de volver á ver la luz del sol.

No saciada aún con esto, otras partes de aquel atormentado cuerpo mutiló, y después que se hubo cebado en todos los miembros del infelicísimo caballero, hincóle el puñal en el corazón.

Estaba ya el mancebo más muerto que vivo con las profusas heridas que recibiera, y dolorosamente se revolvía sin que le valiese consuelo, ni auxilio humano, pues le habían las mujeres atado con tal firmeza, que no había contorsión que le deshiciese de tales ligaduras. ¡Horrendo espectáculo era en verdad el de aquel

hombre atado á un madero, con los miembros terriblemente lacerados y sin poder defenderse ni conseguir misericordia!

Violante, antes rendida que saciada de aquel vengativo tormento, dijo finalmente al falso marido, el cual no sé si tenía aún los sentidos para oirla:

—Didaco, me he vengado de ti como he podido, no como tú merecías; que el delito de doblez que cometiste, debías haberlo purgado abrasándote en una hoguera, á la faz de todo el pueblo. Puedes al menos gloriarte de morir á manos de una mujer á quien amaste y que te amó con toda su alma. No me espera á mí tanta dicha; que á poder ser, yo quisiera morir de tu mano y bendeciría la muerte que me dieses. Pero, pues no es posible, Dios haga de mí lo que en su voluntad disponga. Y basta, que no quiero más atormentarte.

Acompañó estas últimas palabras con la acción, clavando varias veces el acero hasta el puño, en el costado izquierdo del joven; éste dilatando su cuerpo en una postrera convulsión, acabó de morir.

Cuando las mujeres conocieron que había expirado, pusiéronse á secar la sangre que por el aposento estaba vertida, desataron el cadáver y metiéndolo, junto con los mutilados miembros, en un gran cesto, cubriéronlo con una tela y lo escondieron debajo de la cama.

Esto hecho, Violante volvióse á la esclava y le dijo:

—Juana (tal era el nombre de la sierva), jamás podré agradecerte bastante la ayuda que me has prestado en esta mi deseada venganza, pues que á no tenerte á ti, yo jamás hubiera podido verla cumplida. Mas ahora que miro satisfecho ese loco afán de mi cólera, tócale á mi gratitud proveer á tu salvación antes que, sucédame lo que me suceda, proceda yo á publicar á la luz del mundo la manera cómo me he vindicado. Quisiera, pues, que partieses cuanto antes, buscando medio

de huir al África, cosa que ha de serte facil según entiendo, á cual fin te daré tanto dinero que no halles dificultad que no venzas en tu fuga; tanto, que nunca jamás te olvides de mí. Tengo aquí—prosiguió abriendo un cofrecillo—tanta riqueza de monedas, oro en rieles y joyas, que su valor excede de mil y quinientos ducados; tómalo todo, que de corazón te lo doy, y no tardes ya un punto en ponerte en salvo. Yo ocultaré lo ocurrido todo el día de hoy; aprovéchalo para huir.

Oyendo la sierva estas amorosas invitaciones, rompió á llorar copiosamente, y de ningún modo quiso avenirse á la idea de separarse de su ama, antes le afirmó que quería correr la misma suerte que á ella tocase, puesto que la vida le era menos cara que el amor que le tenía. Y no se dejó persuadir á otro intento.

Violante hubo de abandonar toda su insistencia, en vista de que era tan vana, y viendo á la esclava dispuesta á morir con ella, propuso que trataran de dormir lo que quedaba de noche, que por cierto era corto espacio. Durmieron, pues, un brevísimo sueño dentro de aquella cámara, y al despertarse, Violante de nuevo invitó á Juana á que se decidiese por la fuga; pero tampoco esta vez llegó á convencerla.

Entrada la mañana, cerca de la hora del desayuno, el criado del infeliz caballero compareció en la casa, con ánimo de acompañarle, según costumbre, á la de su nueva esposa. Vióle llegar Violante y así le dijo:

—Tu amo no está aquí; y si quieres saber á dónde ha ido, vé y conduce contigo al señor Virrey, pues tengo encargo de decírselo á él y no á ningún otro. De otro modo te cansarás en balde, pues nada averiguarás.

Partió el criado, y hallándose en el camino con un tío y un primo del caballero, les manifestó cuánto Violante le había dicho. Ambos allegados conocían los

amores de Didaco y la moza plebeya, mas no lo del matrimonio, puesto que el caballero había impuesto á su servidor aquel estrechísimo secreto que sabemos, y bien distantes uno y otro de presumir la realidad de lo que acontecía, fuéronse juntos al encuentro de Violante. Recibióles ella con rostro risueño y así les dijo:

—Señores míos ¿qué es lo que buscáis?

—Buscamos—respondiéronle—el paradero de nuestro pariente don Didaco.

—Perdonad—añadió la joven,—pero no puedo quebrantar su mandato, el cual me impone no decir nada sino en presencia del señor Virrey. Id y traedle con vosotros y esta será la manera de que lo sepáis todo.

Era por entonces Virrey de la ciudad, el duque de Calabria, hijo del rey Federico de Aragón, el que murió en Torsi de Francia; y los dos parientes mirando á la alta dignidad de tal personaje, dijeron á Violante:

—No es procedente que el Virrey venga acá.

—Haced entonces—dijo ella,—que mande por mí.

Viendo que nada de otra suerte adelantaban, los dos caballeros se fueron á hablar con el Virrey.

Entretanto Violante, que junto con la esclava había premeditado cuánto había de suceder, se vistió ricamente, con todas sus galas, é hizo que Juana se adornase con igual ostentación, quedando luégo ambas en espera del mensaje del Virrey. La madre de la joven, sorprendida de la entrada de los dos nobles en su casa, había preguntado á aquella por la explicación, la cual fingió darle su hija por medio de cierta fábula que inventó para encubrirle el hecho de la verdad.

Y no tardó en presentarse un guardia de los del Virrey, con la orden de conducir á Violante á la presencia de su señor. Ella, que apercibida estaba á ello, no opuso razón ninguna, y saliendo sin que su madre lo advirtiese, siguió al guardia y llegó delante del Virrey, acompañada siempre de su sierva.

Hallábase el Virrey acompañado de la mayor parte de los nobles y caballeros del país, y en cuanto vió á Violante, que á sus plantas llegaba haciéndole la debida reverencia, intimóle que le dijera lo que por comisión del señor de Centellas tuviese encomendado.

Entonces la joven, no como afligida y tímida mujer, sino como valerosa y resuelta heroína; de esta suerte habló al Virrey con animoso acento:

—Señor Virrey, habéis de saber que el caballero Didaco de Centellas—va pasado de esto más de un año—puso en mi persona un grande y empeñado amor; y cuando vió que mi gracia se le hacía imposible de alcanzar, como no fuera dándome su mano de esposo, así lo verificó estando presente mi madre y mis hermanos, y Pedro, su escudero, siendo el legítimo acto celebrado en mi propia casa. Y después de esto, por el término de quince meses partió conmigo el lecho casi todas las noches. Y más tarde, sin pararse á pensar que yo era su mujer legítima, se casó uno de estós días, conforme en todo Valencia es público y notorio, con la hija de don Ramiro de Vilaragut, la cual no podía ser suya, habiendo el legal impedimento de haberse él casado antes conmigo. Y no contento con esto, tratándome como si yo fuera su manceba ó su meretriz, ayer fué á encontrarme con todo el descaro y quiso darme á entender mil patrañas é imposturas, mostrándome lo blanco negro; y despidióse luégo, mas no bien se hubo marchado envióme á su criado Pedro, á decirme que esta noche pasada iría á dormir en mi lecho conmigo. Á lo cual yo nada opuse, conforme Pedro puede testificar, pues ese anuncio me pareció ser el primer paso que yo daba por el camino de mi soñada venganza. Heme, pues, aquí venida, justísimo señor, para daros explicación cabal de todo cuanto ha ocurrido; que no tengo el ánimo dispuesto á negar, ni á suplicar, pues sería necedad insigne

tener miedo al castigo de un acto como el mío, tan voluntaria y deliberadamente cometido. Antes quiero confesar la verdad con toda arrogancia, pues entiendo que esto es defender mi fama, y de esta suerte, si alguno piensa mal de mí por las apariencias de lo pasado, rectifique su opinión y sepa que yo era de don Didaco de Centellas legítima esposa, y no su ramera. Sálvese el honor mío, que con esto me basta, y sea de mí lo que Dios quisiere. Señor Virrey, yo, con estas manos he matado esta noche á aquel miserable; yo, con la ayuda de esta esclava mía, he tomado la venganza que justa he estimado, de la injuria que sin razón me había hecho aquel caballero desleal. Él me quitó el honor; yo le he quitado la vida, y hasta he perdido en el cambio, que todos sabéis cuanto menos vale la vida que el honor.

Refirió en seguida puntualmente el modo cómo había dado tortura y muerte al caballero, sin olvidar el auxilio que recibiera de la esclava, y cómo quiso que ésta huyese sin haberlo podido lograr.

Todos los presentes quedaron aterrados con la relación de tal tragedia, juzgando al propio tiempo á Violante, por animosa mujer y brava ofendida, mucho más de lo que con su sexo se compadecía. Llamóse, para examinarlos, á la madre y hermanos, como también al escudero, quedando reconocido que en efecto el caballero no podía haber contraído matrimonio con otra mujer. Acudieron á levantar el cadáver del infelicísimo Didaco, cuyas fieras mutilaciones y heridas llenaron de horror á cuantos las vieron, reputándolo de horroroso espectáculo. É instruído diligentemente el sumario sobre tal muerte, aparecieron únicas culpables Violante y Juana, por lo cual fueron públicamente decapitadas.

Ambas fueron al suplicio con alegre traza, lo mismo que si fueran á una fiesta; y se oyó á la esclava que

sin acordarse un punto de sí, no cuidaba más que de exhortar á su dueña, á que recibiese tranquila la muerte, puesto que moría con el consuelo de quedar vengada.





NOVELA SÉPTIMA

El abate Gesualdo trata de robar á una joven; ésta le hiere vergonzosamente y se salva tirándose al río.

El abate Gesualdo, joven muy estimado en el reino como hijo de noble y antigua familia, habíase establecido en Nápoles, donde en compañía de otros jóvenes hidalgos se dedicaba á matar el tiempo jugando y entregándose á otros desvaneos.

Discurriendo iba un día á caballo por la ciudad, cuando acertó á pasar una doncella, la cual le pareció la más hermosa y gallarda mujer de cuantas había visto en Nápoles; y de tal manera clavó en ella la vista codiciosa, que antes que dejase de mirarla ya se sintió de ella cautivo y le pareció al dejarla que le arrancaban el corazón de raíz.

Era la jovencita, hija de un joyero que adoraba en ella, lo mismo que la madre, pues no tenían de su matrimonio otro fruto. Y en verdad se hallaba la mucha-

cha favorecida de tan bellas prendas y tan agradables, que universalmente se la juzgaba como de las más apuestas y galanas mozas de Nápoles.

El abate, que se sentía ciegamente enamorado de tanta belleza y que consideraba la empresa de quitar el pensamiento de la muchacha y ponerlo en otra mujer, mucho más difícil que encerrar toda el agua del mar en una redoma, trató de ingeniarse para dar á comprender á la joven su sentimiento y si posible era, conseguir que se lo premiase. Comenzó, pues, á rondar la casa de su beldad, unas veces solo, otras acompañado de sus amigos; y si alguna vez se le mostraba la fortuna tan propicia que le dejase ver á la joven, ya asomada á su ventana, ya por alguna otra parte mostrándose, reunía en sus ojos todo el fuego del alma para revelarle el amor en que le consumía, y éste era el único lenguaje de que se podía valer, puesto que jamás se le ofrecía coyuntura de dirigirle la palabra. Si los días de fiesta la niña iba con su madre á algún templo para asistir á los divinos oficios, jamás faltaban á nuestro buen abate uno ó dos santos á quienes encomendarse en la misma iglesia, ni altar donde fuera á ofrecer su vela. Y no fueron menester muchos de estos pasos y andares, para que la mocita cayera en la cuenta de lo que traían; que además de bella, habíala hecho la naturaleza muy avisada y astuta; así fué que se le alcanzó prestamente de qué pié cojeaba el asiduo Gesualdo y cuáles eran los santos que iba buscando por los altares. Sin embargo, á fuer de discreta y como dotada que estaba de ánimo elevado y distinguido, sabía que su honor era para ella el mejor y más estimado tesoro del mundo, por lo cual hizo siempre talante de no haber reparado en nada y se mantuvo sin que el abate descubriese en ella mirada, ni sonrisa, ni otra muestra alguna que pudiese hacerle concebir un átomo de esperanza; y así, cada vez que

acertaba á verle, ni mostraba fijarse en él, ni daba traza de conocerle más que si hubiese sido un extranjero.

Esto era causa de que el malaventurado y dolidísimo amante viviese en continuo despecho y enojo, viéndose tan mal comprendido y pagado. Mandar á la doncella mensajes y embajadas, tampoco era posible, pues no se apartaba su madre en todo el día. Mas como á todas horas vemos que cuando menos probabilidad tienen de satisfacer el combatido anhelo, entonces esos desdichados amantes aumentan su obstinación y porfía, y cuánto más vedada les está una cosa, tanto más se desmanda en ellos el deseo, así, de esta suerte nuestro enamorado abate se desvelaba y consumía por llevar á buen fin aquel desairadísimo empeño, y así parecía que la llama de su pecho se hiciera de hora en hora más grande ó desapoderada. Viendo, empero, que no se le ofrecía manera de adelantar un paso en su codiciada conquista, se resignó á esperar pacientemente, y acomodóse con sus prácticas ordinarias de rondar é ir á la iglesia, confiando en que finalmente la joven tendría alguna piedad de él. Esperó en vano, pues todo era como echar incienso á un muerto.

Pero sucede también, que aquel que ama, siempre anda en pos de noticias referentes al objeto amado y aplica todo su estudio á enterarse de sus acciones, esperando quizás que con esto ha de amortiguarse el amoroso incendio; y observando esta ley, con tanto ahinco se dió el solícito y ferviente abate á espiar todo cuanto hacía su ingrata favorecida, que un día consiguió averiguar que se disponía á salir con su padre y su madre, para ir á un campo que tenían en cierto sitio no distante de Nápoles.

Supo esta noticia nuestro abate, y sintiendo que se recrudecía aquel ciego é insensato amor—que más bien furor debiéramos llamarlo—por la joven napoli-

tana, determinó para sí que puesto que por amorosos medios y por voluntad de su objeto amado no podía gozar fruto sabroso de su loca pasión, había de alcanzarlo por la fuerza, aprovechando la coyuntura que se le brindaba para arrebatar, en medio de la calle, de poder de los confiados padres, á la muchacha sin cuyo amor le parecía imposible seguir viviendo. Una vez tomada esta resolución y sin pararse á considerar el notorio riesgo en que podía ponerse, llamó á sus servidores y les hizo exposición completa de su proyecto.

Y vino en esto, el día en que la muchacha debía salir de Nápoles, y saliendo el abate de la ciudad en compañía de sus servidores armados, á la hora que pareció conveniente á su idea, fué á ponerse en espera donde creyó que era sitio á propósito, por el cual tenían que pasar necesariamente la joven y sus padres.

Los pobres viejos, que junto con su hija salían, haciendo ánimo inocente de ir á divertirse á la quinta que poseían cerca de Nápoles, como ajenos á toda sospecha tomaron con efecto el camino que la sagacidad del abate había adivinado. Este último, que se sintió bullir el corazón en el pecho como anuncio de que su bella amada iba aproximándose, exhortó nuevamente á sus criados, ordenándoles lo que les competía y encareciéndoles sobre todo que se guardasen de causar el menor daño á su enamorada.

Entre los fértiles collados que se levantan alrededor de Nápoles, se desata un limpidísimo riachuelo llamado el Sabeto, cuyas mansas y transparentes ondas se dividen en dos partes no lejos de los muros de la ciudad; de las cuales una se entra por vías subterráneas á proveer á la comodidad y ornamento de la población, mientras la otra continúa soltándose por la fructífera campiña hasta llegar al mar para prestarle el debido y natural tributo. Sobre esta parte corriente y libre del famoso riachuelo se tiende un puente, al cual aquellos

habitantes dan el nombre de puente de la Madalena, y allí fué donde el furioso abate sorprendió á la desprevenida joven, que gentil y donairosa, aunque sin separarse del lado de sus padres, iba haciendo su camino adornada de toda su gracia y atractivo, y más hechicera aún de lo acostumbrado, gracias al incendio que en sus mejillas causaba el calor, que era del fuerte de los últimos días de junio, y la fatiga de caminar á pié. Iba, pues, la mocita, conforme hemos dicho, siguiendo su vía llena de viveza y donaire, volviendo acá y acullá su preciosa cabecita, cubierto el rizado y blondo cabello con un airoso y gentil sombrerito, bajo cuya sombra brillaban dos seductores y ardientes ojos, tan claramente como brillan las doradas estrellas en el ámbito del cielo espacioso y sereno. Y mezclábase tan bien en su rostro la cándida blancura de su inocencia con el encendido y natural color, que no era posible sino mirarla y sentirse el alma poseída de dulce y nunca probado embelesamiento. Así, de tal suerte encantadora, la contempló el abate, sintiéndose de nuevo y más impetuoso deseo acometido; y viéndola llegar, como otra cosa no esperaba, hízose unos pasos adelante y desnudando su tajante espada, comenzó á quererle hacer violencia para robarla. Á esta señal y viendo el principio que su señor daba á la empresa, los criados se pusieron también arma en mano, encerrando á la doncella en un círculo y comenzaron á dar voces amenazadoras contra los despavoridos ancianos, añadiendo además otros extremos que en tales casos de desmán é insulto se suelen emplear. No contentos con esto y como el padre y la madre de la muchacha rompiesen en lamentos y gritos de socorro, lanzáronse sobre ellos y aplicándoles las puntas de las espadas á la garganta y al pecho, trataron de separarles de su hija, á fin de poder apoderarse de ella con mayor facilidad, lo cual trataba de realizar el abate no descuidándose,

en medio de aquella agitación, en sujetar á la muchacha como en señal de obtener su dominio.

¿Cuál será de vosotras, oh amables señoras, la que no sienta su corazón amedrentado dentro del casto seno? ¿cuál la que no se mueva á piedad y quebranto? De mí sé decir, que la palabra expira en mis labios y de tal modo se debilita la fuerza de mi expresión, que casi no acierto á desanudar la lengua para llegar al término de este relato; ¡tanta es la compasión que experimento por el infeliz padre, por la atribulada madre y por aquella ofendida joven! Mas quiero esforzarme en recobrar mi ánimo acostumbrado, aunque no para extenderme en demostraciones de cuánto y cuán profundo sería el espanto de aquellos tres desdichados, al verse rodeados de tantos aceros que contra ellos amenazadores se blandían. Cada cual de vosotras, piadosas damas, tome ejemplo de sí misma, é imagínese puesta en el terrible caso de ver así, con semejante alevosía asaltada una hija doncella, y rodeada de tantas amenazas y peligros. ¿Cuál sería vuestro ánimo, cuál vuestro pensamiento, cuál vuestra resolución, si á tan miserable trance os arrojara algún día el tempestuoso viento de la azarosa fortuna? Á buen seguro que en tan extremado aprieto, todas perderíais el sentido.

Ahora bien, nuevamente entrando en el hilo de mi historia, os digo que nuestra intrépida joven no se desvaneció, antes considerando—al ver cómo el abate á ella se lanzaba, mientras los otros se dirigían rabiosamente contra sus padres—que ella era la única ocasión de aquel ataque, rápidamente meditó lo que el momento pedía y el riesgo aconsejaba; y tomando su resolución con tanta prisa como demandaba la apretura del instante, revestida de ánimo quizás más fuerte, audaz y magnánimo de lo que podía esperarse de la bajeza de su linaje, volvióse al abate, y sonriéndole, de este modo le dijo:

— Señor, dame esa espada que desnuda tienes en la mano; que quiero en un momento vengarte á ti y á mí, de ese celoso y tiránico padre que con sus chocheces de vejancón me ha impedido siempre mostrárteme agradecida al amor con que me favoreces. Él es, señor mío, quien con sus repulsas fastidiosísimas me atormentaba sin cesar, regañándome y no dejándome un punto de quietud y desembarazo. Yo te doy palabra de que, á no ser por él, mi madre y yo nos hubiéramos hallado desde el primer día sometidas á tu mandato.

Oíala el padre, y rompía en voces enojadas, llamándola perversa y desalmada; mientras tanto, el crédulo amante, dejándose cautivar por las frases de la muchacha, lleno de dulce estupor y de alegre maravilla, prestábales esa completa é indubitada fe con que los necios acogen todo cuanto se les dice en su lisonja ó alabanza, y así fué cómo puso la desnuda espada en la mano blanca y delicada que le tendía aquella valiente y enardecida moza.

No bien se vió ésta dueña del deseado acero, todo cambió, que volviéndose la joven al abate bobalicón y helando con su bravo acento el goloso afán con que él ya se relamía y refocilaba, así le dijo, el rostro femenil mudado en fiero y amenazador semblante:

—Abate, retrocede y abandóname; no quieras llegarte á mí, ó por el alma de mi padre te juro que he de defenderme sin respeto alguno.

Dirigióse luégo al contristado anciano, y vibrando el conquistado acero, tan animosamente como si de largo tiempo estuviera avezada á esgrimirlo, le habló de esta suerte:

—Padre mío, tú con la daga que traes al cinto y yo con esta espada que he ganado, defendamos hasta morir la honra nuestra que estos asesinos quieren arrebatarnos. Cuéstenos la vida, antes que tolerar que estos villanos nos escarnezcan.

Llevaba la muchacha la falda algún tanto recogida, conforme suelen las mujeres para andar por el campo, y así, pudiendo moverse con mayor expedición, se colocó en actitud de herir rectamente á cualquiera que osase acercársele.

Viéndose el abate tan neciamente caído en el lazo, engañado y desarmado por el ardid de una muchachuela, y corrido en gran manera de ello, mandó á sus servidores que á toda costa quitaran el arma de manos de la joven. Mas ¿creéis vosotras, nobles damas y señoras mías, que aquella valerosa muchacha, aunque se vió estrechada y combatida por todos lados, perdió un punto de su aliento y se dejó arrebatar el hierro sin defenderlo briosamente? ¿Pensáis que atemorizada y vencida en su ánimo valeroso, se dió á huir ignominiosamente? No, en verdad; que al verse acometida por los sicarios del abate, que intentaban arrancar de sus manos la bien esgrimida espada, comenzó á defenderse con toda la bravura y fuerza que en sí misma pudo descubrir; y según más atinado le parecía cada golpe, así los descargaba acá y allá, contra sus enemigos, moviendo á éstos y á los demás que contemplaban aquel portentoso espectáculo, á grandísima estupefacción y maravilla. No parecía sino que era una de aquellas antiguas amazonas, ó criada entre ellas; ó bien que se había amamantado con la leche de aquella virgen latina, cuyo esfuerzo fué en Italia ocasión de tanto daño para los troyanos; ¡tan bien y tan animosamente se defendía! Pusiéronse los dos viejos desventurados á auxiliar á su esforzada hija; mas ¿qué podían hacer dos tímidos y débiles ancianos y una niña contra diez ó doce hombres robustos, jóvenes y bien armados? Y no hay duda que si el abate hubiese dejado que éstos emplearan todo su esfuerzo, la muchacha hubiera acabado por ser vencida y quedar prisionera en poder de él; pero el enamorado galán no

quería que se hiciese daño á su amada, y ésta se hallaba resuelta á no dejarse sujetar.

Con todo, en el calor de la refriega, la muchacha recibió una herida, y otras recibieron los dos ancianos, de suerte que ambos cayeron en tierra; y viendo esto la hija y considerando que al fin y á la postre, mal de su grado, aquel trance se resolvería dejándola á ella cautiva, hubo de apelar nuevamente á todo el aliento de su ánimo, que no por esto se debilitaba, para que le sugiriese un nuevo arbitrio contra el abate, que la vengase de la injuria que éste le estaba infiriendo. Deliberó, pues, rápidamente; observó que su enemigo no se hallaba á mucha distancia del sitio de la contienda; creyó que todo la favorecía para el intento que acababa de proponerse; acercóse en consecuencia al galán deshonrador, y con toda la fuerza de sus brazos lanzóle la espada al medio del rostro, lo cual hizo con tan afortunado tino, que dando el acero de filo, causó en aquel rostro profunda herida á través de la nariz y del carrillo. En el mismo punto que la espada hería al abate, la joven dió un paso atrás, encomendóse devotamente á Dios, y saltando, como antes lo hiciera Horacio Cocles, por encima de la valla del puente, se tiró á la corriente límpida de Sabeto, prefiriendo morir en el fondo de sus aguas, á perder al tesoro de su virginidad. Pareció el río acogerla en sus ondas, piadoso y complaciente, pues en lugar de cubrirla y sepultarla en la profundidad de su cauce, la mantuvo en la superficie, ayudada de sus ropas que se ahuecaron.

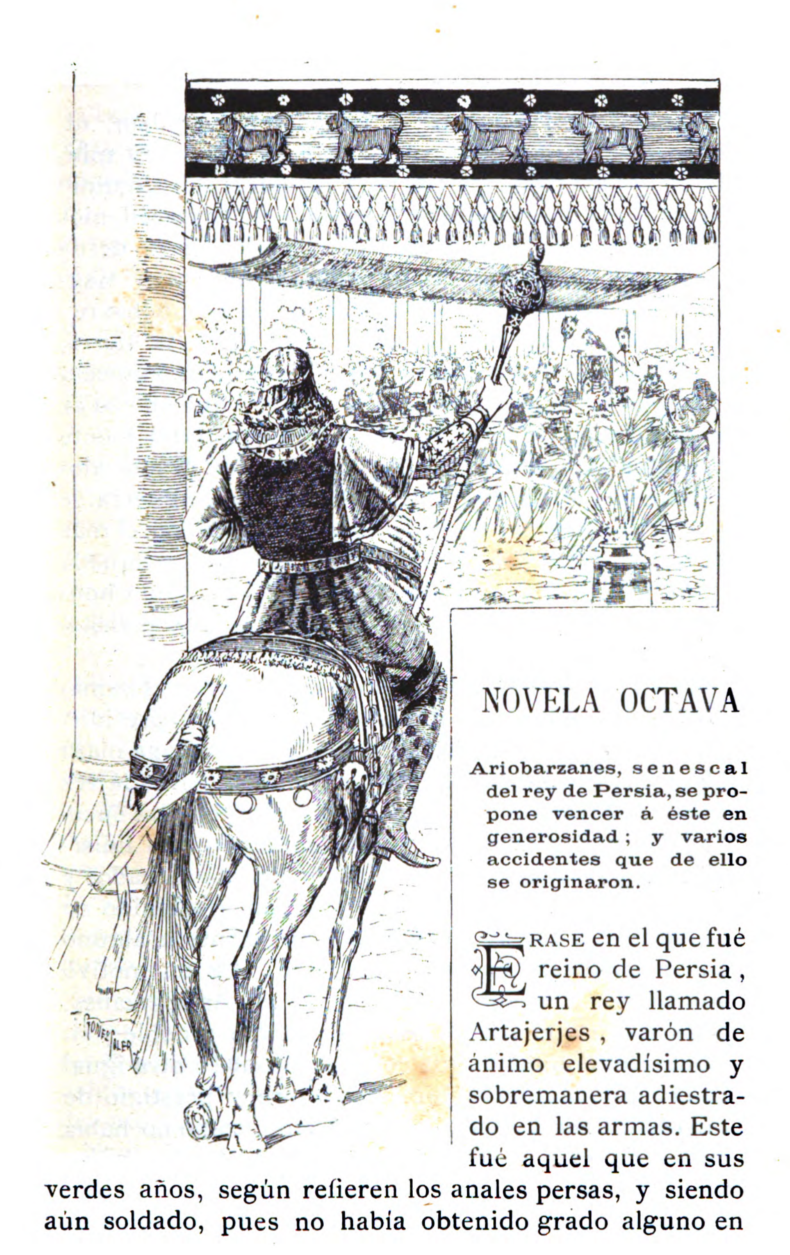
Á todo esto, el estrépito de la refriega y el clamor de los ancianos heridos, había llamado mucha gente al lugar de aquel crudelísimo espectáculo, y algunos de los que acudieron, que sabían nadar, arrojáronse al agua y sacaron á la doncella, con vida sí, pero medio muerta.

Veíase el abate burlado y no poco, en cuanto se había imaginado y propuesto; constábale además que así la joven como los viejos padres de ésta habían sido estúpida y vanamente heridos por mano de sus servidores; considerábase á sí mismo con el rostro ignominiosamente desfigurado; y no queriendo por todos estos motivos volver á entrar en la ciudad, fué á esconderse en uno de sus castillos.

Los que acudieron llamados por el ruido, socorrieron á los dos ancianos, que heridos yacían en tierra, y juntamente con la doncella, también herida, los condujeron á Nápoles, donde, referido y divulgado el suceso, se levantó gran clamor de animosidad contra el abate y de admiración y alabanza para la joven, á la cual reputaron todos de honesta, prudente, valerosa y de elevado y generoso corazón.

Y en verdad que mereció todas cuantas alabanzas puedan dedicarse á mujer nacida, por púdica y casta. Si en estos corrompidos tiempos que hoy alcanzamos, se tributase á la virtud, el aprecio y honra que entre los romanos obtenían, ¿qué estatua, qué colosal monumento de piedra, ó bronce, ó de cualquier materia que fuera, qué títulos insignes y memorables no serían escasos para perpetuar con el honor debido, este magnánimo y gloriosísimo rasgo de la doncella napolitana?

He aquí, pues, el término que hubo aquel desatentado amor del abate Gesualdo, quien queriendo conseguir por la fuerza el favor de su amada, solamente reportó de su empresa, odio y desgracia; siendo así que — habiendo sabido reducir su pasión á mayor templanza y servir á la doncella con la ordenada cortesía que al uno y á la otra convenía,—quizás se hubiera salvado él de un merecido y constante vituperio, librándola á ella de las crueles heridas y de la extrema resolución con que puso su existencia en peligro.



NOVELA OCTAVA

Ariobarzanes, senescal del rey de Persia, se propone vencer á éste en generosidad; y varios accidentes que de ello se originaron.

Erase en el que fué reino de Persia, un rey llamado Artajerjes, varón de ánimo elevadísimo y sobremanera adiestrado en las armas. Este fué aquel que en sus verdes años, según refieren los anales persas, y siendo aún soldado, pues no había obtenido grado alguno en

la carrera de las armas, dió muerte á Artabán, último rey de los Arsacidas, bajo cuyo mando militaba; y aquel que restituyó á los persas el dominio de la Persia, sometida al poder de los macedonios por espacio de quinientos treinta y ocho años, desde la muerte de Darío, derrotado por Alejandro Magno. Dicho Artajerjes fué coronado por su pueblo rey de Persia, después que hubo libertado esta tierra, y allí estableció una corte famosa por su magnificencia y por los actos de memorable virtud que en ella se presenciaban; y conducíase el rey espléndidamente en todos sus rasgos, lo cual, amen de sus títulos gloriosamente ganados en muchas acciones de guerra, le tenía fama lograda en todo el Oriente, de ser el más liberal y magnánimo príncipe que reinaba en aquella edad. En sus convites era un *nuevo Lúculo,* pues honraba grandemente á todos cuantos forasteros le visitaban en su corte.

Tenía este rey en su palacio, á cierto senescal llamado Ariobarzanes, cuyo ministerio consistía en presidir, montado en un corcel blanco y empuñando una maza de oro, la comitiva de pajes y escuderos que, cada vez que el rey hacía un público convite, llevaban las suculentas viandas en aurea vajilla, cubiertos con finísimos paños de oro y seda bellísimamente labrados y pespunteados. Este oficio de senescal era tenido en grande estima y se otorgaba generalmente á alguno de los primeros barones del reino. Por tal motivo lo desempeñaba entonces el nombrado Ariobarzanes, pues sobre que era de linaje clarísimo y noble y su riqueza tan opulenta que casi no se conocía otra igual en el reino, alcanzaba justo renombre y prestigio de caballero liberal y cortés en extremo, como no había otro semejante en la corte; y á tal punto llevaba su magnanimidad y tan sin medida gastaba de sus bienes, que en ciertos casos, olvidando el justo medio en

el cual toda virtud consiste, é inclinándose al opuesto extremo, incurría en el vicio de prodigalidad. Este exceso y su consecuente soberbia le ponían á menudo en empeño de querer, no solamente parangonarse con el rey en obras de generosidad y cortesía, sino también de querer aventajarle y vencerle.

Un día, pues, mandó el rey que le trajeran su juego de ajedrez é invitó á Ariobarzanes á jugar con él una partida de escaques. En aquel tiempo era este juego tenido entre los persas como ejercicio de gran valor, y un buen jugador de escaques era estimado tal como estimamos hoy á un diestro discutidor en puntos de humanidades ó materias filosóficas. Sentados el rey y el senescal uno frente á otro, teniendo intermedia una mesa de la sala real, comenzaron su partida en presencia de gran número de personajes que observaban y seguían el juego con religioso é interesado silencio, y ambos se empezaron á estrechar mutuamente, aplicando todo el saber y ahínco de que disponían. Ariobarzanes,—ya porque fuese mejor jugador que el rey, ya porque éste se distrajese después de las primeras jugadas, ya por cualquier otro motivo que no es del caso investigar,—redujo á su adversario al extremo de no poder evitar el jaque mate que se venía imprescindiblemente en dos ó tres jugadas. Advirtiólo el monarca y considerando entonces el riesgo en que le ponía la inminencia del jaque mate, púsose vivamente encendido y comenzó á estudiar con gran pausa si le quedaba arbitrio para esquivar el jaque, manifestando, además del encendido color de su cara, con movimientos de cabeza, suspiros y otras análogas señales, cuánto le dolía verse puesto en tal extremo delante de los más selectos caballeros de su corte.

Nada de esto se ocultó al senescal, en quien produjo noble pesar aquella honrada vergüenza de su soberano, y no queriendo consumarla, hizo una jugada falsa

moviendo un *caballo*, de suerte que dejó libre la línea del *rey*, con lo cual no sólo libertó á esta pieza de la amenaza en que la tenía puesta, sino que abandonando sin defensa una de sus *torres*, venía á perderla; con lo cual la partida volvía á quedar igualada. Mas advertido el monarca de todo este acto y conociendo que todo era generosidad y grandeza de ánimo de su vasallo, que ya en otras ocasiones se las había dado á conocer, hizo apariencia de no reparar el abandono en que la *torre* quedaba, descompuso de un golpe la colocación de las piezas y poniéndose en pié, dijo:

—Basta, Ariobarzanes; vuestra es la partida y yo me confieso derrotado.

Meditando más tarde sobre este lance, dióse Artajerjes á entender que Ariobarzanes no había cedido á un puro estímulo de cortesía, sino al de dejar á su rey obligado, reflexión que no le supo bien y que le colocó en el caso de no volver á jugar con el senescal, bien que á pesar de esto, jamás demostró que el proceder galante de este último le hubiese producido el menor desagrado.

No dejaba, con todo, allá, en su interior, de sentirse el rey disgustado por las muchas acciones de índole parecida que Ariobarzanes frecuentemente hacía; y pensaba que bien podía su vasallo guardar la cortesía y liberalidad, ya fuera en el juego, ya en ocasiones de otra especie, para sus inferiores ó sus iguales, y no juzgaba razonable, que un vasallo quisiese luchar con su señor en puntos de magnanimidad y galantería.

Pocos días iban pasados después de esto, cuando hallándose el rey en Persépolis, ciudad principal de la Persia, determinó salir á una cacería de animales que en aquel país se crían, muy diferentes de los que se crían en el nuestro; preparóse todo lo indispensable y dirigióse el rey al sitio designado, en compañía de todos los caballeros y servidumbre de la corte. Preparóse allí una buena parte del bosque, cercándolo

de redes y lazos, y hecho esto, repartidos los cazadores en la forma que pareció conveniente, el rey mandó empezar el estrépito de perros y cuernos de caza para atraer á las bestias fuera de sus cubiles. Al instante se mostró un animal salvaje, muy feroz y muy ligero, el cual traspasando las redes de un salto, se puso velocísimamente en fuga. Al ver el monarca á tan extraño animal, determinó perseguirle y darle muerte, y haciendo á varios de sus barones señal de que corrieran juntamente con él detrás de la fiera, soltó las riendas á su caballo y partió en seguimiento de aquella. Uno de los cortesanos que iban con el rey en aquella persecución, era Ariobarzanes.

Y acertaba el rey á montar en aquel día, un caballo que por su velocísimo correr le merecía grande predilección, á tal punto, que por conservarlo hubiera dado otros mil de los de sus caballerizas, puesto que además del mérito de la ligereza, tenía el de ser aptísimo para escaramuzas y lances de batalla. Así, pues, lanzado á la carrera y suelta la brida, detrás de la volante más bien que corredora fiera, sin advertirlo fué el rey alejándose del séquito que con él había partido, de modo que no quedaban siguiéndole de cerca más que Ariobarzanes y un criado de éste que siempre á su amo acompañaba en las lides de la caza, montado en un buen caballo. Asimismo el senescal iba caballero en un corcel que era tenido como de los mejores de la corte.

Seguían, pues, corriendo los tres jinetes, de tal manera, sueltas las bridas y á todo escape, cuando Ariobarzanes echó de ver que la caballería del rey iba desherrada de los dos piés delanteros, de modo que ya comenzaban las piedras del suelo á quebrantarle los cascos; lo cual ponía al monarca en el caso de abandonar la pista de la caza que perseguía ó dejar que se estropease el caballo. Ambos eran extremos que en igual medida habían de disgustar al rey, que se-

guía á todo esto corriendo sin advertir que su caballo había perdido las herraduras. En un solo punto advirtió el senescal dicha circunstancia y se apeó de su caballo; volvióse en seguida al servidor que detrás marchaba (que no con otro objeto iba siempre á él adjunto) y haciéndose dar el martillo y las tenazas que á prevención traía, quitó á su buen caballo las herraduras delanteras para ponerlas al del rey, pensando que luégo continuaría la caza á la ventura dejando al caballo discurrir á su antojo. Llamó al rey para que se detuviera, avisándole del peligro en que su corcel estaba. Desmontó el rey, y aunque vió las dos herraduras en manos del criado del senescal, no paró mientes en ello, ya porque lo atribuyese naturalmente á previsión de Ariobarzanes que para tal caso iba ya apercibido, ya porque pensase que eran las mismas que se le habían caído al caballo. Aguardaba, pues, á que éste se hallase nuevamente herrado, para volver á cabalgar. Mas así que observó que el caballo del senescal estaba desherrado de delante, hubo de caer en la cuenta de que aquella era una de las generosidades de su vasallo, y se propuso vencerle por el mismo camino en que se esforzaba el otro en vencerle á él; así fué que cuando el caballo estuvo herrado, hizo dón de él al senescal. De este modo quiso el rey, antes perder el gusto de la caza, que ser ganado en liberalidad por un súbdito suyo, cuyo ánimo generoso parecía haberse puesto en empeño de sobrepujarle en actos gloriosos y liberales.

No creyó el senescal que era oportuno rehusar el presente que su rey le hacía, y así lo aceptó, pero con la misma alteza de ánimo con que había desherrado antes su caballo y esperando nueva ocasión de vencer á su señor en nobleza é hidalguía. Á poco de esto, llegaron los rezagados del séquito real, y tomando el monarca uno de los caballos que traían, montó en él y

restituyóse á la ciudad con todo su acompañamiento.

Algunos días después, el rey mandó disponer un solemne y pomposo torneo para el día de las calendas de mayo. El premio señalado al vencedor era un bravo y animoso corcel, ricamente guarnecido con brida cuyo freno era de finísimo oro labrado, silla de grandísimo precio, y el resto de los arreos de primor y riqueza en nada inferiores á los de la silla y el freno; y las riendas eran dos cadenillas de oro trabajadas con delicado artificio. Iba además el corcel cubierto con una gualdrapa de brocado de oro de muchos altos, recorrido todo al rededor de una bellísima franja de recamo, de la cual pendían cascabeles y campanillas de oro. Colgaba por un costado del arzón una espada finísima, con su vaina toda cuajada de perlas y piedras preciosas de grandísimo precio, y al otro lado se veía sujeta una hermosa y fuerte maza diestrísimamente labrada á la damasquina. Hallábanse además expuestas junto al caballo y en forma de trofeo, todas las otras armas que son propias de un caballero combatiente, magníficas y bien templadas sobre toda ponderación. El escudo era maravilloso y fuerte, y de manifiesto estuvo junto con una dorada y esbelta lanza, el día señalado para la celebración de la justa. Y todas estas cosas eran el premio que debía adjudicarse al que resultase vencedor.

Acudieron á tan solemne fiesta, muchísimos forasteros, unos con ánimo de participar en la lucha, otros para disfrutar de su espléndido aparato. De los súbditos del rey, ni uno quedó, caballero ó barón, que no compareciese adornado con sus mejores ropas; y entre los primeros que se presentaron á suscribir su nombre para justar contóse el primogénito real, mozo de valor y muy celebrado por su conocimiento en las armas, como educado que había sido desde la infancia en los campos de batalla. También el senescal



acudió á inscribir su nombre. Otro tanto hicieron otros caballeros, así persas como de otros estados, puesto que la justa había sido anunciada como general y otorgando salvo-conducto á todo paladín que quisiese presentarse, con la sola, aunque indispensable condición de ser noble. Eran jueces del torneo, elegidos por el rey, tres barones ancianos, de valor acreditado en su historia, ejercitados en mil empresas, hombres enteros y de reposado juicio. Tenían estos jueces su tribunal en medio del palenque, precisamente en el punto donde los justadores solían encontrarse las más de las veces, y trabar sus combates.

Habéis de pensar que todas las damas del país concurrían á aquel acto, y además gran gentío de todas partes, atraído por la magnificencia y fama de tan ponderada fiesta. Y puede decirse que no justaba un caballero que no tuviese allí presente á

su enamorada, y ostentaba cada cual un dón de su dama, como en tales lides es costumbre hacerlo.

El día y á la hora señalados, comparecieron todos los paladines, acompañados de grandísima pompa y cubiertos con riquísimas sobrevestas, tanto ellos como los corceles que montaban. Comenzó la justa, y después que se hubieron roto muchas lanzas y producido numerosos y bravos encuentros, inclinábase el general juicio á pensar que el ganador del premio sería Ariobarzanes, y que si éste no fuese, el primogénito del rey era quien le seguía en turno, á larga distancia de todos los demás combatientes, puesto que ninguno de éstos pasaba de cinco encuentros, y el primogénito real alcanzaba á nueve. El senescal mostraba once lanzas rotas vigorosamente y á toda ley, y un solo combate más que sostuviera, le daba la victoria; que eran doce los encuentros que se exigían á los justadores para ganar el premio, y quien primero los resistiese sin impedimento, ése conseguía el ofrecido galardón.

Á decir verdad, el rey cifraba todo su anhelo en que su hijo fuese aquel día el que reportara la honra del triunfo; pero no se le ocultaba la dificultad de su deseo, pues claramente veía que el senescal llevaba mayor y más notable ventaja; por lo que disimulaba su despecho procurando que éste no se revelase en su rostro. Por su parte el joven primogénito, que justaba en presencia de su amada, sentíase morir de pena al considerar que no le quedaba esperanza de conseguir el primer puesto; y así era como en un mismo instante coincidían el padre y el hijo en un mismo pensamiento y ardían en un común deseo. Pero toda su confianza, si alguna les quedaba, perecía á la idea de la virtud y valor del senescal, tan próximo ya al término de la victoria.

Llegando para el senescal el momento de romper su última lanza, hubo de venírsele á la mente la proce-

dencia del caballo que en aquella ocasión montaba, el cual no era otro que el que el rey le había regalado el día de la caza; y consideró además, el ardientísimo deseo que dicho rey estaba experimentando, del cual bien claramente se daba razón, como también del estímulo del joven príncipe, acuciado por sentimiento de honra y por la presencia de su amada; todo esto pasó en el ánimo del generoso cortesano, inspirándole la resolución de renunciar al honor que tan cerca tenía, para dejarlo al primogénito del rey. Y no era que al senescal se le escondiera el desagrado con que el rey acogía sus actos de liberalidad; sino que aun conociéndolo, se proponía perseverar en su conducta hasta trocar en satisfacción ese desagrado, y no porque ambicionase nuevas gracias y honores de la munificencia real, sino por el solo afán de honrarse á sí mismo y ganar fama; y hacíasele ingratitud patente aquel empeño del rey en acoger de manera tan enojada las bizarrías que á él iban dedicadas. Firme, pues, en su propósito de renunciar á favor del primogénito real el triunfo que este tanto apetecía, puso la lanza en ristre y cuando estuvo próximo al encuentro con aquél, pues el príncipe era quien se le adelantaba como adversario, dejó la lanza de la mano y dijo:

—Vaya esta liberalidad mía, al par de las otras, por más que no sea apreciada.

El hijo del rey tocó fácilmente al escudo del senescal y rompiendo contra él su lanza en mil trozos, ganó su décimo encuentro. Muchos en el palenque oyeron las palabras del senescal cuando dejaba caer la lanza, de suerte que todos los circunstantes se dieron presta cuenta de que aquél no había querido dar el golpe para no ganar su última suerte, con ánimo de no arrebatar al príncipe el premio que con tanto ardor codiciaba; y sobre todo lo pensaron así, cuando vieron al senescal que se salía de la liza. Poco tardó el joven en

ganar las otras dos suertes, y sin fatiga alguna, quedando en consecuencia vencedor del campo y dueño del premio apetecido, siendo luégo llevado en triunfo por toda la ciudad, al són de mil músicos instrumentos, precedido del premio del torneo y rodeado de los barones de la corte, entre los cuales iba el senescal con risueño semblante, más que ningún otro proclamando y ensalzando el valor del joven campeón.

El rey, que era hombre sagaz y que en una y otra ocasión, en torneos, justas, escaramuzas y batallas, había tenido motivos hartos para experimentar el valor de su senescal, así como su destreza, su ánimo avisado y su resolución, no dudó por un momento que la caída de la lanza no había sido cosa fortuíta, sino intento muy deliberado; lo cual le confirmó en la creencia que abrigaba, relativa á la grandeza de espíritu y liberalidad del noble cortesano. Y en verdad que fué grandísima la generosidad de Ariobarzanes, tanta, que pocos, según yo entiendo, se hubieran decidido á imitarle; pues vemos á todas horas muchos hombres dadivosos y espléndidos en lo que toca á sus bienes de fortuna, regalar vestidos, plata y oro, piedras preciosas y otros objetos de gran valía que reparten acá y acullá; y si miramos lo que hacen los más altos señores, les vemos que llevan la opulencia de sus dádivas hasta desprenderse de sus castillos, tierras y villas, en beneficio de sus vasallos y servidores. ¿Qué diremos también, de aquellos que hacen dón de su propia sangre y aun de su vida, por servir la causa ó el bien de otro? De estos y otros ejemplos, henchidos están los libros de todas las lenguas. Lo que no se encuentra, es quien dilapide su propia gloria y haga dádiva de su honor. El caudillo victorioso, después del sangriento combate cede á sus conmilitones los despojos del enemigo, y les entrega los prisioneros, y de todo el botín les deja ser partícipes; mas se reserva para sí la gloria y el honor de

la batalla. Y, como con divino acierto escribe el verdadero padre de la romana elocuencia, aun aquellos mismos filósofos que escribieron sobre el desprecio de la gloria, gloria y no otra cosa buscaban con sus escritos.

El rey, á quien estas grandezas y desprendimientos del senescal, en vez de placer daban enojo,—á causa de no quitársele de la mente la impertinencia é irregularidad de que un súbdito y servidor intentase no sólo igualarse con su señor, mas también dejarle obligado —comenzó á mostrársele mohíno y á negarle el trato agradable que antes le concediera, determinando finalmente convencer á su vasallo de que alimentaba un grande error si esperaba poner á su soberano en obligación para con él. Y vais á saber cómo.

Era antigua y celebrada costumbre en Persia, que el rey solemnizase todos los años con gran fiesta y pompa el aniversario de su coronación; y tenían todos los nobles barones el deber de estar presentes en la corte, donde el rey ofrecía mesa franca, sirviéndose en ella suntuosos banquetes, con otros festejos de grande ostentación. Llegado, pues, el aniversario de la coronación de Artajerjes, y dispuesto cuanto era menester para su celebración, se propuso el rey cumplir con tal coyuntura lo que tenía decidido, y así, llamando á uno de sus camareros le ordenó que acto continuo fuese en busca de Ariobarzanes y le dijese:

— Ariobarzanes, el rey te manda que en este instante mismo vayas tú en persona á la presencia de Darío, tu enemigo, y le entregues el corcel blanco, la maza de oro y demás atributos de la senescalía; y de parte del rey le dirás que ha sido nombrado senescal de su palacio.

Salió el camarero é hizo cuanto el rey le acababa de mandar. Al oir Ariobarzanes aquella infausta embajada, estuvo por morir de duelo, el cual era tanto ma-

yor, cuanto efectivamente aquel Darío era el mayor enemigo que tenía en el mundo. Sin embargo, como era de ánimo elevado, no dejó de mostrar la grandeza que consigo tenía, y respondiendo con semblante apacible al camarero, de esta suerte le dijo:

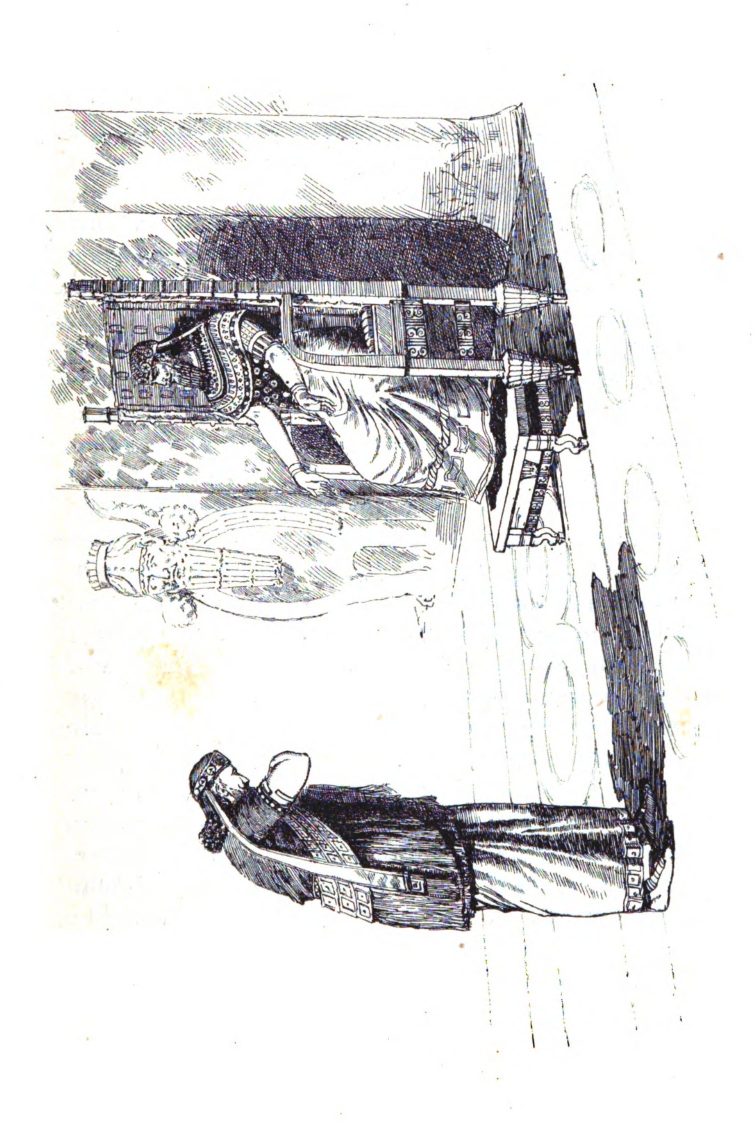
—Hágase conforme á mi señor le place, y tú vas á ver cómo sin la menor demora pongo en ejecución todo lo que él acaba de mandarme.

Y así lo hizo desde luégo, con la más apresurada diligencia, de modo que á la hora del desayuno Darío prestó ya sus oficios de senescal. Sentóse el rey á la mesa, y Ariobarzanes, con rostro placentero ocupó su sitio, al par de los otros barones. Grandísima fué la sorpresa de todos al verle destituído, y en las conversaciones de los nobles, unos loaban la conducta del rey, mientras otros por lo bajo le tachaban de ingrato; por lo bajo he dicho, como es costumbre de cortesanos. El monarca, á todo esto, no separaba la vista de Ariobarzanes, y considerando el risueño talante con que éste se mostraba, admirábase y no podía menos de reconocer que era su vasallo hombre de ánimo generosísimo. Pero le tardaba ya el momento de comenzar á cumplir el designio que tenía formado, y así comenzó á promover conversación, en la cual con agrias frases mostraba el profundo descontento que tenía del antiguo senescal; y este era ardid que empleaba, pues tenía sobornados á algunos señores para que cerca de Ariobarzanes espiasen todo lo que éste dijese é hiciese. Oyendo Ariobarzanes el lenguaje de su señor, y estimulado por los aduladores que éste había amaestrado, no pudo dejar de considerar lo poco que le valía su paciencia y la mesura que en el hablar se había impuesto; y acordóse de la fiel y larga servidumbre que á su rey prestara, de los daños sufridos, de los riesgos afrontados, de sus liberalidades y de otros actos merecedores de agradecimiento; y dejándose llevar de

su instinto generoso, sublevado ante la injusticia que le pagaba en vituperio lo que era tan digno de honorífica recompensa, privándole de su oficio en vez de aumentarle el galardón, empezó á quejarse del rey con acres reproches, y á tacharle de ingrato, cosa que entre los persas era tenida como delito de lesa majestad. De buena gana se habría partido de la corte yendo á retirarse en uno de sus castillos, pero este no era acto lícito sin conocimiento y licencia del rey, y al ofendido magnate se le resistía el corazón á pedir entonces gracia ninguna.

El rey se enteraba desde el otro extremo de la mesa, de cuanto hablaba y hacía Ariobarzanes, pues no se descuidaban los que de ello tenía encargados; efecto de lo cual fué, que algunos días más tarde le llamara, y cuando le tuvo en su presencia le dijo así:

—Ariobarzanes, los lamentos que has esparcido, las amargas quejas que has soltado á los cuatro vientos, tu continuo dolerte han penetrado por las mil ventanas de mi palacio hasta llegar á mis oídos, y me han dado á comprender tales cosas de ti, que con dificultad puedo darles crédito. Quisiera ahora saber de tu boca la causa que á esos lamentos te induce; pues harto sabes que el querellarse del rey y máximamente motejarle de ingrato, es en Persia falta no menor que la de blasfemar de los dioses inmortales, puesto que los antiguos estatutos de nuestra tierra han ordenado que los reyes sean reverenciados al par de los dioses; además de que entre los pecados que nuestras leyes castigan cruelmente, el pecado de ingratitud es el que pena más dura tiene señalada. Ahora bien, dime: ¿en qué has sido por mí ofendido? Que por más que soy rey, no debo sin razón ofender á nadie. pues en tal caso, no rey me llamarían según quiero ser llamado, sino tirano, que es título de que huyo como de la mayor ignominia.



Ariobarzanes, cuyo humor descontento no se había ablandado, siguió en aquella ocasión la acostumbrada inclinación de su ánimo valeroso y franco, repitiendo en presencia del rey todo cuanto había dicho en su ausencia:

Á lo cual contestó el rey:

—¿Sabes tú, Ariobarzanes, la causa que racionalmente me ha movido á despojarte del cargo de senescal? Pues no es otra que el haber querido tú quitarme el mío de rey. Á mí me pertenece el ser en todos los actos liberal, generoso y magnífico; á mí, usar cortesía con todos y obligar á mis servidores otorgándoles, que no debiéndoles; á mí, finalmente, recompensarles, no con la estrecha medida de lo que á sus servicios corresponda, sino excediéndome de lo que en rigor hayan merecido. Yo no debo nunca tener cerrada la mano para obras de virtud y liberalidad, ni sentirme jamás cansado de dar á los míos y á los extraños según lo exijan sus merecimientos; éste es atributo propio de todo rey, y particularmente mío. Empero, tú que eres mi servidor, no cesas de arbitrar maneras de conseguir con tus actos corteses y liberales, no que yo quede servido de ti como señor tuyo que soy, sino de ligarme á tu dependencia con indisoluble nudo, dejándome para siempre obligadísimo. Y ahora, dime: ¿qué galardón podría yo brindarte, qué dádiva hacerte, con qué premio retribuirte, si nadie ha de pararse en mi generosidad, puesto que tú ya primeramente me has obligado con algún exceso de tu nobleza? Los altos y magnánimos señores sólo empiezan á sentir preferencia ó amor hacia un servidor, cuando le hacen verdaderas dádivas, cuando le exaltan, cuando logran que la recompensa lleve ventaja al mérito; pues de otra suerte, liberalidad no fuera, ni gallardía. El vencedor del mundo, el grande Alejandro, se apoderó de una ciudad riquísima y poderosa, altamente codiciada

por los capitanes de su ejército y cuya cesión le tenían solicitada muchos de los que pelearon valerosamente para tomarla y regaron con su sangre las murallas y los fosos; pero el gran guerrero no quiso cederla á ninguno de los que la habían merecido, sino que llamando á un pobre hombre, de condición oscura, que él acaso envió por allí, se la dió á ese, á fin de que su acostumbrada munificencia y liberalidad se hiciesen más famosas, ejercitadas en pró de tan abyecta y ruín persona; que un beneficio otorgado á sujeto de tan vil estofa, no puede suponerse que procede de obligación alguna, antes se distingue claramente que todo su origen está en la mera cortesía, mera liberalidad, mera magnificencia y mera generosidad del que se lo concede. Y no entiendas con esto, que sea mi opinión contraria á que se niegue al fiel servidor la justísima recompensa, antes quiero decirte que es deber el otorgársela; pero me propongo inferir que el premio siempre ha de exceder al mérito del servicio. Y ahora vengamos á ti, que por todos conceptos digno de todo galardón, pretendes tan de continuo y tan infinitamente obligarme con tus larguezas, que me haces impotente para pagarte, de modo que cierras el paso á mi liberalidad. ¿No consideras que yo me veo por ti detenido y dificultado en la mitad de mi acostumbrado viaje, en el cual me encamino á hacerme á mis servidores amorosos, agradecidos y obligados con mis dones, venciendo al cabo de la jornada sus méritos con el mío, de suerte que si uno ha ganado por valor de un talento, yo me exceda á recompensarle con dos ó tres? ¿No sabes que cuanto menos espera un vasallo mío su premio, tanto más luégo yo se lo doy, y con mayor satisfacción le engrandezco y le honro? Cuida, pues, Ariobarzanes, que en lo porvenir te conduzcas de tal conformidad, que á ti se te conozca por servidor y á mí se me tenga por lo que

soy, puesto que soy tu soberano. Todo príncipe, según yo me doy á entender, apetece dos cosas en sus servidores, es á saber, fidelidad y amor, y en hallando estas dos cualidades ya se curan poco de buscar otras. Así procedo yo también, por lo que has de persuadirte á que todo el que se proponga, como tú haces, trabar conmigo contienda de bizarría, ha de caer á la postre en que me habrá dado muy poco gusto. Además de que yo no necesito de mis mercedes para cobrar fama de magnanimidad, pues aun despojando á un servidor de lo suyo para apropiármelo, si tal se me antojase, no había de haber entre los que lo supieran quien me negase por esto aquella fama; tú mismo, á fuer de vasallo, me la otorgarías sin violencia tantas veces cuantas me ocurriera hacerlo.

Callóse el rey; Ariobarzanes entonces, con mucha reverencia, mas sin dejar caer su dignidad, le respondió de esta manera:

—Jamás me he propuesto, invictísimo rey, humillar vuestra grandeza, ni poner la mía en paralelo con ella, antes bien he dirigido mi esfuerzo á que conociérais vos, al par de todo el mundo, que mi más alto deseo era conseguir y merecer vuestra gracia; y aparte Dios de mí tan extraviada pretensión, como lo es querer yo contender con vos en punto de nobleza y longanimidad. Pues ¿quién habrá que quiera apagar la luz del sol? Harto se me alcanzó y se me sigue alcanzando, que mi deber está no solamente en prodigar, mirando á vuestro honor y servicio, estos mis bienes de fortuna que de vos he recibido, sino también en tener siempre dispuesta mi vida para ofrecerla en provecho de vuestra corona, no ya como generoso, pero como dilapidador. Y si por acaso os imaginasteis que yo quería luchar con vos en cuanto á grandeza de ánimo, debisteis atribuirlo á deseo mío de ganar más cumplidamente el favor vuestro y al afán de in-

clinaros cada día más á amarme, pues tuve para mí que el objeto de un buen vasallo era procurarse con todo esfuerzo el amor y la benevolencia de su señor. Y ahora os diré, invicto rey, que si vos lo mandáis, podré yo confesar á despecho de mi opinión, que el haber mostrado largueza, generosidad y ánimo grande, ha merecido injuria y castigo, y caer en vuestra desgracia, que de todo esto da clara fe lo que habéis vos hecho conmigo; esto sin perjuicio de que cuanto yo sea y tenga lo dedique á vivir y morir perseverando en el noble y laudable (á mi entender) propósito mío. Mas que despojándome de mis bienes un señor mío (cuyo deber es, al contrario, dotarme de lo suyo) le reconozca yo y le propague fama de liberal y generoso, y que esto sea obrar en razón, nadie ha de verlo, ni en mí cabe poderlo hacer.

El rey se puso en pié al oir estas palabras, y dijo:

—No es esta oportunidad de discutir contigo, puesto que la discusión y fallo de lo que has dicho y hecho, remitidos están al grave dictamen de mis consejeros, los cuales á su tiempo juzgarán según lo impongan las leyes y costumbres de Persia. Bástame por ahora decirte, y dispuesto me hallo á demostrártelo con la práctica, que lo que acabas tú ahora de negarme, será verdad, y verdad confesada por tu boca. Entretanto has de salir de mi corte, y retírate en tus castillos, sin que pienses en volver más que en el caso de ser llamado por mí.

Oído este mandato del rey, Ariobarzanes se fué á su casa, y de ésta se partió luégo con mil amores en dirección á sus castillos, dándose el parabién de poder alejarse de la corte, en la cual vivía continuamente espiado por sus enemigos; atormentábale, empero, el disgusto por la remisión que el rey le dijo haber hecho de sus palabras, al juicio de sus consejeros. Dispuesto se hallaba, no obstante, á todo azar, y mientras

éste no venía, gozábase en sus posesiones con el placer y ejercicio de la caza.

Tenía Ariobarzanes dos hijas únicas, que le había



dado su esposa ya difunta; ambas gozaban renombre de bellísimas, pero la mayor era sin comparación mucho más bella que la otra y la llevaba un año de ventaja. Por toda la Persia se extendía la fama de su hermosura, y muchos eran los barones y altos magnates que de buen grado emparentaran con Ariobarzanes.

Cerca de cuatro meses llevaba éste de residir en uno de sus castillos, en el cual le era más grata la estancia, tanto por la sanidad de los aires, como por la profusión de caza mayor y menor que se hallaba en sus alrededores, cuando compareció un heraldo del rey, que le dijo:

—Ariobarzanes, el rey, mi señor, te manda que envíes á su corte conmigo la más hermosa de tus dos hijas.

Al escuchar esta orden, Ariobarzanes, que no acertaba á comprender cuál sería la intención del rey, dióse á formar mil diversas conjeturas y parándose en un pensamiento que le vino, determinó enviar á la corte la hija menor, cuya belleza, según se ha dicho, no era comparable á la de la mayor.

Acordada, pues, tal resolución, fuése al encuentro de la hija y le habló de esta suerte:

—Hija mía, el rey acaba de mandarme que le envíe la más bella de mis dos hijas; mas por cierto motivo conveniente y cuya explicación no es para hecha en este instante, he determinado que seas tú la que vaya á la corte. Es necesario, empero, que adviertas é imprimas en tu ánimo la obligación de no revelar por ningún concepto que seas la menos bella, recordando que el silencio te ha de ser beneficioso, al paso que si no lo guardases me causarías á mí irreparable daño y aun quizás me costarías la vida. Y has de poner gran cuidado, que cuando te sientas que entras en preñez, á nadie lo digas, ni dejes conocer señal de hallarte preñada, sino has de aguardar á certificarte cumplidamente por ti misma de que tal es tu estado, y cuando las señales vayan siendo tan manifiestas que no puedas ya ocultarlo, entonces con toda la discreción y forma que sepas, has de ir al rey y decirle que tu hermana es mucho más bella que tú, y que tú eres la menor de mis dos hijas.

La joven, que era avisada y discreta, escuchó la voluntad de su padre, y haciéndose capaz de lo que ella le imponía, prometió hacerlo tal cual se le había encomendado. Y partiendo en compañía del heraldo, llegó á la corte. Asunto fácil fué engañar al rey y á todos los demás, á causa de que si bien la hermana mayor era más bella, no dejaba la menor de serlo en tal manera, que cuando se la veía sin el parangón de la otra, no pareciese á todo el mundo hermosísima y sin igual mujer; y tenía además con la otra tan gran parecido, que solamente el que conociese mucho á las dos podía caer en la cuenta de la desemejanza. Y habíalas tenido Ariobarzanes tan recluídas, que muy raramente habían sido vistas por los extraños.

El rey había perdido á su esposa algunos años antes, por lo cual resolvió enlazarse con la hija de Ariobarzanes, atendiendo á que si bien no era mujer de sangre real, la tenía en sus venas de nobilísimo origen. Vióla y contemplóla, reputándola desde luego por mucho más bella de lo que la fama le había anunciado, y en consecuencia, con ella se enlazó en forma solemne y á la presencia de todos sus barones, mandando en seguida mensaje á Ariobarzanes para que le remitiese la dote de su hija, que era ya la mujer del rey. Recibió Ariobarzanes la nueva alborozado y no perdió punto en mandar á su hija la dote que de mucho tiempo le tenía ofrecida, de igual valor que la que á su otra hija pensaba dar.

Maravilláronse muchos en la corte, de que siendo el rey hombre ya entrado en años, hubiese tomado por esposa á una niña, á mayor abundamiento hija de un súbdito á quien había desterrado. Otros, por lo contrario, aplaudían este paso; que así, en estas diferentes murmuraciones suelen ocuparse los cortesanos. No hubo, con todo, ninguno que sospechara ni coligiera el verdadero motivo de haber contraído el rey

aquel parentesco; motivo que no era otro que el propósito de hacer confesar á Ariobarzanes que habiéndole quitado una cosa suya, se había el rey portado con hidalguía y generosidad.

Después de celebradas las bodas, que fueron suntuosas, Ariobarzanes envió al rey una segunda y nueva dote de valor y riqueza iguales á los de la primera, y le dijo, que por más que de mucho tiempo antes tenía estatuída á cada una de sus dos hijas su respectiva dote, esto había hecho pensando casarlas con hombre de su nivel y condición; pero puesto que el rey, que debía estar siempre excepcionalmente considerado, se había casado con una de las dos, á ésta correspondía llevarle más cuantiosa dote que no hubiese llevado á cualquier otro marido. El rey no aceptó esta mejora de la dote, pues se tenía por muy bien pagado con la posesión de una esposa tan gentil y de tan escogida educación: y la amaba y honraba como á tal reina que era.

Andando los días, quedóse ella en cinta de un hijo varón, como pudo luégo averiguarse á la hora del parto; y advertida de su preñez, puso todo el cuidado en ocultarla hasta que ya no pudo más: entonces, viendo el crecimiento del vientre y dando por imposible que esta señal no la denunciara, esperó una ocasión en que el rey estuviera con ella, y habiéndola alcanzado, comenzó á chancearse familiarmente con él, y á fuer de discreta le condujo insensiblemente á la conversación que ella apetecía, para descubrirle sin violencia el secreto que guardaba; y así fué, que viniendo rodado dentro del coloquio, le hizo saber cómo no era ella la más hermosa de las dos hijas de Ariobarzanes. Al escucharlo el rey, enojóse fuertemente de que Ariobarzanes no hubiese obedecido su mandato, y aunque mucho amaba á la que era su esposa, quiso con todo que se realizara su primitivo designio; y en conse-

cuencia llamó al heraldo que había sido portador del primer mensaje, y entregándole su esposa mandóle que la volviera al poder de su padre. Y encargóle que dijese á éste:

—Ariobarzanes, cuando viste que la grandeza de nuestro rey superaba á la tuya y la vencía, has querido, en vez de cortesía, emplear con él malignidad y desobediencia, y de tus dos hijas entregarle no la que yo te pedí en su nombre, sino la que tuviste á bien, cosa en verdad digna de rigurosísimo castigo. Esta es la razón porque fieramente airado contra ti, á tu casa devuelve la hija que le enviaste y quiere que yo me lleve la primera; y asimismo te restituye íntegramente por mi conducto la dote que le enviaste. Esto es todo.

Ariobarzanes recibió con gusto placentero la devolución de la hija y de la dote; y habló de este modo al heraldo del rey:

—La otra hija mía, que el rey, mi señor, demanda, no puede ahora partir contigo, á causa de estar en cama gravemente enferma, según podrás tú verlo entrando conmigo en su habitación; mas yo te empeño mi fe, que apenas convalezca ella irá á la corte.

El heraldo vió, con efecto, á la doncella, que yacía en el lecho y se volvió á referirlo todo al rey, conforme había pasado; de todo lo cual se satisfizo este último y quedó esperando el término de aquellos sucesos. No llegó, empero, la convalecencia de la doncella enferma tan pronto como esperaba, y en esto se halló la otra hija en días mayores y parió un niño gentilísimo, con notable sanidad de una y de otra parte. De lo cual recibió Ariobarzanes imponderable contento y placer infinito, cuya medida llegó en breve á todo su colmo, cuando á los pocos días el recién nacido comenzó á descubrir en su fisonomía tan perfecta semejanza con la del rey, su padre, que más ya no podía ser.

Repuesta que estuvo la una hija del parto y curada la otra de su enfermedad sin haber perdido un ápice de su anterior belleza, Ariobarzanes vistió ricamente á entrambas y las envió al rey seguidas del debido cortejo, no sin haberlas antes amaestrado en cuanto debían hacer y decir.



Llegaron á la corte, y uno de los del séquito, servidor de Ariobarzanes, habló al rey de este modo:

—Señor, aquí tenéis no á una sola hija de Ariobarzanes, sino á las dos, que él os las envía y son todo cuanto posee.

Oído esto por el rey y viendo la generosa cortesía de Ariobarzanes, el rey aceptó la misiva en tanto que iba pensando:

—Yo he de hacer que con holgado contento se declare Ariobarzanes vencido por mí.

Y antes que volviese á partir el mensajero que á las dos jóvenes había conducido, mandó el monarca lla-

mar á un hijo suyo, que tenía por nombre Ciro, y le habló de esta suerte:

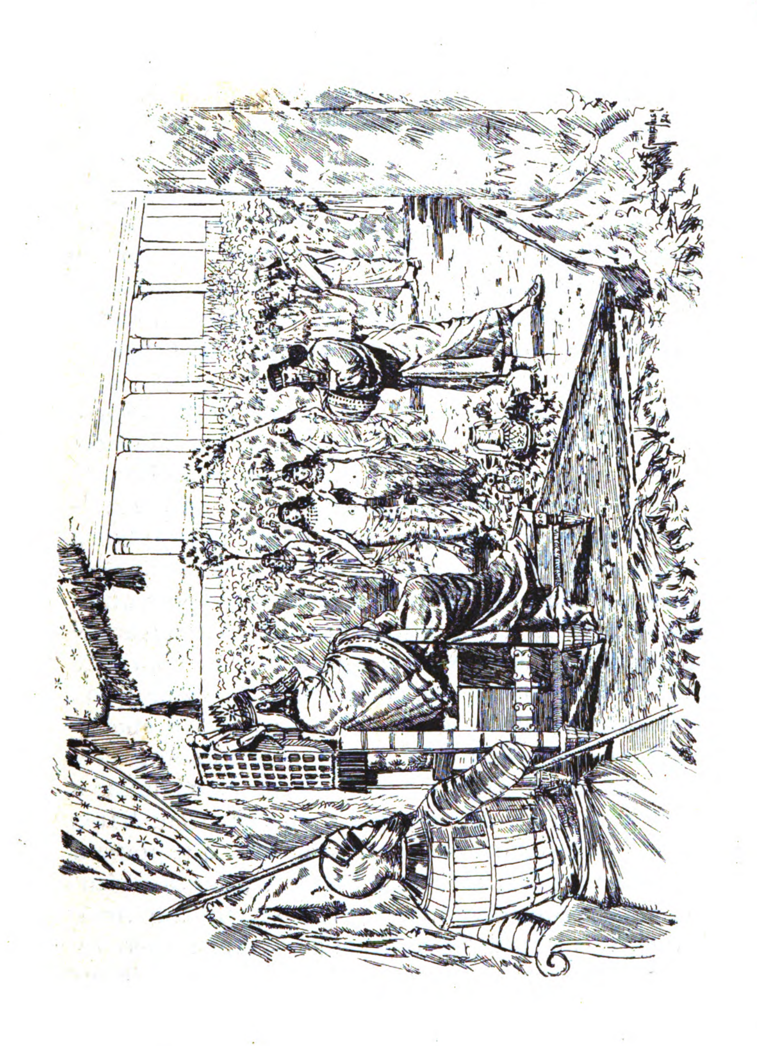
—Hijo mío, quiero que dés tu mano de esposo á esta doncella, hermana de mi consorte, y bella sobre todo elogio, conforme la ves.

Gustosamente accedió el mancebo, y nuevamente congraciado el rey con la otra joven, celebróse todo con una brillante fiesta, á la cual siguieron otros regocijos de mayor fausto y triunfo, con que quiso el rey que se festejaran las bodas de su hijo, y ordenó que estos festejos durasen ocho días.

Recibió Ariobarzanes la grata nueva, mas sin darse con ella por vencido, antes bien dábase á entender que su proyecto le salía á maravilla; y para cumplirlo parte por parte, decidió enviar el niño nacido poco antes, cuyo parecido con el rey era, como se ha dicho, maravilloso. Hizo, pues, construir una riquísima cuna de marfil, toda incrustada de oro fino y cubierta de preciosísimas piedras, y en ella colocó al tierno infante, cubierto con finísimos paños de seda y brocado de oro, mandándolo después á la corte acompañado de la nodriza y un pomposo séquito, de suerte que llegó á la ciudad en ocasión de estarse celebrando los magníficos festejos de las bodas del príncipe.

Hallábase el rey en una lujosa cámara, rodeado de sus nobles, y entrando en ella el que traía el encargo de presentarle el infante, hizo colocar la cuna delante del rey, y se postró en seguida á los piés de éste. El monarca y todos los suyos maravillados aguardaban á saber lo que el mensajero quería, y éste levantando la cuna en sus manos, dirigió al rey la palabra y dijo así:

—Invicto señor, vengo enviado por Ariobarzanes, mi señor y vasallo vuestro, y en su nombre beso humildemente vuestra real mano; y cumplida ya esta obligada reverencia, os ofrezco este dón. Ariobarzanes



os eleva, señor, mil expresiones de su agradecimiento por tanta largueza y generosidad como os plugo usar con él, honrándole con un doble vínculo de parentesco. Razón por la cual, no queriendo mostrarse ingrato á tal beneficio, este presente por mi conducto os envía.

Y aquí el mensajero descubrió la cuna.

Descubierta la cuna, apareció el bellísimo infante, mostrandose á los ojos como la cosa más linda del mundo, y tal semejanza descubría entre sus facciones y las del rey, como media luna se parece á la otra media. Entonces todos los presentes, sin más pensarlo, dijeron á una voz:

—En verdad, sacro rey, que este niño es vuestro.

El rey no se saciaba de mirarlo, y tal era el placer que con esto sentía, que no acertaba á movèr los labios. El infante revolviéndose en graciosos movimientos y agitando las manitas, á cada punto volvía á su padre el rostro sonriente. Por fin, al cabo de contemplar un buen espacio al encantador retoño, quiso el rey saber del mensajero la explicación de aquel paso, en lo que le sirvió aquél haciéndole fiel relato de todo. Oyólo el rey é hizo llamar á la reina y con ella se cercioró de la verdad, después de lo cual se mostró inundado de profundo gozo, àceptando el presente con alma y vida, y sintiéndose casi inclinado á declararse vencido. Sin embargo, parecióle que había avanzado ya mucho en la contienda, para que pudiera retroceder un paso sin que le fuera vergüenza y vituperio, y esto considerando resolvió seguir con Ariobarzanes una conducta generosa y magnánima, de suerte que ó bien acabara por vencerle ó bien tuviera un motivo aparente para declararle una mortal enemistad. Tenía el rey una hija de veinte á veintiún años, muy bella y gentil, como criada y educada en palacio real, y no había cuidado aún de darle marido,

porque la guardaba para contraer alguna importante alianza con algún rey ó elevadísimo príncipe; y era la dote de esa hija, todo el valor de mil pesos de oro de ley y además la renta de varios castillos, sin contar las preciosas ropas y joyas infinitas que su madre al morir le había dejado. Constante el rey en su idea de superar á Ariobarzanes, hizo propósito de ensalzarle á la condición de yerno suyo, casándole con esa hija. Cierto que inclinándose á este pensamiento, le parecía dirigirse á mucha humillación; que es en verdad asunto de no poco peso, para una mujer de alto linaje, el tomar por marido á un hombre de sangre inferior á la suya, bien al contrario de lo que sucede en el hombre, el cual puede ser de nobilísima estirpe y elegir mujer de condición más baja, sin que se le considere por esto rebajado. Que como sea el varón de ilustre y nobilísimo nacimiento, él ennoblece y ensalza hasta su misma grandeza á la mujer que escoge, aunque vaya á buscarla entre la hez de la plebe, y los hijos que de su unión procedan, todos serán nobles ni más ni menos que su padre. Al paso que una mujer, por muy elevada que esté, no podrá casarse con marido villano, sin que los hijos que le nazcan se aparten de la condición de la madre y tiendan á mantener la del padre, y se quedarán villanos como éste; tanta es la supremacia y la autoridad del sexo viril. Por esto han dicho muchos sabios, que el hombre se asemeja al sol y la mujer á la luna. Vemos, en efecto, que la luna no brilla por su luz propia, ni podría por sí misma prestar á las tinieblas nocturnas esplendor ó claridad ninguna, si no fuese iluminada por el sol, que con su lumbre poderosa se la presta á las estrellas y la luna. No de otro modo la mujer depende del hombre y recibe de él toda su dignidad.

Decía, pues, que al rey parecía paso un tanto arriscado el de dar la hija suya á Ariobarzanes, pues temía

provocar contra sí represión y vergüenza; mas todo recelo ó temor de vituperio quedó vencido ante la emulación que sentía de llegar al contraste de generosidades, en el cual esperaba aparecer victorioso. En consecuencia mandó á Ariobarzanes que se presentase en la corte. El antiguo senescal se puso en camino no bien recibió la orden, llegó á la ciudad y fué á apearse en un palacio que allí poseía; en seguida dirigióse á hacer su rendimiento al monarca, del cual recibió lisonjera y cordial acogida. Y no se tardó mucho rato después de esto, cuando el rey le dijo:

—Ariobarzanes, puesto que te has conservado sin tomar otra mujer, Nos queremos ahora darte una, á nuestro placer y voluntad; pero tal hemos de dártela, que te sientas forzosamente el alma orgullosa y regocijada.

Respondió Ariobarzanes que allí le tenía dispuesto á acatar cuanto le mandase; y habiendo llamado el rey á su hija y comparecido ésta pomposamente ataviada, presentóla aquél á su vasallo y quiso que allí, en presencia de toda la corte, la recibiese por esposa. Así se cumplió con todas las oportunas ceremonias; mas Ariobarzanes obediente se reducía, sin manifestar señal alguna de contento, y sin dirigir á su esposa sino muy templadas y poco amorosas caricias. Todos los barones y caballeros que el palacio frecuentaban, quedaron asombrados así de la munificencia del rey, al tomar primeramente por suegro y después por yerno á un vasallo suyo, como de la grosería que observaban en Ariobarzanes, de quien murmuraban y maldecían sin fin.

Ariobarzanes estuvo todo aquel día distraído y absorto, y en tanto que la corte entera se regocijaba bailando y el mismo rey se engolfaba en el gozo de festejar las bodas de su hija, solamente aquél se mostraba ensimismado y ageno á cuanto le sucedía.

Por la noche, después de una espléndida cena, el rey hizo con solemne pompa acompañar á su hija al palacio de Ariobarzanes, enviando con ella la dote que era riquísima. Hízola aquél muy honroso acogimiento y en el mismo instante, á la presencia de todos los barones y dignatarios que la acompañaban, la constituyó otra dote de entidad igual á la que el rey le acababa de mandar, y devolvió á aquél los mil pesos de oro que eran el valor de esta última. Este rasgo de liberalidad puso al monarca en tal extremo de maravilla y al propio tiempo en tal exceso de irritación, que no supo decidir si tenía que ceder ante la generosidad de su rival ó si debía desterrarlo perpetuamente. Parecíale ya que el ánimo espléndido de Ariobarzanes era resueltamente invencible, y no podía tolerar con paciencia aquella facilidad que en un vasallo existía para igualarse con su señor. Cedió, por consiguiente, a la indignación y comenzó á meditar cuál fuese el proceder que en aquel lance le competía, mostrando á todo esto, tan mal talante y perverso humor, que ni cuidaba de reservarlo, ni podían los que le rodeaban dejar de advertirlo por muy ciertas señales.

Esta manifestación tan clara del enojo real vino á ser causa de que sus consejeros tomasen cartas en el asunto; que por aquel tiempo eran los reyes en Persia honrados y reverenciados al par de sus dioses, y siempre que el rey se salía de su habitual placidez y caía en algún acceso de mal humor, le obligaba la ley á revelar el motivo del disgusto á sus consejeros, y éstos examinaban el caso con madura atención, y como hallaran ser injusta la ira del rey, se aplicaban á reponerle y tranquilizarle; mas como hallaran que había tenido causa legítima y bastante para ofenderse y montar en cólera, castigaban al causante de la injuria, con mayor ó menor pena, según la calidad de la falta, unas veces con destierro, otras con pena capital,

siendo el fallo que dictaban, llevado á inmediato cumplimiento sin apelación, á no ser que mediase la gracia del rey, quien podía en todo ó en parte atemperar el rigor de la sentencia y absolver al reo; de donde claramente se desprendía que el fallo de los consejeros era extricta justicia y la absolución del rey pura merced y misericordia.

Observado, pues, el mal talante del rey, fué compelido á ley de su estado, á manifestar en consejo cuál fuese la ocasión de su enojo, lo cual hizo él con toda puntualidad. Oyéronle los consejeros, y queriendo en seguida conocer las explicaciones que Ariobarzanes diera de tal ó cual acto de los suyos, mandáronle comparecer. Y juntados ya todos los informes, pusiéronse los consejeros á deliberar, esforzándose cada cual en descubrir la verdad y claro sentido del hecho, lo cual les entretuvo en un largo debate; á cuyo término fallaron que Ariobarzanes debía perder la cabeza por haber osado á ponerse en parangón con el rey, y aun querido aventajarle, y además por no haber mostrado satisfacción alguna al recibir una princesa por esposa, ni ofrecido al rey testimonio de su gratitud según debía. Esto era ley en Persia; pues estaba mandado y era con todos tenido, que en cualquier caso ó empresa que fuese, que el servidor tratase de aventajar ó sobreponerse á su soberano, por más que fuera valiéndose de obras laudables y dignas, hubiera de pagarlo con la vida, en atención á que siempre en su proceder se encerraba desprecio hacia la majestad real, lo cual era gravemente ofenderla. Así lo dictaron, pues, los miembros del consejo, y para mejor fundar esta su sentencia, cuidaron de establecer que en otras análogas ocasiones había sido aplicada dicha ley y seguida por los reyes persas, como constaba registrado en los anales.

Y alegaban también un histórico sucedido, que era

éste. Cierto rey de Persia salió un día acompañado de sus nobles, á espaciarse por el campo, y como llevara consigo sus halcones, comenzó á soltarlos dirigiéndolos contra varias aves que por aquel espacio volaban. Dentro de poco se divisó un airón, y quiso el rey que uno de sus halcones,—que era estimado por el mejor de cuantos se conocían, á causa de su grande aliento, que subía hasta las estrellas,—fuese soltado en seguimiento del airón. Hízose de este modo, y hete al airón remontándose y el halcón lanzándose gallardamente tras de él. Mas hé aquí que en el punto que el halcón estaba pronto, después de mil giros y revueltas, á apoderarse del airón, compareció un águila en el horizonte. Así que la distingue el bravo animal cazador, júzgase indigno de seguir combatiendo á la tímida garza, suelta rápidamente su vuelo hacia donde el águila eleva el suyo y comienza á perseguirla con poderoso ahínco. Defiéndese el águila con no menor aliento, pero el halcón no cede de su esfuerzo, quiere aterrarla, clávala por fin el noble animal sus garras en el cuello, híncale el pico en la cabeza y cae el ave vencida y muerta, dando en tierra en medio del corro que formaban los cortesanos con el rey. No quedó entre los primeros uno solo que no se deshiciera en alabanzas del halcón, reputándole el más diestro y valeroso cazador del mundo, y cada cual se expresó en este sentido con las palabras que más propias estimó, de suerte que se produjo un coro de alabanzas que no cesó en un buen espacio. El rey callaba; ni una sola voz unió á las de admiración y lisonja que en torno suyo se repetían, antes parecía reflexionar muy metido en sí, y absorto de esta manera ni elogiaba al halcón ni lo desalababa. Era ya tarde del día, cuando el halcón dió la muerte al águila, motivo por el cual mandó el rey que volvieran todos á la ciudad.

El día siguiente fué á palacio un joyero llamado por

el rey, recibiendo de éste el encargo de hacer una corona de oro de un tamaño apropiado á la cabeza del halcón, y cuando estimó el rey que era ocasión oportuna, dispuso que en medio de la plaza de la ciudad se montase un catafalco cubierto de paños, tapices y otros ornamentos, como es costumbre exornar un palco real. Á ese tablado hizo conducir el halcón, llamando el concurso de gentes á trompa tañida; allí, por mandamiento del rey, un barón principal colocó la corona en la cabeza del ave, en premio de su soberbio combate con el águila. Mas no bien se concluía esta ceremonia, cuando por otro lado aparecía el verdugo, el cual llegándose al coronado halcón, le quitó la corona y en seguida con la segur le degolló. Asombrados quedaban de tan contrarios efectos todos cuantos al espectáculo concurrían, y se promovieron en la plaza animados coloquios en comento de tal sucedido. El rey, que todo lo presenciaba desde una ventana del palacio, asomóse é impuso silencio, y de modo que pudiera de todos los asistentes ser oído, así como sigue se expresó:

—Nadie se entregue á murmurar de lo que acaba de hacerse con el halcón, puesto todo se ajusta á perfecto derecho y equidad. Abrigo yo en mi ánimo, firme convencimiento de que es misión forzosa de todo príncipe magnánimo conocer la virtud y el vicio, á fin de que pueda premiar las obras virtuosas y laudables y castigar las culpadas; de otro modo, no le corresponde el título de rey ó príncipe, sino el de pérfido tirano. He aquí porqué, reconociendo yo en el degollado halcón, gran generosidad y aliento de ánimo, acompañados de una fiera bizarría, con la corona de oro he querido honrarle y galardonar su hazaña, que hazaña fué la de haber muerto tan valientemente al águila, y digna de recompensa por lo animosa y arrojada. Empero venía después el considerar, que el halcón obró con audacia,

y aun mejor con temeridad, persiguiendo y matando á un águila, que reina es de las aves y reina por lo tanto era del atrevido halcón, lo cual me ponía en el trance de imponerle justa pena correspondiente á la maldad de tal fechoría; que nunca al súbdito es lícito ensangrentar sus manos con sangre de su señor. Habiendo, pues, el halcón asesinado á la que era reina suya y de todas las otras aves, ¿quién habrá que en buena razón pueda reprocharme por haberle mandado cortar la cabeza? En mi conciencia digo que no lo espero.

He aquí el juicio que alegaron los jueces de Ariobarzanes, para fundar la sentencia en la cual condenaban á éste á ser decapitado. Y ciñéndose en un todo á ese hecho de su tradición, ordenaron que primeramente fuese el noble caballero coronado con corona de oro, en atención á su magnanimidad y largueza de sentimientos, para que no apareciera despreciado el distinguido ánimo que le inspiraba; mas que en seguida, por haber puesto su emulación, su estudio, su industriosa asiduosidad y su esfuerzo en el propósito de competir con su rey, y alcanzar título de generoso al par de aquel, ó aun superior, aspirando á vencerle en todo caso y manteniéndose con él en pugna, habiendo además murmurado de los reales mandatos, que por todo esto fuese á Ariobarzanes cortada la cabeza.

Al ser la severa condena notificada al caballero, oyóla con serenidad soportando este fiero revés de la suerte, con la misma fortaleza que había soportado los demás, y de tal manera procuraba divertir su espíritu y tenerle á raya, que ni por un momento se le advirtió signo de dolor ni de melancolía. Antes bien se le oyó expresarse como sigue, en presencia de muchos testigos:

—Esto sólo me faltaba; que á mi rey y señor hiciera liberal sacrificio de mi sangre y mi vida, lo cual efectuaré con gozo tan cumplido y de tan abierta manera,

que conozca el mundo entero cuán resuelto estoy á morir antes que falte yo un punto á mi proverbial generosidad.

Hizo en seguida que fuera á su prisión un notario y otorgó testamento, conforme á las leyes de Persia, que así se lo permitían. Aumentó primeramente la dote de su esposa y las de sus dos hijas, y después de algunas mandas que estimó conveniente dejar á varios de sus parientes y amigos, dispuso á favor del rey, de una gran cantidad de joyas preciosísimas; y á Ciro, hijo del rey y además yerno suyo, legó otra buena suma de dinero y todas sus armas ofensivas y defensivas, juntamente con todos sus instrumentos de guerra y sus caballos. En último lugar ordenó, que considerando que su esposa podía quedar en cinta, si paría un varón éste le sucediese en todos sus bienes como heredero universal, y en el caso de ser hija, que se le diese una dote igual á la de las otras dos hijas y que entre las tres se repartiese por partes iguales el resto de la herencia. Proveyó además al galardón de todos sus servidores, haciéndoles mandas acomodadas al grado de cada uno.

Publicóse este testamento, según la usanza de Persia, el día anterior al de la ejecución de la sentencia, y al conocerlo se declaró la opinión de todo el mundo, adjudicando á Ariobarzanes el dictado de hombre el más liberal y magnánimo que jamás hubiera existido en aquella tierra y aun en las circunvecinas; y á excepción de unos cuantos envidiosos que siempre habían estado cerca del rey tramando la ruina del noble caballero, todos los demás se mostraban adoloridos de que éste hubiese de morir en la forma que determinado estaba; sobre todo su esposa y sus hijas, que poseídas de acerbo dolor, no sabían sino llorar día y noche.

El octavo día después del fallo, cumplido el plazo que se otorgaba á los condenados para disponer de sus

cosas, levantóse por mandato del rey un catafalco en medio de la plaza, todo cubierto de negros paños, y en frente de éste otro tablado con paños de púrpura y sedas donde el rey, si quería, se sentaba en medio de los jueces y después de leído el proceso mandaba por su voz que se llevase adelante lo fallado, ó si asi le placía, indultaba y dejaba libre al reo. Si no quería el rey asistir al acto del juicio, presidíalo el más viejo de los jueces, después de consultada la voluntad é intento reales.

Artajerjes, á quien de todas veras dolía que un tan magnánimo caballero, tan fiel á su persona y por añadidura unido con él por doble vínculo de suegro y yerno, tuviese tan horrible fin, quiso aquel día presenciar el acto, así para observar el continente de Ariobarzanes, como para ver si hallaba modo de conseguir su salvación.

Ariobarzanes fué conducido al cadalso por los guardias de la justicia, é iba lujosamente vestido. Primeramente ciñeron á su cabeza la corona de oro, y después que esta ceremonia se cumplió, quitáronle la corona y le despojaron de sus vestidos, poniéndole los que él acostumbraba usar. Allí estaba el verdugo en pié, aguardando la señal de desempeñar su terrible oficio, y ya tenía la tajante espada suspendida en alto, sin que el rey, cuya mirada no se apartaba del rostro de Ariobarzanes, pudiese descubrir en éste ni la más ligera mudanza en su natural color, lo mismo que si se tratase de cosa á semejante hombre extraña. Y sin embargo, podía con razón creer que el verdugo iba en aquel instante á cortarle la cabeza.

Viendo el rey la fiera firmeza y ánimo invencible de su vasallo, dirigióle la voz y en tono claro, que de todos pudo ser oído, le habló de esta suerte:

—Ariobarzanes, según puedes tú saber, no soy yo quien te condena á muerte, sino tus actos mal dirigi-

dos y las leyes de este reino, cuyo rigor te ha traído á este solemne trance. Mas tú sabes también, que nuestras venerandas leyes me otorgan la prerogativa de absolver á todo condenado, según sea mi voluntad, ya remitiéndole parte de la pena, ya indultándole del todo con regreso á su prístino favor; ahora, pues, si tú te declaras por mí vencido y dices que aceptas de mi mano el dòn de la vida, yo estoy dispuesto á perdonarte, y no morirás y volverás á obtener todos tus empleos y dignidades.

Escuchó Ariobarzanes estas palabras, puesto de hinojos y con la cabeza vencida, esperando ya el golpe mortal que se la segase; levantóla entonces y la volvió hacia el rey. Meditó que á aquel duro paso en que se veía, no tanto le condujera la malignidad del rey, como la envidia de los cortesanos y las lenguas emponzoñadas de sus enemigos, y resolvióse en consecuencia á valerse de la piedad y gracia que su señor le ofrecía, conservando la existencia y frustrando á sus contrarios el gozo que se prometían de verle morir de tan triste muerte. Habló, pues, al rey con reverente tono y sonora voz, y le dijo así:

—Invicto señor, por mí venerado al par de los dioses inmortales: puesto que tu longanimidad quiere que yo viva, de tu mano acepto rendidamente la existencia; y no la aceptara si creyera que había de seguir viviendo en tu desgracia. Yo me declaro vencido en todo. Viviré para consagrar la vida que me das á tu constante servicio, y como la recibo prestada de tu bondad y soy en deberla al beneficio de tu sacra corona, yo la tendré siempre sumisa á tu mandato, dispuesto á restituírtela. Esto haré yo de bonísimo grado, tal como tu merced ahora acepto. Y puesto que tanta generosidad usas conmigo, quiero pedirte una en este instante, y es que, si no te desplace, me permitas publicar aquí en alta voz lo que á propósito de este suceso me ocurre.

Hízole el rey señal de que se pusiese en pié y dijese lo que á bien tuviera. Y levantóse Ariobarzanes, y después de imponer silencio á la muchedumbre, comenzó á hablar del modo que sigue:

— Dos cosas existen, sacratísimo príncipe, con toda exactitud comparables á las movibles olas del mar y á la instabilidad de los vientos; y es numerosa la multitud de los necios que á pesar de esto las solicitan. Y entiéndase que no digo siempre, sino las más de las veces. Digo, pues, que esas dos cosas, tanto por todos apetecidas, son el favor de los grandes y el amor de las mujeres, pues aquellos y estas suelen pagar con engaño al que con lealtad les sirve, de suerte que al cabo más bien que premio reporta penitencia. Y empezando por lo que á las mujeres respecta—las cuales, como generalmente se dice, siempre se suelen inclinar á lo peor—mil veces verás á un doncel apuesto, noble, rico, virtuoso y de todas las prendas adornado, el cual elige para hacerla señora amada de su corazón, á una joven doncella y á ella se confía, la sirve y la honra con el mismo fervor que á los dioses inmortales venera, y no acierta á tener otra voluntad que la que ella le imponga; y con todo, pese á tanto amor y á tan abnegada servidumbre, infinitos ejemplos se nos muestran de no poder el mancebo conquistar el premio de su amada, la cual por el contrario, ama á otro desprovisto de todo mérito y á ese se entrega; ni ha de tardar mucho en saciarse de éste y volverse al primero, y de él recibirá favor y adoración que la eleven á las estrellas; pero mudable siempre y desdeñosa, ella misma ha de ser en breve ocasión de la pérdida del infeliz. Pídase de este proceder explicación á la doncella, y no ha de contestaros otro argumento plausible, sino que así le agrada, de donde procede que rara vez á un verdadero amante le sea dado sentar el pié, antes su vida ha de verse continuamente agitada por

el voluble viento femenil. Asimismo observaréis en las cortes de los reyes y príncipes, que un servidor parece llegado al colmo de la privanza y valimiento, y tal le miráis favorecido, que no parece sino que su señor no sabe hacer ni decir cosa alguna sin tenerle á él consigo; y sin embargo, cuando más ponga él esfuerzo é industria para mantener ó acrecentar la gracia del soberano, entonces ha de mudarse el ánimo de éste y convertirse á la preferencia y distinción de otro privado, y aquel que poco antes era el primer hombre de la corte, se encuentra en un momento ser el último. Á otro veréis, solícito, diligente y asiduo servidor, práctico en todos los ejercicios de corte y que más cuidará las cosas é intereses de su señor que su propia vida; y todo serle en vano, pues ni su mérito logra nunca ser bienquisto, ni le está reservada otra suerte que envejecer sirviendo sin esperanza de recompensa. Pues no falta un tercero, sabio cuanto la ciencia puede ser poseída por hombre mortal, que en la corte se muere de hambre, en tanto que otro, ignorante y falto de toda virtud, se ve enriquecido por antojo, que no por justicia de su señor. Y esto acontece, no porque al señor no agraden los hombres sabios y virtuosos, sino porque el genio de éstos no se compadece muchas veces con el suyo, y como se dice vulgarmente, no ligan sus caracteres. ¡Con cuánta frecuencia, señor, no te habrá acontecido, hallarte de pronto con un sujeto á quien jamás conociste, y que sin embargo en el mismo punto de verle te inspira tal repulsión como si estuviese apestado y no puedes sufrirle, de suerte que tanto más ha de enojarte, cuanto procure él servirte y darte gusto! Por lo contrario, vendrá luégo otro con quien no habrás tenido más conocimiento que con el anterior, y desde el primer instante se te hace grato y tanto te satisface y cautiva, que le dieras la vida si te la demandase, y te sientes hacia él inclinado por una fuerza

ignorada que te reduce sin remedio á preferirle y amarle; y esto á tal extremo, que aunque haga cosa contraria á tu gusto y voluntad, se la toleras y todo se lo tomas á bien. ¿Quién acertaría con la explicación de estas variedades? ¿Son por ventura, efecto de un determinado temperamento de la sangre, que con el del otro sujeto se conforma, ó es movimiento sobrenatural del alma, que por secreto influjo se revela? ¿Quién lo sabe? Ciertamente que en estos asuntos y privanzas de corte, de que tratamos, se puede hallar algún fundamento de razón manifiesta, que explique todas las mudanzas y desabrimientos, buscándola en el pungente y venenoso estímulo de la pestífera envidia, que de continuo mantiene el favor de los príncipes en los platillos de la balanza, y en un momento hace subir el que estaba bajo y caer el que en alto se encontraba; que no puede en una corte reinar otra epidemia más nociva ni más funesta que esa dolencia infame de la envidia. Cúranse y apacíguanse fácilmente y con poco duelo, todos los otros vicios; de suerte que no recibes de ellos ofensa. Pero la envidia ¿por qué medio, con qué arte, con qué medicina la extirparás? En verdad que yo no sé cómo, sin daño tuyo, podrás salvarte de sus envenenadas y hondas mordeduras. Dame en tu corte un orgulloso, soberbio, henchido, ambicioso, de ánimo más altivo que la soberbia misma; yo le reverenciaré siempre que le vea, le honraré, le rendiré acatamiento y llenaré sus oídos de lisonjas que suban hasta el séptimo cielo, yo me haré humilde con él, y será mi amigo y pregonaré por do quiera sus altas dotes de gentil cortesano. Dame un lascivo mujeriego, muy dado al sensual placer y que otra cosa no apetezca que este fugitivo deleite; como no le impidas sus amores y no censures su inclinación, antes cuides de celebrarle delante de las mujeres, él será tu amigo. Dame un avaro, ó dame un goloso; si al pri-

mero administras una medicina de dinero y al segundo llevas á menudo á que se harte en tu mesa, ambos te quedan inofensivos y aun podrán servirte de solaz y utilidad. Pero ¡dame un envidioso, señor! ¿qué medicina le darás, que le purgue su pestífero mal? Si sanarle de él pretendes, has de hacerlo á costa de su propia vida; de otro modo, es quimera pensar que un envidioso tenga remedio posible. Porque ¿quién negará, sacratísimo rey, que si alguno de los de tu corte se siente por mí herido de ese pestífero mal — ya porque me vea más favorecido por tu gracia y mis servicios te sean más aceptos que los suyos, ya porque sea más diestro que él en manejar las armas, ó por otra causa que me ponga por encima de su inferioridad—quién negará que para ese no tendré yo nunca medicina conveniente á mano, si no es la de perder tu gracia, y salir desterrado, y verme sumido en el peor extremo de mi ruina? Si estoy colmándole todo el día de preciosos dones, si le honro, si le tributo alabanzas sin fin y le sirvo con incesante asiduidad, nada me agradece, ni por nada en mi favor se convierte. Jamás ha de darse tregua en su villano ejercicio de revolverse contra mí hasta verme hundido en la profunda miseria, único remedio poderoso entre todos los demás ineficaces y perdidos. Porque ese es el venenoso mal que todas las cortes infesta, y todos los actos nobles daña, y á todo espíritu puro ofende y emponzoña; es el tenebroso velo que tan estrechamente suele tapar los ojos de los extraños, que no les deja percibir la verdad, y ofusca el juicio que ya tan difícilmente distingue lo justo de lo injusto, puesto que á todas horas y por solo achaque natural se incurre en mil errores sobre el móvil y los efectos de las acciones humanas. Y para decir de una vez lo que á mi propósito de este momento pertenece, no existe en el mundo otro vicio que más las cortes asuele, que más el vínculo de santa

amistad y compañía disuelva, que más arruine á los señores, como el envenenado vicio de la envidia. Por esto no cabe recto proceder ni acción honrada, en quien presta oídos al envidioso y se deja convencer de sus intrigas. Y llego ya al fin de mi razonamiento, diciendo que el envidioso no tanto se alegra de su propio bien, ni tanto goza de sus ventajas, cuanto se regocija del mal de los otros y se entristece de la agena prosperidad y provecho; que por ver quitar los dos ojos á su compañero, el envidioso se resigna á que le salten uno. Estas palabras, invictísimo príncipe, he querido pronunciar aquí, en presencia tuya y de tus sátrapas y del pueblo entero, para que entiendan todos que el haber yo caído en desgracia contigo y sido alejado del esplendor de tu corona, no fué por malignidad tuya, ni por culpa mía, sino por las venenosas lenguas que en mi daño y en tu corrupción se emplearon.

Grandemente complació al magnánimo rey, el veracísimo discurso de Ariobarzanes, y á pesar de que hubo de sentirse lastimado en su conciencia por las alusiones que aquél le hizo, no pudo tampoco dejar de conocerlas justas y muy provechosas en lo porvenir para cuantos las hubiesen oído; por lo cual dedicó en presencia de todos los circunstantes, grandes elogios á su antiguo senescal.

Habiendo ya Ariobarzanes aceptado el dón de la vida que el rey le ofreciera y hecho declaración de que se confesaba vencido; conociendo por su parte el monarca el valor y la fe de tal vasallo y amándole como verdaderamente le amaba, quiso allí dar por concluído el acto público, y mandó que el amnistiado reo bajase del catafalco negro y subiese al de los jueces, y ya en él le abrazó y le besó en la mejilla, siendo esto prenda de quedar toda injuria olvidada y perdonada. Quiso el rey además, que recobrase todos los oficios y hono-

res que antes le pertenecían, y aun se propuso hacerle más grande que había sido, á cuyo efecto le hizo donación de la ciudad de Pasagarda, donde se encontraba el sepulcro de Ciro, y nombróle lugarteniente de sus estados, con privilegio de ser obedecido como á la propia persona real. De este modo quedó el rey siendo digno suegro de Ariobarzanes y al mismo tiempo su cariñoso yerno, aconsejandose de él en todos sus actos y no realizando jamás cosa de importancia que no la acordase con su parecer. Por lo que respecta al noble Ariobarzanes, una vez reconquistada la gracia de su señor, de tal manera que mejorada la obtenía, y vencidos con la fuerza de su clara virtud los amaños de sus enemigos, melladas y rotas las armas de la envidia, no perdió en su nueva prosperidad un solo punto de su antigua largueza y cortesanía, antes bien ponía olvido de sus grandezas pasadas con las presentes, que eran de naturaleza verdaderamente real, y si antes en tal ó cual caso hubiera hecho una merced, entonces dispensaba dos; todo, empero, ejecutado con tal mesura y templanza, que á nadie dejara de alcanzarse que no por contender y provocar lucha con su rey ejercía el vasallo sus magnificencias, antes bien para honrarle y mostrar más patente la esplendidez de su corte; en tal sentido prodigaba y expendía largamente sus bienes, así los que del rey le venían, como los que le diera su condición y fortuna. De este modo vivió gloriosamente congraciado con su príncipe hasta la hora de su muerte, siendo por aquél estimado como dechado que la naturaleza produjo para espejo limpísimo de cortesía y liberalidad, puesto que antes era posible quitar el calor al fuego y la luz al sol, que quitar á Ariobarzanes su proceder magnífico y generoso. Por lo cual no cesaba aquel rey de honrarle más y más y de multiplicar sin término sus riquezas, á fin de que nunca su munificencia dejase de ir en aumento. Y en

verdad que aunque las dos virtudes de cortesía y liberalidad, en toda persona sienten bien, ya que sin ellas no hay hombre que en realidad lo sea, sin embargo mucho más se avienen á la condición de los ricos, príncipes y grandes señores; que en ellos son como perlas orientales engastadas en finísimo y bruñido oro, y como en gentil y esbelta dama dos ojos bellos y dos manos ebúrneas y delicadas.





NOVELA NONA

Mahomet, emperador de los turcos, asesina cruelmente á su favorita

Mahomet, hijo de Amurat Otomano, rey de los turcos, fué aquel que, para vituperio grandísimo y eterna infamia de todos los príncipes cristianos que en aquella edad existían, debeló á Constantinopla, el año de nuestra gracia mil cuatrocientos cincuenta y cuatro, y ocupó el imperio griego después de mil ciento noventa y un años que Constantino, hijo de Elena, estableció allí su metrópoli, trasladándola de

Roma. Y aquí viene al caso observar que así como el imperio griego se inauguró con un Constantino, hijo de Elena, concluyó con Constantino Paleólogo, hijo de otra Elena; el cual viendo á los turcos entrados en la ciudad y que no le quedaba remedio para recobrarla de su poder, despojóse de los vestidos que sobre la armadura llevaba y que le daban á conocer como emperador, y lanzándose en medio de la refriega se puso á pelear valerosamente como simple y bravo soldado, tendiendo en tierra á muchos enemigos. Y allí luchando sin volver nunca la espalda, cayó en medio de los turcos, cubierto de heridas y muriendo en el terreno del honor.

Obtenida, pues, tan señalada victoria, Mahomet, que era de condición cruel, ordenó que Calibazo, gobernador que le había impuesto su padre, fuese muerto no por otro delito que el de haber evitado muchos excesos y crueldades durante la toma y ruina de la ciudad; por esto fué bárbaramente atormentado y muerto aquel bueno y humano Calibazo.

Recorriendo los vencedores la hermosa ciudad que por suya habían ganado, halláronse con una hermosa joven griega, llamada Istrea, cuya edad no sería más de diez y seis ó diez y siete años, y que fué reputada la más cabal hermosura que jamás se hubiese admirado. Por dar contento á su emperador, quisieron los que en suerte ganaron el dominio de la joven, presentarla á aquél, y así se la presentaron ofreciéndosela en dádiva. Era Mahomet de muy verde edad é inclinado á la lujuria, como por lo general son todos los turcos; y viendo ante sus ojos á una tan preciosa doncella, prendóse de sus gracias con sin igual ardor y mandó que le fuese reservada, haciendo ánimo de regalarse con ella. No me resuelvo á decir que el emperador amase á la griega, puesto que de haberla amado no llegara con ella al vituperable término á que llegó;

gustábale sí, en gran manera, y atento á la idea del placer que se prometía, comenzó á lisonjearla, acabando por recibir de ella cuantos goces puede un hombre recibir de una mujer; y tanto con ella se embelesó y de tal manera le placían sus amores, que ni de día ni de noche se apartaba de sus encantos, pareciéndole que lejos de Istrea no le era posible vivir. Y dilatóse este estado cerca de tres años, durante los cuales cada día se mostraba el emperador más perdido por su favorita, descuidando el gobierno de su estado en manos de sus bajás, que lo dirigían á su antojo y conforme á su mezquino interés. Á muchos desagradaba la viciosa administración de la justicia y el régimen interesado de los bajás, y esto comenzó á despertar un gran descontento entre los hombres de la corte y aun en las honduras de la plebe. Del mismo modo se pusieron á murmurar los genízaros y demás gente de guerra, teniendo á su príncipe por hombre ya afeminado é incapaz de volver á ocuparse en negocios militares. Y el descontento fué acrecentándose, de manera que más bien podía llamársele sedición que no ya murmuración. No había, con todo, quien se atreviese á decir una palabra de todo esto al emperador, pues todos temblaban ante su natural terrible y en extremo sañudo. El emperador, por su parte, vivía tan embriagado con la belleza de su hermosísima griega, que se daba á sí mismo por más feliz habiendo llegado á la posesión de tal mujer, que habiendo conquistado la de su famoso y opulento imperio.

Seguía en aumento la sedición y muchos eran ya los que se arrojaban á decir que á tan afeminado emperador no se le debía obediencia, y que convenía elegir otro más atento á la gloria de sus armas, á la dilatación del imperio y al acrecentamiento de la secta mahometana; en vista de lo cual, Mustafá—que se había educado de niño con Mahomet, y que era joven

de noble ánimo, muy querido del emperador, con facultad de entrar familiarmente en cualquier estancia donde aquél estuviese, aunque fuera con su favorita—aprovechó la ocasión un día que Mahomet se paseaba solo por los jardines de palacio, y acercándose á él con toda la reverencia que en aquellos infieles es habitual, le habló de esta manera:

—Gran señor, si no ha de venirte en desagrado, quisiera que me escuchases todo lo que se me ocurre, tocante al interés de tu persona y al de tu imperio.

—¿Qué es ello?—preguntóle Mahomet, con afable expresión.

—Es, señor,—continuó Mustafá,—que á riesgo de parecerte presuntuoso, he de decirte lo que yo entiendo que fuera delito ocultar; que me he educado junto á ti, desde mis primeros años, y la inexausta bondad que siempre conmigo has usado, haciéndome tu fidelísimo siervo, me presta aliento para hablarte, en la seguridad firme de que, á fuer de prudente, nada de cuanto me oigas, dejarás de tomarlo á buena parte. El género de vida á que te has dado desde la toma de Constantinopla, despierta la murmuración entre todos los de tu pueblo y especialmente crea el descontento entre tus soldados, que no pueden mirar en paz cómo se pierde tu existencia tres años há—séame lícito decirlo en tu bien—detrás de una mujer, cuyos hechizos te roban á la gobernación de tu estado y á la dirección de tus ejércitos. ¿No piensas, señor, que si dejas que tu milicia se acostumbre á la pereza y en el ocio se afemine y embote su proverbial valor, pierdes tú la estabilidad de tu imperio? ¿Dónde es ida aquella tu grandeza de ánimo en que solías inspirarte? ¿Dónde, aquel generoso deseo que desde niño te agitaba, de sujetar toda la Italia y coronarte en Roma? En verdad, que este proceder tuyo de ahora, no ha de abrirte el camino de más amplias conquistas, antes ha de llevar-

te á disminuir y perder las que tienes hechas. ¿Piensas por ventura, que si Otomano I, el que ensalzó la gloria de tu estirpe, hubiese observado la vida que tu observas, serías tú hoy emperador proclamado de la Grecia? ¿No recuerdas haber leído en los anales de tus antepasados, que Otomano partiendo de la Galatzia sojuzgó la Betimia y una gran parte de las provincias que rodean el Mar mayor, y que en diez años que reinó no tuvo un solo momento de reposo? Orcano, su sucesor, émulo de la bravura paterna y heredero de su bélica virtud, redujo con felicidad gloriosa la Frigia y la Caria y extendió los términos de sus dominios hasta el Helesponto. Amorato, que sucedió á Orcano, fué el primero que á Europa encaminó los ejércitos turcos, conquistando la Tracia, hoy dicha Rumanía, y la Servia, y dominó á los búlgaros. ¿Qué te diré de Bayaceto, que con Solimán, su hermano y pretendiente á los derechos de su corona, trabó aquella memorable batalla en la cual este último pereció? ¿Cuál piensas que fuera su ánimo, cuando se lanzó á cerrar el paso del Tamberlán en los confines de la Galaria y de Bitinia, y guerreó con él sin considerar lo formidable de su ejército, que constaba de cuatrocientos mil caballos de sus escitas y seiscientos mil infantes? Sucedieron á Bayaceto, Calapino, Orcano y Moisés; mas poca gloria se les previno, á causa de las luchas que mantuvieron entre sí. Pero ¿no vino detrás de ellos Mahomet, hermano de Moisés y abuelo tuyo, conquistador de la Macedonia y triunfante en toda la extensión que cierra el mar Jónico, limitado á su vez por el Adriático, y vencedor en Asia de los Lidas y Cilicas, contra los cuales hizo diversas expediciones, todas dignas de memoria? ¿Y qué términos emplearé para hablarte de Amorato, tu padre, el cual por continuo espacio de cuarenta años que se prolongó su reinado, no soltó el arma de la diestra y tan admirablemente en-

grandeció los términos del imperio turco? Él, después de la muerte de su padre, pasó de Asia á Europa, y á despecho de los griegos, que favorecían las pretensiones de Mustafá, su tío, pretendiente para sí de los estados europeos, penetró en la Rumanía con ayuda de las naves genovesas; y trabó batalla con su tío, venciéndole y matándole después de largo combate, quedando pacífico posesor de todo el reino. ¿Crees tú, acaso, que se contentó con guardar el imperio que su padre le dejara, y que se entregó al ocio y á la molicie? Has de saber que no ha existido otro caudillo de sangre otomana, que más haya fatigado las armas nazarenas, ni que por éstas haya visto más fatigadas las suyas. Primeramente se dirigió contra los griegos, arrebatándoles muchas de sus ciudades, destrozando sus provincias, saqueando sus tierras, asolando sus campos y reduciendo á tributo una gran parte de la Rumanía. Expugnó á Tesalónica, ciudad poderosa en los confines de la Macedonia, que se hallaba entonces bajo el dominio de los venecianos, y pasó más allá de Tomaro y Pindo, al frente de su ejército numerosísimo; y con perpetua victoria debeló á los focenses, sojuzgó la provincia de Ática, la Beocia, la Etalia, la Hacarnania y todos los pueblos del lado acá de la Morea, hasta el Seno de Corintho. Juan Castriote, al cual obedecía toda la región epirótica, temeroso de perder sus estados, entregó tres hijos á tu padre y además la población de Croia, con otros muchos rehenes. ¿He de hablarte de la batalla que sostuvo ese tu animoso padre, contra Segismundo emperador y Felipe duque de Borgoña, á quienes defendía la flor y nata de la caballería cristiana? Allí derrotó al emperador é hizo prisionero al duque borgoñón, conduciéndole á Adrianópoli, donde le exigió cuantioso rescate á peso de oro. Y no mucho después envió tu mismo padre un ejército de cien mil caballos á devastar la Hungría,

bajo el mando de Mesibeco, que causó en efecto grandísimos daños en aquellas tierras. Tomó luégo por esposa á la hija de Zorzo Dispota, la cual fué tu madre, y recibió de ella dote riquísima y con las armas reivindicó todas las posesiones de su suegro. Paso por alto otras expediciones de tu padre contra los húngaros, puesto que en ellas participaste personalmente, siendo testigo de aquella diligencia, presteza y vigilancia que en todo demostraba; pues si en el ocio se hubiera él sumido, no serías tú ahora tan poderoso señor como eres. Mas dime: ¿tienes acaso intento, porque ya miras conquistado el imperio griego y ensanchado el límite de tu poder, tienes intento, digo, de permanecer ocioso y entregarte á la paz, y piensas que no sea la primera necesidad de tu poder el cuidar de que no se pierda, ni bambolee? Muchos de tus súbditos que hoy te obedecen y acatan, en tal disposición se encuentran, que si se viniese rodada una guerra, no dudarían en tomar las armas contra ti. Y harto debes discurrir que toda la cristiandad, por ti despojada, no acaricia otro pensamiento que el de agredirte y ofenderte; y ahora te digo, que su Papa no emplea su voz sino en exhortar á sus prelados de acá y de acullá, que junten los ánimos de todos los príncipes cristianos para que se dirijan á causar tu ruina. Y si los cristianos se uniesen, lo que Dios no permita, ¿qué haríamos nosotros? Siguiendo tú en esta afeminada vida que enerva tus fuerzas, que poco á poco destruye tu valor y debilita tu virilidad, y si tus guerreros desarmados olvidan sus belicosas hazañas, ¿qué sucedería el día en que los cristianos de Europa se aliasen con el Sha de Persia, tu enconado enemigo, y con el Soldán de Egipto, que no te profesa mejor voluntad? Horrorízase el ánimo al pensarlo y á Dios envío mis preces, que no ponga semejante idea en cabeza cristiana; pues de lo contrario, el imperio que hoy disfrutas se desharía sin

remedio, en humo. Ahora, pues, señor, despierta, que harto has dormido; muéstrate varón y no hembra; sigue los vestigios de tus antecesores; y atiende al gobierno de tu imperio, y haz que tus soldados vivan con el arma en la mano. Y si esa griega tanto te agrada que no puedas de ella separarte, ¿quién te veda llevarla contigo en las expediciones que emprendas? Pues ¿no puedes dedicarte juntamente al goce de sus bellezas y á la gloria de tus milicias? Antes quiero que observes cuanto más gratos han de serte, haciéndolo así, los placeres; que será gran consuelo para ti, el descansar en brazos de ella después de haber batido á un ejército ó asaltado una ciudad, y no que ahora ha de acabar el hastío por sorprenderte á su lado, de donde no te apartas. Prueba de separarte de ella por unos cuantos días, y hallarás ser cierto lo que diciéndote estoy, pues conocerás la diferencia que existe entre el deleite continuado y el que alternativamente se gusta. Fáltame, señor, decirte, que todas las victorias de tus antepasados y la conquista de este imperio griego que tú has concluído, han de ser nulas, como no trates de mantenerlas y acrecentarlas; que no es tan gran mérito el ganar las glorias de la tierra, como el saber conservarlas después. Véncete á ti mismo, señor, y vencerás á todo el resto del mundo. Y ahora te suplico, que si ha salido de mis labios cosa que te haya agraviado, que uses conmigo de tu natural clemencia y me lo perdones, considerando que á ello me indujo la fidelidad que te debo y el celo que por tu honra y tu salvación me anima. Palabra te doy y puedo santamente jurar, que no he vertido razón ninguna que no haya encaminado á servirte y alentarte. Á ti queda ahora el hacer de mi discurso, el empleo que mejor te parezca apropiado á tu bien.

Callóse aquí Mustafá, aguardando el efecto que en su señor se determinase. Después de oirle Mahomet,

mantúvose un buen espacio sin pronunciar palabra; pero bien se descubría en su rostro la variedad de ideas que asaltaban su mente y las fluctuaciones en que su ánimo batallaba, de suerte que Mustafá llegó á temer por la vida. En verdad, sus razonamientos habían herido dolorosamente el espíritu del emperador; y éste, con efecto, se sentía tanto más en lo profundo lastimado, cuanto se le alcanzaba que su siervo le había dicho la verdad y seguido la inspiración de un fidelísimo servidor. Por otro lado, tan preso le tenían los lazos del desordenado placer que hallaba en el amor de la griega, que se le partía el corazón dentro del pecho cada vez que pensaba en dejarla ó separarse de ella por el solo espacio de un día. Últimamente, como no acertase á remediar aquel caso en que se veía ligado, sin daño de la infortunada griega, decidió allá en su ánimo lo que debía hacer y volviéndose con semblante pacífico á Mustafá, le dijo de esta suerte:

—Grande ha sido, Mustafá, tu audacia, hablándome en la forma que acabas de hacerlo; mas válgate el haber sido criado conmigo, y la fidelidad que siempre me has demostrado. Comprendo que me has dicho la verdad y no tardaré en probarte á ti y á todo el mundo, que poseo el valor bastante para vencerme á mí mismo. Vé y ordena de mi parte, que mañana se reunan todos los bajás y principales hombres de mi milicia, en la sala de mi palacio.

Dicho esto, el emperador se encaminó en busca de la griega y con ella se estuvo todo aquel día y la siguiente noche. Y según él mismo declaró más tarde, gozóse con la favorita con el exceso mayor que nunca lo hiciera, y á la mañana inmediata se desayunó en su compañía, y concluído el desayuno la hizo vestirse con sus mejores ropas y cubrióla de joyas preciosas, como nunca las había ella lucido ni soñado. La des-

venturada iba obedeciendo en todo, ignorando que aquello era adornarse para sus funerales.

Mustafá, ignorante también, por su lado, de las intenciones de su señor, había congregado para la hora señalada, á todos los personajes de la corte, los cuales acudían á la sala de palacio con gran maravilla de que el emperador les convocase, al cabo de tanto tiempo que nadie en público le veía. Y aguardando estaban, comentando aquella ocurrencia de mil distintas formas, cuando vieron comparecer al emperador, llevando de la mano á su hermosísima griega, la cual iba tan acabada de adornos, realce de sus naturales gracias, que más bien que mujer parecía una diosa descendida del cielo para admiración y encanto de la tierra.

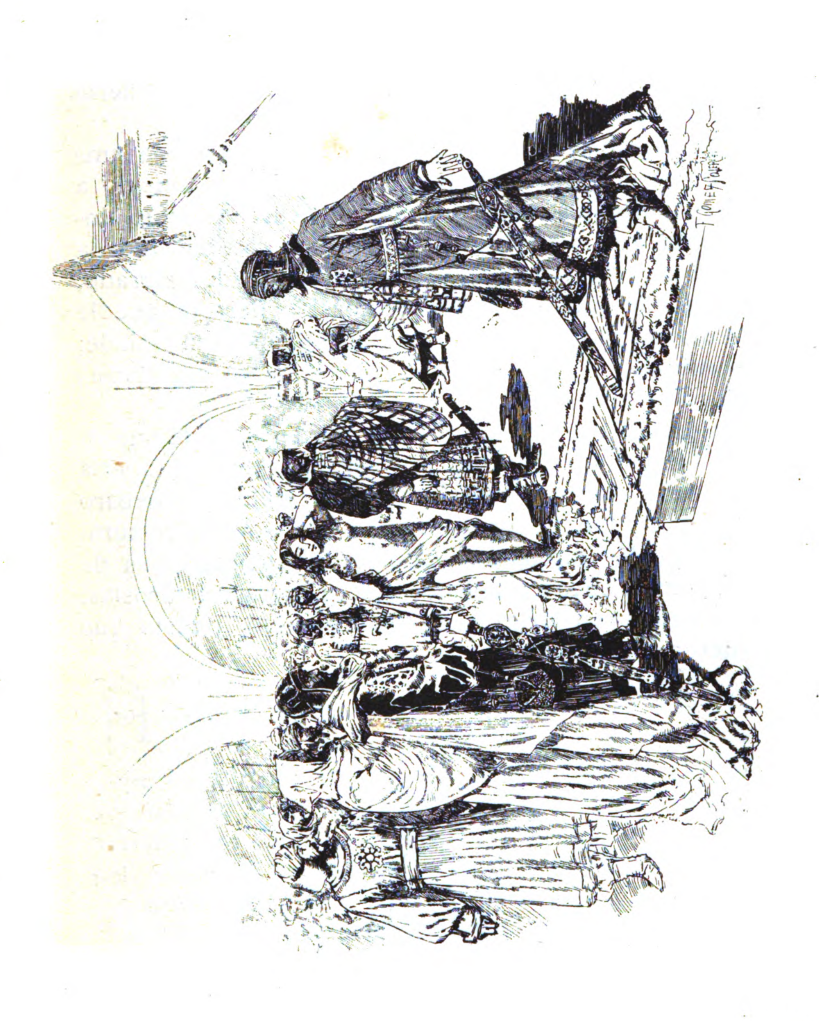
Así que Mahomet penetró en la sala, todos aquellos turcos le adoraron y reverenciaron á su usanza; y deteniéndose el emperador en medio de la pieza, sin dejar de la mano á la bella joven, dirigióse á sus cortesanos y les dijo:

—Murmuráis y maldecís de mí, á lo que yo he entendido, porque en brazos de esta mujer me paso todas las horas del día; y sin embargo, no conozco yo uno de todos vosotros que fuese capaz de abandonarla, si tal dechado de belleza tuviese consigo. ¿Qué opináis de ella? Dígame cada cual libremente su parecer.

Oyendo estas palabras de su señor y contemplando ante su vista una belleza tal, todos los circunstantes se apresuraron á concederle mil razones, puesto que en su joven edad, gozar tal conjunto de maravillas, era derecho bastante para abandonar todo otro cuidado y no pensar sino en la gloria de aquel placer.

Á estas palabras, el bárbaro y cruel les respondió:

—Yo en cambio, voy á demostraros que no existirá jamás causa en el mundo, que me haga descuidar el esplendor de la casa otomana.



No bien hubo dicho estos términos, cogió rápidamente con una mano el cabello de su favorita, y desnudando con la diestra el alfanje que al costado le pendía, atravesóle la garganta y la infortunada cayó muerta en tierra.

En seguida, tal como si acabase de matar una simple golondrina, á los tres años de haber tomado á Constantinopla, mandó poner en marcha ciento cincuenta mil combatientes y con ellos recorrió toda la Bosnia; y allí fué, queriendo apoderarse de Belgrado, en donde sufrió aquella memorable derrota que le causaron los cristianos, conducidos por Juan Uniade, nombrado el Blanco, padre del glorioso rey Matías Corvino.

Con lo dicho habréis podido convenceros de que en Mahomet no había amor ni piedad; pues si quería dejar de gozarse con la griega, no debía el bárbaro asesinarla tan fieramente. Pero tales son las costumbres de los turcos y tales eran las inclinaciones de Mahomet, cuyas crueldades, si quisiera relatároslas, me ocuparían largo y dilatado espacio, puesto que fueron innumerables.





NOVELA DÉCIMA

Otón III, emperador, enamórase de Gualdrada, de quien no es amado, y honradamente la casa

Habéis de saber, que regresando el emperador Otón III, de Roma, donde el sumo pontífice Gregorio V le ciñó con solemnísima pompa la corona imperial, hizo parada en esta ciudad nuestra, cuando aún toda la Toscana dependía del imperio, siendo gobernada por Hugo, marqués brandeburgense, primo del nombrado emperador y hombre de singular justicia, muy estimado de todos sus pueblos.

Acertaba á estar aquí el día de san Juan Bautista, patrón tutelar de Florencia, y oyendo misa en la iglesia de aquel santo, entre el concurso de toda la ciudad que allí asistía, distinguió á una bellísima joven, ya en edad de merecer, hija de maese Bellincione Besti de Ravegnau.

Gozaba esta muchacha renombre de ser la más bella, espiritual y graciosa, no solamente de Florencia, sino de toda Toscana; y era justa fama, que allá donde iba ella, se llevaba tras de sí los ojos de cuantos la miraban.

Al fijarse en ella el emperador, gozóse profundamente en contemplarla y fué por puntos agradándose tanto de sus prendas, que mientras estuvo en la iglesia no la quitó la vista del rostro encantador, ora tal rasgo, ora tal facción examinándole, y pareciéndole todos peregrinos, de suerte que poco á poco y sin percatárselo, fué prendándose de la doncella con mucho mayor fuego del que á la grandeza de su majestad convenía. Y cuanto más la iba mirando, más bella le parecía; y no ponía en su cuerpo una nueva mirada, que no echara de ver algún nuevo encanto que aún no había advertido.

Concluyeron los divinos oficios, con gran despecho del emperador, que hubiera querido dilatarlos por todo el día, y la doncella salió con sus compañeras, yéndose por su lado el emperador al palacio donde tenía su residencia. Llegado á él sentóse á la mesa, que ya la halló dispuesta, aunque nada ó poco comió, pues tenía la mente embargada por el recuerdo de la seductora doncella, de suerte que no le daba espacio para atender á otra cosa alguna. Sintiéndose, pues, de tal manera inflamado y conociendo que querer, no ya extinguir, pero ni aun amenguar aquel fuego, era empresa imposible, hubo de ennegrecérsele el humor y andaba sombrío sin saber por qué partido resolverse. Comisionó, por fin, á un su camarero, hombre fiel, para que averiguase quién era la joven y de quién fuese hija, dándole al efecto las señas del vestido y el lugar de la iglesia donde estuvo colocada. Partió el diligente camarero, y supo darse tan buena traza, que á poco volvió á presencia del emperador, averiguado ya el nombre del padre de la muchacha, añadiéndole

con respecto á su condición que era un caballero muy hidalgo, pero muy pobre y hombre de pocos alcances. Con estas noticias el emperador comenzó á reflexionar cuál podía ser su conducta, y como no quisiese en modo alguno hacer empleo de la fuerza, determinó buscar el concurso del padre para llegar al logro de su intento. Hízole, en consecuencia, llamar un día á su palacio y quedándose en su cámara á solas con él, mandóle sentarse á su lado, pese á la resistencia que por respeto el hidalgo le oponía.

Y cuando le tuvo sentado, el emperador dando un suspiro, comenzó á expresarse así:

—Pienso, maese Bellincione, que sin duda alguna sabréis cómo todos los hombres naturalmente nacemos inclinados al amor. Sea esto vicio ó virtud, ello es que esa inclinación es una enfermedad que á ninguno perdona y á todos daña; que no hay corazón, por varonil que sea, del cual más tarde ó más temprano no se apodere el estímulo incontrastable del amor. Si repasáis la historia divina, ella os hablará de Sansón el fuerte, de David el santo, de Salomón el más sabio de todos los hombres, en quienes el amor ejerció enérgico y poderoso dominio. Si leéis las historias griega, romana y de todos los países, ¿á cuantos no hallaréis que sin medida y sin término amaron? César, el primero que dividió el imperio romano, ante el cual se rindiera el mundo entero, fué esclavo de Cleopatra, la cual faltó poco para que enloqueciera también á Marco Antonio. ¿Y qué hizo Massinissa? ¿Cómo se condujo Aníbal con Pulia? Otros mil y mil pudiera citaros, egregios varones, duques, reyes y emperadores, que á la llama del Amor abrieron su pecho y bajo el amoroso estandarte se alistaron; pero convencido estoy de que todo ello se os alcanza á vos tan claramente como á mí. Por esto pues, y persuadido de que como hombre que sois, habréis amado en vuestra juventud, no me avergon-

zaré de descubriros mis pasiones y de daros á conocer mi más supremo deseo, pidiéndoos para lograrlo vuestra ayuda, de la cual espero algún consuelo. Y advertid que cuando no viese confirmada esa esperanza que en vos tengo puesta, tan turbado me he de ver y tan sin consejo, que no acertaré dirigir mis intenciones ni mis actos. Sabed, pues, para no teneros más rato perplejo, que amo á vuestra hija más que á mí mismo. Me he esforzado cuanto en mí ha sido posible, por desterrar de mi pecho esta pasión, pero todo ha sido en vano; á tal punto reducido me veo, que necesito el amor de vuestra hija ó yo moriré de afán. Bien imaginaréis cuántos recursos tenía á mano para alcanzarla, mas deseo que todo se conduzca secretamente. Esta es la razón porque á vos he acudido, pues vos sois el que, queriendo, mejor puede satisfacerme, pensando que si así lo hacéis, será labrar vuestra felicidad y la de vuestra hija.

Maese Bellincione oyó al emperador y creyó haber descubierto el filón de toda su fortuna, puesto que tan gran príncipe se había enamorado de su hija. Así es que sin pensarlo un momento, respondió al emperador:

—Serenísimo señor, poned tregua á ese cuidado, que la hija mía ha de estar siempre sumisa al mandato vuestro. Yo hablaré con ella, y pienso hacerlo con tal maña, que en breve pueda volver á traeros buenas nuevas.

Con esta lisonjera esperanza alegróse infinitamente el ánimo del emperador, y despidiéndose de él Bellincione, se encaminó á su casa, llamó á su hija, la condujo á su estancia y solo con ella le dijo así:

—Gualdrada (que tal era el nombre de la doncella), te soy portador de prósperas nuevas, pues has de saber que el emperador se ha prendado de tu belleza, según acabo de oirlo de su boca; y como te muestres con él apacible, te hará dama de gran jerarquía. Considera que aunque con nobleza, somos pobres, y que

ahora es cuando Dios nos manda la ventura; sepámosla aprovechar.

No toleró la altiva y honestísima joven que el deshonesto padre le dirigiese una palabra más. Llenóse de justa indignación y dijo:

—¡Qué, padre mío! ¿Queréis, pues, antes hacerme ramera que casada? Pues si teniendo marido y hablándome vos de esa suerte, no querría oiros, ¿qué he de hacer siendo virgen? Máteme Dios antes que llegue á titularse dueño mío, otro hombre que aquel que esposo mío se llame. Id, y no me habléis más de eso.

Hallóse el padre todo confuso, sin valor para insistir con nuevas razones; y mensajero de tan malas nuevas, se volvió á la presencia del emperador, el cual enterado de la sabia y honestísima respuesta de Gualdrada, extremadamente dolorido, se quedó un buen rato frío é inmóvil, que mejor que hombre vivo parecía estatua de mármol.

Pero luégo, reflexionando allá para sí, sobre la magnánima determinación de la doncella y presentándosele digna de todo encomio y respeto, volvióse al padre y así le habló:

—Venciéndome á mí mismo y encadenando mis fieras pasiones, quiero que el mundo me considere digno de las victorias que obtengo sobre los demás. El amor que siento y sentiré siempre por vuestra hija, dará de esto cumplida y verdadera fe.

Llamó en seguida á su fiel camarero, cuyo nombre era Guido, y le dirigió estas palabras:

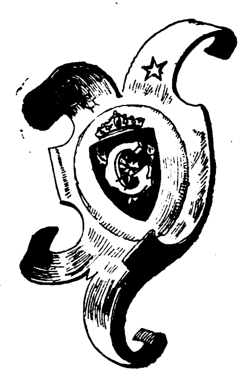
—Guido, queremos darte esposa, y tal te la deparamos como para nuestro propio hijo la elegiríamos. Te casarás con la hija de maese Bellincioni á quien ves presente, y Nos te damos en dote, que por suya adquieras, el Casentino y otros muchos castillos que poseemos en Val de Arno.

Mandó acto seguido que compareciesen los barones

y dignatarios de su corte, en tanto que maese Bellincioni iba en busca de la bella y honesta Gualdrada. Llegada ésta y reunidos todos, manifestó el príncipe en pública declaración el afecto loco que le había inspirado la joven, y la sabia y prudente respuesta que de ella obtuviera, y quitándose un anillo de inestimable precio, se lo dió á Guido para que se lo pusiese á Gualdrada en prenda de esponsales.

Y aquel mismo día fué otorgado el privilegio de la dote que Otón había prometido, otorgando además á Guido el título de caballero de Gualdrada, que siempre más usó. Y el día de la boda, así que la hermosa doncella quedó desposada, el emperador la besó en la frente, y encomendóla á Dios, y no quiso verla nunca más.

De Guido y de Gualdrada se originaron dos ilustres familias, la una de los condes de Guido y la otra de los condes de Puppio, en los cuales residió por largo tiempo el señorío de Val de Arno y del Casentino, que sus primeros ascendientes recibieran del emperador. Más tarde, en tiempo de Filippo Visconti, duque de Milán, fueron desterrados de nuestra república, y algunos de sus miembros se trasladaron á Rumanía, dando allí origen á la estirpe de los condes de Bagno, que actualmente poseen muchos castillos en el condado de Casena.





NOVELA UNDÉCIMA

Admirable burla hecha por una dama á dos caballeros del reino de Hungría

Matías Corvino, según sabrá todo el que se haya enterado de la fama, fué rey de Hungría; y á fuer de gran guerreador y dotado de clara previsión, alcanzó ser el más famoso y más temido de los turcos, de cuantos reyes se sucedieron en el trono de aquella nación. Adornábale, entre otras muchas virtudes así referentes á las armas como á las letras, la de ser el más liberal y bondadoso príncipe de cuantos reinaron en aquella edad. Tuvo por esposa á la reina Beatriz de Aragón, hija del viejo rey Fernando de Nápoles y hermana de la madre de Alfonso, hoy duque de Ferrara; la cual fué señora instruidísima en las letras, así como de ejemplares costumbres, y aventajada por su virtud sobre toda otra mujer de cualquier condición que fuese, alta ó baja. Bondadosa y

liberal, no menos que su consorte el rey Matías, no reconocía cuidado de mayor atención que honrar sin tregua y dar galardón á todo el que por sus merecimientos lo conquistaba; y así era cómo en la corte de estos dos nobles príncipes se acogían y refugiaban hombres de todos los países, dotados de algún mérito en uno ú otro ramo del saber y destreza humanos; y todos se veían allí pagados y distinguidos en proporción á su valor y servicios.

Sucedió, pues, que por aquel tiempo, cierto caballero bohemio, vasallo del rey Matías (que también era éste rey de Bohemia), joven de ilustre cuna, bizarro y muy entendido en el ejercicio de las armas, se enamoró de una bellísima doncella, también de noble linaje y que gozaba concepto de ser la más hermosa mujer de su comarca; y tenía la joven un hermano, el cual, aunque noble, era muy pobre y maltratado por la fortuna. El caballero bohemio tampoco por su parte era sobradamente rico, pues tan sólo poseía un castillo, lo cual le reducía á vivir con bastante estrechez y premura.

Enamorado, pues, el caballero, de la hermosa joven, pidiósela al hermano y la recibió en matrimonio, bien que acompañada de muy corta dote. No tenía hasta entonces nuestro caballero una clara idea de su pobreza; mas la entrada de su mujer en el castillo hubo de abrirle los ojos, y comenzó á advertir cuán en mal orden se hallaba y con qué dificultad podría mantenerse de las mermadas rentas que el castillo le producía. Él era, por lo demás, hombre juicioso y de bien, y no quería gravar con obligaciones y empeños el caudal que había heredado, ni con dispendios extraordinarios reducirlo, contentándose con los mismos censos que á sus abuelos era costumbre pagar, que montaban, por cierto, bien mezquina suma. Dióse con esto á meditar que le era preciso un auxilio ex-

traordinario, y siguiendo el curso de estos pensamientos, vino á parar, después de muchas y encontradas ocurrencias, á la de introducirse en la corte y ponerse al servicio del rey Matías, su señor, conduciéndose allí de manera y dando tal ejemplo de su mérito, que alcanzase posición y medios de mantenerse él y su esposa, conforme al nacimiento y linaje de ambos correspondía.

Sin embargo, era tanto y tan ferviente el amor que por su esposa alimentaba, que le parecía imposible poder vivir separado de ella una hora solamente, cuanto más todo el tiempo de una larga estancia en la corte; ni le parecía bien, por otro lado, llevarla consigo y tenerla en la corte establecida. Estas reflexiones le tuvieron todo aquel día pensativo y melancólico.

La mujer, que era prudente y avisada, no dejó de fijarse en la traza de su marido, y entrando en recelo de que fuera causa de su mal humor algún descontento que de ella tuviese, llegóse á él un día y le dijo:

—Amado esposo mío, de buen grado, si no temiese importunaros, os pediría una gracia.

—Pedid cuanto os agrade—respondió él;—pues como en mi poder esté, yo he de daros gusto en cuanto me pidáis; que no cuido tanto de mi propia vida, como deseo y ardo en afán de complaceros.

Entonces le rogó la mujer con modesta y amable instancia, que tuviese á bien descubrirle el motivo del descontento que en el semblante llevaba escrito; pues le parecía que era su humor más desapacible que solía, lo cual manifestaba con suspiros frecuentes y con huir el trato de las gentes que hasta entonces le había sido tan agradable.

Oyó el caballero la súplica de su esposa, y después de reflexionar algún rato, contestóle en la siguiente forma:

—Amada esposa mía, puesto que saber deseáis la

causa de mi preocupación y cuál sea el asunto que me trae tan melancólico, ahora de buen grado os lo voy á declarar. Todos los pensamientos que me atormentan, se encaminan á un solo fin, y es éste hallar el modo y forma de que podamos vivir vos y yo más dignamente, según corresponde á nuestra clase, pues en verdad, que para lo que somos y valemos, vivimos, esposa mía, en estrechez demasiada, gracias á la prodigalidad de vuestro padre y del mío que consumieron los muchos bienes que nuestros abuelos les habían dejado. Discurro, pues, todo el día sobre este negocio y me pierdo de continuo en mil imaginaciones, sin que hasta ahora se me haya ocurrido otro expediente que uno solo, al cual más que á ningún otro se inclina mi resolución, es á saber, que yo me parta á la corte de nuestro excelso señor, el rey Matías, de quien fuí conocido en la guerra. Yo me prometo que de su munificencia recibiré buen auxilio y que me ganaré su gracia; que siendo, como él es, rey liberalísimo y amante de los hombres de valía, yo he de gobernarme de manera que su favor me acuda para vivir entrambos, vos y yo, con mayor holgura de la que hoy gozamos. Y en esta esperanza me afirmo tanto más, cuanto ya otras veces, militando yo á las órdenes del gobernador de la Transilvania, en guerra con los turcos, víme instado por el conde de Cilia á entrar en el servicio de la casa real. No obstante, por otro lado considero que he de dejaros á vos sola en este castillo, sin mi compañía, y he aquí lo que me desazona, que no puede mi ánimo resolverse á tal ausencia, puesto que sin vos yo no tengo vida, que sois vos mi único objeto amado en el mundo; además de que me asalta grave recelo, al miraros tan joven y bella, que mi honra no sufra algún daño de nuestro apartamiento. Tened por seguro que no bien me hubiera alejado, vendrían presurosos á festejaros los nobles y caballeros de esta comarca, con propósito

empeñado de merecer vuestro amor; y si esto sucediese, bien comprendéis que no podría mostrarme nunca más entre la compañía de hombres de honor, puesto que estaría deshonrado. He aquí el nudo que me tiene sujeto y no me deja acudir al remedio que demandan nuestras premuras, y esas son las causas de mi preocupación y melancolía. Acabáis de oirlas, señora, pues os digo que estas son.

Dicho esto, el caballero se calló. La dama, que era valerosa y de ánimo grande, y que á su marido amaba con todo su corazón, aguardó á que éste le señalara haber concluído su razonamiento, y cuando vió que por terminado lo daba, acercósele con semblante risueño y cariñoso, y contestóle de esta manera:

—Ulrico,—así se llamaba el caballero,—al par del vuestro mi pensamiento se ha parado mil veces á considerar la grandeza de vuestros mayores y de los míos, y opinando que de ella vivimos nosotros muy distantes, y á fe sin culpa por nuestra parte, iba en mis adentros imaginando qué remedio hallaríamos á nuestro alcance, para ponernos más en orden de lo que estamos. Pues aunque soy mujer y vosotros, los hombres, decís que las de nuestro sexo somos débiles y para poco, he de recordaros, señor, que en mí sucede lo contrario, y que soy de corazón resuelto, lleno de ambición quizás con mayor exceso de lo que me convendría, y que aspiro siempre á poder tratarme con la misma dignidad que se trató mi madre, á lo que alcanza mi recuerdo. Con todo, sé moderar mis ambiciones de manera que siempre habéis de verme contenta con lo que á vos os plazca disponer. Pero viniendo al caso, os digo, que discurriendo como vos lo hacéis, sobre nuestro estado, háseme de igual manera ocurrido que siendo vos joven y valiente, no se os ofrecía más propio remedio que dedicaros al servicio del rey; partido que creo ahora doblemente provechoso, des-

pués de haberos oído decir, que ya el rey os ha conocido con motivo de la guerra, pues esto me mueve á creer con seguridad, que siendo nuestro príncipe tan recto estimador de méritos y virtudes, no es posible sino que os honre y dé recompensa conforme á vuestro valimiento. Esto pensaba, y no me resolvía á decíroslo temiendo que os hiciera ofensa. Pero puesto que vos acabáis de abrirme ahora la vía franca para que os lo manifieste, no he querido perder esta coyuntura de que conociérais mi opinión. Obrad, pues, según lo juzguéis más conveniente y á propósito para vuestra utilidad y honor. Yo, por lo que á mí respecta, aunque soy, como antes dije, mujer ambiciosa por naturaleza, y quisiera por ende mostrarme entre las demás honrada según me toca, y con adorno y pompa que á todas eclipsase; bien me hallaré, no obstante, con nuestra fortuna escasa, viviendo lo que de vida tengamos, aquí, en este castillo, compasándome con vos, gozando lo que Dios nos da para bastarnos honestamente, contenta con lo necesario, olvidada de lo superfluo y reducida á gastar con modestia y mesura las rentas que poseemos, puesto que no quiere la fortuna que sean más. Aquí podemos vivir con una servidumbre de dos ó tres criados y otras tantas camareras, sin que nos falte nuestro par de buenas cabalgaduras, y sin susto ni congoja en nuestra existencia retirada y quieta. Si el cielo nos enviase hijos, los educaremos hasta ponerles en aptitud de tomar el arma y les mandaremos después á la corte, que se ganen allí un digno situado entre los demás de su clase; y allá ellos, según su buena ó mala traza, se ganen ó se pierdan la ventura, conquistándose honra y caudal ó quedándose pobres según de nosotros habrán nacido. Tal es mi sentimiento, y bien sabe Dios que en mis dichos no hay mentira ; y vivamos juntos los dos, en fortuna y en desgracia, y no hay miedo que me asuste, ni gozo que más me

agrade. Debo, sin embargo, considerar quién sois vos y lo que á vos mismo os debéis, y sabiendo que sois hombre para quien vale más un adarme de honra que todas las riquezas del orbe juntas, he de deciros que al veros siempre de mal talante, ocurrióme pensar (entre otros pensamientos que se me venían), que todo se originaba de algún acto ó proceder mío que os hubiese desagradado, ó bien de que os doliese tener vuestras armas ociosas y no gozar entre los caballeros, vuestros iguales, un sitio digno de vos. Yo quiero, señor, lo que vos queréis y deseo lo que vos deseáis; que os amo sobre todo lo del mundo, y no quiero más placer mientras me dure la vida, que asentir continuamente á cuanto vos propongáis y tener por muy más placentero hacer vuestro gusto, que cuidar de mi propia vida. Por esto he de veros partir de mi lado, caso que lo determinéis, si con dolor de la ausencia, con dulzura de veros satisfacer un honrado deseo, y con el grato recuerdo que me quedará de vos, yo engañaré mis pensamientos y los alegraré con la promesa de veros regresar más risueño que no hayáis partido. Pero lleguemos ya á la parte que respecta á vuestros temores, los que me habéis manifestado, de que me vea combatida por álguien que se proponga hacer presa en mi honestidad y arrebatar de mi poder el honor que es vuestro y mío; y en este punto, yo os afirmo que mientras mi razón se mantenga entera, abrigo firme resolución de morir, antes que consienta manchar en un ápice mi pudor. Bien veo que de esta seguridad no sé ni puedo daros otra prenda que mi fe; mas entended que si ésta os fuese conocida tal como en mí la siento, firme é inviolable, tan sin recelo os satisfaceríais con ella, que nunca jamás se despertara en vuestra mente ni el ápice de una sospecha. Pero, pues no tengo otra certeza más firme que inspiraros, me remito á las obras que se seguirán, esperando que

la vida que observaré, sea la que al cabo de la jornada os dé testimonio de mi firmeza. Mas con todo, no sea esto óbice á que por todos cuantos medios y caminos os parezcan oportunos, experimentéis mi fidelidad y busquéis vos aseguraros, bien entendido que todos han de serme por todo extremo agradables, como que no otra cosa anhelo y codicio con declarado ardor. Y si os hubiese de satisfacer el ponerme encerrada en una de las torres de este castillo, hasta tanto que vos deis la vuelta, allí con todo mi placer me pasaré la vida como una ermitaña, harto dichosa con haberme mostrado sumisa á vuestra voluntad.

El caballero estuvo atendiendo á la respuesta de su esposa, bañándosele el alma en corriente de delicias. Oyóla, pues, y cuando ella se calló, le dijo:

—Esposa mía muy amada, altísimamente elogio la grandeza de ese ánimo vuestro, y en el alma me place que vuestro dictamen sea tan conforme al mío. Cáusame igualmente inestimable contento, oiros manifestar ese firme propósito en que estáis de conservar el honor nuestro, y así, os exhorto á perseverar en tal firmeza, no olvidándoos ni un momento de que la mujer que ha perdido el honor, perdido tiene todo el caudal de su vida, puesto que ya ni el nombre de mujer merece. No pienso realizar por de pronto lo que os he dicho tener en proyecto, pues intento proceder con calma; pero el día que lo ponga en práctica, sabed desde ahora que os dejaré señora y dueña de todo. Entretanto dejadme que medite el partido que nos convenga y que oiga el consejo de parientes y amigos, después de lo cual acordaremos lo que mejor se estime. Vivamos por ahora, alegremente.

De todos estos pensamientos, planes y cavilaciones, nada en suma desazonaba á nuestro caballero, más que una cosa, y era el recelo que tenía por su mujer, á causa de verla joven, delicada y hermosa; y por esto

ocupaba de continuo su imaginación pesquisando el medio de atender á su seguridad.

Fijo, pues, en este cuidado, acontecióle un día salir de partida con otros varios caballeros, y suscitándose conversación acerca de puntos varios, uno de aquellos nobles hubo de narrar cierto incidente ocurrido á un caballero de la comarca, que había obtenido la gracia y el amor de su dama, por la mediación de un viejo polaco, famoso encantador, que vivía ejerciendo públicamente la medicina en Cuziano, ciudad de Bohemia, donde se hallan en abundancia las venas de plata y otros metales. El caballero, que tenía su castillo á no mucha distancia de Cuziano, hízose venir rodada una ocasión de ir á dicha ciudad, con achaque de ciertos negocios; y fuése en busca del viejo polaco, y habiéndole hallado estuvo hablando largamente con él, instándole en suma á que, bien como á otros tenía prestada ayuda para ganar amores, le diese á él modo de no perder los suyos, con algún influjo que impidiese á su mujer hacerle traición. El polaco, que era hombre de edad avanzadísima y muy diestro, según habéis oído, en cosas de encantamiento, respondió al caballero de esta suerte:

—Hijo mío, ardua cosa me demandas y que yo no sabría jamás hacer; que no hay, de Dios abajo, quien pueda poner seguro en la castidad de una hembra. Ella es por naturaleza frágil é inclinadísima á la lubricidad y en extremo sensible á los ruegos y lisonjas de los amantes; de modo que son muy pocas las que siendo rogadas no se resbalen, muy pocas, digo, á las cuales se debe toda reverencia y honor. Mas soy yo poseedor de un secreto que en gran parte podrá satisfacer tu solicitud; y consiste en que yo, con mis artes y en breves horas, he de hacerte mediante el empleo de cierta composición mía, una figurita de mujer, que guardarás en una cajita y podrás llevar continua-

mente en el bolsillo para mirarla tantas veces cuantas te plazca al día. Si tu esposa no quebranta la fe marital, verás siempre la imágen tan bella y tan bien colorida como yo te la habré fabricado, de modo que ha de parecerte recién salida de las manos del pintor; mas si tu dicha esposa pensase no más en ceder á cualquiera que no seas tú, verás que la figura se descolora; y si cayese su fidelidad tan abajo que llegase á consumar el acto del adulterio, al momento esa imagen se pondrá negra como el carbón y hederá de modo que la peste no se pueda sufrir. Y cada vez que se sienta tentada, la figura se volverá de un color amarillo como el oro.

Complació en gran manera al caballero la explicación de este secreto y dióle crédito como á cosa cierta y verdadera, movido y asegurado por la fama que atribuía al polaco tanto saber y destreza, pues se narraban en Cuziano increíbles prodigios que él había realizado. Ajustaron, pues, el precio, obtuvo el caballero la imagen y se volvió á su castillo muy satisfecho de tal adquisición.

Después de pasar allí unos cuantos días, resolvió últimamente ir á la corte del glorioso rey, y así lo manifestó á su mujer; puso en orden sus negocios y entregando á la dama el gobierno doméstico, preparó cuanto le era menester para el viaje, y aunque con grave sentimiento y dolor, despidióse de su esposa y emprendió el camino.

Estaba por entonces la corte establecida en Alba Real, y allá dirigió sus pasos, siendo recibido con grande agasajo por el rey Matías y por su cónyuge la reina Beatriz. Poco llevaba de permanencia en la corte, cuando ya se había granjeado el afecto y la consideración de todo el mundo. El rey, que ya le conocía, señalóle un buen situado, y comenzó á emplearle en muchos asuntos, en los cuales siempre salió con bien,

á entero gusto de aquel monarca. Enviáronle después á defender cierto punto que los turcos hostilizaban, dirigidos por Mustafá-bajá, y demostró en aquella empresa tan buen acierto, que lanzó á los invasores fuera de la raya que habían salvado, mereciendo renombre de valiente soldado y entendido capitán. Esto le acrecentó el favor y la gracia del rey, de manera que sobre las dádivas de dinero y presentes que á todas horas recibía, alcanzó la propiedad de un castillo con muy buenas rentas. Así es que el caballero se felicitaba mil veces por su determinación de haber ido á la corte y entrado al servicio del rey, y no se cansaba de alabar á Dios que tal inspiración le enviara, pues de ella esperaba continuamente seguir de bien en mejor. Y con tanta más alegría y satisfacción vivía, cuanto que todos los días sacaba repetidas veces de la cajita aquella figura en la cual representada estaba su mujer, y siempre la veía hermosa y nada descolorida, lo mismo que si acabase de salir de las manos del que la pintó.

Habíase por la corte corrido la fama de que Ulrico tenía en Bohemia á su esposa, y que ésta era la más hermosa y gallarda joven de toda la Bohemia y la Hungría; y esta voz así propagada dió ocasión á que en cierto corrillo de caballeros donde se conversaba, uno de ellos, barón húngaro, dijese á nuestro caballero:

—¿Es posible, señor Ulrico, que llevéis ya cerca de año y medio desde que partisteis de vuestra Bohemia, y no hayáis pensado nunca en ir á ver á vuestra esposa, la cual, según la pinta la fama, es bellísima y joven? En verdad, que muy poco de ella debe importaros.

—Mucho me importa—respondió Ulrico—y la amo tanto como á mi propia vida. Y mejor arguyerais, diciendo que mi larga ausencia habla mucho en pró de su virtud y de la fe mía: de su virtud, porque se contenta dejándome servir al rey y satisface todo su cuidado con las nuevas frecuentes que de mí recibe,

como yo de ella, puesto que no nos falta la comodidad de visitarnos á menudo por medio de nuestras cartas; y de la fe mía, porque reconozco la obligación en que me hallo de tener mi persona al servicio de mi señor, de quien llevo recibidos tantos y tan estimables beneficios, y porque el continuo guerrear que conviene sostener en las fronteras contra los enemigos de Cristo, pueden en mi ánimo mucho más que el amor de mi mujer. Y tanto más me ayuda á querer que mi obligación para con el rey prepondere sobre el afecto del marido, cuanto estoy seguro y amparado de todo recelo que á la constancia y fidelidad de mi esposa se refiera; que es ella mujer prudente, además de hermosa, de elevada crianza y honestidad, y me ama por su señor y marido, como á la misma luz que ilumina sus ojos.

—Eso se llama hablar firme y bizarro—contestó el barón húngaro.— Aunque me parece harto afirmar, eso de hallaros tan seguro de la constancia y pudor de vuestra esposa, cuando ella misma no podría decir otro tanto; que puede la mujer hallarse en tal disposición y momento, que no se mueva á súplicas ni á dádivas del mundo entero, y en otra ocasión ha de bastarle una mirada de un galán, ó una simple palabreja, ó una lagrimilla que abrase, ó una súplica ligera, para que se rinda á discreción y entregue todas sus prendas á merced de cualquier amante advenedizo. Pues ¿quién hay, ni quién ha habido, que pudiera alardear de tanta confianza? ¿Quién puede lisonjearse de conocer los secretos del corazón, que son impenetrables? Nadie en verdad, á lo que yo entiendo, excepto Dios que en todas las tinieblas lee. La mujer es por naturaleza versátil y voluble, y la más ambiciosa bestezuela del mundo. ¿Y cuál es, por Dios y sus santos, cuál, la que no guste y apetezca ser lisonjeada, solicitada, perseguida, festejada y querida? Pues ¿no sucede á cada instante,

que aquellas que por más astutas se tienen y creen con fingidos halagos engañar á varios amantes, son al cabo las que sin percatárselo, dan más pronto y más fuertemente en las redes de amor, y de tal suerte en ellas se enredan, que como aturdidos pajarillos, ya no atinan con la forma de libertarse? Así pues, señor Ulrico, hasta tanto que me demostréis ser vuestra esposa hecha de otra materia que de carne y huesos, como el Señor Dios nuestro las hizo á todas, toleradme en paz que yo la crea sujeta á corrupción, como cualquiera hija de Eva, nuestra madre.

—Bástame á mí—replicó el caballero bohemio—tener esa confianza y creerla tan fundada, gozándome conmigo de que así sea y así yo lo entienda. Y cada cual sabe de sus cosas mejor que otro, y al adagio atengámonos que dice: más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena. Quédese, por tanto, cada uno con su creencia, pues yo me hallo bien con la mía y no me enoja la vuestra, considerando que ningún daño me trae; que en negocios de esta especie todo el mundo es libre de pensar y creer lo que le parezca.

Asistían á este coloquio muchos otros magnates y caballeros de la corte, y propagándose el humor de conversar según se acostumbra, sucedió lo de siempre, que se multiplicaron los pareceres, y quien en tal sentido, quien en tal otro, se expusieron mil opiniones sobre la materia controvertida. Como no á todos los hombres dió la naturaleza un mismo temperamento, y los hay que en todo caso pretenden saber más que su contrincante, y se obstinan en sus disputas, y no hay forma de reducirles á la razón, de igual manera allí se produjo tal discutir, y tan empeñado, que acabó por convertirse todo en voces y bullicio, llegando á despertar la atención de la reina, que estaba en sus habitaciones.

La reina, que era mujer á quien disgustaban por

todo extremo las contiendas y cuestiones, mandó que fueran á su presencia los sostenedores de la disputa, y quiso que puntualmente le narrasen el motivo de su apasionamiento; oyólo, pues, todo, y reconoció que, en efecto, cada cual podía en aquel asunto profesar á su gusto las opiniones que quisiera, añadiendo empero, que merecía ser tratado de loco presuntuoso y temerario, aquel que midiese á todas las mujeres por un mismo rasero, así como incurría en crasísimo error el que juzgase á todos los hombres dotados de una misma condición, puesto que claramente se manifestaba á todas horas suceder lo contrario; que lo mismo entre los hombres que entre las mujeres, produce la naturaleza mil opuestas diferencias y variedades, tantas cuantos son los talentos, y así se ve que dos hermanos ó dos hermanas, hijos de un mismo parto, las más de las veces se manifiestan con temperamento contrario y con inclinaciones abiertamente reñidas, de suerte que lo que al uno complazca, al otro causará enojo y fastidio. De todo lo cual concluyó aquella discretísima princesa, que en su opinión firme y segura, el caballero bohemio tenía razón para creer de su esposa lo que creía, puesto que él podía conocerla y estimarla por un largo trato, y que procedía en todo con suma discreción y según tocaba á un hombre prudente y avisado.

Pero harto sabemos que los apetitos humanos son insaciables, y hombres hay osados, ó por mejor decirlo, obstinados y temerarios, que á toda empresa se lanzan y cuyo afán de aventuras jamás se satisface. Así fué, que después de haber hablado la reina con tan buen tino y después que las anteriores contiendas se hubieron acallado, aún quedaron dos nobles de la corte, húngaros de nación y mozos, con los cascos á la jineta, los cuales se adelantaron y dijeron:

—Señora, bien hacéis vos en defender el concepto

de las mujeres, puesto que al sexo pertenecéis; pero nos da el corazón, que si fuéremos allá donde esa mujer de mármol se encuentra, y pudiéramos hablarla, sin duda alguna lograríamos quebrantar aquel corazón diamantino y la someteríamos á nuestra voluntad.

—No sé yo lo que sucedería, ni de lo que vosotros fuérais capaces,—observó el caballero bohemio,—pero sé bien que mi confianza no me engaña.

Mucho se habló después volviéndose á encender el debate; y acalorándose en razones y réplicas de una y de otra parte, llegóse á un punto en que los dos caballeros húngaros, tan pagados de su suficiencia para cualquier empeño, afirmaron de nuevo lo que dicho habían poco antes más de ligero, y añadieron que bajo la fe de juramento empeñaban cuanto poseían en bienes, muebles y raíces, si en el término de cinco meses no reducían á la esposa de Ulrico á obediencia y tributo de amante, con la sola condición de que éste no fuese al castillo, ni mandase apercibimiento que á su mujer pusiese sobre aviso.

La reina y cuantos con ella estaban oyendo, acogieron con fuertes risas esta propuesta de los dos caballeros, y se mofaron de ellos durante un buen rato; en vista de lo cual dijeron ambos á dos:

—Sin duda pensáis, señora, que hablamos en chanza y por baladronada; mas entended que hablamos de todas veras y que en Dios quisiéramos ver aceptada nuestra propuesta, á fin de que se experimentase quién ha defendido aquí mejor opinión.

Iba dilatándose la contienda, de modo que el rey Matías hubo de oirla, y deseoso de conocerla bien, pasó á la cámara de la reina, en donde halló á ésta persuadiendo á los dos barones que se quitasen de la cabeza aquel delirio que pretendían. Viendo llegar al rey, aquellos se le dirigieron suplicándole que interpusiese su instancia con el caballero Ulrico, para que

aceptase el pacto con que le brindaban, y repitieron que de buen grado se someterían á perder toda su riqueza, la cual libremente fuese por el rey entregada al caballero bohemio, cuando no lograsen llevar á efecto la conquista que se prometían; queriendo, empero, que Ulrico contrajese obligación de no vengarse de su mujer y de abandonar la falsa opinión en que estaba, proclamando por lo contrario, que no hay mujer que resista á las súplicas y galanteos de un amante.

El caballero bohemio no veía en el mundo cosa de mayor certeza, que la fidelidad y pudor honestísimo de su mujer, y tenía puesta su fe, como en el Evangelio, en el parangón de la imagen, la cual en todo el tiempo no se le había vuelto pálida, ni negra, sino amarilla alguna que otra vez, en señal de que alguno requería de amores á su mujer, mas para volver en seguida á su primitivo color. Valido estaba, por lo tanto, de su confianza, y así, oyendo la proposición ó reto formal de los dos húngaros, no vaciló en responderles como sigue:

—Os habéis entrado, señores, por un laberinto, cuyos vericuetos y revueltas me placen á mí también, y me holgaré de seguiros por ellos. Dejadme, empero, la libertad de hacer con mi mujer lo que á mi derecho convenga; y esto aceptado, yo pongo contra vuestros bienes todos los que en Bohemia poseo, y afirmo que jamás podréis reducir á mi mujer á entregaros su amor; y prometo no advertirla de este pacto, ni hablar de ello palabra que llegar pueda á sus oídos, ni á los de quien precaverla pudiese.

Cruzáronse, sobre este asunto, otras mil razones, hasta que últimamente, allí, en la cámara real y en presencia del rey y de la reina, viéndose el bohemio más y más estrechado por el confiado empeño de los dos húngaros, hacia el rey se avanzó y dijo así:

—Puesto que el señor Uladislao y el señor Alberto

—que estos eran los nombres de los dos húngaros—se muestran dispuestos á practicar la prueba de sus esperanzas, yo, siempre que sea con la gracia y licencia vuestra, sacro rey, y vuestra, reina y señora mía, pronto me encuentro á acordarles cuanto demandan.

—Y nosotros—respondieron los húngaros—nuevamente afirmamos y tenemos todo lo que hemos dicho.

Esforzóse el rey con mil consejos en disuadir al bohemio de aquel empeño, mas no pudo, é instado por los dos barones, acabó por dictar el decreto real, en cuya virtud se daba por establecida la contienda con todos sus pactos. De este decreto tomaron copia los dos nobles y otra igual tomó para sí el caballero bohemio.

Fuéronse los dos húngaros á comentar su proyecto y acordaron que Alberto fuese el primero que marchase á probar ventura con la dama en cuestión, y que pasado el término de mes y medio iría Uladislao.

Partió, pues, el barón Alberto, seguido de dos servidores bien equipados, y derechamente se encaminó al castillo del caballero bohemio. Apeóse no lejos de aquél, en una venta ó mesón que vecino estaba y á las primeras nuevas que pidió de la castellana, confirmáronle en lo que ya sabía, esto es, que era aquella dama de superior hermosura é irreprochable honestidad, y tan enamorada de su marido, que más no era posible. Esto no obstante, en nada decayó el ánimo del caballero, antes bien al día siguiente, sin perder más tiempo, vistióse con suma riqueza y se fué al castillo, haciéndose anunciar á la castellana. Ésta, que era cortés y cumplida, recibióle en su estrado y le dispensó amabilísimo acogimiento. No pudo menos el barón, de maravillarse ante la soberana belleza de la dama, cuya gracia natural se acrecentaba con su finura cortesana y su traza honesta. Sentáronse ambos y comenzó el joven á decir á la dama, que el renombre de

su prodigiosa hermosura había sido la causa de salir él de la corte y dirigirse á aquel castillo, para darse el placer y la admiración de verla; y siguió, añadiendo que en verdad los ojos hallaban y veían mayor prodigio del que la ilusión esperaba y la fama prometía. Así le dijo y repitió mil lisonjas, de modo que ella echó al punto de ver cuál propósito al caballero guiaba y el rumbo que éste quería dar á su nave, por lo cual, á fin de que ésta más pronto tocase á puerto, se dejó la dama resbalar hacia el terreno amoroso, embelesando de esta suerte al galán advenedizo. Éste, que no era en verdad todo lo ladino que él pensaba, antes adolecía de corta destreza y más escasos alcances, no daba reposo á la sin hueso, descubriendo cada vez más el atrevimiento de su propósito. De este modo, pues, no mostrándose la castellana esquiva á tales requiebros y animado el caballero por la amable disposición que ella le mostraba, adelantó aquel negocio á paso largo en dos ó tres días, de suerte que ya el caballero no recataba su galanteo. Viendo la dama que no era más que un pajarillo de primer vuelo, se dispuso á jugarle una partida que le escarmentase, tal que no se le perdiese jamás la memoria de haberla conocido. Resuelta, pues, á esto, un día, no muchos después de la llegada del húngaro, haciéndose la vencida y como si no pudiese ya resistir á las instancias de aquél, le dijo:

—Señor Alberto, á punto estoy de confesar que sois un temible encantador, puesto que me habéis traído al extremo de no poder negarme á vuestros deseos. Pronta, pues, me tenéis á ser vuestra, con la sola condición, que mi marido no lo sepa, pues que de lo contrario me mataría sin remedio. Y á fin de que ninguno de los que en mi casa habitan, llegue á descubrirlo, es preciso que nuestro amor se gobierne en secreto; así, veníos mañana á la hora de mi comida, según ya

soléis, y entraos en el castillo sin deteneros con nadie; y una vez dentro, os esconderéis á toda prisa en la estancia de la torre del homenaje, sobre cuya puerta veréis labradas en mármol las armas de este reino; y después que entréis, cerraréis prontamente la puerta. Hallaréis dicha cámara abierta y á ella iré yo poco después de vos, para que sin que persona nos vea, (pues ya proveeré que nadie ande por aquel lado) podamos satisfacer nuestro anhelo de ser el uno del otro.

Era la cámara á que la astuta dama se refería, una formidable prisión, mandada construir años antes con el objeto de tener allí seguro algún prisionero de calidad al cual no se quisiere matar, aunque sí tenerlo encarcelado mientras viviese. Ganada por el barón una tan buena esperanza, según él la creía, reputóse á sí mismo por el más dichoso hombre de la tierra, y no diera la conquista que ya por hecha se daba, á cambio del más poderoso imperio. Deshízose en mil frases de gratitud hacia la dama y partió, lleno su cuerpo de tanta alegría y tanto orgullo, que no cogía dentro del pellejo.

El día siguiente, llegada que fué la hora, dirigióse el barón al castillo, y entró en él y no halló persona que por allí anduviese, y siguiendo en todo las prevenciones de la dama, encaminóse á la torre del homenaje; penetró en la estancia y empujó la puerta, que por sí misma se cerró. Estaba esta puerta construída de modo que por dentro no se la podía abrir sin llave, y por fuera tenía un fortísimo cerrojo. La dama del castillo, que no muy lejos se había puesto en acecho, así que sintió encajarse la puerta en el muro, salió de donde estaba oculta y llegándose á la cámara en que el barón acababa de entrar, la cerró por fuera y se guardó la llave. Pertenecía dicha cámara, según ya queda expresado, á la torre del homenaje, y habia en ella un lecho muy bien preparado; la ventana por

donde entraba la luz, estaba tan alta que no era posible asomarse á ella sin la ayuda de una escala. Por lo demás, bien podía aquella estancia aceptarse por una cómoda prisión.

Entrado en ella, sentóse el barón Alberto y se puso á esperar, como los judíos al Mesías, que la dama fuese á cumplirle la palabra que le había dado de visitarle en aquel lugar. Esperando estaba sin dejar de acariciar allá en su mente, una infinidad de imágenes que le ocurrían, cuando escuchó que se abría un postiguillo que estaba practicado en la puerta de la cámara, el cual era un agujero tan estrecho, que á duras penas pasaban por él un pan y un jarro de vino, en la forma que se suelen dar á los prisioneros. Á dicho ruido, el barón se levantó creyendo que le anunciaba la llegada de su amante, que acudía rebosando amor; mas al acercarse á la puerta oyó una vocecita de doncella, que por la abertura del postigo le hablaba así:

—Barón Alberto, mi ama, la señora Bárbara (que tal era el nombre de la dueña del castillo), me manda deciros que, puesto que en su casa os entrasteis con ánimo de robarle su honor, como tal ladrón que sois, os ha encarcelado, y que se propone haceros sufrir la penitencia que le parezca conveniente y digna de vuestra culpa. Por lo tanto, mientras ahí dentro os estéis prisionero, si queréis comer y beber os será fuerza ganarlo poniéndoos á hilar, según lo hacen las mujeres pobres para ganarse el sustento. Dándoos yo mi palabra de que cuanto mejor maña os deis en hilar, tanto más apetitosos y abundantes serán los alimentos que se os sirvan; de otro modo os tendremos á pan y agua; y sabedlo de ahora para siempre, pues ya no se os hará más prevención, ni se os dirá sobre este punto más palabra.

Esto dicho, la doncella cerró el postigo y se volvió al lado de su señora.

El barón, que se creyó convidado á una boda y que para andar más deprisa, no se había desayunado aquella mañana sino muy ligeramente, no volvía en sí de su asombro, después de haber escuchado aquella rara embajada; parecióle que le faltaba la tierra, turbáronsele en un momento todos los sentidos y perdida la fuerza de su ánimo, desmayóse y cayó sobre el pavimento de la cámara. Verle en aquel instante, habría sido más bien ver un muerto que ver á un vivo. Mucho tiempo permaneció en aquel estado; fué después volviendo en sí poco á poco, y al recobrar el acuerdo no acertaba á explicarse si había soñado ó si era cierto que había oído á la doncella hablándole por el postigo. Por último, viendo y palpando que no había más verdad, ni más sueño, sino que estaba encarcelado como pájaro en jaula, creyó que iba á perecer de ira y de coraje; y entre gestos y lamentaciones que para sí exclusivamente despedía, frenético como un demente, y no atinando con otro remedio que valerle pudiera, pasó todo lo que quedaba de aquel día en pasear por la cámara, y en disparatar, suspirar, blasfemar y maldecir la hora menguada en que le ocurrió ponerse en semejante compromiso. Afligíale sobremanera la vergüenza, el escarnio y el vituperio que le aguardaban, cuando su fracaso se averiguase en la corte, como no podía menos de suceder; y parecíale sentirse el corazón comprimido y destrozado por dos mordedoras tenazas, de manera que el dolor le embargaba el juicio y toda otra sensibilidad. Dando vueltas por la estancia, lleno de furia y sin poder parar en ningún lado, fijóse por acaso en un rincón y descubrió en él apoyada una rueca dispuesta con un copo de lino, y el huso pendiente del hilo comenzado. Montó en cólera terrible á la vista de aquel trabajo mujeril, y estuvo á punto de romperlo todo y hacerlo añicos; aunque no lo efectuó, ignoro por qué reflexión ó motivo.

Vino la hora de la cena, y compareció al postigo la criada, la cual saludó primeramente al barón y luégo acto seguido le dijo:

—Señor barón, vengo á llevarme el hilo que hayáis hilado, para saber qué tal ha de ser la cena que os sirva.

Al oirla el caballero, llenóse de fierísimo coraje y felona indignación; y perdiendo la ya escasa continencia que le quedaba, comenzó á vomitar dicterios y villanías contra la doncella, tales como jamás se habrán dicho á la más baja ramera, y no cesó de insultarla deshonesta y torpemente con tal suelta palabra como si en su propio castillo se hallase, donde nada tuviera que temer. La doncella, que ya por su ama iba instruída, se le reía en las barbas y así que pudo meter baza le dijo:

—Señor barón, por mi fe que andáis fuera de justicia braveando y escupiendo injurias de esta suerte contra mí; sobre que todos esos extremos, encerrado como estáis, ni montan nada, ni á nada os conducen. Harto sabéis que el embajador nunca tiene pena. Mi señora quiere saber de vuestra boca, cuál ha sido la causa que os moviera á venir, y si álguien tiene noticia de esta venida vuestra. Esto es fuerza que me digáis, amén de hacer vuestra tarea en la rueca; pues á tal extremo os veis reducido, que todo vuestro gritar es como dar puñadas al viento ó echarle sahumerios á un muerto; que de aquí no habéis de salir si no hacéis lo que se os manda y no declaráis lo que se os pregunte. Decidíos, en consecuencia, á pasar la vida tranquilamente, atendiendo á que no os queda más remedio, ni otra mejor salida, y pensad que obrando de otra suerte, os fatigáis la cabeza y nada más. Y os repito que la firme resolución de mi señora es, que no saldréis de alimentaros con pan y agua, si no hacéis vuestra tarea de hilandero y si no ponéis en claro el objeto que os haya aquí conducido. Veamos, pues, lo que habéis hi-

lado y referidme en seguida el por qué de vuestro viaje, ó cierro el postigo y os dejo aquí con vuestro mal humor y vuestra hambre.

No respondió el caballero, y viendo la doncella que ni le mostraba el hilado, ni le decía lo que ella le preguntaba, cerró la portezuela y se fué. El malaventurado caballero se quedó aquella noche sin pan y sin vino; y como suele decirse: «tripas llevan corazón, que no corazón tripas,» así se sintió el triste galán tan descorazonado de puro hambriento, que perdido en mil temores é imágenes de su derrota, no pudo en toda la noche pegar el ojo.

Los servidores, con caballerías del barón Alberto, que en el mesón quedaban, fueron detenidos secretamente y con diestro ardid por orden de la castellana, así que aquél estuvo encerrado en la torre, y llevados junto con los demás objetos de la propiedad de dicho barón, á un sitio apartado donde se les trató á cuerpo de rey, sin que nada les faltara excepto la libertad. Y de este modo, desaparecido todo vestigio, se propagó la nueva de que el barón Alberto había partido otra vez para Hungría.

Volviendo ahora al caballero bohemio, os diré que advertido de que uno de los dos caballeros húngaros se había ausentado de la corte con dirección á la tierra de Bohemia, no paraba de contemplar la imagen encantada para ver si mudaba ó perdía su color. Y durante los tres ó cuatro días que el caballero húngaro se empleo en solicitar y hacerse propicio el amor de la dama, si el bohemio coincidía al mirar su figurita con la hora en que el húngaro hostilizaba á su mujer, observaba que aquella se ponía de color amarillo, bien que para recobrar en breve el suyo natural; con lo cual, viendo que el color no se alteraba de una manera perenne, adquirió la seguridad de que su competidor había sido rechazado y que nada había conseguido de

su intento; esta convicción le regalaba el alma y acrecía la fe que tenía puesta en la honestidad de su esposa.

Con todo, aún no se atrevía nuestro caballero á cantar victoria, ni se determinaba á reposar por entero su corazón, al considerar que faltaba todavía la prueba del barón Uladislao, el cual no había partido aún, pudiendo ser en ella más afortunado que su compañero de apuesta, y obtener lo que éste no había obtenido.

El caballero cautivo, que no había probado bocado el día de su prisión, ni por la noche dormido un segundo, hubo de ponerse sobre sí á la mañana siguiente, y después de revolver, mientras amanecía, todo un montón de ideas que le atiborraban los sesos, acabó por reconocer que no tenía otra esperanza de libertad sino la de obedecer á la castellana, y así se determinó á hacer de la necesidad virtud. Aceptó, pues, á sus solas el partido de revelar el pacto que él y su compañero habían propuesto al marido de la dama, y resignóse por otra parte á ganarse el sustento ciñéndose la rueca y poniéndose á hilar. Nada se le alcanzaba al triste galán de esta faena, pues nunca había tomado en sus manos el huso ni la rueca, pero es la necesidad gran profesora y así comenzó su trabajo como Dios le dió á entender, hilando ora sutil, ora gordo, y á trechos de mediana hechura, de suerte que le iba saliendo un hilado tan infeliz que á cualquiera porqueriza de aquellas tierras hubiera hecho morir de risa. Pasóse toda la mañana hilando con todo su ahinco hasta la hora del desayuno en que compareció la consabida mensajera, preguntando al caballero desde el postiguillo, si se había resuelto á declarar el motivo de su viaje y cuánta labor tenía hecha de su hilado. El barón, lleno de confusión y vergüenza, dijo á la doncella todo lo relativo al tratado pendiente con Ulrico, y luégo le mostró una husada de hilo que tenía concluída.

Sonrióse la muchacha y le dijo:

—Así me place; y bien sabía yo que el hambre saca al lobo de su lobera. Muy en razón habéis pensado, confesándome toda la verdad del hecho, é hilando con tan buena maña, que de vuestro hilo tejeremos camisas para mi señora; y no os asuste, que si no le sirven para cilicios, no ha de dejar de aprovecharlas para estropajos.

Dicho esto, premió al barón dándole buenas viandas para desayunarse, y se fué dejándole en paz. Presentóse á la castellana, mostrándole el hilo y refiriéndole la historia del empeño pendiente entre Ulrico y los dos barones húngaros. Admiróse grandemente la dama, al descubrir el género de asechanzas de que habían querido hacerla objeto, mas al asombro sucedió en breve la alegría de ver que el asunto se encaminaba por tan buen sendero y que Ulrico tenía ocasión para cerciorarse una vez más de la firmeza y honestidad de su esposa. Antes de mandar á su marido noticia alguna de lo que pasaba, se propuso aguardar la llegada del barón Uladislao y también á éste imponer el castigo de que era merecedor por su desatentada y ofensiva opinión de las mujeres; harto maravillada de que uno y otro cortesano hubiesen incurrido en tal extremo de temeridad ó insensatez, que obligaran todos sus bienes en la empresa de rendir á una dama, cuyas cualidades ni remotamente conocían. De todo lo cual dedujo que ambos barones eran tan menguados de juicio, como dispendiosos en osadía é imbecilidad.

Pero para no ir refiriendo paso á paso todas las particularidades del suceso, que sería esta muy prolija y fastidiosa tarea, os diré que el barón enjaulado poco á poco fué haciéndose muy regular hilandero, y con la rueca y el huso se consolaba de su malaventura; que la castellana le ofrecía recompensa de su trabajo y do-

cilidad, enviándole á su prisión muy buenos y delicados alimentos; que aunque el prisionero solicitó mil veces tener conversación con la dama, ésta nunca se lo concedió; y que allá en la corte, el buen Ulrico no se cansaba de mirar y remirar su querida imagen encantada, la cual siempre hallaba en el mismo estado, bella y colorida como acabadita de hacer. No faltaba en verdad, quien hubiese observado que el caballero abría con gran frecuencia su escarcela para sacar de ella una cajita y que descubriéndola contemplaba abstraídamente el objeto que dentro se contenía; y que luégo cerraba la caja y volvía á guardarla en la escarcela. Y habíase despertado con esto gran curiosidad en la corte, de manera que muchos se habían llegado al caballero á pedirle la explicación de su misterio; mas él á nadie quiso darla, con lo cual se quedó todo el mundo á oscuras, pues por mucho que se echasen á conjeturar, nadie llegó á caer en la verdadera cuenta de lo que aquello significaba. ¿Ni quién podía imaginar tan raro y admirable encantamiento? El mismo rey, y su consorte la reina, habrían de buena gana penetrado en la oscuridad de aquel misterio, y se perecían de afán por averiguar qué cosa era aquella que el caballero bohemio contemplaba con tanta frecuencia y tanto embeleso; sin embargo no les pareció digno de su dignidad real, meterse á curiosear ni tampoco hacer fuerza sobre el caballero para que hablase.

Entre tanto se había pasado ya un mes y medio desde que el barón Alberto partiera de la corte á convertirse en castellano, aunque sin señorío, y hacerse gran hilandero; y estaba Uladislao, el otro barón, muy sorprendido de que Alberto no le enviase noticia alguna, ni mensajero, conforme lo tenían acordado, lo cual le tenía confuso entre mil perplejidades, no sabiendo á qué términos ajustar su conducta. Parecióle al cabo, lo más acertado pensar que su amigo debía de haber

tocado felizmente al logro de su empresa consiguiendo de la dama el deseado galardón, y que sumergido en el amplio y profundo piélago de sus placeres, debía de haberse olvidado de todo cuanto convinieron, siendo esta la razón de no enviarle aviso ni noticia: por lo que determinó ponerse él en camino por su cuenta é ir á darle un tiento á la fortuna. Sin más tardanza, pues, dispuso cuanto era menester para su partida, y montando á caballo emprendió la marcha seguido de sus criados, en dirección á las tierras de Bohemia. Paso tras paso y día tras día, llegó por fin á la puerta del castillo donde vivía la bella y honesta dama; y fuése primero al mesón donde supo que el otro barón se había alojado, y por los informes que allí recibió hubo de creer que aquél se había partido muchos días antes. Maravillóse de esto y no acertaba á dilucidárselo, mas dejando al fin, de buscar otras explicaciones que las que poseía, decidió ponerse á obrar por su respeto é intentar la prueba tras de la cual había salido de Hungría. Investigó cuánto pudo, referente á la señora del castillo, y dijéronle lo que ya era fama acreditada y extendida por todo aquel contorno, esto es, que no tenía igual en puntos de belleza, discreción, cortesía y honestidad.

No tardó la dama en ser advertida de la llegada del barón, y como ya no ignoraba el intento que le conducía, se dispuso á darle el pago en la misma moneda que él lo merecía. El día siguiente, dicho barón presentóse en el castillo solicitando ver á la castellana, diciéndose recién llegado de la corte del rey Matías y deseoso de rendir á tan noble dama sus respetos y cortesía. Y fué introducido, mereciendo de aquella lisonjero y cordial acogimiento. Trabaron desde luégo conversación sobre distintos asuntos y notando el barón Uladislao que la dama se le mostraba festiva y complaciente, y que como vulgarmente se dice, iba poqui-

to á poco metiéndose en harina, hubo de prometerse en sus adentros mil glorias y galardones, dándose ya por triunfador en la empresa. No quiso en aquella primera entrevista arriesgarse en prueba ninguna, reduciéndose á decir en términos generales, que enterado por la voz que todos difundían, de que era la dama del castillo, tal dechado de gracias, de gallardía, de amabilidad y de perfecta educación, y habiéndole sido preciso pasar por Bohemia con motivo de ciertos negocios, no quiso alejarse sin haber visto á tan singular portento, y que entonces que ya lo lograba, mucho más veía de lo que los anuncios de la fama le habían hecho esperar. De esta suerte pasó esta primera visita, después de la cual se fué el barón á su alojamiento.

Después que se hubo alejado el barón, púsose la dama á meditar que no había de tenerle mucho tiempo en espera, pues no le cabía en el pecho la indignación contra aquellos dos malvados felones que con tal soberbia y presuntuosidad se lanzaron en su camino, como dos públicos malhechores, para asaltarla al paso y robarle el honor y manchar su fama, condenándola á perpetuo desprecio de su marido y aun quizás poniéndola en riesgo de muerte. Mandó, por lo tanto, disponer otra cámara, pared por medio con aquella donde el otro barón se pasaba la vida hilando, y cuando Uladislao volvió á visitarla en el castillo, comenzó á ponerle semblante risueño, dándole á entender que se abrasaba en ansias de sus amores. Poco tardó este segundo galán en caer en las redes del primero, y en verse cautivo en la prisión que se le tenía preparada, y á ella fué la camarera consabida á hablarle por el postigo de la puerta, diciéndole que si no quería haber trato continuo con el hambre, que le era fuerza ganarse el sustento trabajando en el oficio que le estaba destinado, el cual era ir devanando las madejas de lino hilado que allí en un rincón de la cámara encon-

traría dispuestas, como también una devanadera á propósito para la susodicha tarea.

—Y daos buena prisa en devanar—añadió la doncella—y en caridad os aconsejo que no perdáis el tiempo.

El que en tal instante hubiese visto al asombrado barón, le hubiera creído mejor estatua de mármol, que persona humana. Pensó el malaventurado que iba á enloquecer de cólera ó á morir de confusión. Convencido, no obstante, de que no cabía otro remedio á su desdicha, se resignó con su suerte y desde el segundo día púsose á devanar.

Mandó en seguida la castellana, que fuesen puestos en libertad los criados del barón Alberto, y juntándolos con los de Uladislao, les hizo guiar á las cámaras de sus dueños para que viesen cómo se ganaban la vida, después de lo cual despidió á una y otra servidumbre, con orden de volverse á la corte llevando consigo los caballos y todo cuanto pertenecía á los dos barones. Por otro lado envió un mensajero á su marido, enterándole de todo lo que había pasado. Así que recibió este mensaje, el caballero bohemio compareció á la presencia del rey y de la reina, y después de inclinarse ante ellos con reverente saludo, les hizo narración de la historia de los dos barones húngaros, conforme en un todo á lo que por letras de su mujer había sabido. Quedaron los monarcas llenos de admiración, y no hallaban frases bastantes á encomiar la perspicacia de la dama, reputándola por honestísima, prudente y dotada de sin par agudeza.

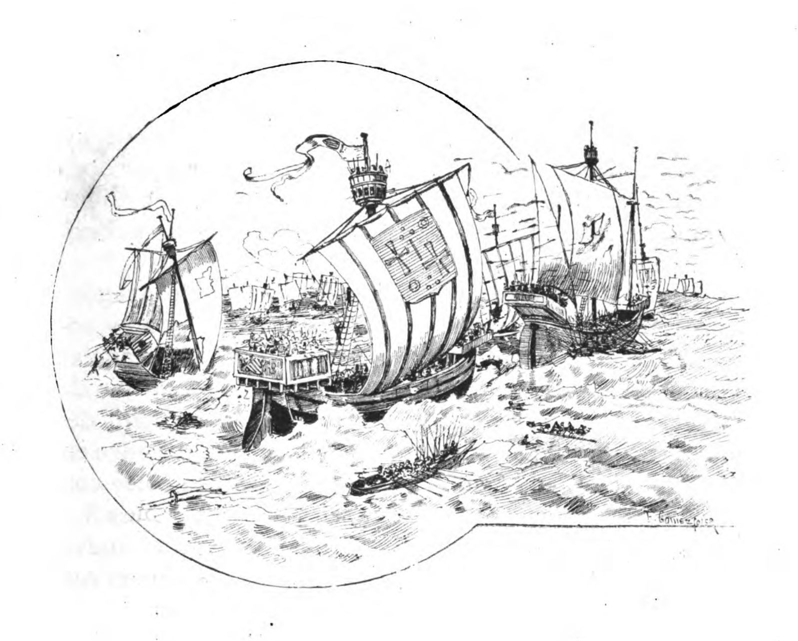
Como pidiese el caballero bohemio, la ejecución inmediata de lo pactado con los húngaros, mandó el rey que se juntara su consejo y que expusiera cada consejero su parecer, acordándose al cabo de larga deliberación, que el gran canciller del reino acompañado de dos ministros de dicho consejo, se trasladase al castillo

del caballero bohemio con encargo de extender el proceso de todo cuanto apareciese haber sucedido. Partieron los expresados, y cumplieron diligentemente su misión; y después de examinar á la dama y á la doncella y á otros varios deudos de la casa, interrogaron también á los barones, á los cuales había la dama reunido poco antes, para que con sus coloquios se distrajesen de la fatiga de hilar y devanar. Formado el proceso, volvió el gran canciller á la corte, donde el rey Matías juntamente con la reina y los principales barones del Estado y miembros de su consejo, después de ventilar cuidadosamente el caso, y al cabo de mil debates en los que la reina abogó con todo su esfuerzo en pró de la dama y haciendo el interés del bohemio, sentenció el rey que Ulrico adquiriese la posesión de los bienes muebles y feudos pertenecientes á los dos barones, haciéndolos suyos para sí y sus herederos, á título perpetuo; y mandó que los dos nobles húngaros saliesen desterrados de los dos reinos de Hungría y Bohemia, bajo conminación de ser muertos por mano del verdugo, si volvían á parecer por dichos reinos. Así se falló y así fué ejecutado, entrando el caballero bohemio á disfrutar los bienes, y siendo los dos húngaros transportados fuera de los susodichos reinos, después de comunicarles la sentencia contra ellos fulminada. La cual pareció á muchos excesivamente rígida y severa, máximamente á los deudos y amigos de los dos barones. Recordando, empero, que el pacto había sido propuesto y libremente establecido por los perjudicados, hubieron de convenir todos en que su desenlace había sido conforme á justicia, reconociendo que serviría de saludable ejemplo para el porvenir y de enmienda á muchos que livianamente y sin base ninguna opinan que todas las mujeres han de ser de una misma calidad; punto notoriamente falso, pues todos los días se nos demuestra por actos de nuestra expe-

riencia, que entre las mujeres caben todos los defectos y todas las virtudes, conforme pasa entre los hombres.

Plugo á la reina que la animosa y honrada esposa de Ulrico fuese á la corte, en la cual se vió acogida por los monarcas con singular favor y de todo el mundo admirada con respetuoso extremo; é hízola la reina su dama de honor, otorgándole toda su preferencia y valimiento. El caballero, medrado en caudales y en dignidad, gozó por su parte sin medida del favor real, viviendo largamente en paz y tranquilidad con su bellísima esposa, sin olvidarse del hechicero polaco, autor de la prodigiosa imagen, al cual regaló pródigamente, mandándole ricos dones.





NOVELA DUODÉCIMA

Hallándose don Timbreo de Cardona en Mesina, acompañando al rey don Pedro de Aragón, se enamora de Fenicia Lionati, y azares que se sucedieron antes que la tomase por esposa.

CORRÍA el año de nuestra gracia, mil doscientos ochenta y tres, cuando los sicilianos, cansados de sufrir el dominio de los franceses, con inaudita crueldad asesinaron á cuantos en la isla se hallaban, un día, á la hora de vísperas; que tal era la voz de traición propagada secretamente por toda la isla. No solamente perecieron en aquella matanza los hombres y mujeres de nación francesa, sino también murieron aquel mismo día todas las sicilianas, de quienes se

pudo pensar que estaban en cinta por haberse unido con un francés, y aun después de aquel día, si de alguna mujer se probaba que estuviese preñada por obra de un francés, era muerta sin compasión. De esto nació el nombre de Vísperas Sicilianas con que es conocido aquel hecho de tristísima memoria.

Noticioso del suceso el rey don Pedro de Aragón, prestamente se trasladó á Sicilia con su armada y adquirió el dominio de la isla, cediendo á las instancias del papa Nicolás III, el cual le declaró señor legítimo de dicha isla, como esposo que era de Constanza, hija del rey Manfredo. Larga estancia hizo el rey don Pedro en la ciudad de Palermo, donde estableció su corte con real y magnífico fausto, y allí celebró con notables festejos la adquisición que había hecho de aquel nuevo estado. Y llegáronle más tarde nuevas de que el rey Carlos II, hijo del rey Carlos I, que poseía el reino de Nápoles, se había hecho á la mar con una formidable escuadra, y se dirigía á arrojarle de Sicilia, en virtud de lo cual juntó el rey don Pedro todos sus navíos y galeras y salió al encuentro de su enemigo; y halláronse ambos enemigos trabando mortal combate en medio del mar, con sus armadas, entre cuyas gentes hubo número incalculable de muertos y heridos. Mas al cabo el rey don Pedro deshizo la escuadra de Carlos y á éste se llevó prisionero, yendo, para atender mejor á los negocios de la guerra, á establecerse en Mesina, por tener esta ciudad su situación más próxima á Italia y poderse pasar desde ella á la Calabria por más breve trayecto. Allí vivía con su corte, rodeado de un esplendor real, y llenando la ciudad de animación y fiesta, pues como la pasada victoria tenía á todas sus gentes alborozadas y de buen talante, todo se volvía justas y bailes; y en una de estas fiestas acaeció que cierto caballero, barón de alto linaje y por el rey tenido en grande estima por su valor mostrado en las



pasadas luchas, vió á una joven, hija de maese Lionato Lionati, hombre noble de Mesina, y parecióle aquella tan escogida doncella,—como que no había en la comarca otra mejor provista de gentileza, donaire y hermosura,—que se prendó perdidamente de ella, y poco á poco la llama amorosa fué alcanzando en el caballero tal crecimiento, que ya no le era posible vivir, ni lo quería, sin gozar de la dulce presencia de la doncella.

Llamábase este caballero, don Timbreo de Cardona, y Fenicia era el nombre de la joven. Y era aquél rico en extremo, pues por haber servido al rey don Pedro desde su infancia, éste le había recompensado con espléndida largueza; y en aquellos días, por colmo á los infinitos dones que le tenía hechos, habíale dado el condado de Colisano y además otras tierras, de suerte que sus rentas ascendían á más de doce mil ducados,

amén de la pensión que gozaba como adscrito al servicio del rey.

Dióse Timbreo á pasar todos los días por delante de la casa que Fenicia habitaba, reputándose feliz el día que conseguía verla. Fenicia, que aunque muy joven poseía discreción y sagacidad, no tardó en darse cuenta del motivo de tales paseos; y como decía del caballero la fama, que era uno de los privados del rey y que pocos en la corte alcanzaban mayor valimiento, ni obtenían mayor respeto de todos, Fenicia, que además de haber oído estas voces, veía por otro lado, al caballero gallarda y ricamente vestido, acompañado siempre de brillante servidumbre, y por añadidura galán y apuesto, con agradables señales de exquisita educación, comenzó también á mirarle y á mostrarle plácido el rostro, haciéndole á su paso gentil y amable reverencia. El caballero iba de hora en hora sintiéndose más abrasado de amor, y cuanto con más frecuencia se gozaban sus ojos en mirar á la doncella, tanto más se sentía dominado por la llama de aquel loco afecto; y como no pudiese ya resistir la inquietud de su ánimo, pues se moría por el amor de la encantadora joven, determinó al cabo que por todos los medios que á su alcance estuviesen, aquella divina belleza había de ser suya. Mas todo su empeño fué vano; que á billetes, recados y embajadas ella respondió invariablemente que quería guardar su inviolada virginidad para aquel que fuese su esposo. Con esto andaba el desdichado amante lleno de pesar y desazón, y tanto más cuanto que nunca había logrado que la muchacha guardase en su poder carta ó regalo que le hubiese enviado. Y vencido por su anhelo, mirando que la constancia de su amada era tal que no había otro medio de reducirla sino tomarla por esposa, única senda abierta al que aspirase á ser su feliz posesor, pensólo primero mucho y á espacio, y acabó por decidirse á hacer pedir al

padre de Fenicia la mano de ésta. Así pues, aunque no se le ocultaba cuánto de su rango descendía, consideró que en medio de todo, también á la joven abonaba la antigua nobleza de su sangre, y acabó, de una vez, todas sus dudas. ¡Tan grande era la pasión que sentía! Resuelto, pues, en este punto, fuése al encuentro de un caballero mesinés, con el cual tenía íntimo trato, y después de manifestarle su estado y su intención, le impuso en cuanto deseaba que por su cuenta hiciese con maese Lionato. Dejóle el mesinés y fué á cumplir parte por parte la comisión que recibiera del caballero.

Maese Lionato escuchó alborozado la buena nueva que á su casa llegaba, y túvola por tanta dicha, no ignorando cuánto era el mérito y autoridad de Timbreo, que sin pararse á consultar con parientes ni amigos, respondió complacidísimo, manifestando cuánta honra y placer recibía de que tan respetada persona tuviese el intento de emparentar con él; y corriendo presuroso hacia su casa, refirió á su mujer y á su hija, la fortuna deshecha que por la puerta se les entraba. Grandemente se holgó Fenicia de las noticias de su padre y elevó al cielo su corazón devoto para darle gracias de que con tan glorioso fin se coronase su casto amor; y no se curaba de esconder la alegría que llevaba en su pecho.

Mas la fortuna que jamás se descuida en su tarea de frustrar las dichas de la tierra, tampoco esta vez dejó de poner impedimento á la deseada unión de los dos felices amantes. Y vais á escuchar cómo.

Divulgóse por Mesina la nueva de que don Timbreo de Cardona debía casarse dentro de poco con Fenicia, la hija de maese Lionato; nueva que generalmente fué agradable á todos los mesineses, por ser maese Lionato hombre que se hacía querer de las gentes, como que á nadie trataba de dar enojo por ninguna causa y an-

tes servía en todo lo que le era dable á cuantos sus servicios le pedían. Pero existía en la ciudad otro caballero joven y de ilustre familia, llamado Girondo Olerio, valenciano, el cual se había distinguido por actos de valor en las pasadas guerras y era uno de los más liberales y espléndidos señores de la corte. Este tal acogió la noticia de la próxima boda, con todo el desagrado que cabe en humano pecho, á causa de que pocos días antes se había fijado en las prendas seductoras de Fenicia y quedado por ésta ciegamente perdido de amores; y de tal manera se sentía apoderado de la destructora llama, que daba por segura su muerte si no conseguía que Fenicia fuese su mujer. Y ya tenía determinado ir á pedírsela á su padre, cuando con el asombro y dolor que hemos mentado, supo la nueva de que su amada iba á desposarse con Timbreo; y no hallando entonces lenitivo para su pena, de tal suerte se puso su mente á delirar, que arrebatado por la pasión amorosa y olvidando el respeto que á sí propio, por su noble condición, se debía, lanzóse á un extremo vituperable no ya en un caballero bien nacido, sino en cualquiera persona, por bajo que haya sido su nacimiento. Siempre, en todas las empresas militares, había sido compañero de Timbreo, por lo cual les unía una amistad poco menos que de hermanos; pero en el asunto de sus amores, sea por lo que fuese, guardáronse una reserva que les mantuvo mutuamente ignorantes de su sentimiento. Deliberó, pues, Girondo sembrar entre Timbreo y su amante una tan fiera discordia, que se rompiese la promesa de matrimonio; en cual caso se prometía alcanzar á la joven para él, pidiéndola á su vez por esposa. No demoró mucho tiempo la realización de esta culpable idea; que hallando con presteza hombre abonado para ayudarle y servirle, diestramente le enteró de todo y le puso en aptitud de cooperar á su loco designio. Era el

escogido por Girondo para confidente y ministro de su villanía, un mozo cortesano, persona de corto entendimiento, al cual placía mejor el mal que el bien, y enterado con toda perfección del papel que en la trama de Girondo tenía que desempeñar, se fué á la siguiente mañana en busca de Timbreo, y le halló que aún no había salido de su casa y estaba solo paseando por su jardín. Y como se entrase el joven cortesano por el jardín adentro, el noble caballero que le vió se adelantó á recibirle, dispensándole la más cortés y afable acogida. Cambiáronse los habituales saludos, después de lo cual el joven dijo á Timbreo:

—Amigo mío, á esta hora temprana vengo en tu busca, para que hablemos de cosas para ti muy interesantes, puesto que á tu honor y á tu utilidad se refieren; y temiendo que podría soltar alguna frase que quizás te ofendiese, me anticipo á rogarte que me perdones, mirando á mi deseo de servirte y pensando que me guía un fin noble y por ti interesado. Yo no abrigo duda de que lo que ahora voy á decirte, ha de serte de provecho. Y viniendo ahora al caso, he de decirte, cómo ayer he sabido que has tratado con maese Lionato de Lionati, que te casarás con su hija Fenicia. Y vete á la mano, señor y amigo mío, y mira lo que haces, que mucho le va en ello á tu honor. Así te hablo, porque yo sé de cierto caballero amigo mío, que casi todas las semanas dos ó tres días entra de noche en casa de Fenicia, y allí se está con ella gozando de su amor en sus brazos; hoy debe ir; hoy, te digo, esta misma noche, y yo he de acompañarle hasta la puerta, según suelo cada vez que allá va. Si tú quieres empeñarme tu palabra, y hacerme juramento de que no has de ofender á mi amigo, ni á mí, yo te proporcionaré ocasión de que lo veas todo. Y sábete, que van ya muchos meses que esto dura. La obligación que tengo contigo y los muchos favores que me

has prodigado, me inducen á revelarte este secreto; decide ahora lo que mejor te parezca, pues á mí me basta haber cumplido con lo que entendí ser mi deber.

Estas palabras dejaron á Timbreo lleno de estupor y de tal manera amargado, que estuvo á punto de perder la vida. Permaneció largo espacio revolviendo en su mente mil ideas, y dejando que la acerba y á su entender justa irritación se sobrepusiese en su pecho al leal y ferviente amor que por Fenicia sentía; suspiró luégo, y dijo á su joven interlocutor:

—Amigo mío, no puedo ni debo sino quedarte eternamente reconocido, al ver el amoroso cuidado que mi honor y estimación te inspira, y algún día he de demostrarte el aprecio en que te tengo. Entretanto comprende mi gratitud, que es tan profunda cuanto puede sentirla pecho mortal. Y pues que de tu grado y voluntad te me ofreces á hacerme ver lo que yo jamás hubiera imaginado, sea como me lo ofreces, y te ruego por esa caridad de tu ánimo que te ha traído á descubrirme tal bajeza, que libremente vayas á acompañar á ese tu amigo, empeñándote yo mi fe de buen caballero, que ni á ti ni á tu amigo intentaré hacer daño, amén de guardar siempre el secreto muy callado á fin de que ese amigo pueda seguir gozando en paz de su amor; que no hay en esto culpa de nadie, sino mía, que debí andar más precavido, como he de serlo ahora, pues ya dispongo mis ojos á avizorarlo todo diligentemente.

Contestó el joven á Timbreo:

—Esta noche, á las tres, os dirigiréis á la casa de maese Lionato, y escondiéndoos en las ruinas del edificio que hay allí cerca, ponéos en acecho.

Correspondía á la parte de estas ruinas una fachada del palacio de maese Lionati, y por este lado había una sala antigua á cuyas ventanas, que noche y día

estaban abiertas, solía asomarse Fenicia de cuando en cuando, para disfrutar mejor de la belleza del jardín; maese Lionati, con toda la familia, habitaba el ala opuesta, pues el palacio era de los de construcción antigua, espacioso y capaz no ya para contener la familia de un noble, sino toda la corte de un príncipe.

Habiendo pues acordado lo que se ha dicho con el de Cardona, el joven engañador se volvió en busca del pérfido Girondo, manifestándole todo cuanto le había ocurrido con aquél, dando con su relato sin igual contento al nombrado Girondo, que ya se vió en el término de su proyecto villano. Llegada la hora que convenida estaba, aquel desleal y pérfido vistió ricamente á un criado suyo, de antemano instruído, y perfumóle con suaves y finos olores, despidiéndole luégo á él y al joven que hablara por la mañana con Timbreo; salieron juntos, seguidos de otro servidor que llevaba á la espalda una escalera de mano.

Así las cosas ¿cuál no sería el dolor y la perturbación que en su ánimo sentiría el noble Timbreo, y cuáles los pensamientos que como nubes y torrentes cruzarían por su mente en todo aquel malaventurado día? ¿Pudiera alguien decirlo, alguien explicarlo? Yo, por mí, comprendo que me esforzaría en balde. Inapetente y decaído anduvo todo el día el desdichado y harto crédulo barón, y mostrando á sus gentes un rostro tan mudado, que á todos parecía más muerto que vivo. Y media hora antes de la hora concertada, fué á situarse en el sitio ruinoso que estaba contiguo al jardín de Fenicia, y cuya disposición le permitía ver con toda comodidad á todo el que pasase por la calle, y allí se quedó aguardando, aun pareciéndole imposible que Fenicia se hubiese entregado á las caricias de otro hombre. Alternaba este pensamiento con el de que las mujeres son mudables, ligeras, tornadizas, desdeñosas y sensibles á la novedad, y de esta

suerte, ora excusándola, ora dirigiéndole mil reproches, se mantenía oculto y dispuesto a espiar todo lo que ocurriese. No era la noche muy oscura, mas sí muy reposada, y apenas distinguió el caballero que se acercaba ruido de pisadas, y alguna que otra palabra, aunque confusa á sus oídos, se puso á observar con más atención, y vió que pasaban tres hombres, en uno de los cuales reconoció al joven palaciego de aquella mañana, no llegando á conocer quiénes fueran los otros dos. Al pasar esos tres hombres junto al lugar en que él se escondía, oyó que el que iba perfumado y vestido con traza de amante, decía al que llevaba la escala:

—Atiende tú á colocar la escala con todo el tiento, de forma que no dé el menor golpe, pues la última vez que allí estuvimos, se me dolió mi Fenicia de que habías apoyado la escala con mucho ruido. Conviéneme en este negocio gran destreza y mucho secreto.

Sintió Timbreo que estas palabras le pasaban el corazón como la hoja de una espada; y aunque se veía solo, y no llevaba más arma que su acero, mientras que los que cruzaban, además de ceñir la espada, iban armados de lanzas, amén de que podían traer más gente detrás, prevenida para su defensa; no obstante, eran tan crudos y fieros los celos que el corazón le roían, y tan grande la cólera en que se inflamaba, que estuvo próximo á salir de su escondite, y animosamente cerrar contra los presentes, y matar al que se decía amante de Fenicia, ó hacerse matar por él, concluyendo así en un momento sus afanes. Acordóse, empero, de la fe que había empeñado, y de que sería villana deslealtad y falsía agredir á los que iban fiados en su palabra; así, conteniendo toda su ira y revolviéndose dentro de sí mismo, quebrantado de pena y de furor, aquietó sus ímpetus y aguardó á saber el término de aquel lance.

Llegaron los tres paseantes al pié de la ventana de la casa de maese Lionati, por el lado que se ha dicho, y con mucha suavidad apoyaron la escala contra el pretil, y el que fingía ser el amante subió por ella, entrándose por la ventana como si le fuese aquel acto muy familiar y hubiera en la casa quien le guardase acogida. Y viólo el desconsolado Timbreo, y creído ya firmemente de que el que en la sala había entrado iba á pasar la noche en los brazos de Fenicia, se sintió herido de dolor imponderable, y allí, entre aquellas ruinas, estuvo á punto de morir; mas tanto pudo en seguida la fuerza de su ira, que él creía justa, que lanzando de su pecho todo sentimiento celoso, convirtió su amor en odio cruel y ensañado. Y no quiso aguardar á que saliese su rival, y alejóse del lugar donde se ocultaba, yéndose á su morada atormentado de negros pensamientos. El joven cortesano que le vió salir y le reconoció perfectamente, harto claro se dió á entender lo que por el caballero pasaba. Por lo cual dentro de poco hizo una señal convenida, para que saliese el servidor disfrazado y descendiera por la escala, y hecho esto, los tres se volvieron juntos á casa de Girondo. Oyó éste el relato de todo lo sucedido, y felicitóse mil veces por el buen éxito de su invención, creyéndose ya dueño y posesor de los encantos de la bella Fenicia.

Poco durmió Timbreo aquella noche, y temprano dejó la cama; y habiendo mandado llamar á aquel ciudadano mesinés, por cuya mediación pidió la mano de Fenicia, impúsole en todo cuanto le quería nuevamente confiar. Enterado éste del propósito y voluntad de Timbreo y compelido por él á obrar con toda prisa, fuése á la hora del desayuno en busca de maese Lionato, y hallóle que se paseaba por el salón de su casa, esperando que le sirvieran su refacción, y allí en su compañía estaba la inocente Fenicia, ocupa-

da en cierta labor de su sexo, juntamente con dos hermanas suyas menores que ella y dirigidas las tres por su madre. Maese Lionato recibió al ciudadano con grandes extremos de amabilidad y cortesía, después de los cuales díjole este último:

—Vengo, maese Lionato, á desempeñar cierto encargo que del señor Timbreo he recibido para vos y para vuestra mujer y vuestra hija.

—Bien venido sois—respondióle Lionato.—Decid qué encargo es ese. Acércate, esposa mía, y tú, Fenicia, llégate también á oir lo que nos manda el señor Timbreo.

Y entonces el enviado habló de esta manera:

—Sábese vulgarmente, que á quien con título de embajador procede, no ha de alcanzarle culpa ni pena por lo que tiene misión de hacer ó decir. Á vosotros vengo en nombre de otro, y á fe lamentándome de que no tenga nueva más placentera que daros. Ahora bien; el señor Timbreo de Cardona, á vos, maese Lionato, y á vuestra esposa me manda decir, que debéis buscaros otro yerno, puesto que él no quiere teneros por suegros; y añade que no es por falta vuestra, puesto que os estima como personas leales y de bien, sino por haber visto con testimonio de sus ojos, tales liviandades de Fenicia, que jamás de otro modo las hubiera creído; y esta es la razón porque os devuelve la palabra y os deja en libertad. Y á ti, Fenicia, por mi boca te dice, que nunca para el amor que te consagraba, pudo esperar el miserable premio que ha recibido, y siendo así, que te busques por ahí otro marido, bien como supiste buscar otro amante, ó que veas de casarte con aquel á quien has dado tu virginidad; pues por lo que á Timbreo respecta, repudia desde ahora tu trato y renuncia á llamarte su mujer; que primero diste en hacerle tu engañado, que tu marido.

Al escuchar esta amarga é injuriosa embajada, Fe-

nicia se quedó muerta, y otro tanto pasó á maese Lionato y á su pobre mujer. Mas volviendo en su acuerdo y recobrando el ánimo que casi por entero le había dejado, maese Lionato dijo al que en nombre de Timbreo les hablaba:

—Hermano, siempre, desde el primer instante en que me hubiste hablado de ese matrimonio, abrigué sospecha de que el señor Timbreo no mantendría su demanda; que no se me ocultó la indignidad de mi pobreza y la bajeza de mi condición, tratándose de la suya. Mas paréceme, con todo, que si ese noble señor se arrepiente de su propósito y desiste de su matrimonio, debió bastarle así decirlo llana y claramente, mas no echar sobre mi hija la mancha de torpeza y liviandad que acabas tú de echarle. Á mí bien se me alcanza que nada en el mundo es imposible, aun lo que menos sea de pensar, pero sé también que he criado á mi hija para honrada, y cuáles son sus inclinaciones y sus costumbres. Dios, por medio de su justicia, proveerá algún día al esclarecimiento de la verdad.

Con esta respuesta marchóse el ciudadano, y maese Lionato se quedó en su casa bien persuadido de que todo el origen de tal caso era que Timbreo se había arrepentido del proyectado matrimonio, por considerarlo poco digno del lustre de su raza. Era, en verdad, el linaje de maese Lionato, muy antiguo en Mesina y de clara nobleza, y gozaba en la ciudad de estimadísima reputación; pero sus riquezas eran las de un hidalguillo oscuro, sin que bastase á realzarlas el recuerdo de que sus abuelos las tuvieron en holgada abundancia, procedentes de tierras y castillos solariegos con amplísima jurisdicción, habiendo, empero, sucedido que con las peripecias de Sicilia y con las guerras civiles, todo aquel patrimonio paró en ruinas, conforme en otras familias y linajes se ha visto. Por esto pensaba el buen padre, que no pudiendo imaginar de su

hija cosa torpe, ya que nada de cuanto en ella observara se la hacía presumir, todo lo acaecido debía atribuirse á desdén que el caballero sentía por su mermada fortuna y humilde posición.

En cuanto á Fenicia, á la cual por la fuerza del dolor y por el vencimiento de su debilidad, asaltaron en aquel acto varios accidentes é insultos, viéndose con tan solemne injusticia acusada, y no hecha, como tierna y delicada niña, á los golpes fieros del infortunio, se sentía sin aliento ni aun para pensar, y mejor deseaba morir que conservar aquella ingrata existencia. Y al cabo de su estupor y de sufrir el tormento de una sola idea, hubo de caer totalmente desvanecida, que la tuvieron por muerta, y en brazos la llevaron á su lecho, donde se rehizo tan poco, manteniendo su palidez mortal, que cualquiera la tomara por un mármol, antes que por un cuerpo vivo. Acudieron todos á remediarla con paños calientes y otros auxilios, con lo cual lograron después de mucho devolverle el conocimiento y el calor de vida. Fueron llamados médicos, y como estas son cosas que pronto se traslucen, comenzó á propagarse por la ciudad el rumor de que la hija de Lionato se hallaba enferma de tal gravedad, que se desconfiaba de su salvación. Á esta voz, corrieron muchas damas nobles, amigas y parientas, á visitar á la desconsolada Fenicia, y como se enterasen de la causa del mal, se esforzaban todas en dirigirle consuelos, no sin que luégo, aparte y por su cuenta, según es uso donde se juntan mujeres, se entregasen á mil comentarios de aquel suceso, vituperando con toda suerte de reproches la conducta del de Cardona. No cuidaron las que así departían, de ponerse tan apartadas de la cama en que yacía la joven enferma, que ésta no oyese toda su conversación; antes escuchado por ella cuanto dijeron, y mirando que, compadecidas de su desdicha, todas lloraban, rogóles que se aproximasen más á la cama,

y viéndolas agrupadas enderredor, hablóles con lastimero acento, de este modo:

—Señoras y amigas mías, enjugad ese llanto que vertéis, puesto que á vosotras no os alivia de nada y á mí me sirve de nueva amargura, no siendo además provechoso para remediar el terrible trance en que me veo puesta. Así plugo á Dios depararmelo, y hay que sufrirlo con paciencia. El dolor que yo más crudo experimento, el que poco á poco me va cortando los hilos de esta desventurada vida mía, no es el de verme repudiada, por más que esto en el alma acerbísimamente me duela; sino lo que amarga y quebranta el pecho, es la forma de este repudio, que me destroza lo vivo de las entrañas, y me condena á perpetua aflicción sin esperanza de remedio. Dijera el señor Timbreo, que no gustaba de mí para esposa suya, y fuera todo enhorabuena; pero el modo como rehusa mi mano es tal, que yo no dudo que me ha de atraer el vituperio de toda Mesina y su reprobación severa, por un pecado que yo, no digo jamás cometí, pero ni aun barrunté en el más remoto límite del pensamiento. Y sin embargo, yo voy á ser tenida como liviana ramera, y señalada por las calles con el dedo. Siempre reconocí, y reconozco todavía, que mi calidad no se igualaba á la de tan alto caballero y barón, como lo es el señor Timbreo, y jamás tuve por mí sola ni soñación de casarme con un tan elevado personaje. Mas harto se sabe quiénes son los Lionati, así por su nobleza como por el antiquísimo lustre de su sangre, pues viene su familia de los más antiguos nobles de esta isla; y hablen por mí las escrituras y pergaminos, en cuyas letras se hallará descender los míos de una selectísima familia romana, anterior al tiempo de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Y si confieso que, mirando á la cortedad de riquezas, yo no era digna de ese opulento magnate, digo también y protesto que nunca fuí digna

tampoco del vergonzoso abandono en que ahora me deja; que yo he mostrado con mis actos ser punto clarísimo, no haber jamás pensado en dar á otro lo que el derecho manda guardar para el marido. Y si esto es cierto, sábelo Dios del cielo, cuyo santo nombre sea alabado y bendecido. Y ¿quién sabe si el designio sagrado de la majestad divina se propone con este contratiempo salvarme de mayor pena? Que pudiera ser que habiéndome casado se desvaneciese mi razón con tan rápido encumbramiento, y me volviese soberbia y altiva, y desdeñosa con mis iguales é inferiores, y hubiese desconocido ú olvidado la bondad del Señor para conmigo. Así, pues, haga Dios de mí lo que bien le agrade, y séale este trabajo mío acepto para la redención de mi alma; y con todo mi corazón alzo á su trono los ojos, para suplicarle que abra á la luz el juicio del señor Timbreo, no para que vuelva á quererme por esposa, puesto que yo me muero, sino para que reconozca que mi fe no era el objeto vil que él ahora desprecia, y vea con todo el mundo, que jamás cometí esa locura y vituperable error por el cual contra toda razón me veo inculpada; de este modo, si con infamia muero, algún día resucitará mi fama justificada. Gózese mi perdido amante, en paz con otra mujer, para la cual Dios le haya destinado, y viva feliz con ella por largos años; á mí, dentro de pocas horas me bastarán unos cuantos piés de tierra. Valga á mi padre y á mi madre y á todos mis parientes y amigos, un consuelo en medio de su quebranto, y es que soy inocentísima de la vergüenza que me han querido imputar; y sírvales de testimonio la fe mía que como reverente hija les doy, pues otra prenda de mayor eficacia ni testimonio de mayor crédito no puedo ofrecerles. Á mí me es suficiente dicha, que ante el tribunal de Cristo haya de ser conocida mi inocencia, y así, á aquel que me le dió encomiendo mi espíritu, que ansioso de romper la

cárcel de este mundo terreno, buscando el camino de la gloria, tiende las alas y se me quiere huir.

Acabando de decir estas palabras, asaltóla de pronto tan vivo dolor en el corazón y oprimióseles este de tal manera, que aunque deseaba seguir hablando, ya no pudo, y comenzó á perder la voz, bisbisando medias palabras que de ninguno de los circunstantes eran entendidas; y al mismo tiempo se difundió por todos sus miembros un sudor heladísimo, de suerte que se quedó cruzadas las manos é inmóvil, y cuantos allí estaban la creyeron muerta. Los médicos que todavía la seguían asistiendo, como viesen que ningún remedio de los suyos era bastante á retornarla de aquel grave accidente, dejáronla también por difunta, manifestando que la acerbidad del dolor era tan grande, que la había matado; y se fueron. Á poco, las amigas y parientas que sostenían en sus brazos el cuerpo de Fenicia, sintieron que en ésta se extinguía totalmente el pulso y que se quedaba yerta, por lo cual juzgaron que en efecto la doliente joven había expirado. Llamóse nuevamente á uno de los médicos, y éste, no hallándole pulso, declaró que de positivo era muerta. Cómo se desataron entonces todos los asistentes, en quejas, y lágrimas, y suspiros desconsolados, es cosa que dejo á vuestra consideración. El pobre y desesperado padre, la afligida y desatinada madre se entregaban á tales extremos de pesar, que hubieran enternecido á una roca. Y á sus lamentos se unían los de las damas y otra gente que en aquel acto se encontraba.

Iban ya transcurridas cinco ó seis horas y se dictaban las debidas providencias para el entierro, disponiéndolo para el día siguiente. Marcháronse poco á poco todos los circunstantes, y cuando se quedó sola la madre, que seguía más muerta que viva, con una su cuñada, mujer de un hermano de Lionato, ambas á dos, sin querer más auxilio ni compañía, mandaron

calentar agua, y se encerraron en el aposento; desnudaron á Fenicia y comenzaron á lavarla con el agua caliente. Cerca de siete horas hacía que los alterados sentidos de la joven estaban en suspenso, cuando con el calor del agua los helados miembros se restauraron



y volvieron á hacer su oficio; y dando la joven señales manifiestas de estar viva, comenzó poco á poco á entreabrir los ojos. La madre y la cuñada estuvieron por lanzar un grito de espanto; mas recobrando el ánimo aplicaron la mano al corazón de la doncella y sintieron que daba algunos latidos. Con esto acabaron de convencerse que la muchacha vivía, y dejando todo estrépito para después, comenzaron á socorrerla con paños calientes y otros remedios, y tanto hicieron, que Fenicia casi volvió en sí del todo y abriendo los ojos, lanzó un profundo suspiro y pronunció:

—¡Ay de mí! ¿dónde estoy?

—¿No ves, hija de mi alma—le dijo la madre,—que estás aquí conmigo y tu tía? Te había sobrevenido un accidente de tal fuerza, que en verdad creíamos que eras muerta. Pero ¡loado sea el Señor que te conserva la vida!

—¡Ay!—respondió Fenicia.—¡Cuánto mejor no fuera que me hubiese muerto y salido de tantos afanes!

—Hija mía,—dijéronle la madre y la tía,—á Dios place que vivas; vivir primero, que á lo demás no ha de faltar remedio.

La madre, conteniendo apenas la alegría que experimentaba, entreabrió la puerta de la estancia y mandó llamar á maese Lionato, el cual acudió incontinente. No hay que pintar su alegría al ver á su hija recobrada; acaricióla, y después de imaginar varios partidos, acordó que por primera providencia se ocultase á todo el mundo aquella especie de resurrección, proponiéndose, para mejor encubrirla, mandar á la joven fuera de Mesina, á la quinta de su hermano, cuya esposa se hallaba en la cámara presente. Restablecióse brevemente la joven, á fuerza de alimentos delicados y excelentes vinos, y después que la vió su padre vuelta á la primitiva lozanía y belleza, mandó llamar al hermano, dueño de la quinta á donde pensaba enviarla, y le instruyó de todo cuanto había proyectado. Y acordaron un programa de acción, que fué el siguiente: llevóse messer Girolamo (que este era el nombre del hermano) á Fenicia á su casa, la noche siguiente á la fingida muerte de aquella, y allí la guardó con su mujer en el más estrecho recogimiento. Hecha luégo provisión de cuanto era menester, una mañana, temprano, envió fuera de la ciudad á su mujer y á Fenicia, acompañadas de una hija de aquella y una de las dos hermanas de ésta, niña de trece á catorce años; y Fenicia tenía diez y seis. Y todo esto hacían con el

propósito de que andando el tiempo y pasados dos ó tres años, Fenicia más crecida y mudada la traza, como con el desarrollo de la edad sucede, pudiese casarse bajo un nombre distinto y otra condición supuesta. El día siguiente al del insulto de la joven, se propagó por toda Mesina la nueva de que Fenicia era muerta y mandó messer Lionato que se dispusiesen las debidas exequias, según fuesen correspondientes á su estado. Hicieron construir un ataúd, y en él encerró la madre yo no sé qué, á escondidas de todo el mundo, y lo hizo luégo cerrar con pez, á fin de que más tarde no pudiese descubrirse el engaño; así es que todo el mundo creyó que dentro de aquella caja iba el cadáver de Fenicia. Á la noche, messer Lionato y sus parientes, vestidos de negro, acompañaron el ataúd hasta la iglesia, afectando lo mismo el padre que la madre tan profundo pesar, como si verdaderamente fuese el cuerpo de su hija el que habían visto conducir á la sepultura. Lo cual despertó un general clamor de piedad, pues divulgada la causa de la muerte, nadie en Mesina dejó de creer que el caballero había forjado aquella fábula para librarse de su compromiso.

Fué, en consecuencia, sepultado el ataúd en medio del llanto de toda la ciudad; y sobre la fosa se levantó un monumento de piedra con el blasón de los Lionati esculpido, y una losa en la cual messer Lionato mandó grabar el siguiente epitafio:

Fenicia me llamé; y honradamente
de un pérfido barón fuí desposada,
el cual, por recoger su fe jurada,
vil culpa me imputó dolosamente.

Yo, que era tierna virgen é inocente,
al verme sin justicia así manchada,
primero muerta fuí, que señalada
¡oh triste! por ramera de la gente.

Ni fué á mi muerte necesario el hierro;
que más pudo el mirarme escarnecida,
y el dolor, y el espanto, y la vergüenza.

Al mundo muestre Dios el torpe yerro,
y pues no ya el esposo que me olvida,
á duelo el mundo y á piedad se venza.

Celebráronse las tristes exequias, y en virtud de lo ocurrido se suscitaron en todas partes mil conversaciones, tratándose de la causa de haber muerto Fenicia, y no había quién no se mostrase consternado, puesto que nadie sospechaba la ficción del suceso; todo lo cual hubo de influir en el ánimo del de Cardona, que comenzó á sentirse poseído de íntima pena y de una cierta desazón de espíritu, que no acertaba á qué atribuirla. Á él le parecía que no podía ser objeto de reproches, puesto que por sus ojos había visto subir un hombre por la escala y penetrar en la casa. Con todo, meditando luégo en lo que había ocurrido, y habiéndose templado en gran parte el enojo, para dejar acceso á la razón, vino á pensar que el desconocido que en la casa entró, pudo hacerlo, bien por otra mujer, bien con el intento de robar. Acordábasele que la casa de messer Lionato era muy grande y que en el ala que caía sobre el jardín no habitaba nadie; y consideraba que durmiendo Fenicia en compañía de su hermana, en una cámara más interior que la de su padre y su madre, y habiendo de pasar por esta última para llegar á la parte del jardín, no podía acudir á las citas de aquel incógnito amante. De suerte que combatido y contristado por sus propios pensamientos, no sabía el caballero darse un instante de reposo.

Asimismo el jóven señor Girondo, enterado de la muerte de Fenicia y acusándole su propio corazón de haber sido el verdadero homicida y verdugo de la doncella, no se perdonaba á sí mismo la invención de su

torpe calumnia, ni el haber sido con ella motivo de tanto escándalo; por lo que atormentado en el alma de dolor hondísimo, dos ó tres veces estuvo á punto de henderse el pecho con un puñal. Y no podía comer ni dormir, viviendo todo el día como un orate, ó como un poseído; y de este modo, frenético siempre, no había quietud ni descanso para él. Por fin, al séptimo día de los funerales de Fenicia, no pudo contener por más tiempo el afán que le torturaba y sintióse con ejecutiva necesidad de descubrir á Timbreo la maldad que había consumado, y resuelto á decírselo, aquel mismo día, á la hora en que solían las gentes de la ciudad irse cada cual á su casa para el desayuno, encaminóse él al palacio del rey y allí encontró á Timbreo que salía para su casa. Detúvole y le dijo:

—Timbreo, quisiera, si no os fuese enojo, que os viniérais conmigo ahí cerca, para un asunto que me importa.

El caballero, que á Girondo distinguía como buen camarada y amigo de corte, siguiòle sin replicar, y saliéronse ambos del palacio departiendo sobre varias cosas; y de esta suerte llegaron en poco tiempo á la iglesia donde se había construído el sarcófago de Fenicia. Una vez estuvieron allí, mandó Girondo á sus criados que ninguno de ellos entrase en el templo, rogando al de Cardona que otro tanto ordenase á los suyos, como así lo hizo. Entraron, pues, los dos solos en la iglesia, cuyo recinto estaba desierto, y dirigióse Girondo á la capilla donde estaba la fingida sepultura, seguido siempre de Timbreo. Penetrando en la capilla, Girondo se hincó de rodillas ante el sepulcro y desenvainó un puñal que traía al cinto y desnudo lo puso en la mano de Timbreo, que maravillado esperaba comprender todo aquel misterio, tanto más lejos de sospecharlo, cuanto que aún no había advertido qué sepultura era aquella delante de la cual su amigo se había postrado.

Volvió Girondo hacia Timbreo el rostro inundado de lágrimas, y rompiendo en precipitados sollozos, así le habló:

—Magnánimo y noble caballero: aquí me ves, que habiéndote según mi juicio, hecho mortal é irredimible ofensa, vengo, no á pedirte perdón, puesto que la magnitud de mi culpa no lo merece, ni me deja esperarlo; antes bien te digo, que si deseas hacer cosa digna de tu valor, si quieres obrar caballerosamente, si pretendes consumar un acto que acepto sea á Dios y alabado por los hombres, que hundas ese hierro con que tus manos he armado, en este pecho desleal, encierro del corazón más traidor. Haz de mi sangre villana y corrompida justo holocausto y dedícalo á estos restos sacratísimos que aquí reposan, de la inocente y desventurada Fenicia; pues has de saber que yo de su dolorosa y temprana muerte he sido único causante. Y si tú, más compasivo que yo lo soy de mí mismo, el castigo me niegas, que á ley de justicia te reclamo, yo con mis propias manos he de darte la venganza sangrienta que aquí procede. Aunque bien espero de ti, que eres caballero noble y leal, y que nunca toleraste en tu nombre ni la sombra de una leve mancha, que no ha de valerte piedad hacia mí, para detener tu brazo, pues te atañe esta venganza, que es tuya y de la infortunada Fenicia, á quien tanto amaste.

Al escuchar Timbreo, que aquella era la sepultura de la bella Fenicia, y asombrado con las expresiones que su amigo le dirigía, no acertaba á explicarse el significado de semejante escena y se mantenía perplejo sin palabra que decir; hasta que finalmente, dominado por no sé qué emoción, comenzó á llorar amargamente, rogando á Girondo que se levantase y más claramente le expusiese cuál era su objeto; y al propio tiempo lanzó lejos de sí el puñal que tenía en la mano. Tanto rogó y obligó, que al cabo Girondo se puso en

pié, y sin que se interrumpiera su lloro comenzó á hablarle de esta manera:

—Has de saber, amigo y señor mío, que yo amé á Fenicia con ardentísimo fuego, tan entrañablemente, que si viviera cien años no esperara en toda su duración hallar consuelo, ni olvido de ese amor; que él y no otra causa, ha sepultado en esta fosa á aquella gentil y adorada niña, pues yo fuí quien, desesperando de ganar su correspondencia, ni la más leve gracia de su amante favor, y habiendo sabido que tú eras el elegido para la gloria de ser su esposo, yo fuí quien, cegado por mi desenfreno y apetito, pensé en hallar medio que te disuadiese de casarte con ella, á fin de que luégo la alcanzara yo con facilidad, pidiéndosela á su padre. Y no acertando á imaginar otra esperanza para mi ferviente pasión, y á otra cosa no mirando, dime á urdir una trama la más pérfida de cuantas han urdido traidores, y dispuse aquel engaño con que tú te persuadiste y creíste ver que un hombre entraba de noche en casa de tu prometida; y sabe ahora que aquel hombre no era sino uno de mis servidores. Y aquel otro que fué á hablarte y á darte á entender que Fenicia se había entregado á otros brazos que no eran los tuyos, iba por mí instruído y por mí enviado á desempeñar aquella infame embajada; esta fué toda la causa de que al siguiente día repudiases á Fenicia, y esta la ocasión de que muriese de dolor y aquí, en esta sepultura, parase. Yo he sido, pues, el tirano, yo el verdugo, yo el asesino, yo el ofensor tuyo y de la fama honradísima de aquella virgen; y yo soy ahora, el que aquí de hinojos y los brazos en cruz (y aquí de nuevo se arrodilló, y extendió los brazos), te imploro que de mi negra y ominosa crueldad quieras tomar sañuda y conducente venganza, que me pesa la vida y la aborrezco, pensando haber sido miserable autor de tanto escándalo y desventura.

Estaba Timbreo oyendo, y caíanle las lágrimas por el rostro hilo á hilo; mas consideraba al propio tiempo que el error cometido era irreparable y que muerta ya Fenicia no le era dado, aunque sacrificara al mundo, restituirle la existencia, y decidía no ensañarse contra Girondo, antes perdonarle su falta y conseguir que el concepto de la doncella fuese restablecido y reparada la honra que tan sin razón y con tal vituperio le había sido arrebatada. Quiso, pues, que Girondo se levantase de su posición postrada, y mirándole con desconsolados suspiros y bullentes lágrimas, en esta forma le habló:

—¡Oh, cuánto mejor me fuera, hermano mío, no haber nacido á la luz de este mundo, ó ya que nací, haber estado sordo, que jamás oyera palabras para mí tan graves y dolorosas como las que acabas de decirme! Que ya no habrá dicha para mí en la tierra, puesto que por crédulo en demasía, he matado á aquella, cuyo amor y cuyas singulares y excelentes virtudes y gracias, que el cielo con mano pródiga las sembró en ella, merecían por cierto, de mí otro galardón, que no ignominia, y calumnia, y prematura muerte, nunca bastantemente llorada. Pero puesto que así lo quiso Dios, cuya voluntad todo lo rige y sin la cual no se mueve la hoja de un árbol, y puesto que todo lo ocurrido sólo admite reprensión, mas no enmienda, no esperes que yo tome de ti venganza alguna; fuera esto perder un amigo sobre otro amigo, y añadir amargura sobre otra amargura, sin que por esto el alma purísima de mi doncella malograda retornase á su castísimo cuerpo, que finió ya su carrera. De una cosa tan sólo quiero hacerte reproche, á fin de que no vuelvas á caer en semejante error; y es que debiste hacerme partícipe de tu amor, pues sabías tú que yo estaba enamorado y yo de ti no lo sabía; que de habérmelo dicho antes que yo fuese á pedírsela á su pa-

dre, yo te habría cedido el bien de aquella amorosa empresa, y obrando como es práctica de caballeros generosos y magnánimos, me venciera á mí mismo y antepusiera la amistad al deseo; ó quizás fueras tú el que, vencido por mis razones, te habrías separado de la contienda, evitando así el escándalo producido. Pero lo hecho, hecho está, y no hay remedio que atrás nos vuelva. Por lo tanto, bástame que me complazcas en lo que te diga, y estés á todo lo que me convenga.

—Manda, amigo y señor—dijo Girondo—que todo he de hacerlo sin replicar.

—Quiero—continuó Timbreo—que á la culpa que entrambos á dos cometimos, tratando á Fenicia de liviana, pongamos toda la enmienda posible, restituyéndole su fama y tributando á su memoria el debido honor, primeramente delante de sus padres y luégo de todos los mesineses, pues hoy por hoy, divulgado lo que yo le hice decir, toda la ciudad podría creer que aquella casta niña no fué más que una mujer del partido. De otra suerte, á todas horas creería tener ante mi vista la airada sombra de la infeliz, y escuchar su acento clamando á Dios venganza contra mí.

Á esto, siempre llorando, respondió Girondo:

—Á ti, señor, te toca mandar, y á mí obedecer. Amigo era antes tuyo; ahora, por virtud de la injuria que te he hecho, y que tú, á fuer de generoso y leal caballero, perdonas á este pérfido y villano, servidor te soy y rendido esclavo.

Dichas estas palabras, ambos caballeros se postraron ante la tumba y, los brazos en cruz, llorando amargamente, el uno su falta y el otro su credulidad, pidieron perdón á Fenicia y á Dios. Enjugáronse luégo las lágrimas, y quiso Timbreo que Girondo le acompañase á casa de messer Lionato. Salieron, pues, en compañía y hallaron á messer Lionato, que en aquel punto se quitaba de la mesa, después de comer con



algunos de sus parientes; maravillóse el messer cuando oyó que los dos caballeros iban con pretensión de hablarle, y saliendo á recibirles dispensóles cortés acogimiento. Al ver los dos nobles á messer Lionato y á su mujer vestidos de luto, despertóseles la idea de la pérdida de Fenicia, y rompieron á llorar con tal violencia que no les era fácil pronunciar una palabra. Diéronles dos escaños y sentáronse todos, y después de nuevos suspiros y sollozos, el señor Timbreo en presencia de todos cuantos allí estaban, narró la dolorosa historia, causa, según él creía, de la triste y prematura muerte de Fenicia; y concluído el relato, hincóse de rodillas, al par del señor Girondo, y pidió al padre y á la madre perdón de su impiedad y locura, Messer Lionato lloraba de enternecimiento y de gozo, y abrazó repetidas veces á entrambos jóvenes diciéndoles que les perdonaba la injuria; y elevaba desde el fondo de su alma gracias á Dios, pues al fin permitía que Fenicia se viese rehabilitada.

Después de mucho razonar sobre los referidos puntos, Timbreo se volvió á messer Lionato y le dijo:

—Señor y venerado amigo mío: aunque no ha querido la suerte aciaga que yo llegase á llamarme vuestro yerno, según era mi ardiente deseo, sin embargo, yo os pido con todo mi encarecimiento, y en cuanto yo alcance os conjuro, que de mi persona y de mis bienes os dignéis hacer el mismo uso que hiciérais si en realidad nuestro parentesco se hubiese establecido; pues siempre os tendré en respeto y obediencia, como un humilde hijo debe tener á su padre. Y si os resolvéis á mandarme, veréis mis actos conformes con mis palabras, pues no imagino cosa de este mundo, por difícil que sea, que yo no esté dispuesto á hacer por vos.

El buen anciano dió con cariñosa expresión las gracias á Timbreo, y finalmente le dijo:

—Puesto que con tanta largueza me ofrecéis y ya que la fortuna adversa ha hecho imposible nuestra afinidad, una cosa me atreveré á suplicaros, la cual no os ha de ser en verdad costosa; y es, que os pido por la lealtad que en vos reina y por todo el amor que tuviérais á la desventurada Fenicia, que cuando entréis en deseo de tomar esposa, que vengáis á notificármelo; y que siempre que yo os la ofrezca digna de vos y á vuestro gusto, esa aceptéis con preferencia á cualquier otra.

Juzgó Timbreo que era bien humilde compensación esa que el desconsolado viejo pedía de tan grande pérdida, y tomóle la mano, y besósela, respondiéndole así:

—Señor, puesto que tan poca cosa solicitáis de mí, cuando yo tan fuerte obligación os debo, y cuando es todo mi afán demostraros el placer con que os complazco, os prometo que no solamente no he de casarme sin que vos lo sepáis primero, sino que mi mano daré á la mujer que vos me aconsejareis ó diéreis; y así os lo juro por mi fe de caballero, en presencia de todos estos señores aquí presentes.

Siguieron á estas razones las de Girondo, quien reiteró también mil veces sus protestas de fiel servicio y presta obediencia á las órdenes de messer Lionato; después de lo cual ambos caballeros se fueron á comer, dejando el asunto esclarecido y en tal estado, como rápidamente se difundió por Messina, demostrando á todos la falsedad y artería con que Fenicia había sido calumniada.

Aquel mismo día la joven recibió por un propio de su padre, noticia exacta de todo cuanto había ocurrido, lo cual regocijó gratísimamente su alma y la hizo elevar los ojos á Dios, agradecida por el hallazgo de su honor perdido.

Un año iba ya pasado desde que la doncella vivía en

la posesión de su tío, lejana de la ciudad, y el misterio pudo ser observado tan felizmente, que nadie llegó á concebir sospecha de que estuviese viva y sana, la que por muerta había sido llorada. Durante este tiempo, el de Cardona se mantuvo en estrecha amistad con messer Lionato, el cual iba preparando las cosas para el término que meditaba y del que ya tenía impuesta á Fenicia. Fenicia, entre tanto, había ganado en hermosura sobre toda ponderación, y había cumplido sus diez y siete años y llegado á su físico desarrollo, en tal forma, que quien la hubiera visto, no la reconociera, en verdad, por aquella Fenicia, máximamente teniéndola, como la tenían todos, por muerta. La hermana que con ella vivía, contaba quince años ó poco menos, y llamábase Bellaflor, nombre que la cuadraba á maravilla, porque era en efecto una bellísima flor, de manera que poco difería, en cuanto á hermosura, de su mayor hermana. Esto observado por messer Lionato, que frecuentemente iba á verlas, se dispuso á realizar sin más tardanza su pensamiento, por lo cual hallándose un día en conversación con los dos caballeros, miró sonriéndose á Timbreo y le dijo:

—Tiempo es ya, señor y amigo mío, que os haga franco de la obligación que conmigo tenéis contraída. Tengo para mí que os he hallado para esposa vuestra, una joven gentilísima y encantadora, la cual espero en Dios que ha de agradaros. Y si bien no os inspire quizás tanto amor como supo inspiraros Fenicia, yo sé en cambio y os aseguro que no hallaréis en ella ni un átomo menos de hermosura, nobleza y gallardía. De otras femeniles y graciosas prendas está ella, gracias á Dios, colmada. Vos la veréis, y luégo en vuestra mano queda obrar según os parezca más útil y agradable. El domingo por la mañana yo iré á vuestra casa, acompañado de algunos de los míos, y vos con

el señor Girondo os hallaréis dispuesto, porque conviene que salgamos fuera de Messina, á una quinta que está distante unas tres millas, y allí oiremos misa y luégo haré que conozcáis á la joven de que os he hablado, y comeremos en compañía.

Aceptó Timbreo el convite y la orden, y el próximo domingo se dispuso desde muy temprano, con Girondo, para montar á caballo. Compareció á poco el señor Lionato con un acompañamiento de caballeros, y partieron todos en dirección á la quinta, donde aquél ya tenía dispuesto lo que á su propósito convenía. Á dicha quinta llegaron casi sin advertirlo, divertidos los ánimos en varias conversaciones, como sucede andando así, de cabalgata, y allí fueron cortésmente recibidos, después de lo cual descabalgaron y se fueron juntos á oir misa en una iglesia cercana. Después de comer, todos se dirigieron á la sala, que dispuesta y guarnecida hallaron, con tapices de Alejandría. Así que en ella estuvieron acomodados, he aquí que se abre una puerta, dando paso á muchas damas que se hallaban en un aposento contiguo y entre las cuales se confundían Fenicia y Bellaflor; y allí era de ver á la primera brillando entre todas, bien como brilla la luna entre las estrellas sobre el espacio de un sereno cielo. Nuestros dos caballeros se adelantaron á saludar á aquellas damas, haciéndoles reverentes obsequios, según es ley de hombres hidalgos siempre portarse con las damas.

El señor Lionato cogió en seguida á Timbreo de la mano y acercándose con él á Fenicia, la cual usaba el nombre de Lucila desde que vivía oculta, habló de este modo:

—Aquí está, señor caballero, la bella Lucila, á quien he elegido para dárosla por esposa, siempre y cuando de vuestro agrado sea. Y si á mi parecer se acomoda el vuestro, ella su mano os dará; mas sois libre de aceptarla ó dejarla según os plazca.

Timbreo, que después de contemplar á la joven, la tuvo por maravillosamente gentil, como en realidad lo era, quedóse un breve espacio metido en sí; luégo, tomando en sus adentros la determinación de satisfacer al señor Lionato, díjole de esta suerte:

—Señor y amigo mío, no ésta que me presentáis, de tal hermosura, que me parece una soberana mujer, sino cualquier otra que ofrecido me hubiéseis, habría yo aceptado. Y á fin de que veáis cuánto es mi deseo de contentaros, probándoos que la promesa que os hice no es cosa vana, á ésta, y no otra, elijo para legítima esposa mía, siempre que su voluntad á esto se avenga.

Á estas palabras respondió la joven, diciendo:

—Señor caballero, yo estoy presta á hacer todo cuanto me sea dicho por el señor Lionato.

—Y yo—añadió este último—os exhorto, bella joven, á recibir por esposo al señor de Cardona.

Y en seguida, sin más demora, por no perder la ocasión oportuna, entró en la sala un sacerdote que apercibido estaba en una pieza contigua para que dijera las palabras de costumbre según el rito de la madre iglesia. É hízolo muy sabiamente el ministro divino, en virtud de lo cual el caballero Timbreo se casó con su Fenicia, creyendo que con una Lucila se casaba.

Bien le había parecido al noble mancebo, cuando poco antes apareció Fenicia saliendo por la puerta de la cámara, sentirse en el corazón cierto no sé qué, antojándosele que en las facciones de la doncella descubría alguna semejanza con las de Fenicia, y así, la miraba con tal afán, que nunca se saciaba, de suerte que todo el amor que á Fenicia tuviera, se despertó nuevamente en su pecho para convertirse hacia su nueva desposada.

Concluída la ceremonia de la boda, sirvióse sin dilación el aguamanos y sentáronse todos los presen-

tes á la mesa, la novia á la cabecera con Timbreo á su derecha y enfrente Bellaflor á cuyo lado se sentó Girondo, y de igual conformidad ellos con ellas, fueron colocándose las damas y los hombres. Sirvióse grande abundancia de platos exquisitos, y siguió adelante el banquete suntuoso y ordenado, magníficamente dispuesto y con grata complacencia y humor de los convidados, entre los cuales no escasearon las chanzas, las risas, las frases y obsequios galantes y otros entretenimientos propios de aquel caso. Al fin, llegado el servicio de los postres, cubierta la mesa de frutas que la estación brindaba, habló la tía de Fenicia, que con ésta había vivido la mayor parte del año, y volviéndose festivamente á Timbreo, que junto á ella sentado estaba, le dirigió esta pregunta, como si de tal cosa no hubiese oído hablar en su vida:

—Señor Timbreo, ¿nunca amasteis á otra dama?

Á estas palabras, el caballero sintió llenársele los ojos de lágrimas; y rompió en sollozos, primero que pudo hablar. Después, venciendo el enternecimiento de su ánimo, contestó:

—Señora tía, vuestra demanda me trae á la memoria cierto recuerdo que de mi corazón no se aparta y cuya crueldad yo creo que ha de dar término á mis días. Pues aunque de Lucila estoy muy contento y vano, con todo, por otra mujer que amé y que aún muerta amo más que á mí mismo, me siento de continuo atormentado; que su muerte envenenó mi alma y poco á poco la vida se me extingue pensando que de aquella castísima amada mía, fuí yo, contra toda razón, causa única de deshonra y muerte.

Oyendo esto levantóse Girondo, que deshecho en sollozos y desatado llanto, no podía pronunciar una palabra; pero venció al cabo su impedimento, y habló, y dijo de esta suerte, tal como sigue:

—Yo, señores, yo fuí el desleal y traidor, yo el mi-

nistro de muerte, yo el verdugo de la infelicísima doncella, tan digna por todas sus dotes de más largo vivir y felicidad; y tú, Timbreo, no hubiste en ello culpa ninguna, sino yo, que la tuve toda entera.

Á estas razones, comenzó la recién desposada, á su vez, á derramar copioso y sentido llanto, efecto de la memoria triste de sus pasadas penas, que en ella se despertaba. Siguió nuevamente la tía, que dirigiéndose como antes á su sobrino, le dijo así:

—Y dígame, señor caballero, por cortesía, puesto que ya no es ahora todo lo que se hable sino pura conversación, ¿cómo sucedió y fué esa historia que tanto os hace llorar y también á ese joven amigo vuestro?

—¡Ay de mí!—repuso Timbreo.—Me estáis pidiendo, señora mía, que renueve el más desesperado y fiero dolor de mi vida, cuyo solo pensamiento me destroza y mata; pero por satisfaceros voy á haceros saber mi amargura y mi deshonra, que fueron hartas, y todo os lo diré.

Comenzó, pues, su relato, interrumpiéndose á cada paso desde el principio al fin con ardientes lágrimas y profundos suspiros, y narró todo el hecho, parte por parte, con notable admiración y piedad de cuantos le oían. Y cuando hubo terminado, díjole la noble matrona:

—Peregrina y cruel historia me habéis narrado, señor caballero, y no dudo en decir que jamás oí otra de más raros y lamentables sucesos. Pero decidme: si con la ayuda de Dios, delante de esta esposa que acabáis de recibir, os fuera posible resucitar á aquella antigua enamorada vuestra, ¿qué haríais ó por qué partido os resolviérais?

Contestó Timbreo, llorando todavía:

—Juro á Dios, que de ésta mi esposa me hallo satisfecho y orgulloso, tanto más cuanto espero de ella

mayor dicha y amor de los que hoy le merezca; mas si antes de hacerla mía yo hubiese podido recobrar á la muerta, por mi fe que hubiera dado la mitad de los años de mi vida, amén de todos los tesoros; que la amaba mi espíritu cuanto á una mujer puede amar espíritu humano, y he de seguir amándola aun después de muerta, constante por mil años, si mil años viviese, y por amor á ella tendré siempre en afecto y reverencia á cuantos fueron parientes suyos.

Al llegar aquí, no pudo ya el alborozado padre de Fenicia contener por más tiempo la alegría que le retozaba en el alma, y volviéndose á su yerno, con tal ternura y placer, que se le saltaban las lágrimas, dijo:

—Mal demostráis, querido hijo y yerno mío (que ambos nombres os debo dar), mal demostráis con las obras lo que con las palabras sostenéis; que habiendo, como decís, amado tanto á Fenicia y teniéndola toda la mañana á vuestro lado, aún no la reconocéis. ¿Dónde está ese vuestro amor tan leal y tan ferviente? ¿Tal ha mudado ella de forma y así se han desfigurado sus facciones, que os casáis con ella y no lo percatáis?

Entonces, con las palabras del buen anciano, se abrieron á la luz los ojos del amante caballero, y tomando en brazos á su idolatrada Fenicia, estrechóla sobre su corazón, y cubrióla de abrasados besos, é inundado de supremo gozo mil y mil veces la contemplaba con extasiados ojos y lloraba dulcísimo llanto, sin acertar á proferir más palabra que las de ciego é iluso que á sí mismo se atribuía. Refirió el señor Lionato cómo había ocurrido todo lo hasta entonces ignorado, lo cual fué causa de nueva admiración y contento entre los circunstantes.

Concluído esto, Girondo se levantó de la mesa y vencido de dolor fué á arrojarse á los piés de Fenicia, pidiéndole perdón con humildes frases, á lo cual respondió ella otorgándoselo entero y prometiéndole con

cariñosas palabras que nunca se acordaría de la pasada ofensa. Y volviéndose en seguida á su esposo, que en la falta cometida pedía también participación de culpa, rogóle dulcemente que más no le hablase de semejante cosa, que pues no era cierto que él interviniese en el delito, no era justo que solicitase gracia. Y de esta suerte, el uno en brazos del otro y llorando de ternísimo gozo, bebían mutuamente sus lágrimas, poseídos de interminable contento.

Gozaba cada uno de los presentes esta alegría á su modo, y disponíanse todos á la danza y otros festejos, menos Girondo, que atento á otras ideas se llegó á Lionato, y turbando un instante la alborozada alegría de que tenía inundada el alma, le suplicó que se dignase concederle una grandísima merced, la cual había de serle de gran dicha. Respondióle el señor Lionato, diciéndole que pidiese, puesto que si era cosa posible, nada le sería más grato que otorgársela.

—Pues bien—dijo Girondo—lo que os pido es, teneros á vos por padre y suegro, á Fenicia y Timbreo por cuñados, y á la hermosa Bellaflor, que aquí he conocido, por mi legítima y adorada esposa.

El buen padre, que vió con esto acumularse nueva felicidad á la que ya sentía, temió enloquecer al influjo de tan propicia demanda, y no sabía darse cuenta de si soñaba ó estaba despierto. Decidióse, empero, por creer que no dormía, y dió gracias á Dios que tal caudal de bienes vertía sobre su casa, no habiéndolo merecido; y volviéndose en seguida á Girondo, que su respuesta aguardaba, le dijo que accedía gustoso á lo que le había solicitado. Y llamó á su hija Bellaflor, y le dijo:

—Ya ves, hija mía, cuánta dicha llueve hoy sobre nosotros. Este noble caballero te solicita por esposa; yo le concederé gustosísimo tu mano, siempre que tu voluntad á ello se incline, según mi consejo te insta. Pero dime ahora libremente tu voluntad.

La bella muchacha respondió toda trémula y llena de vergüenza, que estaba pronta á hacer todo lo que su padre le dijese; en virtud de lo cual, para no dar más demora al asunto, el señor Girondo, después de obtenido el asentimiento de todos los deudos allí congregados, siguiendo la usual ceremonia de palabras, entregó el anillo de esponsales á Bellaflor, con gran contentamiento del señor Lionato y de todos los que presentes estaban. Y en atención á que Timbreo había recibido á su esposa bajo el nombre de Lucila, enmendóse acto seguido esta falsedad, recibiendo nuevamente á aquella, con toda la solemnidad, bajo el verdadero nombre de Fenicia.

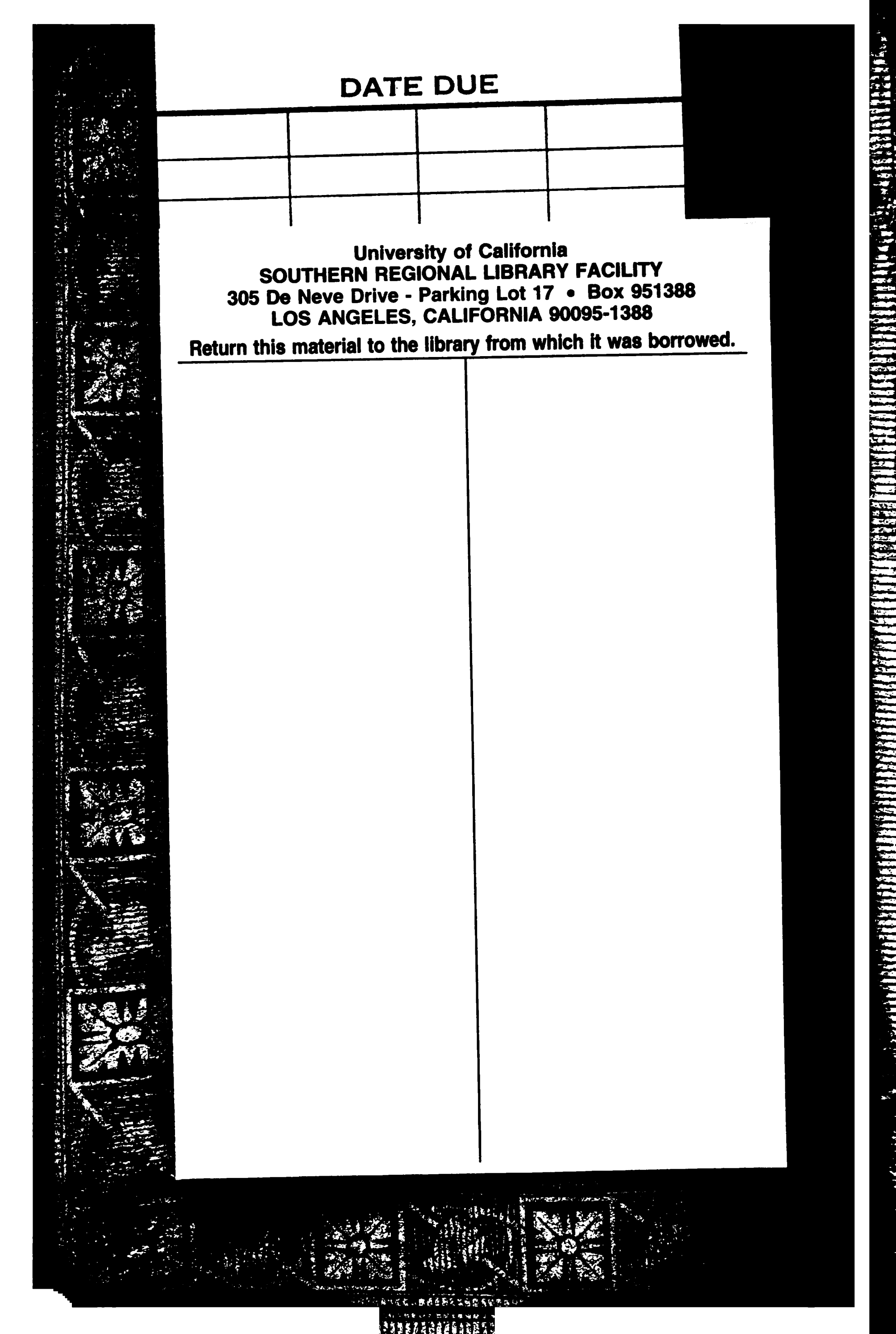
Todo aquel día se pasó en bailes y regocijos, y á la siguiente mañana dispusiéronse todos para volver á Messina, donde se celebraron más tarde las bodas con la suntuosidad que correspondía al rango de tales personajes, con la asistencia del rey Pedro, y de la reina, y del infante don Jaime, que también en la isla se hallaba, y gran concurso de caballeros y damas principales de Aragón y de Sicilia.

De este modo llegó el noble Timbreo de Cardona á la posesión de su honesto amor; y así también el daño que causara Girondo se convirtió para todos y para él mismo, en bien, gracias al noble arrepentimiento que sintió de su delito.

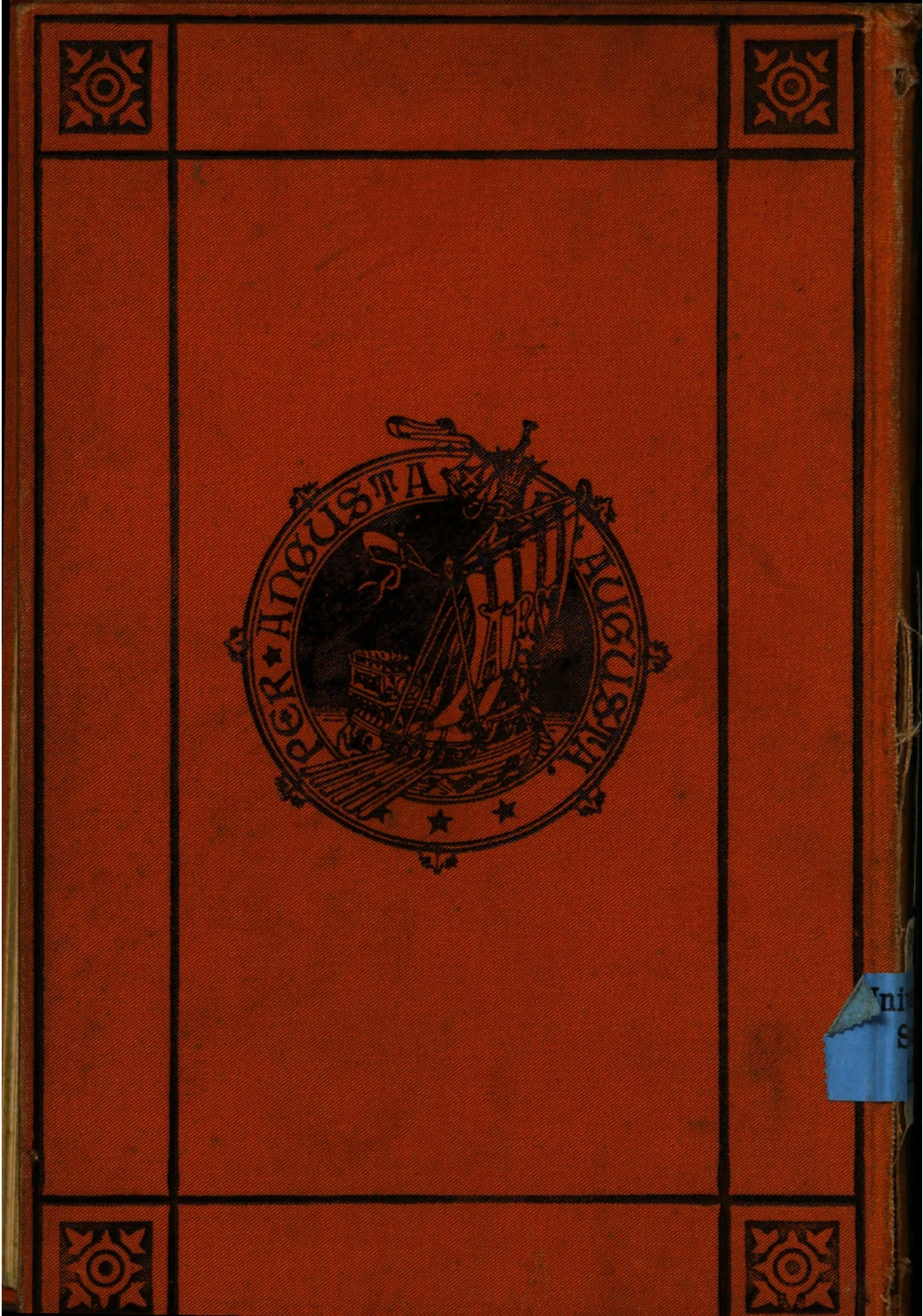
Ambos caballeros gozaron por largos años el amor de sus esposas, viviendo con ellas en gloriosa paz y no sin que á menudo les sirviera de placer y encanto, recordar aquel infortunado lance y supuesta muerte de la hermosa y sin par Fenicia.

FIN

ÍNDICE






PER ANGUSTA
AUGUSTA